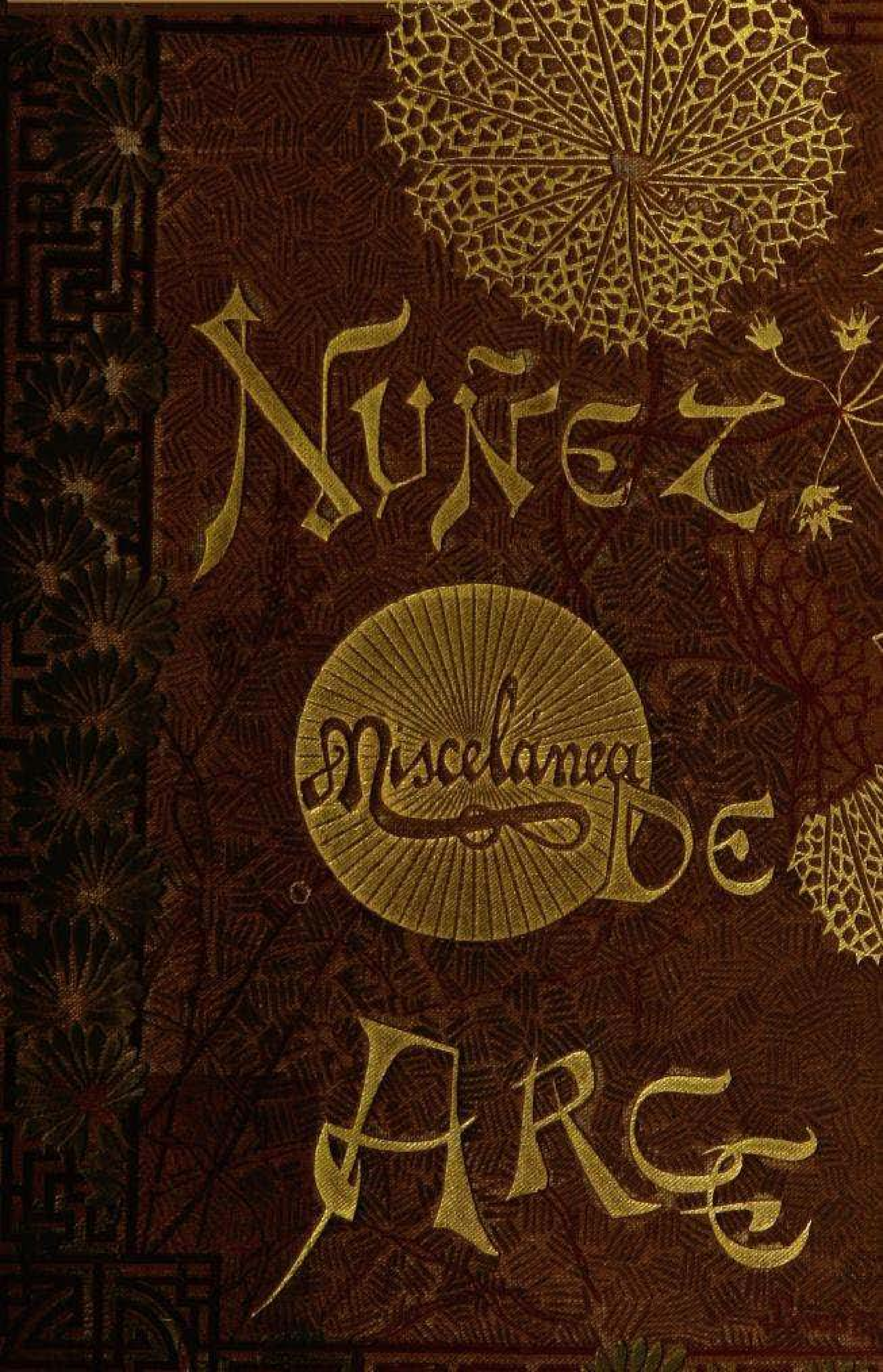
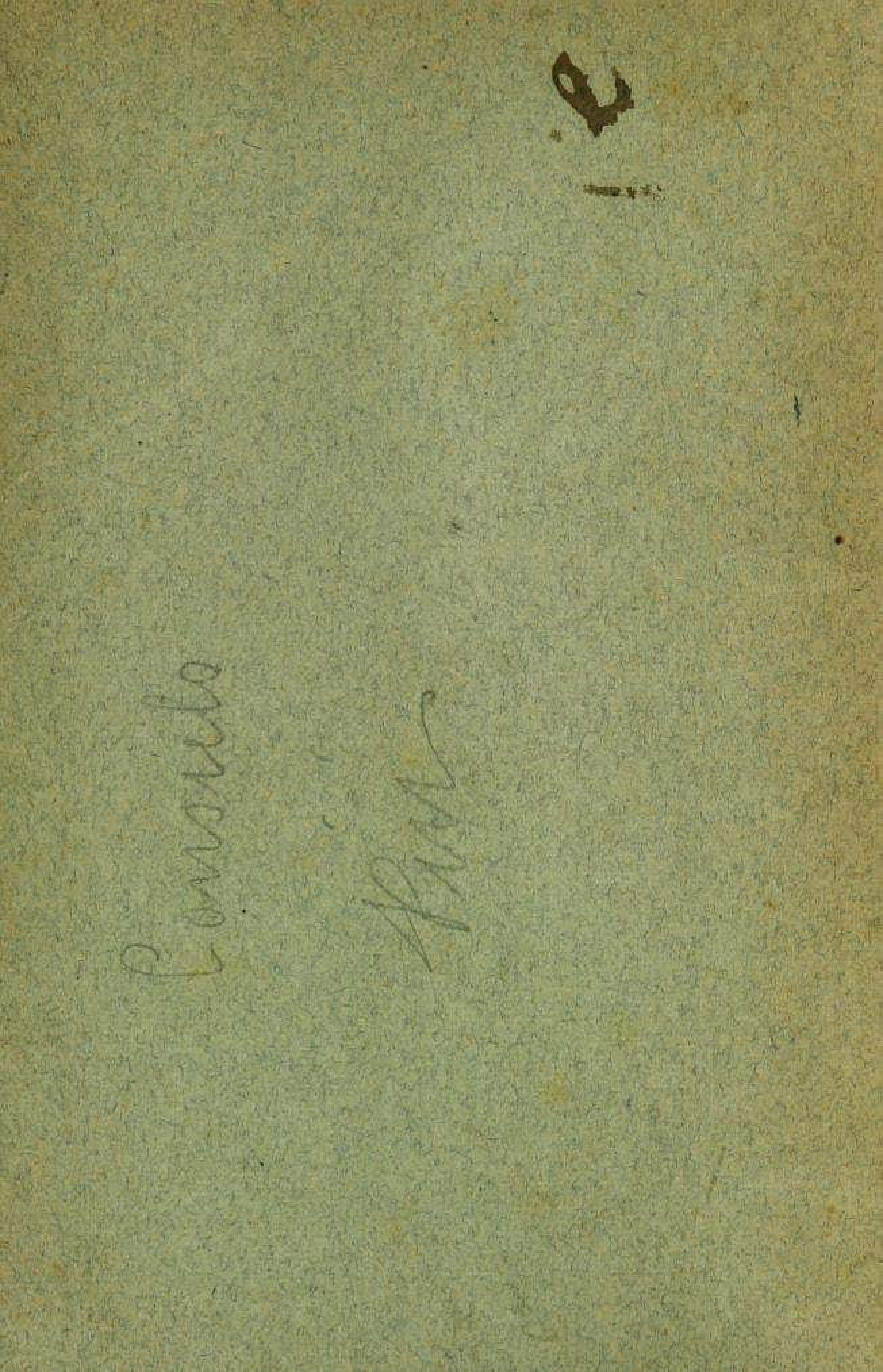

Nuñez
Miscelánea
de
Arce











Miscelánea Literaria



GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

MISCELÁNEA LITERARIA

CUENTOS, ARTÍCULOS, RELACIONES Y VERSOS

Ilustración de A. Xumetra



BARCELONA

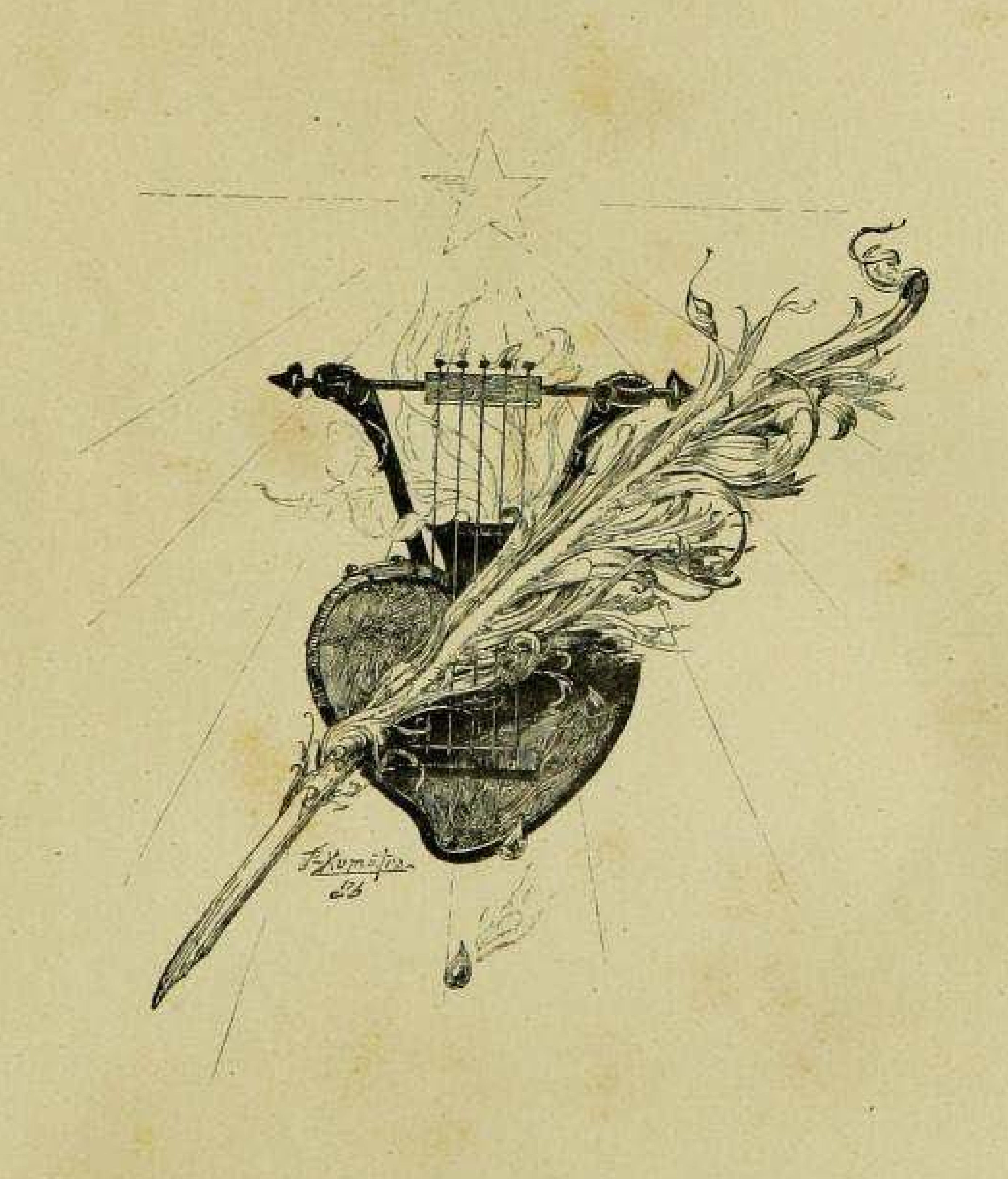
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1886



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª



LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

CUENTO FANTÁSTICO

Á MI AMIGO

D. JUAN ANTONIO BIEDMA

RESCATANDO mi palabra empeñada, te dedico este cuento, el primero de una colección de fantasías, sueños, ó caprichos, como quiera llamárselos, que estoy escribiendo. Acaso te maraville el papel que en él representa el diablo y censures el carácter de mansedumbre, buena fe y abnegación con que le hago aparecer en escena; pero habiendo creado Lesage diablos agradecidos, me ha parecido que también podría yo crear diablos honrados y bonachones.

Confieso ingenuamente que es difícil determinar el pensamiento predominante del cuento que te dedico; ni sé si es escéptico ó crédulo, ni sé lo que quiere probar ni lo que prueba, si es que prueba algo. Hijo de mi imaginación, impresionable y veleidosa, participa de todo y es confuso torbellino de negaciones y afirmaciones, amarguras y consuelos, que así puede hacer reir como llorar.

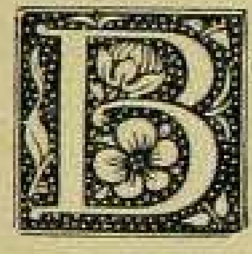
Algunas veces notarás en él poca propiedad de lenguaje; pero no es completamente mía la culpa. Para pintar con claridad estados del ánimo que podríamos llamar abstractos, he tenido precisión de emplear palabras que, aun cuando materialicen demasiado la idea, son comprensibles para todos. Entre la propiedad y la claridad, no he vacilado un solo momento y he optado por la segunda, de lo cual no estoy arrepentido.

Tal como es, espero, con todo, que aceptes este cuento como la sincera expresión del cariño que te profesa tu afectísimo amigo.

NÚÑEZ DE ARCE.



I

EBAMOS, bebamos...

—Dices bien. Llena las copas, y ¡bebamos!

—La vida se acaba pronto, y es bueno gozar de ella.

—¡Gocemos pues! Mañana descansaremos en el cementerio.

—¿Quién os lo ha dicho? La muerte no es el reposo...

—¿No?

—No; y creedme, porque os lo dice uno que ha estado muerto.

—¡Tú! Vamos, el vino se te ha subido á la cabeza.

—Sois demasiado incrédulos. ¿Queréis que os cuente la historia de esta horrible cicatriz que desfigura mi rostro?

—Sí, ¡cuéntala!

—No hagas caso de ese beodo, y déjate de cuentos. ¡Á beber!

—Como queráis. Deseaba hablaros de aquellos tiempos en que estuve muerto, de aquel paréntesis misterioso de mi vida...

—Pues habla y bebe...

—Sí, sí...

—¡No! ¡no!

—Tú calla y duerme.

—Puesto que os empeñais, empiezo mi historia. Resignado, si no tranquilo, vivía yo en Granada, escribiendo versos y enamorando andaluzas, cuando la maldita ambición me trastornó el cerebro; dióme por soñar con coronas de laurel, con Napoleón y Byron, y sin más ni más hice mi maleta, me escapé de la casa paterna y dí con mis huesos en la corte, donde pensaba encontrar ancho teatro para mis glorias. Entré en Madrid con cincuenta duros en junto y un millón de esperanzas, falto de amigos y recomendaciones; mas sin apurarme por nada ¿quién se apura á los veinte años? instaléme en una fonda ostentosa, y me propuse vivir como si tuviese todas las noches un ángel de la guarda en figura de media onza, velándome el sueño. Yo estaba entonces bien vestido. Tenia, además de las prendas necesarias para presentarme convenientemente en las reuniones más aristocráticas, varias joyas de algún valor, entre otras, un par de gemelos de brillantes, que había heredado, y un magnífico reloj de oro, con cadena y dijes, regalo de un tío mío, canónigo en la santa iglesia catedral de Granada. Cualquiera, pues,

viendo mi porte, habría podido tomarme por el hijo de un grande de España, ya que no por uno de esos príncipes que ahora se usan, y están siempre visitando las cortes de Europa de incógnito... *conocido*.

Dejadme llorar sobre las ruinas de mi elegancia perdida, hoy que puedo salirme, sin tropezar en los bordes, por los agujeros de mi capa!

Pero prosigo. La vanidad, que había sido el móvil de mi escapatoria, se empeñó en perderme y se salió con la suya. Marchaba yo por las calles de la coronada villa con la cabeza erguida, la mirada altanera y el paso majestuoso y lento, como diciendo á cuantos se cruzaban en mi camino: — Paraos y admirad, que no siempre se os presentará tan buena ocasión. — Ocioso me parece advertiros que nadie reparó en mí, ni me *comprendió*, lo cual no es extraño, porque tampoco yo me comprendía, y que en estas bienandanzas del amor propio, dí fin á mi último real sin haber realizado la última de mis ilusiones.

¡Cuánto echaba yo de menos en mi solitario aislamiento, conforme iba sintiendo los estragos de la pobreza, las frases cariñosas de mi tío el canónigo y de sus contertulios, aquellas frases que penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, como animándole para mayores empresas! Ya no oía decir á mi alrededor: «Este chico promete. La verdad es que mi sobrino tiene muchísimo ingenio, y que, si no se malogra, llegará á ser honra de su familia y de su patria.»

Ya no veía á mi madre llorar y reir de gozo, siempre que escuchaba mis alabanzas.

Ni á mi tío esponjarse de alegría. Ni á mis hermanas... pero, adelante!

Según creo haberos dicho, mis ilusiones duraron poco, desvaneciéndose tan rápidamente como los juramentos de amor, que se olvidan á los breves días de haberlos prestado. Escribí varias poesías lacrimosas en que agoté todos los sentimientos de mi alma desengañada y abatida, y las publiqué en un periódico semanal de literatura, que leíamos solo sus redactores. Y como cada día iba estrechándome más el círculo de hierro de la necesidad, pretendí ver si para remediarme, vendía una novela romántica, *El jorobado,* que había compuesto en mis horas de decepción; mas fueron infructuosos cuantos pasos dí en busca de editor, hallándome al cabo de dos meses de inútiles tentativas, lleno de manuscritos y deudas, con mucho genio, al decir de las gentes, pero sin una peseta.

Para colmo de desgracia, el amor, ese diablo juguetón que se divierte en turbar el sosiego de los mortales, encendiendo lo mismo la sangre del adolescente que la del viejo, se apoderó con violencia incontrarrestable de mis sentidos. Yo que había resistido las miradas de fuego de mis apasionadas paisanas, rendíme á la celeste dulzura de unos ojos azules y quedé preso en las hebras de unos cabellos rubios, como las espigas de trigo doradas por el sol. ¡Qué encantadora era Elena! Figuraos un angel, aéreo como la ilusión naciente, bullicioso á veces como la primera brisa de mayo y á veces melancólico como una despedida... Pero no os figuréis un angel, sino un demonio. Aquel

vaso tan maravillosamente cincelado, hecho para ofrecer el néctar á los dioses, sólo encerraba veneno; aquel cuerpo tan celestial no tenía un alma que le animara: era orgullosa y seca; amaba sólo la vanidad y el fausto; preciábase de hermosa, y estimaba más una adulación que una caricia. ¡Cuántos dolores me hizo sufrir aquella mujer que no valía siquiera una lágrima! ¡Verdad es que una lágrima, si brota del corazón, vale tanto!

Ya no era yo el joven elegante y presuntuoso de otros tiempos; la escena había cambiado del todo. Mi reloj y mis mejores trajes estaban empeñados, y no conservaba de mi antigua opulencia más que un gabán raído, unos pantalones con fleco y un sombrero blanco... pero ¿á qué hablaros de mi sombrero? ¡Hay memorias que parten el alma! Podéis imaginaros, sin que os lo diga, cuán escasa impresión causaría yo con semejante facha en el ánimo de mi idolatrada rubia. Abrumóme á desaires que soporté con la paciencia de un enamorado, la más elástica de todas, y últimamente puso entre los dos un abismo insondable; puso un par de charreteras; se casó con un capitán.

¡Qué odio cobré entonces á la milicia!

Durante los primeros días, bajo el penoso recuerdo de la ingratitud de Elena, la sola aparición de un soldado excitaba mis nervios, haciéndome llegar al paroxismo de la ira.

Luégo fué lentamente extinguiéndose mi rencor; después miré al ejército sin prevención alguna, y acabé, en fin, por tener lástima de los capitanes...

Esto hace el elogio de Elena. Pero no anticipemos los sucesos.

Cuando llega un mal, nunca llega solo.

El desengaño de mi amor, el agotamiento de mis últimos recursos y la censura de un folleto que había impreso por mi cuenta, escrita con hiel y vinagre por un crítico á quien regalé el único ejemplar que había salido de la librería, me sorprendieron de golpe. Vuestras conciencias crapulosas no son capaces de apreciar la inmensa angustia que se apoderó de mí; por espacio de dos días estuve como loco, y no cruzaron por mi mente sino ideas de exterminio y venganza. Arrastrado por la violencia de mi resentimiento, entréme en casa de mi dulce enemiga, resuelto á culparla por su inicuo proceder; pero no bien se fijaron mis ojos en su deslumbradora hermosura, cuando olvidé mis proyectos y sólo tuve fuerzas para llorar delante de ella, como un niño.

Elena, que no pecaba de sensible, se burló cruelmente de mi debilidad; los celos, sin embargo, avivaron de nuevo las mal apagadas cenizas de mi cólera; mas cuando ya repuesto de mi flaqueza, iba á increparla como se merecía, señalóme orgullosamente la puerta, poniéndose con la mayor imperturbabilidad y desenvoltura á tocar la marcha real en el piano. Apenas tengo derecho á quejarme: ¿no era esto despedirme regiamente?

Es verdad que yo, herido en lo más profundo de mi alma, en mis ilusiones de hombre y en mis esperanzas de poeta, era como un rey destronado. Pero ¿quién

hace caso, en estos tiempos escépticos y calamitosos, de los reyes sin corona?

—¿Y qué hiciste después de esta aventura?

—¿Qué hice? Sabía yo que la embriaguez es buena amiga, algo inquieta, pero leal, y me propuse ahogar mis penas en alcohol. Con este intento, entré en un café, de donde era parroquiano asiduo, ó mejor dicho, deudor impenitente; atravesé, huyendo del bullicio, el salón principal del establecimiento y me refugié en un gabinete apartado y reducido, que sólo frecuentábamos unos cuantos amigos de la *bohemia* literaria.

Hostigado por mis desesperadas ideas, dejéme caer en una banqueta, confuso y abatido, sin reparar en un hombre misterioso, extraño á nuestras habituales reuniones, que estaba á la sazón tomando una copa de ajenjo en la mesa inmediata.

—¡Mozo!—grité dando una fuerte palmada en la tabla de mármol,—tráeme pronto ron, aguardiente, marrasquino, lo que quieras.

Á los pocos minutos estaba ya servido.

Entonces empecé á apurar copa tras copa con verdadera ansia, no parando mientes en el desconocido, que, desde que entré no había apartado sus ojos de mí, observándome con curiosidad mal disimulada.

No tardé mucho, con mis continuas libaciones, en ponerme alegre como escolar en día de asueto. Comencé á hablar solo con la volubilidad del borracho; renegué del amor; escarnecí á la sociedad, y los licores me hicieron confesar que no había en el mundo quien valiera lo que una buena botella de ron.

¡Qué filosófico estuve entonces! En aquella ocasión fuí profundamente escéptico; comprendí toda la pequeñez de los ensueños de la vida, burléme de la ambición de la amistad, del alma, del cielo... y de todo esto deduje que Byron debía embriagarse muy á menudo.

—La mujer vale bien poco—recuerdo que dije entre otras muchas sandeces.—Nace sólo para reirse del hombre...

—Menos vale el hombre—exclamó sonriendo el desconocido—pues nace para que se rían de él.

—Tienes razón—repliqué con acento trémulo, haciendo inútiles esfuerzos por levantarme de la banqueta en donde ya estaba más tendido que sentado.—Tienes razón. ¿Quieres beber? Bebe...

—No.

—Bebe ó reñimos—añadí con aire ridículamente grave.

Mi interlocutor se aproximó á la mesa, llenó de ron una copa y la apuró de un solo trago.

Entonces reparé en él.

Era un hombre extraordinario, cuya edad habría sido difícil calcular con acierto. Parecía á la vez joven y viejo, robusto y débil, atrevido y tímido: el brillo siniestro de sus negros ojos, en donde la juventud bullía, contrastaba por extraño modo con el color plateado de su bigote y luenga cabellera, erizada como la hirsuta piel de una fiera enfurecida, y su aspecto sombrío contrastaba con la sonrisa burlona que vagaba en sus labios apretados y lívidos.

Á pesar de mi estado, la presencia de aquel personaje singular me impuso. Veíanse impresas en su rostro las huellas de un crimen ó de un infortunio—acaso de ambas cosas á la vez,—y su mirada era tan penetrante y fría como la punta de un puñal. La pena



y la resignación, el remordimiento y la ira, el genio y la impotencia, todas cuantas grandezas y torturas caben en el corazón humano, se reflejaban al mismo tiempo en aquella fisonomía expresiva y amenazadora, animada y doliente...

—¿Quién era?

—¿Sería el diablo?

—El mismo, señores, el mismo. Pero dejadme proseguir, y no me interrumpáis á cada momento.

—Joven—exclamó fijando en mí su vista fascinadora, —te he oído negarlo todo, y me has dado lástima. Eres hijo legítimo de este siglo incrédulo que, según el Evangelio, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no escucha, marcha y niega el movimiento. Concibo que en las edades bárbaras, cuando el hombre, oprimido por el peso de su miseria intelectual y física, vegetaba indolente y sufrido bajo el látigo de las mayores tiranías, dudase de todo, de la finalidad de su destino para él incomprensible, hasta de sus propias fuerzas; pero ahora vuestras dudas son una blasfemia. ¡Ojalá fuesen verdad!

Yo le miraba atónito; su frase inspirada y ardiente resonaba en mi corazón como un versículo bíblico, subyugándome, á mi pesar, aquel hombre misterioso que parecía consumido por el fuego de la fe y la fiebre del pensamiento.

Sin embargo, animado algún tanto por mi creciente embriaguez, me aventuré á decir con acento sarcástico y presuntuoso:

—¡Vamos! El doctor Pangloss vive aún para regocijo del género humano.

—¡Cosa singular!—añadió mi interlocutor, como si no oyera mis palabras,—á medida que la humanidad va adelantando en su camino, menos fe tiene en sí misma y más desconfía de su triunfo definitivo. Si se levantasen del polvo las míseras generaciones de la

Edad media, se avergonzarían de veros, hijos de la Edad presente. Ellas, expuestas á todos los caprichos de la violencia, sumergidas en las tinieblas de la ignorancia, creían en Dios y tendían los brazos hacia lo porvenir como un náufrago hacia la playa hospitalaria que divisa á lo lejos, y vosotros, á quienes llegan ya los perfumados efluvios de esa misma playa, negáis lo que veis y dudáis de vuestra salvación.

—¡Ah! ¡cómo se ve que no has sufrido!—exclamé suspirando.

—¡Que no he sufrido!—replicó.—Joven, en una hora de mi vida sufro más que cuantas generaciones han existido y existirán sobre el haz de la tierra, porque padezco sin esperanza de remedio. Llegará un día, quizás esté cercano, en que el hombre se regenere; pero yo nunca podré regenerarme.

—¿Quién eres, pues?—le pregunté sorprendido.

—Nada te importa—respondió.—En medio de los dolores que os asaltan, el cielo os ha concedido el consuelo de las lágrimas, y yo no puedo llorar; ha arrojado en vuestros corazones la semilla del amor puro, que á mí me está vedado; os ha dado el descanso de la muerte y yo no puedo morir.

Difícilmente podría explicaros el efecto que las dolientes palabras de mi improvisado compañero produjeron en mi ánimo; disipáronse del todo las nieblas de la borrachera que iban invadiendo mi espíritu, y quedé como petrificado ante aquel sér maravilloso que, según confesión propia, no podía obtener ningún consuelo, ni el llanto, ni el amor, ni la muerte.

—Pero no hablemos de mí—añadió en seguida cambiando de tono.—En vano querrías comprender la intensidad de mi desventura. En vuestra manía de negarlo todo os parecéis á aquel filósofo extravagante que negaba su propia existencia. ¿No has amado y amas aún? Pues entonces, ¿por qué niegas el amor? ¿No ves á tu lado las estatuas de los héroes y de los genios? Pues entonces, ¿por qué dudas de la gloria? ¿No has estado hace poco tiempo expuesto á perder la vida por un antiguo condiscípulo? Pues entonces, ¿por qué niegas la amistad? ¿Nunca se ha sublevado tu conciencia contra la opresión? ¿Nunca has llorado contemplando algún infortunio? ¿Nunca has protestado contra la injusticia? Pues si esto has hecho, ¿cómo te atreves á sostener que no hay en el mundo grandeza, ni piedad, ni ternura, ni abnegación? Eres hombre, y como á todos, el orgullo te ciega y extravía; crees que tu corazón es el único tabernáculo del sentimiento y piensas que el alma de cuantos te rodean no se agita como la tuya, ni tiene las mismas fibras, ni sufre los mismos dolores. Cada sér humano tiene tal idea de su importancia individual, que en su orgullo mira á los demás como inferiores; pero esta misma idea le engrandece, empujándole por el camino de su perfección, porque vendrá un día, en que sin perder el convencimiento de su fuerza, comprenda la igualdad moral de su raza, como ha comprendido ya la igualdad legal y política, y entonces desaparecerán para siempre todas las tiranías: la del fanatismo, la de la autoridad y la del dinero... Ese día se aproxima...

—¿Dónde está?—le interrumpí con aire de triunfo.

—Veo, por todas partes, una sociedad caduca, seca como el egoísmo que la devora, gastada y corrompida...

—Pues bien—me interrumpió el desconocido,—en esas condiciones de muerte de la sociedad moderna, ¿no ves el augurio de la futura? Si en ésta en que vivís sólo imperan la injusticia, el fraude, la perversión y la infamia; si propende á empequeñeceros y abatiros, ¿por qué os lamentáis de la gangrena que corroe sus entrañas, ya infecundas? La corrupción sólo se engendra en los cadáveres; todo lo que está corrompido, está muerto. Pero como la humanidad no puede perecer, debéis abrigar el convencimiento de que en el fondo de esta civilización brillante, pero podrida, está fermentando ya el germen de otra nueva sociedad.

—Y mientras tanto—exclamé con profunda desesperación—los que hemos tenido la desgracia de nacer en esta época de prueba, sentimos nuestro corazón desgarrado; respiramos un aire saturado de amargos rencores y vivimos para el martirio.

—Sí—contestó él—avanzáis, como Cristo hacia el Calvario, en busca de otra redención humana y estáis apurando las últimas heces del dolor social para que vuestros hijos nada encuentren en el fondo del amargo cáliz. Vuestra misión es triste, pero sublime.

—¿Y qué debemos hacer cuantos no tengamos fuerzas para el sacrificio?—le pregunté:—¿qué debemos hacer? Mis heridas brotan sangre; he visto desvanecidas todas mis ilusiones de niño, esas aspiraciones ge-

nerosas, que, según tú, algún día se realizarán; todo lo veo negro, mezquino y despreciable. ¡Todo!

—¿Qué debéis hacer?—me contestó;—padecer con los ojos fijos en lo porvenir, como el mártir cristiano padecía con el pensamiento puesto en Dios, que era también su aspiración y su destino. Vuestra gloria será el agradecimiento de la posteridad.



—Calla —le dije— porque tus palabras me irritan. Mañana acaso las generaciones venideras, cuando hojeen el libro de la historia, dedicarán un débil recuerdo á la generación actual, que, á costa de su felicidad propia está preparando la agena. Pero ¿crees que puedo contentarme con figurar en el catá-

logo de las víctimas desconocidas, ni que me satisfaga la idea de confundir mi nombre ignorado con su nombre ignorado también, como confundiré el polvo de mi cuerpo con el suyo en el seno de la tierra? ¡Ay! no: mi ambición es más grande; ¡quiero volar! ¡Volar sin perderme nunca en la sombría noche de los tiempos y de las generaciones!

—¡Oh, Señor!—exclamó el hombre misterioso con voz entrecortada,—¡cómo me castigas! el orgullo fué mi culpa y me abandonaste, cerrándome el corazón para el placer, y arrojándome del edén en donde moras coronado de eternos resplandores: el orgullo es el delito del hombre, y no sólo lo consientes, tendiendo sobre él tu mano benéfica, sino que animas su entendimiento para que se eleve hasta ti; ¡hasta ti de quien reniega!

—¡Ser mártir!—exclamé sin hacer caso de su angustiosa queja,—¿no vale más ser tirano? La raza humana se acuerda más de quien la diezma que de quien la sirve. Dime sino cómo se llaman las infinitas víctimas de Nerón, de Calígula y de tantos y tantos monstruos como han asolado el mundo. Dímelo si lo sabes. La historia guarda silencio sobre el mayor número de estas infelices criaturas; pero no se ha olvidado de sus sacrificadores; han pasado los siglos, y todavía está presente su nombre en la memoria de los pueblos.

—Es decir, que pesa sobre ellos una maldición perdurable como la mía...

—Ja... ja...—repuse irónicamente.—¡Salida más

necia que la tuya! ¿Acaso piensas que les importará un bledo esa maldición?

—Sí—respondió con acento solemne.—Su alma vive, y la execración de la humanidad es su infierno.

—¡Su alma!—añadí con aire de desprecio y duda.

—Su alma, sí—replicó,—que vagará por el espacio, sin oir una sola palabra de conmiseración, ni sentir el dulce consuelo de una lágrima consagrada á su memoria; su alma temerosa como el delito, solitaria como el remordimiento, y abrumada con el anatema de los siglos pasados, presentes y venideros.

—¿Luego el hombre no muere?—pregunté con mofa y escarnio.

—Tú lo has dicho—contestó gravemente mi interlocutor.—El hombre no muere.

—Observo—añadí riendo—que tu filosofía es bastante antigua.

—Si dudas de la misión del hombre en la tierra—me preguntó con sonrisa friamente burlona—y de su eterna existencia inmaterial; si crees que Dios, ó la fatalidad, ó la naturaleza han creado en él un sarcasmo, y dándole facultades para ser feliz, le han precipitado en el abismo de una desgracia infinita; si de todo esto estás seguro, ¿cómo vives todavía? Aniquílate; destruye con tus propias manos la obra de iniquidad de un Dios indiferente, de una fatalidad ciega ó de una naturaleza cruel, y vuelve al polvo de la tumba que es el descanso, la insensibilidad, la nada.

Ya me parece haberos dicho que el amor propio me domina. El acento irónico con que el desconocido pro-

nunció estas palabras hízome sospechar que dudaba de la firmeza de mis convicciones, juzgándome demasiado débil ó cobarde para arrostrar los peligros de su defensa. Así es que con mal reprimida ira le contesté:

—¿Y quién te ha dicho que no he pensado ya en matarme?

—¡Eres loco!—respondióme desdeñosamente.—¿Imaginas por ventura que no he leído y leo en tu cerebro como en un libro? Nunca la idea del suicidio ha conturbado tu corazón.

—Te engañas—repuse exasperado.—Hoy mismo había decidido acabar con mi miserable existencia.

Mi interlocutor soltó una carcajada sardónica que me horripiló, y sacando del bolsillo de su gabán un revólver, me lo ofreció diciendo:

—Seguro estoy de que no quieres morir.

¡Ay! no podré deciros lo que pasó por mí; todas las malas pasiones dormidas se despertaron en el abismo de mi alma. El aire de confianza con que mi improvisado compañero me negaba el valor necesario para poner término á mi vida me indignó contra mí mismo, porque descubría el secreto de mi conciencia; arrebatéle el revólver de las manos, como poseído de un vértigo, y le apoyé en mi sien...

Pero me faltaron las fuerzas y separé de mi frente el arma fatal.

Pensé en mi madre, en los días de mi infancia, en aquellos días de santa inocencia en que ambicionaba como los hombres y soñaba como los ángeles; la fría

y pavorosa idea del no ser cruzó por mi mente; tuve miedo y temblé...

Mas cuando al levantar la cabeza hallé clavada en mí la sangrienta mirada del desconocido, en nada pensé ya, turbáronse mis ideas, creíme el ludibrio de las gentes y perdí la razón.

Entonces apoyé el revólver en mi barba, disparé, y caí muerto...

—¿Sabes que la historia va interesándome?

—Y á mí.

—Y á mí también; pero me asaltan algunas dudas.

—Dímelas, y veré si puedo aclarártelas.

—En primer lugar, me parece que ese diablo, si lo es, roba su papel á Dios: es un diablo demasiado bueno.

—Quizás tendría buen vino. Además, no es la primera vez que se mete á predicador.

—¡Calla; es verdad!

—En segundo lugar, creo que te suicidaste tontamente.

—¿Y acaso para morir se necesita ingenio?

—Pero, ¿no nos explicas la conducta del diablo?

—Todo llegará á su tiempo. Ahora bebamos.

—Dices bien. ¡Bebamos!...

—¡Bebamos!...

—¡Viva tu diablo y viva el ron!

II

Cuando me dí cuenta de mí mismo, después de haber recibido el golpe mortal, me hallé en un estado que resiste á toda descripción y casi se escapa al análisis; tenía la conciencia de mi sér, pero no veía, ni oía, ni palpaba; la vida material se había extinguido en mí, y sólo conservaba íntegra la vida del sentimiento y la inteligencia.

Acaso no hay en lengua alguna palabras bastante claras y precisas para explicaros mi estado en aquel tránsito solemne de la vida á la muerte, en que, abandonando mi envoltura corporal, me sentí transportado á una región desconocida, muda y negra como la noche.

No podré deciros con certidumbre cuánto tiempo permanecí sumergido en aquel mar de silencio y tinieblas; sólo sé que de repente el espacio se iluminó para mí con vivísimos fulgores, y empecé á percibir extrañas armonías, tan dulces como el recuerdo de las horas felices. Aun cuando no podía verme á mí mismo, veía ya todo cuanto me rodeaba. ¿ Qué era yo ? ¿ Dónde estaba ? ¿ Cómo vivía ? ¿ Hallábame encerrado en una forma concreta, recogido en un punto dado del espa-

cio, ó esparcido como el aire por la extensión de la atmósfera? Pronto el grandioso espectáculo que se ofreció á mi vista inmaterial, me hizo comprender que me hallaba entre las almas de los que han sido, y libre de la cárcel de arcilla donde había estado cautivo durante mi breve pero dolorosa peregrinación por el mundo.

—¿Y qué viste entonces?

—¿Qué vi entonces? ¡Ah! ví lo que la mente humana apenas es capaz de concebir; un mundo etéreo poblado de espíritus dotados de lúcida transparencia, que vagaban por la bóveda infinita envueltos en el manto de las nubes, en la bruma del mar y en la neblina de las horas crepusculares. Mi alma estaba embebecida en la contemplación de este inmenso número de espíritus, tan inmenso como el de las criaturas que de generación en generación han cruzado la tierra; allí estaban las doncellas que habían muerto sin recibir el ósculo del amor, puras y brillantes como la llama que circunda el trono del Eterno; allí los mártires, dolientes todavía como un gemido; allí los venturosos, allí los desgraciados.

¡Desventurados de aquellos que no creen! Mil veces desventurados los que en el soplo del aura que juega con sus cabellos, en el primer rayo de sol que entra á despertarlos en su lecho, en las blandas melodías que hieren de improviso sus oídos y en los presentimientos de su corazón, nada ven, ni oyen, ni entienden; porque en el murmullo del aura, y en el rayo del sol, y en los indecisos rumores de la naturaleza, se les

acercan y hablan los espíritus emancipados de la vida terrena, los seres que amaron, la humanidad que ha muerto! ¿Quién no ha creido percibir alguna vez en sus noches de insomnio algo parecido al rápido giro de sombras que pasan, de besos que estallan, de suspiros que se pierden en el silencio y de místicas voces que parecen descender de lo alto ó venir de muy lejos? No; la existencia no acaba en la profunda lobreguez de la fosa; hay un más allá consolador, una esfera ultramundana desde la cual los que han sido velan por los que son, tranquilizándolos en sus aflicciones, enjugando sus lágrimas y cicatrizando sus heridas con el celeste bálsamo del olvido. No lloréis los que hayáis perdido á vuestra madre, á vuestra amante ó á un amigo, porque durante las noches sus apacibles almas vendrán á halagaros en forma de sueño; porque la sombra que pasa, el suspiro que os conmueve y la voz que os adormece, son suyos, son recuerdos que os consagran, son sus palabras, son sus caricias.

Pero no creáis que allí todas las almas son felices. ¡Ay no! También el dolor alza su frente tétrica en el seno de la inmortalidad; también hay allí almas solitarias y aisladas en medio de sus compañeras, tan tristes como cuando arrastraban la pesada cadena de su vida mortal.

Son las vírgenes enamoradas que aguardan la venida de su prometido para subir, confundidas en un mismo beso, á la presencia de Dios; son los tiranos y los verdugos que no encuentran en el mundo un corazón sobre que posarse ni una memoria que refrescar

con su recuerdo; son las madres que anhelan estrechar en su regazo espiritual, como estrecharon en su regazo corpóreo, al hijo de su amor; son los suicidas, de quienes huyen los elegidos del cielo; son las almas que esperan y las que no esperan nada!

Allí están, según os he dicho, los azotes de la humanidad, solos, sombríos y atormentados. ¡Ah! cuánto sería su placer si pudieran borrar con su llanto las huellas de sangre que dejaron impresas en la tierra, para no oir en su aislamiento los gemidos incesantes de sus víctimas, la execración de los vivos y la interminable acusación de los muertos! Su espíritu gira por el espacio abrumado de fatiga; cada hora, cada día, cada siglo que pasa, deposita sobre su memoria un anatema sin fin, y la historia implacable transmite de generación en generación su aborrecido nombre para que nunca terminen las maldiciones de la humanidad.

Cuando más absorto estaba en la contemplación de aquel mundo maravilloso, sentíme de súbito arrebatado como por fuerza interior y secreta, y otro nuevo cuadro apareció ante mí. Halléme en la corte de España, crucé rápidamente como un pájaro sus arterias principales, y por último, detuve el vuelo sobre la calle de Fuencarral, que á mis piés animada y bulliciosa se extendía. Precisamente pasaba por ella á la sazón un carro mortuorio, y sin dificultad comprenderéis mi sorpresa cuando os diga que en él, encerrado en humilde caja de pino forrada de tela negra, alcancé á ver al través de la tapa un cuerpo muerto, cuyo des-

figurado y amarillento rostro conocí en seguida. ¿Cómo no, si era el mío?

Marchaba detrás de mis restos mortales larga comitiva de amigos, émulos y curiosos que conducían mi cadáver á la última morada con la mayor indiferencia del mundo. Entonces ví que muchas personas señalaban mis fúnebres despojos, como lamentándose de mi trágico fin, y que otras leían, aplaudiéndolas, varias poesías impresas en el periódico de un editor que me había despreciado en vida: todo esto ví sin poder llorar, ni aplaudir, ni reirme.

Un incidente inesperado vino á sacarme de mi meditación. Mi entierro se detuvo, y la gente comenzó á arremolinarse al rededor del coche mortuorio que me conducía, ó mejor dicho, que conducía la parte material de mi sér. Unos gritaban, otros levantaban las manos al cielo, y algunos se reían, sin que acertara á explicarme la causa de tanta algazara y confusión. Mas cuando me disponía á averiguarlo, la fuerza impulsora que se había apoderado de mí, arrebatóme de nuevo, alejándome del sitio en que mi cuerpo estaba expuesto á la curiosidad pública, con tanta rapidez como si volara empujado por el huracán.

¿Qué les habrá pasado á mis pobres restos mortales—pensaba yo al separarme de ellos,—que así llaman la atención?

Antes de haber terminado mi monólogo, me encontré, sin que supiera cómo ni por dónde había penetrado, en un gabinete sencillo, pero amueblado con gusto y elegancia, donde una dama, que reconocí con

placer mezclado de amargura, sostenía en sus convulsas manos un periódico, humedeciéndole con su llanto. Era Elena. ¡Elena hermosa siempre y siempre amada!

¡Qué incomprensible es el corazón femenino! Lloraba por mí, cuyo triste fin acababa de leer en el diario á que estaba suscrita; por mí á quien pocas horas antes había maltratado sin compasión.

La desgracia me perseguía; yo que había vegetado oscuro en la tierra, sin que nadie se fijase en mí, veía después de muerto elogiado mi mérito, oía entonar una elegía al pié de mi tumba y tocaba en los linderos de la celebridad. Todavía, como si esto no fuera bastante, la mujer que había envenenado los días de mi juventud, mojaba con su llanto mi nombre, adoraba mi recuerdo, lamentábase de mi suerte y comprendía, cuando ya era tarde, la grandeza de mi amor.

El periódico que daba cuenta de mi muerte se expresaba en estos términos:

«Ayer se suicidó, impulsado, según se asegura, por violenta y mal correspondida pasión, el joven poeta don Julián de Mendoza. Las letras han perdido en él un genio, y sus amigos un compañero leal y generoso...»

No quise leer más, y caí en honda melancolía. Es decir, pensaba yo, que el amor y la gloria me buscan cuando ya no pueden encontrarme; que esa mujer y esa sociedad, á quienes veo ahí compadeciéndome, se interesan por los cadáveres y dejan sucumbir á los desgraciados, y juzgan más cómodo enternecerse por

un muerto que tender la mano al desvalido!...—No lloréis por mí, no lloréis, porque vosotros me habéis asesinado—habría yo gritado, si hubiese podido.—¿Qué os pedía para vivir? Un poco de amor y de aprecio, que me negasteis sin escrúpulo, para venir después á arrojar sobre mi sepultura, como un sarcasmo, tú, mujer, el corazón; tú, sociedad, la gloria!

—Sería oportuno que suprimieses tus lamentaciones.

—Sois intolerantes; pero os complaceré. Prosigo pues mi historia. Otra vez, cuando más sumergido estaba en mis desconsoladoras meditaciones, me sentí arrastrado, á pesar mío, y crucé precipitada y vertiginosamente montes, valles, ciudades y aldeas. Todo desaparecía debajo de mí con celeridad increíble, y si hubiese tenido cuerpo, me habría creído transportado por el caballo, hijo del viento y de la llama, que en el poema de Ariosto dan á Astolfo los encantadores.

Pero no obstante la velocidad con que surcaba los aires, distinguía los campos sembrados de trigo, que agitados por el aura é iluminados por el sol parecían ríos de doradas ondas; los bosques frondosos, las húmedas alamedas, las tranquilas lagunas, los fugitivos arroyos, las casas de los pueblos por encima de los cuales pasaba, y hasta los hombres que á mis piés aparecían como un hormiguero. ¡Ay! bien pronto principié á conocer sitios para mí queridos, que traían á mi memoria suaves recuerdos de la infancia. Entraba en mi país natal; en la tierra donde se había mecido mi cuna

y donde no hay caserío, senda, piedra ni árbol que no despierte en mí inefables sentimientos y dulcísimas reminiscencias.

Allí estaba la iglesia donde por vez primera mis ojos apasionados se fijaron en una mujer; allí el bosque de naranjos y limoneros donde la declaré tímido y confuso mi amor de adolescente; allí el jardín solitario, donde en las ardientes noches del estío, mi madre, teniéndome en su cariñoso regazo, me contaba historias de brujas y duendes, mientras yo seguía con absorta mirada el curso sosegado de la luna y aspiraba el ambiente impregnado de aromas de las veladas de Andalucía.

¡Con qué emoción tan viva atravesé las calles, plazas y paseos de la ciudad, y con qué enternecimiento me vi de pronto en una de las más retiradas habitaciones de mi casa paterna! ¡Ay! el cuadro que entonces presencié, nunca se borrará de mi mente.

Mi madre, pálida y desencajada, con la mirada atónita y la voz balbuciente y enronquecida, leía, ó más bien sollozaba las frases de una carta que apretaba con trémula mano. Apoyadas en el respaldo de su silla, hallábanse, no menos afligidas, mis dos hermanas, y detrás de ellas, el novio de la menor, que había sido mi amigo de infancia.

«La noticia que tengo que comunicar á ustedes—decía la carta—es triste; pero confío en que ustedes tendrán valor y resignación para saberla. Dios jamás abandona á sus criaturas. Julián en un momento de ciego arrebato ha atentado contra su vida...»

Mi madre no pudo continuar leyendo y cayó desmayada.

Mis hermanas dieron libre rienda á su dolor con entrecortados gemidos.

¡Infeliz de mí! Al notar la intensísima pena de la que me había dado el sér, tuve vergüenza de mí mismo y me arrepentí de mi crimen. Si hubiera podido volver á la vida, lo habría hecho para precipitarme á sus piés y pedirla perdón de mi extravío.

No sé si seréis capaces, tanto os ha embrutecido la orgía, de apreciar el sentimiento que me inspiró la aflicción de mi madre...

—Sí, sí: prosigue. Las apologías del cariño maternal son ya viejas...

—Aunque siempre verdaderas y conmovedoras.

—Es verdad, pero suprímelas.

—Por fin, mi madre recobró el uso de sus sentidos, y yo, sin poder contenerme, me arrojé en sus brazos. ¡Oh santo influjo del amor que María ha depositado en el seno de todas las mujeres! Espíritu, ó sueño, ó nada como yo era, mi madre me sintió, vióme con los ojos de su alma, y cruzando los brazos sobre el pecho exclamó, dando un suspiro:

—¡Ay! no sé, Dios mío; pero creo que le estrecho contra mi corazón!

¿Os acordáis del Dante, cuando al entrar en el Paraíso encuentra á Beatriz, su mística prometida, y tiende tres veces hacia ella las manos, y tres veces vuelven éstas á su pecho sin haber podido tocar la púdica sombra? Mi madre fué más afortunada, y es

porque el amor, por grande y puro que sea, no puede llegar á donde llega el cariño maternal, ese manantial de inefables goces, cuyas ondas cristalinas, bajando del cielo, si se enturbian alguna vez, nunca se estancan ni corrompen.

De repente arrebatado contra mi voluntad por el espíritu misterioso que me conducía en sus alas invisibles, me sentí arrancado de aquel seno querido. Al alejarme de allí, observé que el novio de mi hermana, aprovechándose de la confusión que la noticia de mi muerte había producido, se apoderaba de la mano de su futura, para imprimir en ella apasionado beso.

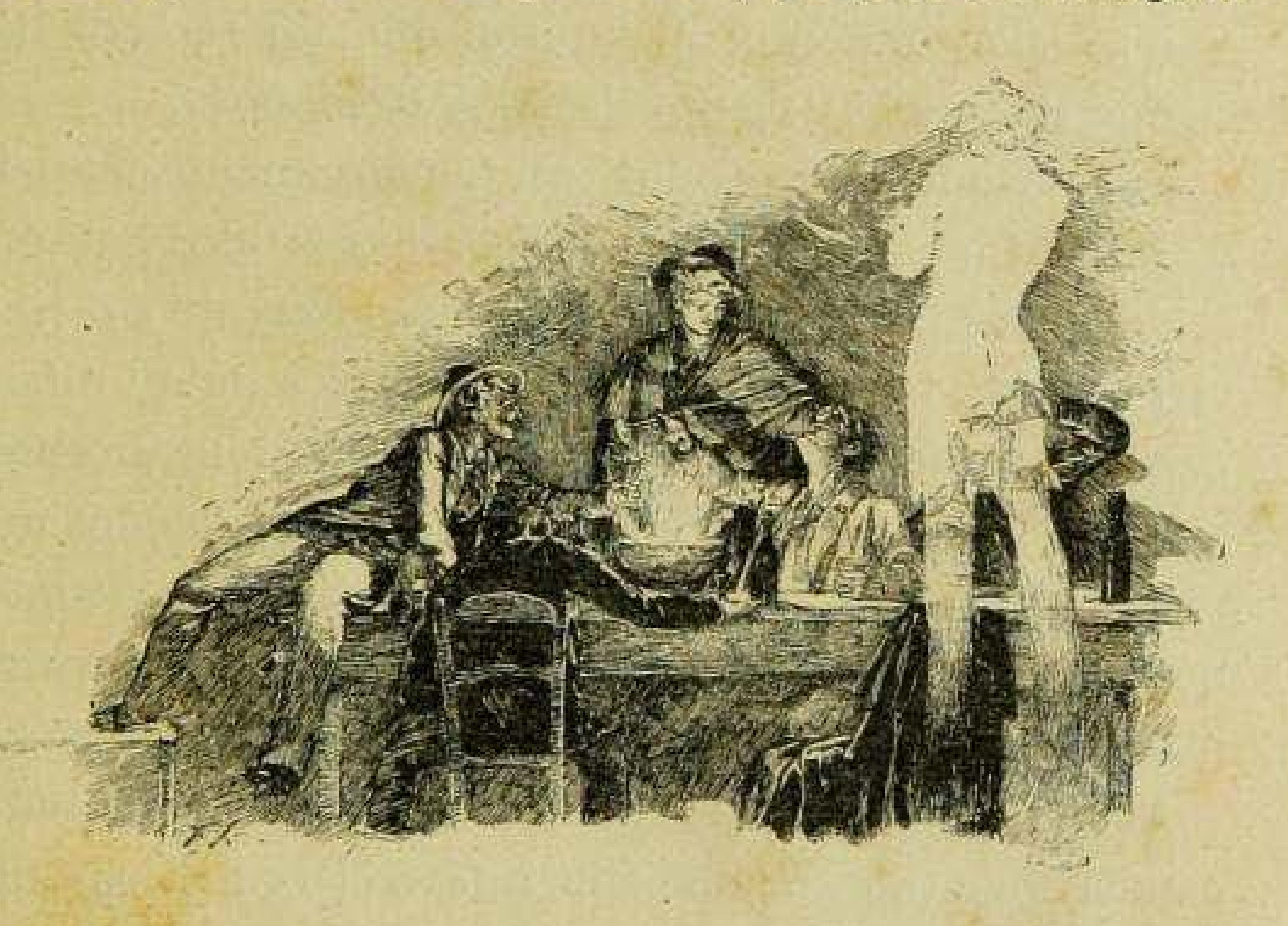
La ocasión no era la más oportuna para estos arranques; pero ¡qué dolor no se profana en el mundo!

Tan inesperadamente como de costumbre, vime de improviso en la casa de un antiguo amigo mío, donde se hallaban alegremente entretenidos, él y otros compañeros de mi infancia, quizás aquellos que más había querido. Sentados al rededor de una mesa, literalmente cubierta de botellas y copas, en cuyo centro aparecía ancha ponchera inflamada, asemejábanse, vistos á la lívida luz del ron, muertos que acababan de abandonar sus sepulturas. Reinaba ya entre ellos el loco entusiasmo de la embriaguez, y reían, y gritaban, y cantaban á un tiempo, sin cuidarse de Dios ni del diablo: ¡ni de mí que presenciaba sus placeres, imposibilitado de tomar parte en la báquica fiesta!

Poco después la puerta de la sala se abrió dando entrada al novio de mi hermana Petra. Su aflicción había desaparecido, y habría sido imposible descubrir en su

rostro coloradote y risueño, el menor vestigio del pesar que mi suicidio parecía haberle ocasionado.

—Buenas noches, chicos—dijo sentándose al lado de uno que, como vosotros, estaba á punto de dar con su cuerpo en tierra:—¿nada hay ya para los amigos?



—Todavía queda bastante ponche para embriagar á la vecindad. ¡Bebe!—le respondió el interpelado.

El novio de Petra llenó un vaso hasta los bordes y lo llevó á sus labios.

—Brindo—dijo—por el alma de Julián de Mendoza que estará ahora ardiendo en los infiernos.

—¿Qué dices?—le preguntaron asombrados los demás.

Mi futuro cuñado, á quien el deseo de aparecer gracioso y no su mal corazón, le hacía burlarse de mi muerte, dió cuenta en breves frases al bullicioso concurso de mi crimen y del dolor de mi familia.

—¿Con que se ha suicidado Julián?—exclamó uno de los oyentes, que hasta entonces no había intervenido en la conversación.—¡Pobrecillo!

—Siempre he creído que ese muchacho era tonto —añadió otro con voz balbuciente y vinosa.

—¡Y por una mujer!—refunfuñó un tercero haciendo una mueca despreciativa y desdeñosa.

—¿Qué queréis?—repuso sentenciosamente el novio de mi hermana—cuando se carece de sentido común...

Yo estaba indignado; varias veces pretendí precipitarme sobre los desnaturalizados amigos de mi niñez; pero mis esfuerzos fueron inútiles. En aquella circunstancia, mal aconsejado por la ira, eché de menos mis piés y mis manos, porque habría emprendido de muy buena gana á golpes con los que no tenían para mí más oración fúnebre que el sarcasmo y la indiferencia.

Afortunadamente el inquieto espíritu, á cuyo poder estaba sometido, hízome de nuevo cruzar el espacio; pasé, como antes, por cima de los campanarios de mil aldeas, de campos incultos, de ciudades, selvas y montañas, hasta que al cabo de breves instantes caí, como al principio de mi peregrinación, en las más hondas tinieblas. El tránsito fué tan rápido que apenas pude darme cuenta de su duración; después me detuve, abrí los ojos, y con no poca sorpresa me encontré...

—¿Dónde?

—Dentro de mi cuerpo.

—¡Ja, ja, ja!...

—No os riáis, que aún no he concluído. Grande fué mi asombro cuando me ví acostado en la cama de un

hospital. Varios amigos míos habían conseguido, por gracia especial, que me asistiesen dos hermanas de la Caridad, conociendo, sin duda, que el cuidado de estas santas mujeres es más afectuoso y solícito que el de los hombres. Difícilmente podré explicaros el efecto que me produjo su presencia; abundantes lágrimas corrieron por mis mejillas; al observar su cariñoso esmero para conmigo me acordé instintivamente de mi madre; y pasó por mi imaginación, como un relámpago, vaga y confusa idea de mi fantástico y espiritual viaje.

No soy muy creyente, aunque no me faltan, á la verdad, razones poderosas para serlo; pero os confieso que no conozco nada tan heróico, nada tan santo como el instituto de las hermanas de la Caridad. Entregarse al dolor como una mujer apasionada se entrega al deleite; curar las heridas del cuerpo y las del alma; dulcificar la agonía del moribundo; devolver su fe en el lecho de muerte al incrédulo; hacer que el impío mezcle en su postrera hora el nombre de Dios con el de su madre, bendiciéndole; consagrar la vida, las ilusiones, las esperanzas, ¡hasta los deseos! al consuelo del desgraciado; ser en fin la última familia del que no tiene ninguna... ¡Oh bienaventuradas mujeres! ¿qué misión más sublime que la vuestra?

—¡Bien, bien! Pero basta de digresiones sentimentales.

—Cierto; debía saber que tenéis el corazón demasiado corrompido para comprenderlas; sigo, pues.

Á pesar de mi postración física y moral, pude apre-

ciar, sin engañarme, la gravedad de mi estado. No se me ocultó que era peligroso, y me convencí más de ello, cuando siguiendo con el pensamiento, porque mis manos, así como todo mi cuerpo, estaban paralizadas, la dirección del intrincado vendaje que cubría mi rostro, calculé aproximadamente la extensión y profundidad de mis heridas. Ya veis las cicatrices; la bala del revólver, rompiendo mi mandíbula inferior y parte de la superior, había penetrado en el pómulo de mi mejilla izquierda, á pocas líneas del ojo: la herida fué, pues, desde un principio considerada como mortal. Una de las hermanas de la Caridad se acercó apresuradamente á mi lecho, colmándome de afectuosas atenciones, en cuanto me vió dar señales de vida, mientras que su compañera subía en busca del médico del hospital.

No se hizo esperar el doctor, que era hombre como de cincuenta años, austero y frío como todos los que se acostumbran á presenciar los dolores físicos y á no ver en el sér racional más que un conjunto de sangre, arterias, nervios y vísceras. Entró sin hablar palabra, y aproximándose á la cama, se apoderó de mi mano inmóvil y helada.

—Bien—dijo contestando á su propio pensamiento,—hemos vencido el tétanos; escribiré este caso, que puede darme reputación y aumentar mi clientela.

Me recetó, antes de marcharse, una poción antiespasmódica y salió de la sala, grave, indiferente y silencioso como había entrado.

¿Qué era lo que había pasado por mí? ¿Era sueño

mi peregrinación por un mundo inmaterial? ¿Sería acaso el delirio de la fiebre, el que, transportándome á los espacios desconocidos me había hecho ver aéreos fantasmas, y oir regaladas y dulcísimas armonías? ¿Había estado vivo ó muerto? ¡Ay! yo recordaba con éxtasis el océano de luz en que había navegado; la alegría de los bienaventurados y la desesperación de los réprobos; conservaba memoria del llanto que había visto derramar á Elena, del ardientísimo dolor de mi madre, de la burla de mis amigos de infancia, hasta de mi entierro... Pero, ¿cómo me veía, después de esto, vivo, solo y abandonado en el lecho de un hospital?

Procuré hablar á fin de disipar mis dudas; mas las hermanas de la Caridad, cumpliendo las prescripciones facultativas, me impusieron silencio. Callé, pues, esperando mejor ocasión, y no tuve por qué arrepentirme de mi obediencia á los preceptos científicos.

Lentamente mis ojos fueron cerrándose y caí en largo y sosegado sueño, que reanimó mis abatidas fuerzas. Cuando desperté podía mover mis miembros, hasta entonces entumecidos; respiraba con menos dificultad y mi cerebro estaba más sereno. El médico volvió á visitarme y se maravilló de mi mejoría. Estuvo conmigo algo más complaciente y hasta se permitió reprenderme por haber atentado contra mi vida.

—De cualquier modo—añadió—la locura de usted me ha proporcionado el gusto de estudiar un caso completamente nuevo en los anales de la medicina; casi una resurrección.

—Me alegro—respondí sonriendo—de haber sido

para la ciencia y principalmente para usted un caso curioso de patología.

Preocupado con la idea de mi viaje por la región de los espíritus, sorprendióme la noche sin haber podido resolver si aquel extraordinario misterio había sido sueño ó realidad. Á mis oídos llegaba el rumor de la anhelante respiración de mis desgraciados compañeros de sala, y varias veces interrumpía mi meditación el hondo gemido de algún desventurado, que luchaba en el lecho vecino con el dolor y quizás con sus recuerdos.

Una lámpara colgada en el extremo de la sala, ante la imagen de la Reina de los Cielos, esparcía por el lúgubre recinto tenue y vacilante luz, que en los últimos términos apenas podía quebrantar la intensidad de la sombra. Era aquella penumbra una especie de crepúsculo prolongado entre la luz artificial y las tinieblas; pero un crepúsculo melancólico y desolador que comprimía el ánimo y hacía pensar en la muerte.

Yo seguía con vista distraída, en tanto que mi imaginación se perdía en un dédalo de caprichosas conjeturas, el leve movimiento de la sombra que, agitada por las oscilaciones de la luz, se proyectaba en la pared, trémula y casi amortiguada. Estaba ya á punto de dormirme, cuando me pareció oir ruido cerca de mí; al principio no me fijé en él, pero bien pronto un golpe dado cuidadosamente sobre mi almohada, me hizo salir del estado de soñolencia en que había caído; miré con más atención y ví sentado á la cabecera de mi cama, ¿á quién diréis?

—¿Á quién?

—¡Al diablo! El diablo era, sí; el mismo que en el café hizo escarnio de mi escepticismo y puso en mis manos el arma homicida. Iba vestido con el traje con que le vi la primera vez; sus ojos esparcían el mismo brillo amenazador que tan poderosamente influyó sobre mí en aquel trance sangriento, y en su boca irónica vagaba la misma sonrisa que más aún que la desesperación, había contribuído á mi suicidio. ¿Por dónde había entrado? No lo sé. Sólo sé que tuve miedo, que quise gritar y la voz no me obedeció; sólo sé que quedé inerte y sobrecogido de espanto como un criminal delante de sus remordimientos.

—¿Cómo estás, joven?—me preguntó con acento grave y solemne.

Yo permanecí callado.

—Larga ha sido tu peregrinación—añadió en el mismo tono—y confío en que te habrá sido provechosa. Has recorrido, niño incrédulo, el mundo y el cielo, viendo por ti mismo que el descanso no existe en la vida ni en la muerte, sino en la tranquilidad de la conciencia.

—¡Ja, ja! Ese buen diablo es una sátira contra Dios...

—Calla, blasfemo, y déjame concluir.

—Si te parece, descansaremos un rato, y beberemos.

—Dices bien, ya es tiempo de que remojes tus fauces.

—Pues choca tu vaso...

—Brindo...

—¿Por quién?

—Á la salud de tu demonio tutelar.

III

Como comprenderéis bien, no me hallaba dispuesto á entablar ninguna polémica con mi compañero de café, ni era una discusión filosófica lo que más me convenía entonces. Callé, pues, hasta reponerme del susto que me había producido su súbita aparición, y después, cobrando ánimo, le interrogué sobre mi viaje por el infinito imperio de las almas.

—¿Es verdad ó no que he estado muerto?—le pregunté con ansiosa curiosidad.

Miróme sonriendo mi improvisado amigo y contestó sin vacilar:

—Verdad es.

—¿Y ahora?...

—Ahora vives—añadió sonriendo.

Aun cuando hasta aquel momento no tenía yo certidumbre alguna acerca de la infernal procedencia de mi interlocutor, me había acostumbrado instintivamente á mirarle como un sér sobrenatural y poderoso. No creía en diablos, ni duendes: mi razón rechazaba su existencia; pero á pesar de todo, mi débil corazón se rendía al miedo. Mi cabeza era incrédula, mi sentimiento supersticioso.

Pero, ¿acaso no es natural que ofrezcamos esta extraña mezcla de fe y de duda los que, habiendo nacido bajo el hermoso cielo de España, hemos recibido nuestras primeras impresiones en una sociedad saturada de fanatismo? Han pasado por nuestra patria muy pocos años desde la revolución, para que nuestro espíritu no se resienta todavía del pesado yugo á que ha estado sujeto. Nuestros maestros, ó por lo menos, los de nuestros padres, han vivido en el claustro; el claustro no es ya lo que ha sido; pero las instituciones no mueren cuando pasan; su influencia flota aún por mucho tiempo en la atmósfera social, y vive en las costumbres, sentimientos y creencias, aun después de estar enterrada en los entendimientos.

Pero continúo.

Gracias, por un lado, á mi superstición exaltada entonces por la dolencia, y por otro, al mal borrado recuerdo que conservaba de mis aventuras ultraterrenales, dí completo crédito á las palabras de mi interlocutor misterioso, y quise conocer el arcano de mi muerte y de mi resurrección.

—Tú querrás saber—me dijo el diablo adivinando mis deseos—cómo has podido estar muerto, y voy á satisfacer tu curiosidad impaciente. Cuando impulsado por la vanidad aún más que por la pena, pusiste fin á tu existencia, tuve intenciones de dejarte entregado á tu eterna desesperación de suicida; pero después, un sentimiento que en vano había pretendido ahogar, me hizo variar de resolución. No trataré de describirte el efecto que tu criminal atentado produjo en el café;

atraídos por la detonación del arma de fuego que yo había puesto en tus manos, acudieron en tropel al lugar de la catástrofe muchos parroquianos y el dueño del establecimiento, y puedes pensar cuál sería su estupor cuando te encontraron solo—porque yo había desaparecido entre el humo de la pólvora,—bañado en sangre y completamente desfigurado. Algunos fueron en busca del juez y otros en la de un cirujano; pero cuando ambos llegaron, ya era tarde; tú no eras más que un cadáver, una nueva víctima de la locura humana.

No faltaron chuscos que se chancearan, ni mujeres que hicieran como que se enternecían, ni rateros que se aprovechasen del tumulto en beneficio propio; se habló de tu desgracia por espacio de una hora y se te olvidó en otra.

Gracias al influjo de algunas almas caritativas, se dispuso inmediatamente tu entierro. Dificultades casi insuperables hubo que vencer para que la Iglesia te concediese sepultura sagrada; negábase á ello y sólo después de innumerables esfuerzos, se consiguió debilitar su resistencia.

Ya viste la pompa fúnebre con que te conducían al Campo Santo; pero lo que no pudiste ver fué el asombro que se retrató en el rostro de cuantos te acompañaban cuando oyendo extraño ruido dentro de la caja, observaron al levantar la tapa del féretro que tu cuerpo se movía, alzando primero un pié, luégo una mano y por último la lívida y ensangrentada cabeza.

—¡No está muerto, no está muerto!—gritaron algunos.—¡Por poco lo enterramos vivo!

Hubo voces, corridas, sustos, desmayos, ayes y congojas, hasta que, por fin, se desvaneció el cortejo fúnebre y se condujo tu cuerpo á esta sala del hospital. Los cirujanos, y singularmente el que primero te reconoció, afirmaban y juraban que te habían visto muerto; pero ante la inflexible y testaruda tenacidad de los hechos, la ciencia tuvo que callar dudando de sus anteriores afirmaciones.

Sólo un viejo obregón farfulló mirándote de reojo y rascándose la oreja:—¿Si tendrá los malos en el cuerpo?

Y no se había equivocado; un espíritu potente que se tomaba interés por ti, había penetrado en el tabernáculo de tu alma; él sostenía vida ficticia en la materia próxima á descomponerse; él revivía el aniquilado fuego de tus sentidos; él, en fin, despertaba el movimiento de tus miembros paralizados.

El espíritu te esperaba.

No quiero recordarte tu peregrinación; presente está todavía en tu memoria y lo estará por siempre el grandioso espectáculo que has presenciado; dichas eternas y eternas aflicciones, todo lo has visto y todo lo has sentido al recorrer las esferas del cielo y del mundo; los muertos y los vivos han pasado delante de ti como los fantasmas de un sueño, como las creaciones de la calentura...

Has conocido el hipócrita sentimiento de los hombres que te trataban; las mentidas lágrimas de la mujer que te desdeña; el pesar, incomprensible por lo intenso, de tu pobre madre; el de tus hermanas y la

perversa intención de tus amigos. Has podido persuadirte, por tanto, de que la vida no acaba en la fosa, ni el dolor tampoco.

Esto bastaba á mis designios. Por eso, en cuanto dí por terminado tu prodigioso viaje, has vuelto al seno de esa materia que tan injustamente despreciáis, á pesar de que os ofrece lágrimas para sentir vuestras desdichas, sangre para vengar vuestras injurias, y nervios para engrandecer vuestros placeres.

Vive, pues, y nunca pretendas torcer el rumbo en la mitad del camino que la Providencia te ha señalado, porque tus fuerzas son escasas para contrarrestar la voluntad divina, y toda lucha en este sentido sería, aún más que temeraria, absurda.

—Pero, ¿quién es ese espíritu que ha velado por mí?—pregunté con respeto.

—Ese espíritu—contestó mi interlocutor con irónica gravedad—soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—El diablo—exclamó con aire maligno y burlón.

¡El diablo! Hasta entonces había estado hablando con el desconocido sin saber quién era, sufriendo pacientemente la fascinación de su mirada y dejándome, en fin, conducir por él como barquilla sin timón ni remos, que arrastra la corriente desbordada de un río. Pero una sola palabra despertó en mí las preocupaciones de la infancia; ví el infierno abierto á mis piés con todos los horrores que la imáginación española, sobreexcitada con tres siglos de Inquisición, nos presenta; sentí los agudos tormentos de los condenados,

presencié sus horrendos suplicios, y temblé, mis cabellos se erizaron, y quise gritar, intenté pedir socorro, y la voz se ahogó en mi garganta.

Poco á poco fuí serenándome, y la duda penetró en mi alma. Dudé porque no veía.

Santo Tomás es la personificación de la razón humana: ésta, como aquel, no cree mientras no se le impone la evidencia, y niega lo que no comprende hasta que la verdad austera sale á su encuentro y anonada su orgullo.

Ya algún tanto recobrado de mi susto, me aventuré á preguntar á mi fantástico interlocutor, con cierto dejo de incredulidad, la causa del interés que yo le inspiraba, á lo cual contestó, al parecer sumamente afectado y casi enternecido:

—Porque... ¡porque soy tu padre!

Al oir esta inesperada declaración, me agité, á pesar mío, convulsivamente en la cama, si bien el diablo hizo como que no advertía mi sorpresa.

Á no estar borracho no os diría lo que voy á deciros; mas no quiero tener para vosotros ningún secreto. El alcohol es comunicativo, y además, no es justo que un hombre como yo se avergüence de su ascendencia.

—Tú desearás conocer—me dijo—el misterio de tu origen, y voy á descubrírtelo para disipar tus escrúpulos.

Ya sabrás que el marido de tu madre, D. Diego de Mendoza, tenía la pasión de la caza; ante un conejo ó un gamo, se oscurecían en su alma todas las afeccio-

nes del mundo: un monte era para él casi el cielo...

Una fresca mañana de noviembre salió D. Diego de su casa, seguido de sus perros, con dirección á un soto escondido en las entrañas de Sierra Nevada, que era propiedad de un amigo suyo. Aquel día fué fatal para él; toda la mañana y una gran parte de la tarde estuvo recorriendo la posesión sin cobrar una sola pieza; sus ojos parecían haber perdido la puntería y sus perros el olfato.

Asendereado y molido D. Diego abandonó el soto, ya cerca del anochecer, encaminándose hacia su casa, pero antes de llegar, el cielo empezó á nublarse y poco tiempo después estalló una tempestad furiosa. El agua caía á torrentes; profunda oscuridad le envolvía, tanto más siniestra cuanto que por intervalos la rasgaba la lívida luz de los relámpagos. D. Diego, apresurando el paso se refugió en un cortijo situado media legua escasa de Granada, donde halló franca y cordial hospitalidad.

Al cabo de tres cuartos de hora se disipó la nube; mas el señor de Mendoza ya no pensó en emprender de nuevo su interrumpida marcha. Habíase aficionado á una joven que parecía ama del caserío y que no recibía con indiferencia las frases enamoradas del galante cazador.

Esta mujer era, sin saberlo, mi amada, y una amada digna de mí; sus ojos negros y rasgados despedían rayos de deleite, que apenas podían amortiguar sus largas y sedosas pestañas. Su árabe y atezado rostro era el reflejo del amor, pero del amor vivo,

frenético, nervioso, que, sin herir el corazón, le enciende y arrebata.

La noche cerró por completo, y D. Diego se resolvió á pasarla en el cortijo con el consentimiento de la apasionada Juanilla. Era aquel el día en que yo acostumbraba, desde cinco años antes, á bajar á sus brazos. Á las altas horas de la noche penetraba invisible en su lecho, y amante vigoroso, aunque impalpable, rendía con mis caricias su naturaleza de fuego. Terrible era la lucha que, sin conocerme ni verme siquiera, sostenía la pobre joven conmigo, porque yo sólo me hacía sensible para ella como el desbordamiento de un deseo, como una pesadilla, como un delirio...

Desde las doce de la noche del día anterior al de mi llegada, Juanilla presentía mi proximidad como el ave amedrentada presiente la proximidad de la borrasca. La materia, dormida todo el año, despertaba entonces ardiente y frenética, ahogábanla incomprensibles ansias, y su alma, atormentada por el vértigo, aspiraba al placer como el alma del poeta aspira en sus sueños á la inmortalidad.

Los primeros serán los últimos; los últimos serán los primeros. Juanilla, encendida en el fuego de una pasión desbordada, no pudo resistir las seducciones de don Diego de Mendoza, y cuando yo, al sonar la última campanada de las doce en el reloj del pueblo inmediato, llegué envuelto en las sombras al cuarto de mi amada, ví que otros brazos estrechaban su seno, que otro corazón, que no era el mío, palpitaba con los paroxismos del placer junto al suyo...

Tú sabes lo que son los celos del hombre; pero ignoras lo que son los celos de los espíritus infernales. El pesar que entonces sentí sólo es comparable con el que me produjo la espada flamígera de Gabriel al precipitarme herido y condenado en el abismo de los dolores eternos. Temblé, temblé de ira, y todas las pasiones diabólicas se alborotaron en mí, como se alborotan las olas del mar cuando el huracán las sacude. Hubiera querido vengarme allí mismo de mi amada, inocente y culpada á la vez, y del mortal que se interponía en el camino de mi dicha; pero, ¡eran cristianos y no podía luchar con ellos frente á frente!

Deseoso, sin embargo, de satisfacer mi encono, salí, rápido como el pensamiento, de la habitación de Juanilla, y me dirigí de un vuelo á la de D. Diego de Mendoza. Penetré en ella, silencioso é invisible; después adopté la forma y el traje del hombre que había lastimado mi orgullo, y ¡quedé vengado!

Cuando al amanecer del nuevo día, tu madre se encontró sola, y supo que su marido no había llegado aún, se creyó víctima de una alucinación.

Pasados nueve meses de esta singular aventura viniste al mundo. D. Diego acogió tu nacimiento como dón del cielo y una esperanza para su familia; yo, como el fruto de mi venganza...

Lleno de estupor escuché la tremenda relación del diablo sin atreverme á ponerla en duda, porque secreto presentimiento me lo impedía. Era tan extraño cuanto me habia sucedido desde mi encuentro con el demonio que, mi razón confundida, en vano habría

pretendido discernir lo verdadero de lo falso. Combatido por los más opuestos pensamientos, callé; pero mi silencio reflejaba bien claramente la incertidumbre de mi espíritu, mi turbación y mi vergüenza.

¡Ay! después, cuando supe con todos sus pormenores las peripecias por que había pasado mi carne mortal, me convencí de la verdad que encerraba la triste historia de mi nacimiento.

—Ya no deberá maravillarte—me dijo el diablo al cabo de breve pausa—el interés que por ti me tomo: al fin eres mi hijo y debo velar por tu educación. Quiero que seas bueno, porque no deseo verte abrumado con el infortunio que pesa sobre mí, ni me disgustaría, mira si soy franco, tenerte en el cielo de corresponsal.

Al decir esto se sonrió casi imperceptiblemente, y en seguida añadió variando de tono:

—Hijo mío, hoy por hoy no puedo darte más que consejos. Desde que los gobiernos se han dedicado al tráfico de hombres, mi poder ha disminuído en la tierra y ya no compro, porque en el mercado social nada tengo que ofrecer, ¡ni siquiera una condecoración! Mas obedéceme y serás relativamente dichoso aun en medio de tus mismos pesares; en vez de mirar á los mortales con odio los mirarás con lástima y te persuadirás de lo dignos que son de compasión. ¿Habrá alguno entre ellos que ignore el precio del llanto?

Grandes son los desengaños y decepciones que todavía te esperan; pero no te desanimes. ¡El desaliento es sólo propio de las almas débiles! Vive y confía. El

dolor es la escala de Jacob; los ángeles al descender por ella se convierten en hombres; los hombres al subir se transforman en ángeles. ¡Desgraciado de aquel que desconfiado ó tímido se detiene en la mitad de su carrera!

Si la muerte sirviera para algo, te aconsejaría que pusieses término á tu existencia; si fueras el único sér infortunado, mi mano jamás te alejaría del borde de la tumba; pero la muerte es estéril, y son muchos los que lloran en el mundo. Cuatro días has permanecido sin poder apreciarlo, porque en la eternidad el tiempo no tiene medida, separado de tu cuerpo, y no has sido más venturoso en la región de las almas, que en la región de los hombres.

Cuantos os sintais heridos por los golpes de la fortuna, debéis, antes de pedir al suicidio un refugio contra el rigor de la suerte, emplear vuestras fuerzas en combatirla y vencerla. El triunfo del mal no puede ser eterno, porque entonces yo sería Dios; alguna vez reinará sin contradicción el bien sobre la tierra, aun cuando sea preciso para apresurar su advenimiento que trabajéis sin tregua ni descanso, y sin la esperanza de premio. No arrastréis vida inútil ó culpada, porque antes ó después os agobiará la desesperación y llevaréis eternamente el torcedor del remordimiento, que es implacable, pues si la misericordia de Dios otorga muchas veces el perdón al alma contrita, la conciencia inflexible nunca perdona.

La humanidad no es desventurada ni perversa por naturaleza, no: casi todos sus dolores ó crímenes pro-

vienen del medio social en que se desenvuelve. Tratad, pues, de modificarlo, contribuyendo en cuanto esté de vuestra parte á la santa obra de la regeneración, y habréis cumplido con un deber sagrado.

Los dolores que os proporcione el cumplimiento de este deber, sólo serán el sello de vuestra grandeza. La roca que se asienta en medio del Océano, revela su fortaleza cuando las tempestades la combaten, y el gemido de las olas que se estrellan á sus piés, es el himno con que el mar celebra su propio vencimiento.



Si en alguna ocasión os cansáis; si vuestro vigor se debilita antes de haber terminado la áspera faena que debéis realizar, volved la vista atrás y mirad lo que habéis andado. Interrogad á los siglos pasados, y ellos os dirán con elocuencia consoladora cuántas heridas se ha curado ya la humanidad, cuántas lágrimas vertía en otro tiempo que ahora no vierte...

¡Ánimo pues, hijo mío, ánimo! No vaciles en tus creencias, y los tormentos que sufras serán menos

vivos, pues yo mismo, si pudiera tener fe, sería dichoso. ¡Pero no la tengo!

—Entonces—le pregunté indignado—¿para qué me aconsejas?

—¡Para que no me creas!—me contestó riendo sarcásticamente.

Quise replicarle; pero pensad cuál sería mi sorpresa cuando observé que ya no estaba á mi lado: había desaparecido sin dejar más huella tras sí, que el eco prolongado de su fria y sardónica carcajada.

Agitado por tan opuestas sensaciones, mi cerebro debilitado se turbó; lancé un grito y perdí el conocimiento.

—¿Y no volviste á ver á tu buen padre el diablo?

—¡No!

—¿Y qué te sucedió después?

—Iba á decíroslo, cuando me has interrumpido.

La ciencia del médico, los cuidados de las hermanas de la caridad y el vigor de mi naturaleza, me devolvieron prontamente á la vida, y logré verme, al cabo de cuarenta días, á pesar de mis hondas preocupaciones, en estado de salir á la calle. Disponíame á hacerlo, cuando me dieron á entender que estaba preso, acusado de tentativa de suicidio, y como las pruebas de mi culpa eran innegables, fuí sentenciado á tres meses de prisión menor.

Con mortal desasosiego pasé en la cárcel el tiempo de mi condena. Pensando sin cesar en Elena á quien había visto llorar por mi muerte, forjábame mil sueños de amor y felicidad, y creía ¡loco de mí! que sólo

las paredes de la prisión me separaban de las concepciones de mi deseo.

Cuando recobré la libertad, corrí desalado á casa de Elena. Hallábase ésta en compañía de un mozalbete con quien, según supe andando el tiempo, mantenía ilícitas relaciones, y me recibió con esa política fría y ceremoniosa que parece estar diciendo:—Usted me estorba; desearía que usted se marchase cuanto antes, y no volviera más.

Al principio me desconoció, lo cual se explica fácilmente. Las heridas me habían desfigurado por completo, y el color violáceo que mis cicatrices presentaban entonces, me daban un aspecto, no sólo desapacible, sino repugnante. La poesía de mi suicidio desapareció para aquella mujer ante la fealdad de mi rostro, y varias veces sorprendí una sonrisa de soberano desdén en sus labios sonrosados, donde sólo debía albergar el beso. No queriendo prolongar por más tiempo situación para mí tan penosa, adopté el prudente partido de marcharme, y ahogándome el llanto me despedí de mi primero y último amor. ¡Ay! apenas había traspuesto los umbrales de la sala, cuando oí una carcajada que me aterró y la voz dulce é insinuante de Elena que decía:

—Este muchacho desde que hizo la calaverada ó la farsa de querer matarse, no sólo se ha vuelto feo, sino estúpido.

Tan inesperado golpe me desconcertó, y tuve que apoyarme en la pared para no caer al suelo. Pronto la ira y la vergüenza reanimaron mis fuerzas y huí de

aquella casa fatal, forjando en mi acalorada fantasía mil planes de pueril é inútil venganza, que después he olvidado.

No había aún convalecido de este desengaño, cuando me fué preciso pensar en los medios de proporcionarme la subsistencia. Estaba exhausto de recursos; el poco dinero que me había mandado mi madre, alcanzó sólo para pagar algunas deudas y cubrir los gastos de mi manutención en la cárcel; de suerte que mi situación iba siendo desesperada. Acudí á mis amigos y me recibieron indiferentes ó desdeñosos; llamé á la puerta de cuantos parecían haberse interesado por mí en el breve período de mi muerte y nadie me hizo caso; importuné á los editores, que quizás habrían publicado mis obras con gran encomio si me hubiera quedado en el otro mundo, y no encontré en ellos más que egoísmo y desamparo. Para merecer los favores de la sociedad luchaba yo con un inconveniente. ¡Vivía!!

Entonces maldije á mi padre, desprecié sus consejos, y falto de paciencia, resolví gastar la vida en el bullicio de la crápula: me reuní con vosotros, dignos representantes de la juventud dorada, fruto podrido antes de haber madurado, arrastré mi ingenio por el lodo, comercié con mis opiniones, me abracé al escándalo como á una querida, y manché, en fin, mi corazón con el contacto del vicio...

Cambié mi porvenir de gloria por un presente de productiva infamia, y no teniendo valor suficiente para ser mártir de la honra, busqué otro nuevo martirio: ¡el martirio de la prostitución moral!

Yo sí que puedo decir desde el abismo de mi corrupción: ¡Oh padre mío! ¿por qué me has abandonado?...

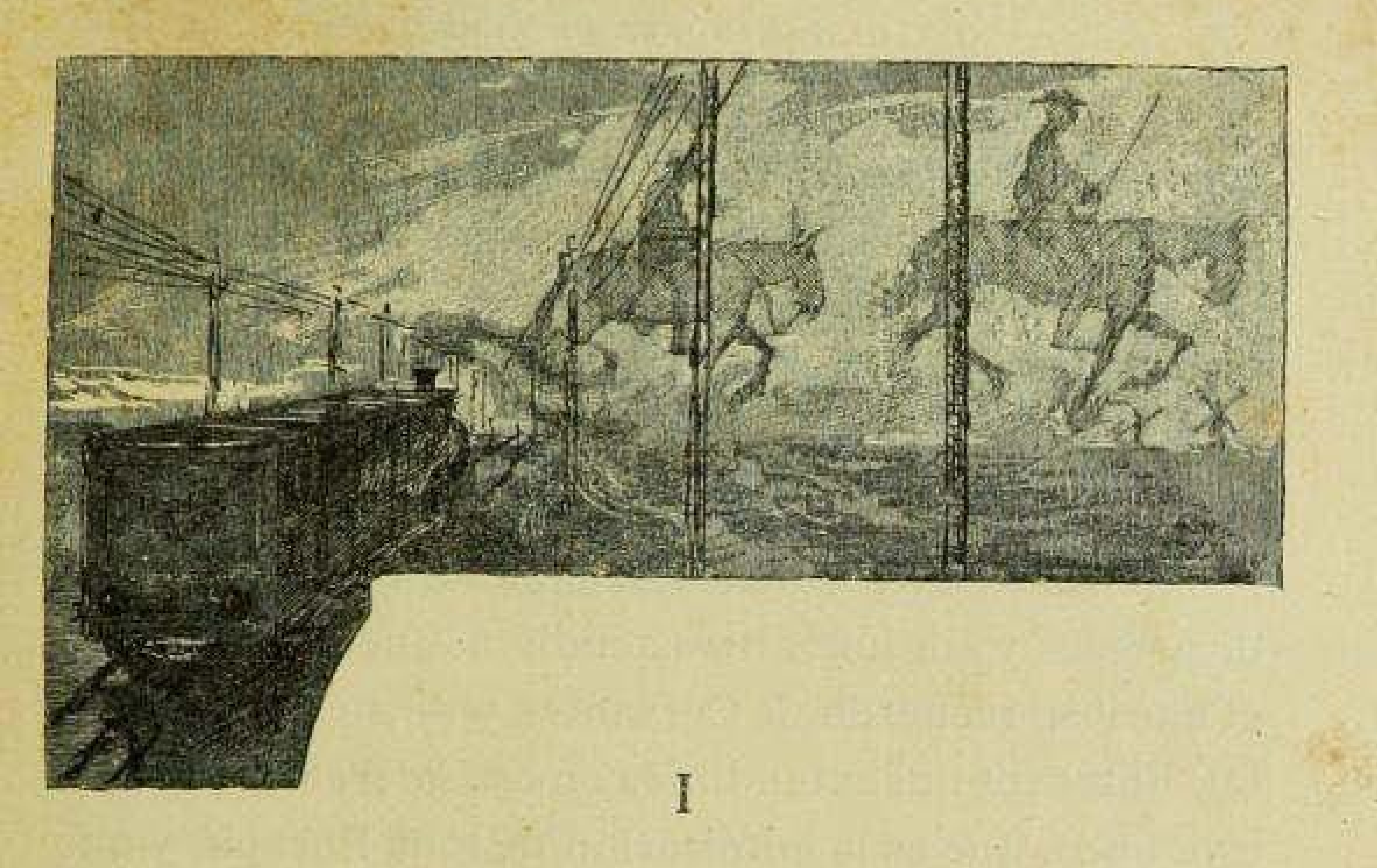
Pero ¿qué es esto? ¿Os habéis dormido? ¡Borrachos, la orgía os ha vencido! ¡Triste de mí, que ni en la vida, ni en la muerte, ni en el dolor, ni en el placer, puedo encontrar descanso!

Julio de 1856.



INAUGURACIÓN

DEL CANAL DEL EBRO



I

Señores redactores de La Iberia.

Queridos amigos: Contrariedades de viaje, de que más adelante os hablaré, me han impedido escribiros, como yo hubiera deseado, dándoos cuenta de mi alegre peregrinación hasta las márgenes del Ebro, y de las fiestas con que se ha inaugurado el primer trozo de la canalización de este río. Pero hoy tomo la pluma con la seguridad de que no vosotros, con cuya indulgencia he contado siempre, sino los suscritores de La Iberia disimularán una falta que no ha estado en mi mano evitar, y de la cual, sin embargo, estoy arrepentido.

Como sabéis, el día 15, á las ocho de la noche, partimos para Valencia en el tren del correo. Mi buena fortuna dispuso que fuera en el mismo coche del ferro carril en compañía de varios ilustrados periodistas, todos amigos míos, y algunos hombres políticos, cuya amabilidad no podré elogiar lo bastante. Rodó primero

la conversación sobre la política, que es hoy el principio, el medio y el fin de la vida española; después se habló de literatura en el mismo momento en que el tren, habiendo pasado las floridas alamedas y bosques de Aranjuez, penetraba en las tristes llanuras de la Mancha.

La vista de esta inmensa sábana de tierra, desnuda de árboles y sin jugo, hizo acudir á nuestra memoria el glorioso recuerdo de Cervantes y de su obra inmortal. Entonces nos extendimos en consideraciones sobre este libro, que es la admiración de toda Europa, y que goza del gran privilegio de hacer al mismo tiempo asomar la risa á los labios y las lágrimas á los ojos. Y celebramos al gran pintor de la humanidad, que no exagera sus vicios ni sus cualidades, y la presenta burlándose sin mala intención pero burlándose, de una inteligencia extraviada por un amor profundo hacia el bien, y un sentimiento absoluto de justicia. Nada más desconsolador que la muerte del pobre hidalgo manchego, cuando postrado en el lecho de agonía, comprende que su vida, llena de aspiraciones generosas, había sido prolongada locura, y conoce el mundo en la hora suprema en que se separa de él.

Preocupado el espíritu de mis compañeros de viaje y el mío con estos pensamientos, de vez en cuando creímos ver entre las sombras la flaca figura de don Quijote, cabalgando sobre el escuálido Rocinante, y seguido del malicioso y refranero Sancho. Allá á lo lejos destacábanse como fantasmas los molinos de viento, con uno de los cuales tan reñida batalla sostu-

vo el héroe de la andante caballería, y llegaba á nuestros oídos el ladrido de los perros que nos anunciaba la proximidad de una aldea.

Un periodista ingenioso hizo un paralelo exacto entre el espíritu caballeresco del pueblo español, que en distintas épocas ha salvado las nacionalidades europeas, y el espíritu elevado y generoso de D. Quijote de la Mancha; hallando desconsoladora semejanza entre la ingratitud de Europa hacia España y la ingratitud de los galeotes á quienes el buen hidalgo puso en libertad para ser por ellos apedreado. ¡Ah! también nuestra desgraciada patria como el héroe manchego conoció en la última hora de su grandeza que había vivido loca, y sin duda el temor de volver á perder el juicio, ha cambiado su arrojo en timidez y su resolución en incertidumbre.

Agradablemente entretenidos con esta conversación, llegamos á Alcázar de San Juan, donde tomamos un ligero refrigerio. Lentamente el monótono golpeteo del ferro carril, y la influencia de la noche, fueron cerrando nuestros párpados, y colocándonos del mejor modo que nos fué posible, nos entregamos á los placeres del sueño. Sólo de vez en cuando el áspero silbido de la locomotora interrumpía nuestro descanso para anunciar que llegábamos á una estación; entonces cruzábamos algunas palabras en el coche, mal pronunciadas y peor atendidas, y en seguida volvían á cerrarse nuestros ojos, fatigados de haber recorrido durante las primeras horas de la noche, la solitaria oscuridad de los campos.

Cuando estábamos más profundamente dormidos, los no muy acordados sones de una banda militar vinieron á despertarnos sobresaltados. Amanecía, y nos hallábamos en Albacete. Á la entrada de la estación, la música de la guardia urbana de la ciudad, vestida con el traje que llevó la de la Milicia, á excepción del sombrero que era redondo, doblado por una ala y con plumas, como los que usaron los soldados de Spínola, celebraba nuestra llegada con aires en que debía de alabarse más la intención que la armonía. El ayuntamiento creyendo que vendría con nosotros el ministro de Fomento, había dispuesto para honrar á S. E. esta *serenata matinal*.

Desearía hablaros de Albacete; pero ya comprenderéis que no me es posible. Sólo nos detuvimos en esta ciudad, ó mejor dicho, á la entrada de esta ciudad, el espacio de media hora que empleamos en tomar chocolate y darnos los buenos días. Mientras permanecimos en la fonda, hubo en ella una verdadera exposición de productos albacetenses; por todas partes nos acosaban enseñándonos navajas que llamaban cortaplumas; estuches para bordar, *sin estuche*, y puñales de todos los tamaños y de todas las categorías, gigantescos y pigmeos, puntiagudos y romos, labrados y sin labrar, con filo ó sin él. En la hoja de algunos, como en las ligas, se leía con letras mal trazadas la vulgar inscripción de *Viva mi dueño;* y en otros la imaginación del artista había llenado el acero de labores y rasgos, de los cuales pido á Dios que me libre.

Pasada la media hora que se nos había concedido de

descanso, volvimos á emprender nuestro viaje con dirección á Almansa. La compañía del ferro carril del Mediterráneo había tenido la amabilidad de abrir para nosotros este trozo de la línea general que todavía no se ha inaugurado oficialmente. Sin accidente que digno de contar sea, llegamos á Almansa y fuímos á la fonda en donde se nos tenía preparado el almuerzo. Limpiámonos el polvo del camino y nos sentamos á la mesa diputados y periodistas, hombres políticos y hombres de negocios, todos confundidos y revueltos. Las fatigas del viaje nos habían abierto el apetito, y comimos hasta con desesperación. Reinó durante el almuerzo la mayor cordialidad, y tanto como el vino puede decirse que abundó el ingenio. Es verdad que este se presentó bajo mil formas distintas, y que el licor de Baco sólo se acercó á nosotros en aquel momento con el carácter modesto de hijo de Valdepeñas. Pero en fin, no le desairamos; comimos más de lo posible, y no exagero nada; hablamos más de lo que vosotros podéis imaginar, y después, divididos en tandas, ocupamos tres diligencias que estaban esperándonos á la puerta de la fonda.

El señor Castelar, redactor de *La Discusión*, el señor Vildosola, de *La Esperanza*, y yo, nos embanastamos en el cupé de una de ellas, y cruzamos así el camino que media entre Almansa y San Felipe de Játiva. Á un cuarto de legua de la primera de estas ciudades, en un llano que recuerda todavía las soledades de la Mancha, se levanta el obelisco construído en memoria de la gran batalla que puso la corona de España en la

frente de los Borbones. Nosotros desde el cupé le vimos á larga distancia, y fué por algun tiempo el objeto de nuestra conversación.

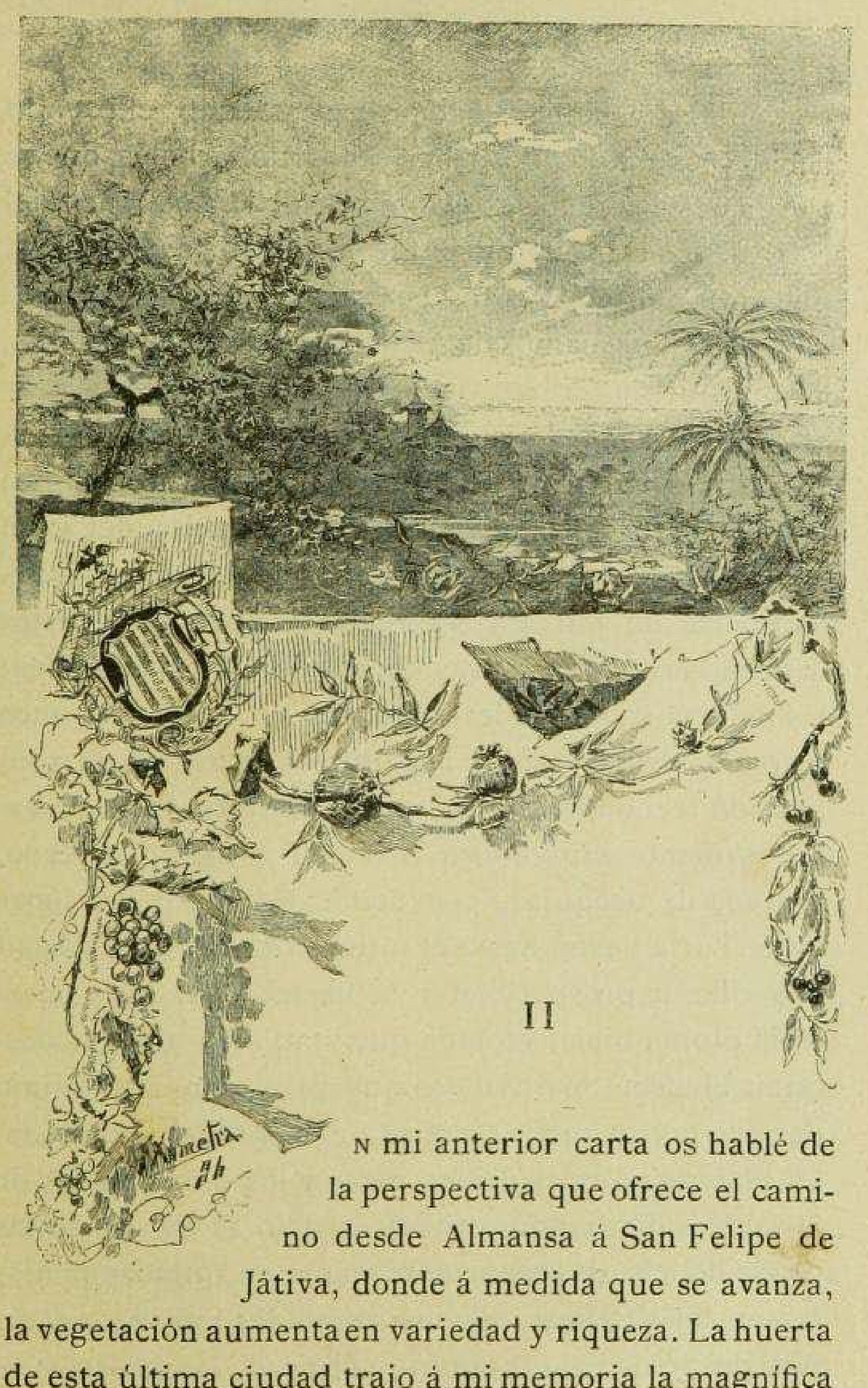
Pasada la ciudad de Almansa la vegetación se anima; vense ya algunos árboles perdidos en el fondo de los valles, y las adelfas crecen á la orilla de los arroyos. Conforme íbamos aproximándonos á San Felipe de Játiva, la naturaleza, como fatigada de su largo sueño en el árido territorio de la Mancha, despertábase rozagante y llena de vida. Los algarrobos, extendiendo sus frondosas ramas, á cuya sombra sestean los ganados; las caprichosas higueras; las olivas, que allí parece como que multiplican sus troncos, y la pita de gruesas y puntiagudas hojas, creciendo en los lindes del camino y de las heredades, vivificaban el alma cansada de atravesar desiertos y hacían presagiar la proximidad de una tierra de promisión. Sobre algunos cerros veíanse diseminados varios pueblecillos, algunos de los cuales parecían dominados aún por el añoso y casi derruído castillo feudal.

Estas vistas representaban clara y solemnemente toda una faz de la civilización. El castillo vacío, abandonado al silencio, y el pueblo emancipado, buscando acaso en las ruinas de la morada de sus opresores, la piedra que necesita para sus construcciones modernas, ¿no revelan suficientemente que el derecho ha recobrado la fuerza? ¿No demuestran que en el mundo han empezado también á realizarse las palabras del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, los últimos serán los primeros?* Si los antiguos siervos de la

gleva de las aldeas y villas que á nuestros ojos iban apareciendo, cobraran nueva vida desconocerían á sus hijos, como en la eterna ley del progreso, la generación presente no tiene siquiera el presentimiento exacto de lo que llegarán á ser sus sucesoras. Cuando se examina la historia, y se observa el maravilloso desarrollo de la humanidad nunca interrumpido, siempre constante y lógico, no puede ni el mayor incrédulo dudar de la omnipotencia de Dios y del imperio de la razón humana.

Esta carta va haciéndose demasiado larga, y tengo aún mucho, muchísimo que contaros. Más que acelerar mi relación, creo conveniente cortarla aquí para continuarla en el número inmediato.





II

N mi anterior carta os hablé de la perspectiva que ofrece el camino desde Almansa á San Felipe de Játiva, donde á medida que se avanza, la vegetación aumenta en variedad y riqueza. La huerta de esta última ciudad trajo á mi memoria la magnífica descripción que hace Camoens de la isla de la Fama, donde los compañeros de Vasco de Gama, favorecidos

por la diosa del amor, hallan el descanso y el premio debidos á su fatiga y á sus triunfos. Los árboles, que se elevan hasta el cielo; los naranjos, que tienen el fruto del color de los cabellos de Dafne; los hermosos limones, que están imitando entre las ramas del árbol, pechos virginales; los álamos de Alcides, los mirtos de Venus, las purpúreas cerezas, las *amoras que o nome tem de amores;* la granada, cuyos granos envidia el rubí; la vid, que ostentando sus racimos, se enlaza al olmo; cuanto pudo soñar la vigorosa imaginación del gran poeta portugués se encuentra reunido en la prolongada huerta de Játiva y Valencia. Respíranse en estas deliciosas comarcas auras completamente orientales; las palmas solitarias levantan allí su desnudo tronco coronado de hojas sobre las humildes barracas de puntiagudo techo que cobijan con su sombra. Un cielo vaporosamente azul cubre una tierra siempre verde, cruzada de acequias, por donde las ondas del Júcar y del Turia llevan hasta el último rincón la fertilidad y la vida, la prosperidad y la hermosura. Sería necesaria pluma mejor cortada que la mía para poder describir el efecto maravilloso que producen en el ánimo del que por primera vez visita esta región encantada, las blancas paredes de las casas y los campanarios de las aldeas dibujándose en el espacio al través de las copas de los árboles, armoniosamente agitadas por las brisas del Mediterráneo; así como los inmensos campos de arroz, que parecen surgir de las aguas y se pierden á lo lejos como el mar en el horizonte.

La fervorosa fe de los pueblos orientales santificada

por una religión divina, se descubre por todas partes en el reino de Valencia. En las casas, en las calles, en las plazas, hasta en los caminos, osténtanse imágenes de la Madre de Dios y de San Vicente Ferrer, toscamente estampadas en azulejos ó labradas en madera. No deja de formar triste contraste el ver al lado de estos vivos destellos de la fe cristiana, una cruz humilde que parece estar diciendo al viajero: *aquí mataron á un hombre.* Y es, que bajo el ardiente cielo de Valencia, en medio de aquella vegetación exuberante, tienen que ser necesariamente violentas todas las pasiones y exagerados todos los sentimientos. No se comprende la moderación en donde la naturaleza se excede á sí misma, desbordándose como un río que ha roto sus cauces, y esparciéndose con la gigante munificencia de los climas tropicales.

En la estación del ferro carril de Játiva nos detuvimos algunas horas, esperando el tren especial que debía conducirnos á la ciudad del Cid. Para no desperdiciar el tiempo, nos dedicamos entonces á sacudir el polvo que nos envolvía, dándonos las apariencias de momias desenterradas; después refrescamos, que harta falta nos hacía, y últimamente, habiendo llegado el tren que aguardábamos, seguimos nuestra marcha hacia Valencia. Sería injusto si no hiciese constar que hicimos esta travesía con más velocidad de la que se acostumbra en el ferro carril del Mediterráneo.

No es posible que pueda haceros comprender la vertiginosa y fantástica rapidez con que pasaron ante nuestros ojos, árboles y cabañas, casas aisladas y pue-

blos. Hubo momentos en que nos creímos arrebatados por algún genio de las *Mil y una noches*, ó transportados á regiones desconocidas en el caballo alado de Astolfo.

Por fin llegamos á Valencia. Fuera de la estación estaban esperándonos algunas tartanas que nos llevaron á la fonda del Cid, donde se nos tenía preparado opíparo banquete. Allí era de ver con qué afán buscábamos, antes de sentarnos á la mesa, un cuarto y una cama para descanso de nuestros molidos huesos; hubo habitación que se conquistó y fué preciso ganar palmo á palmo. Al principio se había creído que pasaríamos aquella noche en Valencia; pero bien pronto vino la realidad á disipar á medias esta consoladora ilusión. La empresa había dispuesto que á las once de la misma noche, partiese una tanda de convidados para San Carlos de la Rápita; otra á las ocho de la mañana siguiente, y la última, á las once de la noche del mismo día. Hubo hasta heroísmo en la tenaz resistencia que la mayor parte de las personas invitadas opusieron á salir para San Carlos en el mismo día de su llegada á Valencia. En vista de una obstinación hasta cierto punto justificada, varios viajeros, ó menos fatigados ó más condescendientes, entre los cuales nos contábamos mis compañeros de cupé y yo, nos resignamos á la jornada, y apuntamos nuestros nombres en lista. Arreglada ya la primera tanda, dió principio la comida que fué, como creo haberos dicho, abundantísima, y acabó pocos momentos antes de que el reloj señalase la hora de partida.

Embutidos en la diligencia como Dios nos dió á en-

tender, cruzamos de noche el deleitoso camino que media desde Valencia á Castellón de la Plana. Afortunadamente á nuestra vuelta pudimos admirar los aromáticos jardines y frondosas huertas de Murviedro, Villa-Real y Castellón, donde la naturaleza no se muestra avara de sus dones, antes bien los prodiga á manos llenas. Subimos al rayar el alba la peligrosa cuesta de Oropesa, y entonces por primera vez se presentó á mis ojos el grandioso espectáculo del mar que en aquel sitio lame los lindes de la carretera; ¡del mar Mediterráneo, cuna de los dioses y de la civilización europea!

Pero ahora no quiero hablaros del mar ni de la impresión que causó en mí, nacido en los llanos de Castilla y acostumbrado sólo á ver las ondas del trigo cuando en la época de la recolección le agitan las auras y el sol le dora.

Tiempo llegará en que pueda deciros con toda la extensión que yo deseo el sentimiento que me inspiró la serena majestad de ese inmenso lago, teatro de tantas glorias, de tantas catástrofes y de tanta poesía.

En la cuesta de Oropesa, á uno de los lados del camino elévase un sencillo monumento, casi una construcción primitiva en sus formas, que recuerda al mismo tiempo una tremenda desgracia y un rasgo de heroísmo. Según me han contado, hace algunos años que una diligencia, empujada por la tempestad, cayó desde la carretera en el mar, entonces profundamente alterado, sin que tuvieran apenas tiempo los pasajeros para advertir su horrible desventura.

Sólo los dos guardias civiles de aquel puesto pre-

senciaron esta catástrofe, y sin temor á las olas, cada vez más enfurecidas, corrieron en auxilio de los míseros caminantes. Sus esfuerzos no fueron completamente inútiles, pues lograron librar de la muerte á uno de los viajeros, á quien depositaron sobre la playa para arrojarse nuevamente al mar. Pero su vigor, si no su generoso empeño, estaba agotado, y sólo consiguieron en su segunda tentativa aumentar el número de las víctimas, devoradas por el abismo.

En memoria de este hecho se construyó en el lugar de la desgracia el sencillo monumento de que os he hablado.

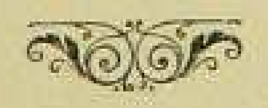
Doce ó trece horas después de nuestra salida de Valencia, entrábamos en San Carlos de la Rápita. Esta población es, por decirlo así, el germen de un gran pensamiento. Carlos III había resuelto hacer de ella un sitio real, una ciudad importante y un gran puerto. La situación que la Rápita ocupa, favorecía los designios de aquel monarca, cuya constancia no conocía en cierto género de obras, obstáculos ni dificultades. Próximo á la desembocadura del Ebro y situado á la entrada del puerto natural de los Alfaques, el más capaz, y con poco trabajo el más resguardado del Mediterráneo, San Carlos habría podido ser si sus condiciones de salubridad lo hubiesen permitido, el verdadero centro mercantil y marítimo de la antigua corona de Aragón. Al lado mismo del pueblo desagua el canal del Ebro, para cuya inauguración habíamos sido convidados.

San Carlos de la Rápita es el presentimiento de una grandeza antes muerta que nacida. Encuéntranse á

cada paso edificios á medio construir, arruinados sin haber vivido, como las flores que se marchitan en capullo, ó como los genios que antes de dar señales de su poder, se malogran y perecen. Tiene una buena plaza, algunas casas levantadas con maestría, que revelan la inteligente dirección arquitectónica de don Ventura Rodríguez, y toda la ciudad ofrece el carácter serio, munificente y al mismo tiempo estirado de la época en que empezó á ser.

San Carlos de la Rápita es un mendigo cubierto con los apolillados restos de un manto imperial, la imagen de la ilusión que se desvanece sin haber llegado á la realidad, el germen de un gran pensamiento, ó, mejor dicho, el aborto de un sueño regio.

Los preparativos adoptados por la compañía de la canalización del Ebro para la ceremonia de la inauguración, así como la reseña del género de vida que hicimos mis amigos de viaje y yo, durante nuestra permanencia en la Rápita, serán el objeto de la siguiente carta.





III

En mi anterior ofrecí daros cuenta de nuestro género de vida en San Carlos de la Rápita, y hoy me propongo desempeñar mi palabra comprometida.

A nuestra llegada, fuímos alojados en una casa deshabitada, grande como nuestra paciencia y des-

mantelada como un castillo viejo. Cinco camas, colocadas en distintos cuartos, componían todo el ajuar de nuestra vivienda, que por ningún lado se resistía á las caricias del sol ni á los halagos del viento. Con la misma libertad entramos nosotros en ella, turbando el religioso silencio de aquel lugar solitario

donde nunca se oyó rumor de gente.

Allí paramos el tiempo preciso para mudar de traje, y después guiados por nuestro apetito que no tenía espera, nos encaminamos hacia la fonda, establecida en la Aduana del pueblo, no lejos del mar. Pasamos por debajo de un inmenso arco de follaje, en el cual apenas reparamos porque el hambre nos cerraba los ojos, y penetramos en el templo gastronómico, que se hallaba adornado con el mejor gusto. La fachada aparecía cubierta de verdes ramos de boj y empavesada como un navío en día de gran fiesta. Las paredes interiores del edificio estaban revestidas de blanca lona, y por los cuatro lados del salón prolongábase una rústica mesa, limpiamente aderezada, en la cual, como recordando la esplendidez de las bodas de Camacho, se servían á todas horas exquisitos y suculentos manjares. Avivados por el deseo de conocer el mar, que sólo habíamos visto de paso, comimos de prisa para confiarnos en seguida, en un ligero esquife, á merced de las sosegadas olas.

¡Cómo expresaros el sentimiento que se apoderó de mí en presencia del Mediterráneo, animado con el recuerdo de tantos héroes y de tantos genios! Sus

azuladas aguas besan las arenas de Grecia y de Siria; de la patria de los dioses y de la cuna del divino Salvador del mundo; la región de la poesía y la región de la verdad; la fuente del placer santificado, y el lugar donde por la vez primera el dolor y el martirio se elevaron al cielo. Italia y España también reciben los halagos de sus ondas, en cada una de las cuales parece como que resuena un himno de la antigüedad. ¿Quién no cree todavía ver surgir del seno de ese mar las sombras de los dioses marinos coronados de algas? ¿Quién no ve entre la bruma las imágenes vaporosas de sus ninfas? ¿Quién no escucha entre el rumor de las aguas el incitante canto de las sirenas? El genio ya extinguido de Grecia dió en otro tiempo vida y animó con la poderosa inspiración de sus poetas todos los escollos, todos los peñascos, todas las costas, todas las olas del Mediterráneo. Más grande la creación que el Criador, ha resistido así las tempestades de la guerra como el empuje de los años, y todavía cruza Neptuno en su carro de conchas las misteriosas soledades del mar.

Pero si Grecia pobló de dioses esas olas, España las ha poblado de héroes. La cristiandad, amenazada de muerte por el poderío turco, debió la libertad al valeroso brazo de don Juan de Austria en las aguas de Lepanto. No hay onda que no arrastre sangre nuestra vertida en defensa de Dios y de la Europa ingrata, ni costa que no despierte algún recuerdo de nuestra gloria y de nuestra desventura.

Y ¿quién es capaz de adivinar los destinos que la

Providencia nos reserva en ese mar, que se extiende como un lago entre las más fértiles y hermosas comarcas del mundo? ¿Quién sabe si esas olas que van y vienen de África como para enseñarnos el camino, conseguirán despertar nuestro dormido genio, y llevarán algún día en nombre de España á aquella región de tinieblas, la luz y la civilización?

Embebecido en estas reflexiones surqué por primera vez las aguas del Mediterráneo, tranquilas entonces como los sueños de un niño é iluminadas por los trémulos rayos del sol. Allá á larga distancia distinguíanse, casi perdidas entre la bruma, algunas velas solitarias que inflaba el viento, y el penacho de humo de un vapor que parecía dirigirse hacia Valencia.

Satisfecho nuestro deseo de pasear por el Mediterráneo, volvimos á la playa, donde nos esperaban algunos compañeros de viaje que no habían querido seguirnos en nuestra fácil expedición. Todos juntos, enderezamos nuestros pasos hacia un establecimiento en que bajo el pomposo título de *Café social*, se sirven limonadas gaseosas, licores, agua y sellos para cartas. Refrescando y escribiendo á nuestras familias pasósenos sin sentir el tiempo, hasta que nuestro juvenil apetito, avivado con las brisas marinas, nos avisó que había llegado la hora de comer.

Reinó en la mesa la más franca cordialidad y armonía; se habló de las comarcas que habíamos recorrido, del mar, de la política, de la literatura, y hasta vino á inspirarnos á los postres el bullicioso diablo de la murmuración.

Justo es, sin embargo, decir en su obsequio, que no quebrantó los límites del decoro, ni levantó ningún velo, ni despertó en nuestro corazón dormidos odios.

Mefistófeles estaba aquel día de buen humor.

Servíanos á la mesa, entre otros varios criados, uno, grave como un prior, respetuoso como un pretendiente y listo como lo que era: como un mozo de fonda. Siempre que cambiaba un plato, su mano temblaba; mirábanos con cariño, conociéndose que deseaba hablarnos y tomar parte en nuestra conversación. Aquel hombre se multiplicaba para servirnos; iba y venía de un lado á otro como si tuviera una locomotora en cada pié; traía y llevaba platos; echaba vino en las copas, y trinchaba y repartía, todo con una solicitud tan precipitada, que consiguió llamar nuestra atención.

Una palabra nuestra desató su lengua, y rompió á hablar.—He venido á servirles á ustedes—nos dijo—soltando frases con la misma velocidad con que mudaba platos; porque son ustedes liberales, y yo también lo soy. He militado muchos años, he derramado mi sangre por la libertad, he perdido mi fortuna en su defensa, y cada vez la quiero más y más me entusiasma...

Y el pobre mozo corría, lloraba, reía, sudaba, nos echaba de beber y hablaba al mismo tiempo, dando pruebas así de su buen deseo y de su profunda convicción política.

Creo, pues, que me perdonaréis el recuerdo que le consagro, con el único fin de que en ninguna época

pueda acusarme de ingratitud. Su amor á la libertad no nos dejó carecer de nada.

A pesar de las malas condiciones de nuestro alojamiento, dormimos aquella noche como si nunca hubiéramos hecho otra cosa; habiendo tenido el gusto de encontrar en el pueblo, cuando nos levantamos, á la mayor parte de los expedicionarios que el día anterior se habían quedado en Valencia.

A las tres de la tarde llegaron los últimos, entre los cuales se contaban los individuos de la comisión regia, y dos horas después entró en el puerto un vapor, conduciendo á todos los convidados de Barcelona.

A este número pertenecían los dignos representantes de la prensa catalana, á quienes no tuvimos el gusto de conocer hasta el día siguiente.

Después, cuando el crepúsculo vespertino se mecía ya sobre las brumas del mar, nos embarcamos en una lancha de vela latina, con rumbo á la isla de Buda, que á poca distancia del puerto se extiende, y en donde nos entretuvimos en recoger, como Galatea desdeñosa, *conchas y perlas pintadas.*

A nuestra vuelta comimos, y en seguida nos desparramamos por la playa en alegres grupos, aspirando la suave frescura de las brisas nocturnas.

A las diez se iluminó el arco de follaje de que antes os he hablado y que daba entrada á la fonda por la parte de la plaza. De trecho en trecho, en el camino que mediaba entre el arco y la puerta del edificio, ardían colocados sobre rústicos candelabros algunos troncos resinosos, que esparcían al mismo tiempo luz

y aroma. Levantábase en la orilla del mar sobre altos palos, pintados de diversos colores, la santa imagen de la estrella de consuelo, de la esperanza de los navegantes, de la casta María; por Aragón la Virgen del Pilar, por Cataluña la de Montserrat, por Madrid la de Atocha y por Valencia la de los Desamparados, que con los brazos extendidos parecía ofrecer un refugio á los náufragos y á los pecadores. Las brisas, agitando mansamente los lienzos donde resplandecía la santa Madre de Dios, venían á pagar un tributo á la que doma las tempestades de la mar y de la vida.

A las once de la noche, cuando pensábamos retirarnos á descansar de las fatigas del día, nos sentimos gratamente sorprendidos con dulces é invisibles armonías que iban aproximándose á nosotros lentamente por el lado del canal. Pocos momentos después apareció á nuestra vista el hermoso vapor de la empresa, que traía á bordo la banda militar del regimiento de Iberia. Nada tan poético ni grandioso como la aparición de aquella nave, que dominaba á la vez el fuego y el agua, esparciendo torrentes de armonía en el oscuro silencio de la noche. Sumergidos en un profundo recogimiento presenciamos su llegada, y nos pareció ver por un momento el *espíritu de Dios flotando sobre las aguas*.

La banda militar desembarcó. Dispusiéronse los atriles á la entrada de la fonda, colocáronse los músicos, y allí, á la luz de gruesas teas, la armonía de los hombres acalló por un instante la armonía de las olas. Dióse principio á la serenata con la admirable sinfonía

de *Guillermo Tell*, admirablemente ejecutada; siguió después el *Miserere* del *Trovador*, luégo el final del acto segundo de la *Traviata*, y por espacio de hora y media la banda no dejó de tocar piezas escogidas.

La tranquilidad de la noche, la disposición de nuestro ánimo, la música, la luz, el campo, las brisas marinas, todo contribuyó á hacernos olvidar entonces las amarguras de nuestra vida que hemos entregado, bien jóvenes por cierto, al demonio de la política y de la ambición. Madrid con todos sus rencores se borró de nuestra memoria; y nos olvidamos de nuestros enemigos, de nuestras persecuciones y de nuestras inquietudes. Parecía como que renacíamos con nuevo vigor y fortaleza en aquella playa hospitalaria, vivificada entonces con los encantos de la religión, de la naturaleza, de la luz, de la música y de la poesía.

En aquella deleitosa hora nadie se llamaba progresista, moderado, absolutista ó demócrata; no teníamos tiempo más que para sentir.

Terminada la serenata nos retiramos á nuestros alojamientos, con el encargo de estar á las siete de la mañana siguiente vestidos de toda etiqueta para asistir á la ceremonia de la inauguración.

En mi inmediata carta os daré cuenta de este acto.



IV

A la hora señalada del día siguiente se reunió en la fonda toda la expedición, compuesta de los señores Echevarría, Pinzón, Reina, Barzanallana, Madramany, Campoamor, Membrado, Altés, Aguiló, Cabero, Barber, Ribo, Cortés, Gispert y Alcaraz; estos dos últimos, gobernadores civiles de la provincia de Castellón de la Plana y de Tarragona. Representaban á la prensa de Madrid los señores Moreno por *El Católico*, Castelar por *La Discusión*, Anduaga por *El Clamor público*, Gullón por *Las Novedades*, Navarro por *La Época*, Salgado por *El Occidente*, Cañete por la *Gaceta*, Vildosola por *La Esperanza*, Breistoff de Rochebrune por *Le Courrier de Madrid*, Ortiz de Pinedo por *La América*, Roberts por *El Diario Español*, Guerrero por *El Estado*, Gálvez por *La España*, Lafuente y Alcázar por *El Fénix*, Villabrille por *El Perú*, Oteo por *La Hoja autó-*

grafa, Rodríguez por *La Revista de Obras públicas*, Marcoartú por la de los *Caminos de hierro;* don Fernando Gaspar por *El Museo Universal*, y el vizconde de San Javier por *El Domingo*, periódico piadoso.

Como representantes de la prensa catalana, contábanse los señores Tell por *La Corona de Aragón*, Espeso por *El Diario de Barcelona*, Milá de la Roca por *El Iris Catalán*, y Cortés y Max por *La España Católica*.

Asistieron además al acto varios individuos de los ayuntamientos, juntas de comercio y consejos provinciales de Barcelona y Tarragona.

¡Era de ver la admirable perspectiva de uniformes y cruces que se ofreció á nuestra vista! Poco inteligente—como que no he servido al Estado ni he sido recompensado por él—en la clasificación de casacas, no podré deciros á qué genero pertenecían las muchas que allí vi; habíalas de todos los colores: encarnadas, blancas, amarillas, azules, verdes, negras y de mezcla como las aspiraciones de la *unión liberal*. En las cruces y cintas notábase la misma variedad. Las había grandes y chicas, en forma de aspa, en forma de estrella, en óvalo, en cuadro, en círculo; de oro, de plata, de seda, creo que hasta de hilo y de algodón. Pocos eran allí los que no llevaban ninguna condecoración ni ostentaban cinta alguna; estaban en minoría, como sospecho que lo están ya en toda España.

No es mi ánimo ofender á los señores que vestían uniformes y lucían sobre su pecho cruces que me complazco en creer legítimamente ganadas; y si hago mención de esta particularidad, es sólo con el deseo de

ser fiel cronista. Desde el humilde rincón de mi insignificancia séame permitido juzgar á mi manera, que de este privilegio gozan, los que nada son, las pompas y vanidades del mundo.

A las ocho de la mañana, después de habernos desayunado ligeramente, pasamos á bordo del vapor, al compás de la marcha real que tocaba desde la orilla la música del regimiento de Iberia y entre los gritos del pueblo que se agrupaba en ambas márgenes del Canal.

En una barca, cubierta con un toldo de tela rayada, que recordaba las góndolas de Venecia y los esquifes de Constantinopla, se colocó como mejor pudo la banda militar.

El vapor *Ebro* ha sido, según mis noticias, construído en Crenzot; tiene 50 metros de quilla y 10 de ancho, comprendidos los tambores de las ruedas. Su máquina, de baja presión, es de la fuerza media de 80 caballos.

La cámara de primera clase ofrece tres divisiones: el salón, un gabinete para las señoras y el tocador.

Llégase al salón, descendiendo del puente, por una escalera de caoba, cuyos peldaños están guarnecidos de planchas de cobre en los bordes exteriores, y cubiertos de una alfombra de lana, fondo verde, rayada de encarnado, asegurada por medio de una barra de cobre pulimentado.

Al fin de la escalera, á la derecha, se encuentra el camarote del capitán.

El salón, que está separado por un vestíbulo de la

escalera, es largo y espacioso y está alumbrado por catorce ventanas, provistas de cristales y persianas, pintadas de color oscuro.

El suelo está alfombrado con un hule de vivos y variados colores, y las paredes decoradas con oro sobre fondo blanco. Hay entre las ventanas hasta 32 medallones, que representan diferentes paisajes, pintados admirablemente. A cada lado de la puerta de entrada hay dos grandes espejos de limpia y clara luna.

Una doble colgadura separa el salón del gabinete de las señoras, que es la habitación más lujosamente adornada; las paredes son también blancas en el fondo; pero en vez de paisajes hay pintadas en ellas flores de vivísimos matices y pájaros de brillantes colores.

El techo del salón está sostenido por cinco columnas de cobre pulimentado.

Todos los muebles, mesas, canapés y sillas de las habitaciones de primera clase son del mayor gusto y riqueza.

La cámara de segunda clase es también elegante; pero más sencilla.

Tendría que extenderme demasiado si fuera á hacer una descripción minuciosa de todos los departamentos de que consta el vapor: máquina, camarote de los marineros y del capitán, almacenes y cocina. Bastará con que os diga que en todos ellos está hermanada la comodidad con la solidez y el lujo.

Dada la señal de partida, el vapor y la barca que iba á remolque enderezaron por el canal su rumbo hacia Amposta. Yo seguía con la curiosidad de un

niño las espumosas olas que levantaban las ruedas, y que casi lograban ahogar con su acento los acordados sones de la música, que durante todo el viaje llenó el espacio de dulces y regaladas armonías.

Pasamos sin dificultad todas las esclusas, llegamos á Amposta, que es el punto en que el Canal termina, y allí nos detuvimos á almorzar. Habíase levantado en el lugar mismo en que desembarcamos una elegante tienda, festoneada de ramos de boj, bastante capaz y extensa. Los lienzos que la formaban estaban pintados, figurando cuadros de paisajes y flores, y dentro de ella había una mesa elegantemente adornada, cubierta de ramilletes, platos de frutas y dulces. El pueblo, agrupado debajo de las paredes de lienzo de la tienda, que había logrado alzar, observaba con curiosa atención los preparativos de nuestro almuerzo. Si hubiérais visto aquella multitud de cabezas, tostadas por el sol y robustecidas por el trabajo, que parecían sostener como animadas cariátides el peso de la vivienda improvisada y consagrada al placer en que nos encontrábamos, no sé el efecto que os hubiera producido. El pueblo está condenado á vivir como Tántalo, al borde de todos los goces, sin disfrutar de ninguno, y gracias si alguna vez, como sucedía en la ocasión á que me refiero, logra penetrar su vista, que es el más libre de todos los sentidos, donde no pueden penetrar sus piés.

Colocámonos como mejor nos fué posible alrededor de la mesa, y almorzamos. Los millares de cabezas que se agitaban debajo de los lienzos de la tienda, nos ob-

servaban con religioso silencio, como satisfechos de ver nuestro buen apetito, nuestra alegría y nuestro estirado porte.

La banda, mientras duró el almuerzo, no cesó de tocar piezas escogidas. Y en verdad que no hay cosa más difícil que comer y oir al mismo tiempo; yo de mí sé decir que ni cómo ni oigo. Unas veces la música hace olvidar los manjares y otras los manjares hacen olvidar la música: de manera que al cabo de la función no sabe uno lo que ha comido ni lo que han tocado.

El arte es exigente y quiere que se rinda á cada uno de sus ramos un culto aparte. Es enemigo de la confusión. Querer entretener á la vez todos los sentidos, es no entretener á ninguno; es hacer que las facultades se truequen, y que, permítaseme la idea, los oídos coman y el paladar aprecie las armonías de la música.

Terminado nuestro almuerzo-concierto, volvimos á embarcarnos en el vapor y penetramos en el río. El viejo Ebro parece haber roto en esta parte su ánfora para pagar por completo al mar el rico tributo de sus raudas aguas. Es ancho y caudaloso; sus ondas ruedan con violenta impetuosidad, como si las animara el deseo de confundirse pronto con las del Mediterráneo. Verdadera imagen del hombre que corre ciego sin conocerlo hacia su perdición y que tanto más se precipita cuanto más se aproxima á ella. Como en los bordes del Rhin, se levantan á la orilla del venerable río que tan gran papel juega en la historia de nuestra nacionalidad, desde los más remotos tiempos hasta los memorables de Zaragoza, gloriosas y desconocidas

ruinas de castillos feudales y de templos. Una vegetación riquísima y vigorosa hermosea estas márgenes, tan llenas de recuerdos, pareciendo como que con su belleza quiere detener el rápido y violento curso de las aguas, tan deseosas de llegar al mar.

Desde Amposta á Tortosa tardamos algunas horas que fueron para mí muy breves, porque tuve el gusto de conocer entonces á los dignos representantes de la prensa catalana. Nunca elogiaré bastante su amabilidad ni el fraternal cariño que hacia todos los periodistas madrileños manifestaron. Con harto sentimiento de mis compañeros y mío no nos fué posible aceptar el cortés ofrecimiento que nos hicieron para que fuéramos en su compañía á Barcelona. Pero no por eso se apartarán jamás de nuestra memoria las agradables horas que pasamos al lado suyo en Tortosa y Cherta. Hijos de una misma madre, hijos de la imprenta, cualquiera que sea la distancia á que nos encontremos, vivirá constantemente nuestro cariño como vive entre hermanos, alimentado y fortalecido con los esfuerzos del pensamiento y de la palabra.

En mi carta inmediata os daré cuenta de nuestra llegada á Tortosa, de la bendición del vapor, y de los sucesos que nos ocurrieron durante nuestra permanencia en aquella antigua ciudad.



V

En el desembarcadero de Tortosa, que, como el de Amposta, estaba empavesado y cubierto de flores y verdes ramos, nos esperaba el clero que debía tomar parte en la santa ceremonia de la bendición. Mi cansancio, por un lado, y por otro la confusión que reinaba á bordo, impidieron que me enterara, como hubiera deseado, de esta consagración religiosa, y sólo puedo deciros que después de terminada bajamos á tierra, dirigiéndonos procesionalmente á la catedral.

Hallábanse atestadas de curiosos las calles del tránsito, y en ventanas y balcones lucían sus gracias las hermosas damas tortosinas. Esta exposición de bellezas no estaba consignada en el programa de las funciones, cuando debía haber ocupado el primer lugar.

Embebecidos en la contemplación de tan peregrinos rostros llegamos á la catedral. Su fachada, que está sin concluir, es del renacimiento, y no predomina en ella el gusto más depurado; en cambio todo el templo pertenece al género gótico primitivo. La armonía artística debe estar avergonzada, sintiéndose herida por el contraste más ridículo y el anacronismo más extravagante que consigna en sus anales la arquitectura. El paso de un orden á otro es en esta catedral violento, rudo, sin preparación ni majestad alguna. No se ve, como en la de Toledo, la mano de los siglos que va lenta y mesuradamente modificando los estilos, sino la mano del hombre extraviado que interrumpe de un golpe la cadena de la tradición, y escribe, sin saber lo que se hace, una página profana en un libro religioso. El arte ciego y ofuscado es acaso un enemigo más temible para las grandes obras, que el tiempo y el incendio; porque estos elementos de destrucción las aniquilan, pero no las deshonran.

Dando una prueba de caridad cristiana la Real compañía de canalización que había dispuesto celebrar en un solo día todas las fiestas, mudó prudentemente de consejo, suspendiendo para el lunes nuestro viaje á Cherta, y el baile que tenía preparado en Tortosa. Sin duda compadecida del aspecto que presentábamos, tan afligido como sudado, pues el sol había sido por espacio de seis horas nuestro inseparable compañero, adoptó una determinación que todos le agradecimos con el alma. Satisfechos y alegres nos desparramamos por la ciudad en busca del alojamiento que se nos

había designado, después de haber asistido al *Te Deum*, y oído misa en la capilla de la Santa Cinta.

La ojeriza con que en Tortosa se mira la obra de la canalización, y de que más adelante hablaré, hizo que muchos convidados se encontrasen con la puerta de su alojamiento cerrada, sin que pudieran averiguar dónde paraban los dueños. Yo fuí de este número, y anduve errante como un peregrino por las calles de la ciudad hasta las once de la noche, hora en que la empresa me proporcionó otra habitación en el antiguo cuartel de la Milicia. Gracias á este incidente, que se prolongó lo bastante para hacerme perder la paciencia, no me fué posible escribir como yo hubiera querido mi primera carta, enterándoos á la ligera de las ceremonias de la inauguración. Pero, en fin, más vale tarde que nunca.

Durante mi obligada excursión por las estrechas calles de Tortosa, pude observar ligeramente su carácter monumental. Hay en esta ciudad bastantes fachadas del género plateresco, entre otras las del Seminario en la calle de Moncada y la de un edificio situado en frente de aquel en que yo vivía. Tiene también una fuente que no pertenece á orden alguno; mirada por un lado parece un kiosko, y mirada por otro, un torreón gótico. Corona esta construcción extraña un ángel ó un genio, que no podré deciros lo que es, con la cara pintada de color de rosa, la cabeza de amarillo, las alas de azul y el vestido blanco con estrellas. No os diré que sea exactamente tal como digo la distribución de estos colores; pero puedo aseguraros que todos

ellos se emplean en el adorno de aquella malaventurada escultura, que parece estar vestida de máscara.

También visité en compañía de varios amigos la iglesia del Calvario. El templo, considerado bajo el punto de vista puramente artístico, nada tiene que digno de mención sea. Pásase la capilla y se entra en un huerto montuoso, que tiene abierta una rampa en forma de zig-zag, rodeada de altos y fúnebres cipreses. La yedra crece entre las junturas de las piedras, extendiendo por todo el huerto su trepadora y desigual enramada. Este lugar trae involuntariamente á la memoria el gran sacrificio del Redentor del mundo, é infunde en el alma inefable y misteriosa melancolía. A un lado de la rampa, de trecho en trecho, álzanse unos altarcitos cubiertos, donde se representa en figuras de talla, de tamaño pequeño, algún paso de la gloriosa muerte del Salvador. En general, las esculturas son de escaso mérito, y sólo algunas recientemente labradas en Barcelona merecen llamar la atención del viajero.

En lo último de la rampa hay una reducida capilla de mármol con un Santo Cristo; cerrando por este lado el jardín una levantada peña que parece pronta á desprenderse, y por la cual, como desafiándola, sube y entrelaza sus hojas la verde y atrevida yedra. Según nos dijeron algunas personas á quienes hablamos del efecto que nos había producido este huerto, que tan al vivo recuerda la historia del Divino Maestro, estos Calvarios son muy generales en toda Cataluña, y á

ellos acuden en Semana Santa los fieles, en silenciosa y contemplativa peregrinación.

El pueblo deja en todas partes las profundas huellas de su fe.

A las seis de la tarde dió principio en los salones del palacio episcopal la comida que se nos tenía dispuesta; única que con carácter oficial ha habido durante el curso de la expedición. A los postres, como de costumbre, comenzaron los brindis; brindaron los individuos de la comisión regia, las autoridades militares, el presidente de la real compañía, los diputados, la prensa catalana, y en nombre de la de Madrid, el director de *El Católico*. En atención á su carácter sacerdotal y á la antigüedad del periódico que redacta, los escritores públicos de la corte que asistían al banquete rogáronle que brindara en representación de todos. El señor Moreno se resistió modestamente; pero al fin las súplicas le vencieron, y cumplió, como era de esperar, la delicada misión que se le había encomendado.

Instado vivamente por todos, pronunció el señor Castelar una brillante improvisación, que es sin disputa una de las mejores que le he oído. Recordó el inspirado orador la importancia histórica del país en que estaba, y su elocuente musa evocó con una sola palabra la grandeza de nuestro pasado y las esperanzas de nuestro porvenir. Y al brindar por la inteligencia honró también al trabajo, poderoso auxiliar de todas las concepciones y lazo que une en la tierra el pensamiento con la realidad, el espíritu con la mate-

ria. Las ideas y las imágenes bullían y palpitaban en su discurso como en una oda de Píndaro, y todos nosotros le escuchábamos trémulos, agitados, siguiendo difícilmente los vuelos de su galana fantasía.

Cuando el señor Castelar dejó de hablar, resonó en el salón un inmenso y prolongado aplauso. Su triunfo había sido completo, sin que osaran disputársele ni los rencores de la política, ni los dardos envenenados de la envidia artera.

Allí todos aplaudimos y admiramos.

Después de la comida, que terminó cerca de las ocho, pasamos al teatro. Es el coliseo de Tortosa reducido, pero elegante; y entonces estaba en su mayor apogeo. Resplandecían en todos los palcos hermosuras que hubieran dado celos á las de Madrid, llenas de seda, llenas de piedras preciosas y llenas de flores. Éste es el único defecto que encontré en ellas.

Representábanse los *Amantes de Teruel*, ese drama que hiere profundamente el corazón, y que nunca podrá verse sin llorar, porque es el conjunto de todos los gritos de la pasión y de todos los ayes de la desventura. La Teodora Lamadrid y Valero eran los encargados de su difícil interpretación.

Valero es siempre el actor eminente, aunque desigual. En la noche á que me refiero, consiguió dominar al público con su inspiración, y hacerle sentir como él sentía. Pero Valero necesita tomar otra vez los aires de la corte ; su larga permanencia en provincia ha redundado en perjuicio de su genio, y algunas veces se amanera demasiado. Las inflexiones de su

voz son violentas, porque el deseo del contraste las extravía y desentona á menudo. Las auras de la coronada villa, en un actor de inteligencia, acaban con todos los resabios de la exageración y del mal gusto. Valero se curará: esto es indudable.

La Teodora estuvo como siempre, inimitable; los demás actores bien.

Terminada la representación de *Los Amantes de Teruel*, cantó la señora Moscoso, siendo justamente aplaudida, y después se estrenó la comedia en un acto *El Ebro*, escrita expresamente por el señor Bretón de los Herreros, con motivo de la inauguración del Canal. El argumento de esta comedia es débil; pero está tratado con la facilidad y gracia que caracterizan al príncipe de nuestros poetas cómicos. Hay tipos en ella de una encantadora verdad, entre ellos el de don Primitivo, inteligentemente interpretado por Valero, que mira con una antipatía rutinaria todos los adelantos de la civilización, y que exclama, cuando le preguntan si ha venido por ferro-carril:

—Yo no. Varón provecto
deslumbrar no se deja fácilmente
por esas peligrosas maravillas.
Aunque se tarde más que por Almansa,
más seguro es venir por las Cabrillas;
que si el cuerpo se cansa,
no padece el espíritu, sin tregua
corriendo en seis minutos una legua,
y temiendo, al volver de cada monte,
á Icaro imitar y á Faetonte.

También, querida Aurora,
cuando pasé á Madrid desde la Mancha,
esquivé la infernal locomotora,
que, aunque llena de baches, es la antigua
carretera más ancha.
¡*Locomotora!* ¿Quién no se santigua
sólo al oir su nombre? ¡Ay, que no en vano
la apellidan así: *Loco-motora*
es la que *locos-mueve,* en castellano.

A la una de la noche concluyó la función dramática. Desde el teatro fuímos á la orilla del río para ver los fuegos artificiales que tenía preparados el pirotécnico valenciano Joaquín Minguet. Las luces de mil colores, reflejándose en las ondas del Ebro, daban una ligera idea de las encantadas viviendas de cristal, topacios y rubíes que la fantasía oriental ha creado en el fondo de los ríos y de los mares para los genios y las hadas. Hubo un momento en que el Ebro parecía enviar al Mediterráneo olas de plata y oro en tumultuosa y rápida confusión.

Estos fueron los últimos festejos del día.

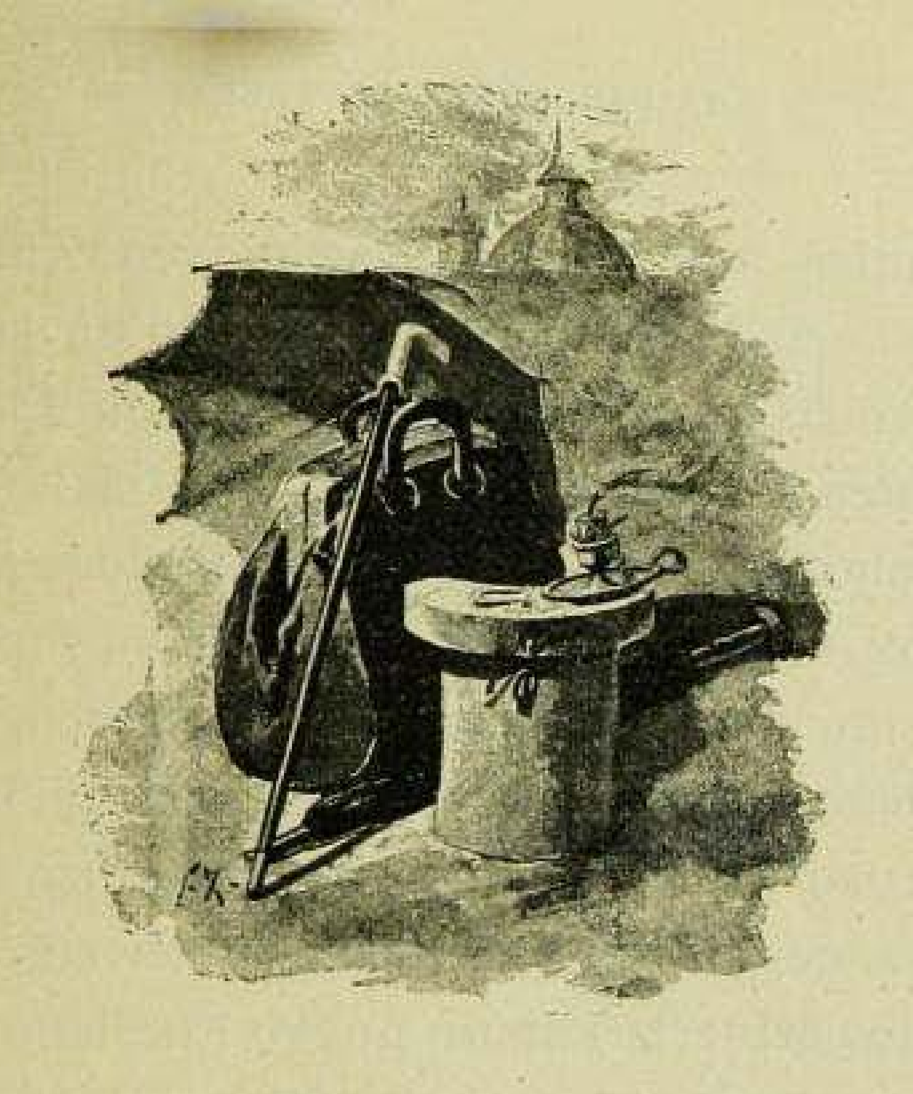
Antes de terminar mi carta, me permitiréis que os haga algunas reflexiones sobre el odio que en Tortosa se profesa hacia la idea de la canalización. Nace, en primer lugar, de las inveteradas preocupaciones de nuestro pueblo, y en segundo, de la desconfianza que las obras inspiran al vulgo. Tan exagerada es ésta, que habiéndonos visto llegar en el vapor, dudaban que hubiéramos venido desde San Carlos de la Rápita, sin que fuera bastante á sacarlos de su error la realidad

que presenciaban: más incrédulos que Santo Tomás, negaban lo que veían.

No sé si tendréis presente la oposición que algunos pueblos de la Mancha hicieron para que no pasase por sus términos el ferro-carril del Mediterráneo. Una compasión mal entendida hacia las bestias de carga, hacíales tronar contra el proyectado camino de hierro. ¿Qué va á ser de los burros? decían. ¿Qué vamos á hacer de nuestras mulas?

Pues este mismo sentimiento llevado al río—permitidme la frase—es uno de los motivos que tiene el pueblo de Tortosa para combatir la canalización.—¿Qué va á ser de nuestros barquichuelos? se preguntan. ¿Qué haremos de nuestros esquifes de vela latina?

Los beneficios que el ferro-carril proporciona á todos los pueblos por donde pasa, han aniquilado completamente sus preocupaciones. Sólo los hechos son capaces de vencer la testaruda obstinación de la rutina. Las ventajas que la canalización del Ebro proporcionará en días más ó menos próximos á Tortosa, acabarán también—confío en ello—con los pueriles temores que sus habitantes alimentan, y que son indignos de su ilustración reconocida.



VI

A las dos del día siguiente salimos, como se había anunciado, con dirección á Cherta en el vapor de la Compañía. Las riberas del Ebro, desde Tortosa á este pueblo son fertilísimas, y no olvidaré nunca el magnífico panorama que ofreció á nuestra vista una aldehuela situada entre bosques de árboles frutales y húmedas alamedas á la orilla misma del río. Sin detenernos en este lugar, cuyo nombre no recuerdo ahora, y donde apenas divisaron las ráfagas de humo que despedía el vapor, echaron á vuelo las campanas de la iglesia en señal de júbilo, llegamos felizmente, contra los pronósticos de los tortosinos, al término de nuestra navegación. Allí nos esperaba una tienda de cam-

paña idéntica á la que nos acogió en Amposta, y dentro de la cual se había improvisado un jardín á la inglesa, lleno de flores, de asientos de mullido césped, de surtidores y de fuentes, en cuyas tazas rústicas se agitaban algunos pececillos, casi sofocados por el calor, que era intenso. La empresa había preparado en este sitio un abundante y delicado refresco, una función de fuegos artificiales, y la explosión de una montaña barrenada, que se conmovió y deshizo á presencia nuestra, como si hubiese sentido en sus entrañas los violentos esfuerzos de un nuevo Encélado.

Visitamos después las obras del canal de alimentación, y de la esclusa de Cherta, que según oí decir á algunas personas inteligentes, es notable, y terminado nuestro examen, emprendimos el viaje de vuelta á Tortosa. Varios amigos míos habían concertado marchar el mismo día de esta ciudad, sin asistir al baile que la real Compañía tenía dispuesto, y yo me adherí á su resolución. Despedímonos, pues, de todos nuestros compañeros, y nos embarcamos en un bote de vela latina que estaba esperándonos en el río para conducirnos á Amposta, en cuyo punto debíamos tomar la diligencia.

Las seis de la tarde serían cuando salimos de la población. Hacía un calor sofocante, y las ondas del Ebro rodaban perezosamente sin que las empujara en su camino el más ligero soplo de viento. La barca se movía sólo á fuerza de remo, y esto fué causa de que empleáramos más de cuatro horas en cruzar el espacio que media entre Tortosa y Amposta. Discutiendo

sobre política, sobre literatura, sobre legislación, sobre artes, nos sorprendió la noche en el río, donde sólo se oía el rumor pesado de las olas y el eco de nuestras palabras que resbalaba sonoro por la superficie de las aguas. La luna, esa compañera de los amantes y de los viajeros, no alumbraba nuestra ruta, que estaba únicamente iluminada por los tibios resplandores del crepúsculo vespertino, tan duradero en los campos y en el mar.

Allí, separados del mundo, discutimos y analizamos nuestros principios en la serena esfera de la razón, sin que la pasión política, siempre ciega é intransigente, viniera á turbar nuestra buena armonía. En la barca estaban representadas todas las opiniones: había demócratas, progresistas, partidarios de la *unión liberal*, moderados y absolutistas; pero sobre todo, había amigos.

¿No es éste un verdadero y santo progreso? Apenas hace veinte años que el espíritu intolerante de la política apartaba al padre del hijo, al hermano del hermano, al amante de su amada; sembraba la semilla del odio en el seno de las familias, y rompía violentamente los lazos de la amistad. Los principios políticos se profesaban entonces, más por instinto que por convicción; combatíase en vez de discutir, y la idea, en lugar de interponerse entre las inteligencias, se interponía entre los corazones. Hoy las circunstancias han variado del todo: las doctrinas buscan su apoyo en la razón, no en la fuerza; habiendo sucedido al choque de las armas el eco de la palabra y la misteriosa predicación de la imprenta.

¡Quiera el cielo que la ceguedad de los gobiernos no haga posible para España la vuelta de aquellos días de funesta recordación!

A poca distancia de Tortosa encontramos una turba de hombres que estaba bañándose en la orilla del río y que á nuestro paso nos saludó con el grito de: *¡Muera el canal!*

Os hubiérais reído al ver aquella multitud de cabezas desgreñadas que salían húmedas del seno de las ondas para condenar en nombre de sus preocupaciones, los inventos de la civilización y las conquistas de la industria.

Era la voz de los tiempos antiguos que lanzaba desde el fondo del domado río su inútil y postrera maldición contra la edad moderna, que le había dominado.

Llegamos á las nueve de la noche á Amposta, sin que nos sucediera en la travesía ningún percance que merezca referirse. En este pueblo comimos ó cenamos, y en seguida ocupamos la diligencia, que habían puesto á nuestra disposición. Desde el coche lanzamos nuestra mirada de despedida sobre el Ebro, ese río clásico que en algún tiempo dió nombre á nuestra patria, y que acaso esté llamado á dársele de nuevo en el transcurso de las edades futuras.

Nuestra buena fortuna hizo que pasáramos de noche los campos que á nuestra ida habíamos cruzado de día, y gracias á esto pudimos admirar por la mañana, como creo haberos dicho, las feracísimas huertas de Castellón de la Plana, Villa Real y Murviedro.

Todo el camino, hasta cerca de Valencia, está sem-

brado de casas blancas, cobijadas por altas palmeras y perdidas entre el follaje de una vejetación vigorosa; casas que recuerdan al mismo tiempo los aduares árabes y las *villas* italianas.

La noche, durante nuestro viaje á San Carlos de la Rápita, había cubierto con su negro manto este risueño paisaje que tan agradablemente nos sorprendió á la vuelta.

A las dos de la tarde comimos en Castellón, y á las seis y media entramos en la ciudad del Cid.

Sin descansar apenas, tomamos una tartana y nos dirigimos al Grao, deseosos de ver el puerto. Yo no podré deciros el tiempo que tardamos en llegar, porque se pasó para nosotros sin sentir, como pasa una ola, como un suspiro, como una leve ráfaga del aura. Nos faltaban ojos para mirar las mil y mil hermosuras pálidas como las azucenas de los valles, que iban y venían por el mismo camino, voluptuosa y lánguidamente recostadas en cómodas tartanas, cuyos carruajes son, como sabéis, los que están más en uso en Valencia. Si Mahoma hubiese conocido esta comarca habría colócado en ella el paraíso de los creyentes: no hubiera tenido necesidad de buscarle en el cielo.

Por fin llegamos al Grao. Confieso que el comercio y la industria quitan al mar, si no su grandeza, por lo menos una parte de su poesía. La aglomeración de buques, el olor de la brea, el trabajo nauseabundo de las dragas, el ruido de los talleres, las ahumadas caras de los trabajadores no dejan que el ánimo se espacie y siga tranquilamente el inquieto movimiento de las

olas. Entonces me alegré de haber visto por primera vez el Mediterráneo desde una playa desierta, donde todavía parece como que domina el espíritu de la antigua Grecia.

Además las naves, confusamente agrupadas en el puerto pierden la suave vaguedad con que se presentan ante nuestros ojos, cuando surcan solas, medio ocultas entre la bruma, la silenciosa majestad de los mares.

Después de haber visitado el Grao, volvimos á Valencia por el ferro-carril: entramos en la fonda, comimos y nos acostamos.

Si yo fuera escritor francés os haría una minuciosa descripción de la ciudad, y trazaría el cuadro de sus costumbres; pero como no poseo la cualidad tan común en nuestros vecinos traspirenáicos, de ver lo que no miran, os confesaré ingenuamente que nada puedo deciros, porque nada he visto: no se conoce Valencia en un solo día.

Los únicos edificios que medio examiné, y de los cuales quisiera daros una ligera idea, son la Catedral y la Lonja.

Es el primero un templo de escaso mérito arquitectónico, desigual y confuso. Su planta baja y las columnatas son de estilo greco-latino, sin severidad ni grandeza alguna, y la bóveda y los arcos de la nave principal apuntados, si la memoria no me es infiel. Tiene, sin embargo, una severa capilla gótica, donde están los retratos de los prelados de aquella santa iglesia, y unas cadenas del puerto de Marsella, colocadas allí como

trofeo por el gran rey don Jaime el Conquistador. La catedral es rica en pinturas de Juan de Juanes y Rivalta.

La Lonja es un edificio gótico que se resiente bastante de la influencia arábiga. El salón forma un cuadrilátero, cuya bóveda descansa sobre esbeltas columnas, compuestas de manojos, labrados en espiral, como imitando madejas de seda. Tiene tres puertas, una de las cuales comunica con un patio, y en ellas es donde más claramente se nota el influjo del orte oriental.

Valencia es una de las ciudades más patricias de España y cuenta en su seno numerosos palacios: en todas las calles hay alguno. Encuéntranse á cada paso fachadas de estilo plateresco, en general corrompido, así como se ven en otras las pomposas huellas del genio de Churriguera; de ese hombre que extravió la arquitectura, como Góngora ha extraviado la poesía.

En unión de todos mis compañeros de viaje subí al Miguelete. ¡Qué admirable perspectiva presentan desde allí la huerta, el mar, los montes, la Albufera, los pueblos, las casas y las barracas perdidas entre el follaje! La naturaleza os ofrece desde esta altura su más acabado poema. Extiéndese á vuestros piés Valencia con sus cien torres, bulliciosa y animada; más allá, en un espacio que la vista apenas puede abarcar, una serie no interrumpida de jardines y pueblecillos atrae vuestras miradas; más allá el Mediterráneo; más allá, en dirección opuesta, una cadena de montañas...

Sería temeridad en mí querer describir lo que no

admite descripción alguna. La fantasía calla aquí dominada y sujeta por la realidad, que excede á toda ponderación.

Contemplando, ó mejor dicho, admirando este prodigio de la naturaleza, permanecimos en el Miguelete cerca de media hora. Bajamos por fin, no sin sentimiento, para hacer algunas visitas y disponer nuestro viaje ; pues debíamos marchar á las dos de la tarde.

Cuando volvimos á la fonda, nos hallamos con varios amigos y correligionarios del señor Castelar, que estaban esperándole y que nos convidaron á comer una *paella valenciana*. Aceptamos gustosos su amable ofrecimiento, y no tuvimos por qué arrepentirnos de ello. Todos quedamos altamente complacidos y satisfechos: el convite democrático nada dejó que apetecer.

Llegó por fin la hora de abandonar la ciudad del Cid, y partimos por el ferro-carril hasta Játiva, donde nos aguardaba la diligencia. Ningún incidente nos ocurrió en el resto del camino, y entramos en la corte, ocho días después de nuestra marcha, habiendo recorrido en este tiempo las más fértiles y pintorescas provincias de la monarquía.

Aquí, pues, termina la relación de mi viaje; pero no concluiré sin dar las gracias á la Real Compañía de canalización por su buen comportamiento para con todos nosotros, y sin solicitar nuevamente la indulgencia de mis lectores.

Es posible que en mis cuadros no haya toda la animación que fuera de desear ; pero no soy yo el único responsable de esta falta. La naturaleza es más artísti-

ca que el hombre; el hecho hiere más vivamente que la relación. Los paisajes que he recorrido; las fiestas que he presenciado pueden verse, pero no describirse: esta confesión hace su mayor elogio, y es al mismo tiempo mi mejor disculpa.

1857.



HISTORIA DE MI VECINO

El hombre ha creado la palabra *suerte* para encubrir con ella el resultado de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasiones. Excepto algunos accidentes fortuitos, que están fuera del alcance de la previsión humana, la mayor parte de las desgracias que nos suceden, provienen de nuestra falta de tino.

Ejemplo de esta verdad es un pobre hombre que vive cerca de mi casa, y cuya historia, aun cuando nada tiene que pueda haceros reir, me parece conveniente referiros, como prueba que el mísero mortal, demasiado ciego para conocer lo mismo que le rodea, abriga sin embargo la presunción de penetrar en lo que está fuera de su dominio, y que, cuando tiene que escoger, se decide generalmente por lo peor ó por lo más distante. Si así no fuese, y el hombre se limitase á mirar y comprender sólo lo que está en la esfera de su inteligencia, ¡cuántos disgustos no se evitarían las familias, y cuántas catástrofes la sociedad!

Llámase mi vecino D. Pedro de Zúñiga, y es hijo único de un escribano de cámara, enriquecido por medios que no es esta la ocasión oportuna de enumerar. Hasta la edad de veinte años, mi héroe vivió recogido en su casa como un cartujo, resguardado por el cariño materno y vigilado de cerca por un padre tiránico, suspicaz y caviloso.

Abrumado su corazón por el peso de los abrasadores deseos que hacían germinar en él las apasionadas lecturas á que en secreto se entregaba, corrompióse en silencio gastándose al borde de todos los placeres, sin disfrutar de ninguno, como flor que se marchita por demasiado cuidada, y que se inclina marchita sobre su tallo, sin haber recibido las caricias del aura ni los fecundos rayos del sol. Por desgracia, las almas solitarias se pervierten con más facilidad aún que las que brillan en el mundo, y la depravación es tanto más honda, cuanto que no se debe al conocimiento exacto de la sociedad, sino á las exageraciones de los libros.

Pero ¿qué corazón, por gastado que se halle, no alimenta algún sentimiento generoso? ¿En qué desierto, por árido que sea, no nace alguna flor?

Mi vecino, á pesar del extraño escepticismo que habían desarrollado en él las novelas de la escuela francesa, llegó á enamorarse perdidamente en los primeros años de su juventud de una pobre y hermosa huérfana, de quien fué correspondido. Zúñiga no supo ó no quiso explicarse este cariño, cuya pérdida lamenta ahora, y se empeñó en confundir el violento amor que le arrastraba en pos de Margarita, con un pasajero

capricho, hasta con un sentimiento de vanidosa compasión.

—La infeliz me ama (se decía), y debo corresponderla, aunque sólo sea por piedad.

En la época del romanticismo, Zúñiga hubiera creído alimentar pasión inextinguible; pero los tiempos habían cambiado. Ya las jóvenes no pedían al vinagre el color de los grandes tormentos morales, ni los hombres, encerrados en su melenudo sentimentalismo, arrastraban, como míseros mártires de la sociedad, su triste existencia por el mundo. Había pasado el tiempo de los *incomprendidos*, de las desventuras ocultas, de los pesares roedores, de las lágrimas, de los suicidios según la moda de Werter, de los amores contrariados, de las venganzas, de la desesperación y el desencanto. Ya ser *comprendido* por la humanidad no era cosa vulgar y prosáica, ni ser feliz la mayor de las desdichas.

Había empezado á penetrar en el corazón de la sociedad el seco y analítico materialismo que hoy la corroe; la frialdad había reemplazado al entusiasmo, la muerte á la vida.

Porque en aquella época, que blasona de escéptica, es cuando más despóticamente ha reinado en España la fe, que todo lo engrandece; entonces corrían los hombres al campo de batalla encendidos con ardor patriótico, entonces las causas se defendían; hoy se venden.

Verdad es que el tiempo á que me refiero tenía sus manías ridículas; y ¿cuál no las tiene? Que no había

mujer entonces que no tuviese un par de adoradores enterrados para consagrar un suspiro á su memoria en presencia de un nuevo galán, ni amante que no hubiese sido engañado nueve veces para lamentarse de su desventura delante de quien le engañaba la décima, ni corazón que no se sintiese lacerado, ni ojos sin lágrimas, ni sér amado vivo, ni poesía sin admiraciones ni puntos suspensivos...

Entonces se equivocaban los hombres por carta de más; ahora se equivocan por carta de menos. Entonces todo se achacaba al corazón; hoy se culpa todo á la cabeza. Entonces la sociedad creía sentir sólo; hoy cree que piensa sólo también. Exageración por exageración, prefiero la primera: una generación que quiere parecer vieja está muy cerca de serlo.

Zúñiga, herido por el ciego positivismo de su tiempo, desconocía sus propios sentimientos: el amor que le abrasaba el alma y la voz querida que le brindaba con la felicidad.

—Yo quiero oro —decía ;— el amor es una mentira que puede explotarse, es un camino como otro cualquiera para llegar á la riqueza. Margarita es pobre...

Y, sin embargo, no pudiendo resistir á la influencia que le dominaba, acudía diariamente á los piés de la pobre huérfana.

Mas, como nunca se participa de dicha completa, el padre de mi vecino, que había formado sus planes para hacerle feliz— ¡fatal empeño de todos los padres! —y que pretendía casarle con una rica heredera, llegó á enterarse de las peligrosas relaciones de su hijo.

Comprendiendo lo mucho que podían contrariar sus propósitos, decidió romperlas á toda costa ; pero sus esfuerzos fueron inútiles: ni las amonestaciones, ni las amenazas, ni los mandatos, consiguieron apartar á don Pedro de Zúñiga del lado de su amada; hasta que un día, fatigado su padre de tan terca obstinación, le despidió, más para amedrentarle que para otra cosa, del hogar doméstico.

Mi vecino se alejó de su casa murmurando:

—Todo en el mundo es engaño ; ¡ hasta el amor paternal !

No tardó mucho, viéndose abandonado á sus propias fuerzas, en sentir las amarguras de la miseria; pero Zúñiga, que era hombre de tesón, no consintió por eso en doblegarse á las exigencias de su familia.

Vivió como pudo, y pudo bastante mal; jurando en el fondo de su alma no humillarse jamás á su padre, y

Antes morir que consentir tiranos.

Otro hombre, en su lugar, acaso se hubiera casado con Margarita, ya que por ella había sido despedido de los paternos lares; pero mi vecino no achacaba su resistencia al amor, sino al orgullo, y en todo pensó menos en lo que importaba para su ventura. Lejos de esto, se propuso buscar por diferente lado otra *proporción matrimonial* tan buena como la que había desechado; pues quería granjearse una posición independiente y desahogada para no transigir en ningún tiempo

con los caprichos de su familia. Con este objeto comenzó á hacer señas á la hija de un banquero, célebre en la corte por sus ruidosas prodigalidades. La muchacha, que era jorobada y tan fea como apacible, no desperdició la ocasión que se le presentaba, pues Zúñiga es lo que se llama todo un buen mozo, y admitió gustosamente sus interesados agasajos. ¡Ay! ¡hubo más! Como la pobre doncella no estaba acostumbrada á estas bromas, hizo de su primer amante una víctima, sacrificándole á fuerza de apasionadas atenciones y abrumadoras caricias. ¡Cuánto padeció el infeliz!

Un día, el cajero de la casa, que, sin saber por qué, le había cobrado afición, y comprendía los mezquinos pensamientos que le atormentaban, llamóle aparte para manifestarle que *no era oro todo cuanto relucía* y que su jefe se encontraba en situación mercantil bastante crítica. Como las novelas escépticas habían enseñado al ambicioso joven á no confiar en la buena fe de nadie, sospechó que el cajero debía tener algún motivo oculto para hablarle así, y que pretendía engañarle.

¿No podía también aspirar á la mano de la jorobada, y haber apelado á aquella estratagema para alejarle del campo, como á rival peligroso? Mi vecino celebró para sus adentros su propia penetración; rióse del pobre hombre que había tan cándidamente querido sorprender su credulidad, y se juzgó con toda su alma un fisiólogo profundo, para quien el corazón había dejado de tener secretos.

—¿Con que tan apurado se encuentra?—preguntó al cajero con aire de sorna.

—Y tanto—respondió éste ingenuamente:—hoy por hoy vive de trampas...

—Basta, caballero—exclamó Zúñiga con tono digno, grave y adecuado en todo á las circunstancias.—Ni le he pedido á usted explicaciones, ni las aprecio. La oficiosidad de usted me incomoda.

El pobre cajero se quedó inmóvil y mudo como una estatua.

Por fin, los recursos de mi vecino se agotaron, y tuvo que pensar en su porvenir. Él era osado; así es que con la mayor desenvoltura se presentó en casa del banquero, manifestándole sin rodeos ni ambajes que amaba á su hija, que era correspondido y que deseaba casarse, para mayor honra y gloria de Dios. El banquero, que, aunque bolsista, abrigaba corazón cariñoso, dudó del amor de Zúñiga hacia la pobre jorobada. Imaginaba, y con razón, que el interés era la única pasión que movía al joven, y, para desengañarle, le confesó ingenuamente el mal estado á que habían llegado sus negocios.

El buen padre no quería labrar á sabiendas la desdicha de su hija.

Dios ciega á los que quiere perder. Mi vecino creyó también esta vez que le engañaban. Un hombre que ha leído á Sué y á Dumas no se deja sorprender tan fácilmente, y dijo para sí:

—¡Ah, tunante! ¡á otro perro con ese hueso! Has conocido que tu torcido vástago es demasiado feo para

inspirar pasión alguna, y quieres penetrar mi intento valiéndote de un recurso de novela... Estos hombres de cálculo no tienen ninguno...

Después de haber hecho en un momento estas reflexiones, murmuró con trémulo y entrecortado acento:



—¡Ay, don Juan, qué mal me juzga usted! ¡Yo no busco en esta ocasión oro; busco el tesoro de abnegación y virtud que guarda usted en su casa!...

El banquero reflexionó. Conocía á la familia de Zúñiga, y sabía que era rica; así es que creyó un partido ventajoso para su hija la propuesta unión. Disipáronse sus escrúpulos, y exclamó con voz conmovida, estrechando al joven entre sus brazos:

—Le creo á usted, amigo mío, y confío á usted ese ángel para que le haga feliz...

—Jamás hubiera creído que llegase á ceder tan pronto—dijo para sí mi vecino.—Pero, por lo visto, Dios protege á los pobres...

Aquella misma noche se despidió para siempre, con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de pena, de la enamorada Margarita.

¡Aún no había querido comprender el afecto que le dominaba!

Á los seis días se efectuó su matrimonio.

Al mes pudo apreciar toda la malhadada franqueza de su suegro, que se declaró en quiebra. Al medio año supo que Margarita había heredado treinta mil duros de renta de un tío suyo, que sólo en la hora de la muerte ¡oh colmo de la felicidad! se acordó de que tenía una sobrina en el mundo.

Antes del año tuvo, en fin, que implorar el perdón de la familia para no morir de hambre, viéndose reducido al extremo de tener que aceptar una plaza de escribiente, que su padre, con el solo objeto de humillarle, le proporcionó en su misma escribanía.

Entonces se apoderó de mi vecino una rabia ciega, profunda, implacable, cuyos efectos hacía recaer diariamente sobre su desventurada esposa. Ésta sufrió por algún tiempo resignada el mal trato de su marido; pero fué tan repetido é inhumano, que al cabo perdió la paciencia, y, de una santa que era, llegó á convertirse en furia del infierno, tan enredadora como chismosa, tan chismosa como insolente. Así es que, cuando los dolores de mi vecino parecían próximos á calmarse, su mujer, á quien ha hecho completamente

variar de genio, se ha encargado de crearle nuevos tormentos, de martirizarle con sus gritos, con sus quejas y con su figura.

Hoy mi vecino no disfruta una hora de santa paz y concordia.

¿Quién no conoce en el mundo á algunos seres parecidos á don Pedro Zúñiga?

¿Quién también puede decir que alguna vez no ha dejado escapar la ventura de entre las manos? Cuando, merced á nuestra torpeza, nos sucede algún percance, damos detrás de la suerte, ó del sino, ó de la Providencia, para achacarles nuestros errores; y, bien examinado, puede decirse que, la mayor parte de las veces, ni el mendigo, ni el mal casado, ni el mercader que se arruina, ni la mujer que se pierde, ni el joven que se desilusiona, ni el corazón que sufre, tienen derecho para quejarse de su desventura. El hombre, para no tener constantemente que estar riñendo consigo mismo, ha inventado la fatalidad.

1857.




RECUERDOS
de la
GUERRA DE AFRICA

I

ALGO más de medio siglo hace que España se levantó de su postración secular, y durante este espacio de tiempo han aparecido, han bullido, han pasado, han vuelto á aparecer con distintos trajes y en ocasiones diferentes, multitud de hombres, de sistemas, de partidos é instituciones, como los delirios de la fiebre, como los actores y decoraciones de un teatro, como un mundo de fantásticos sueños. Agarrados á las crines de la política, caballo desbocado que lleva al país precipitada y vertiginosamente al través de abismos insondables, desde la revolución á la reacción, hombres, instituciones, sistemas y partidos han adelantado y vivido sin descansar años en horas, en lo que va de siglo, como Pecopín en el corcel del diablo. ¡Qué carreras y qué transformaciones! En un mismo día hemos visto cruzar ante nuestros ojos á un mismo hombre ostentando alternativamente el gorro frigio, el chacó de miliciano y el sombrero apuntado de palaciego; hemos visto víctimas convertidas en verdugos, y verdugos convertidos en víctimas; hemos asistido á la monstruosa y rápida representa-

ción de un drama shakesperiano y un entremés burlesco, ambos revueltos y entremezclados. ¿Qué imaginación no está cansada de tantos enredos, peripecias, chistes, lágrimas, héroes, mártires y tránsfugas como han llenado de confusión y ruido la escena? ¿Quién no se siente aturdido con tantos personajes y sucesos, con tantas elevaciones y caídas como ofrece el abigarrado al par que turbulento cuadro de nuestra historia contemporánea? Ha habido acontecimientos á medida de todos los gustos y de todos los deseos; guerras nacionales, invasiones, guerras civiles, regencias, combates en mar y tierra, constituciones, absolutismo, calabozos, destierros, patíbulos, tormentos, tumultos populares, insurrecciones militares, intrigas de cuartel, intrigas de palacio, asambleas avanzadas y retrógradas, pronunciamientos, asesinatos jurídicos, escarapelas, músicas, canciones, palizas, procesiones y arcos de triunfo: nada, nada ha faltado á este medio siglo, que ha sido al mismo tiempo una sátira y una epopeya.

Digo mal: faltábale para ser completamente grande, un sacudimiento nacional que no dejase en nuestra historia ningún dejo amargo; una página elocuente que no estuviese escrita con la hiel de nuestras discordias y la sangre de la patria, herida siempre por sus propios hijos. Necesitábase que la energía de nuestra raza, gastada en estériles contiendas, rompiese las mezquinas ligaduras con que pretendían sujetarla los partidos, y se desplegara fuera; allí donde la llaman sus tradiciones, sus deseos, sus esperanzas, tal vez sus

errores mismos. Para entrar dignamente en el concierto de Europa, éranos de todo punto indispensable pasar por África; alzar el pensamiento por encima de nuestras agitaciones intestinas, para lanzarle con el supremo esfuerzo de nuestros soldados, valerosos, sí, pero desconocidos del mundo, sobre esas salvajes costas que se divisan desde nuestras playas, en las tardes serenas del estío, ¡nadie sabe si como una amenaza ó como una aspiración!

Y este potentísimo sacudimiento estremeció las fibras de España cuando acaso se esperaba menos. No entraré en aclaraciones sobre si la guerra se anticipó, ni sobre su conveniencia en el orden material, porque no es este el objeto que pone la pluma en mis manos. Confieso ingenuamente que la cuestión de África no se ha discutido, se ha sentido; al primer anuncio de guerra el espíritu de raza que pasa de generación en generación como un río por su cauce, sin agotar nunca sus ondas, encendió la sangre en nuestras venas, y aceleró los latidos de todos los corazones. Yo seguí con júbilo el impulso general, no sólo porque resonaba en mi alma como en la del pueblo la arrebatadora voz de nuestras antiguas tradiciones, sino porque conocía, según antes he dicho, que era preciso reconquistar con un golpe atrevido la consideración de Europa, acostumbrada á mirar en nosotros la España de las guerras civiles, de los pronunciamientos, de *las crisis ministeriales* y del desgobierno; una España, en fin, pobre, extenuada, falta de aliento, envilecida, incapaz de blandir la enmohecida espada de sus héroes, y de

turbar con un rasgo de audacia el largo sueño de su gloria.

¡Con cuánto gozo comprendí que no me había equivocado en mis cálculos y esperanzas, cuando pude apreciar todo el alcance del sentimiento público en la famosa sesión del 20 de Octubre, magnífico y majestuoso prólogo de una campaña señalada por larga serie de no interrumpidas victorias! ¡Qué momentos aquellos! Una multitud tan impaciente como entusiasta, que no había logrado invadir las tribunas del Congreso, se agitaba movida por una misma idea en los alrededores del templo de la representación nacional, donde debían resolverse aquel día nuestras dudas y nuestros destinos. Cuando el ministerio ocupó su escaño, un recogimiento solemne reinó en el salón; hubieran podido contarse los latidos de todos los corazones que asistían á aquella memorable escena y que se confundían en un mismo deseo: ¡La guerra! Así es que apenas pronunció esta palabra el presidente del Consejo de ministros, después de haber expuesto la inutilidad de las tentativas que para afirmar la paz se habían hecho, prolongada y borrascosa salva de aplausos llenó el espacio. Dijérase que aplaudían con nuestras manos y victoreaban con nuestro acento los ilustres varones de Covadonga, las Navas, Granada y Lepanto, las preocupaciones de raza, el sentimiento de la dignidad ultrajada y las inflexibles exigencias de la historia. ¿Cómo no había de encontrar eco la mágica palabra que nos convocaba á la guerra contra el poder mahometano, allí donde las sagradas imágenes

de Pelayo, Guzmán el Bueno, el Cid é Isabel la Católica, fielmente representadas por el arte, parecían animarnos á la próxima contienda con el prestigio de sus nombres y el recuerdo de sus triunfos? No referiré lo que entonces pasó en las Cortes: mis lectores se acordarán mejor que yo de los elocuentes discursos que se pronunciaron entre los frenéticos gritos de la concurrencia, así como del sacrificio que casi todos los partidos hicieron de sus odios en las aras de la patria, y no digo todos, porque un suceso reciente, ó más bien un crimen inesperado, ha venido á demostrar que en aquellos momentos de unión nacional, no faltaba alguno bastante ingrato para aguzar entre las sombras del misterio el puñal de la traición y la venganza (1). La guerra que había sido aspiración generosa, se convirtió en hecho real y positivo con la declaración de las Cortes; el soldado aprestó sus armas para el combate próximo; el rico ofreció su hacienda; la mujer, hilas para los heridos y lágrimas para los muertos; el pobre su vida; el patriotismo sus recursos, y el entusiasmo su sangre.

Perdónenme mis lectores si antes de narrar á grandes rasgos los celebrados hechos de esta campaña, tan admirablemente inaugurada, he molestado su atención con la anterior reseña; pero he creído oportuno consagrar algunas líneas á la actitud del pueblo, tan desinteresada y noble, para poder apreciar debida-

(1) El movimiento montemolinista de San Carlos de la Rápita.

mente los inmensos sacrificios del ejército, digno depositario entonces de las esperanzas de la nación.

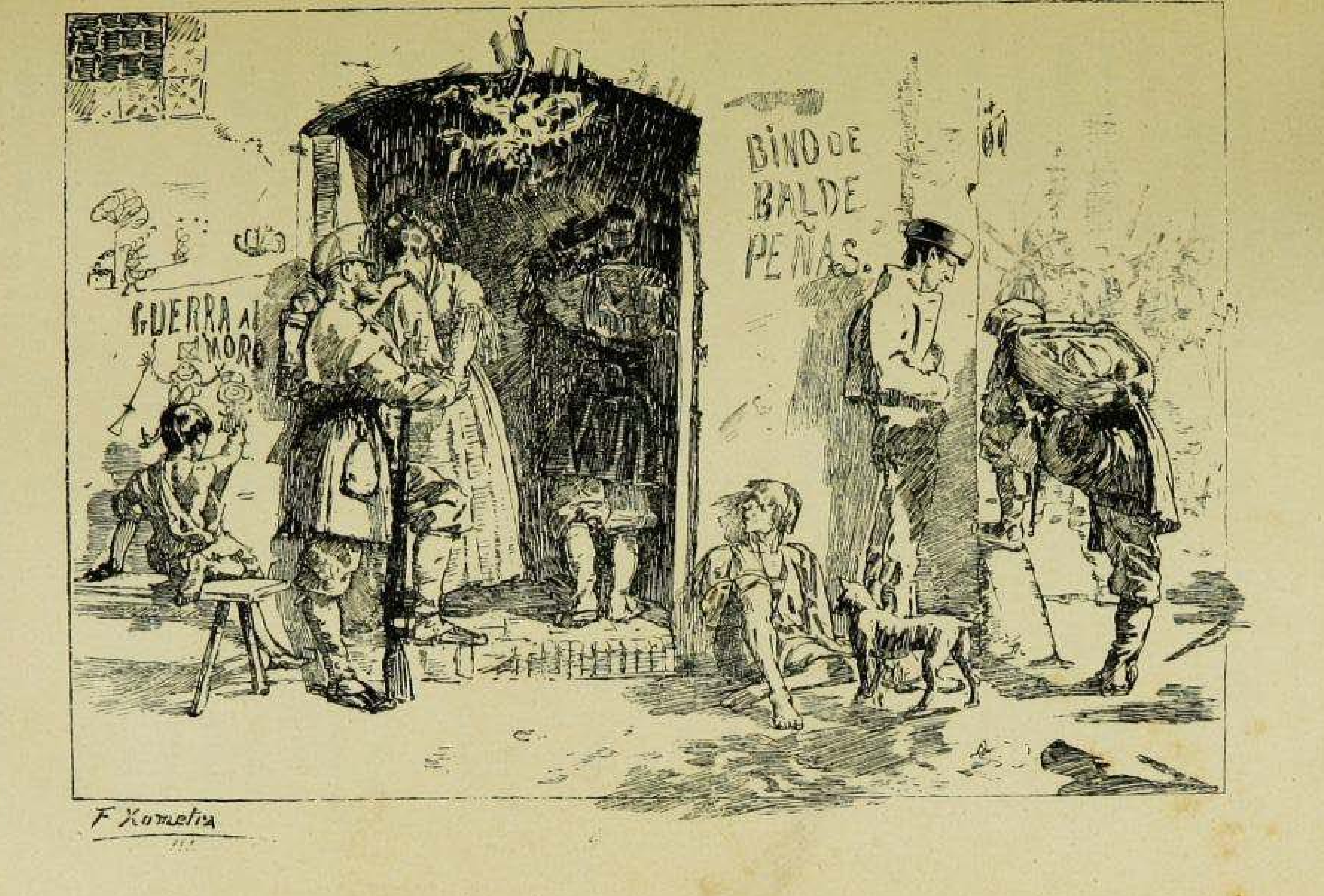
Daré, pues, principio á mi tarea.

Animado por el belicoso espíritu que dominaba en toda España, partí para África á principios de Noviembre. Atravesé, lleno de febril impaciencia, las áridas y secas llanuras de la Mancha, y á la mañana del siguiente día dí vista al mar en las bulliciosas playas de Alicante.

El mismo día de mi llegada me embarqué para Cádiz, hacia donde me espoleaban la impaciencia y el deseo. Todo el tiempo que duró mi navegación lo pasé agradablemente entretenido, contemplando con el cariño de hijo y el sentimiento de artista, las pintorescas y montañosas costas de España, doradas á veces por los brillantes rayos del sol, y á veces también medio veladas por la sombra. Desde el mar ví á lo lejos las caprichosas cumbres de Sierra-Nevada, coronadas de niebla; los blancos pueblecillos de la tierra andaluza, tendidos en la playa como conchas arrojadas por la marea; Málaga, la ciudad del comercio, y Cádiz la ciudad de la inspiración.

Al verla, brotando de las aguas, transparente como la espuma y gallarda á semejanza de las aves marinas que se mecen sobre las ondas, comprendí y admiré el sentimiento que ha inspirado á todos los poetas y la avara codicia con que la han mirado siempre todos los pueblos, desde la antigüedad más remota. ¡Es tan bella!

Cádiz entonces como Algeciras, Málaga y el Puerto


GUERRA AL MORO
BINO DE BALDE PEÑAS.
F Xumetra

de Santa María, estaba convertida en un campamento. Por todas partes circulaban grupos de soldados, cuya natural jovialidad excitaba el entusiasmo de que estaban poseídos, y por todas partes eran acogidos con júbilo, con amor, concordia y agasajo. Apresurábanse los vecinos á alojar en sus casas á los futuros vencedores de África, á obsequiarles, á inspirarles confianza en la empresa que iban á acometer para crédito de España y fama suya. Mujeres, ancianos, niños, les alentaban con cariñosa solicitud, y por donde quiera que pasaban, no oían más que un solo grito: *¡Guerra al moro!* El patrón que les acogía en el hogar doméstico, la mujer que les amaba, el niño que jugaba en sus rodillas, el anciano que les bendecía llorando, sus padres, sus madres, sus hermanos, sus amigos, todos cifraban en ellos su confianza, todos les empujaban hacia el heroísmo. ¡Oh! habrían sido indignos del nombre de españoles, si no hubiesen sabido corresponder, como han correspondido, al unánime sentimiento de la patria.

El 19 de Noviembre, poco después de mi llegada á Cádiz, donde residían el cuartel general y el segundo cuerpo de ejército, éste mandado entonces por el general Zabala, los batallones que componían la vanguardia expedicionaria, acantonados en Algeciras, pasaron á África para mantener por espacio de algunos días un duelo desigual y titánico con los hombres, con el clima, con las tempestades, con la epidemia, con la naturaleza toda.

Las circunstancias, no mi voluntad, que era decidi-

da, me impidieron presenciar este sangriento episodio de la campaña, que recuerda los de nuestra maravillosa conquista de América, cuando un puñado de hombres sin más recursos que su corazón y su espada, sujetaban imperios populosos y añadían nuevos florones á la corona de Castilla. Mas para suplir en parte esta falta, mis lectores no tomarán á mal que traslade algunos párrafos de una carta que recibí entonces, escrita por un desgraciado amigo mío, militar distinguido y valiente, y que era no sólo testigo, sino actor en las memorables escenas del Serrallo.

«Aquí vivimos—decía—si esto es vida, como los condenados en el infierno. El enemigo no nos deja descansar un solo momento, ni el cólera tampoco. La lluvia y el viento nos siguen sin tregua, como si los genios tutelares de África hubiesen concitado contra nosotros, no sólo á los hombres, sino los elementos. Dormimos sobre el fango, siempre sobresaltados, sin saber si vendrá á hacer eterno nuestro inquieto sueño una bala enemiga ó un ataque del cólera, que invisible y siniestro nos diezma y aniquila. Ayer—escribía el 24 de Noviembre—hemos tenido cerca de trescientos enfermos; si no llegáis pronto á nuestro auxilio, en vez de hallar una división, hallaréis un cementerio; no nos entregaremos al moro; pero sí á la muerte.

»Avanzamos en nuestras operaciones; pero á costa de mucha sangre. El enemigo que conoce el terreno nos *caza*, esta es la expresión exacta, escondido entre las malezas impenetrables de estos espesísimos bos-

ques. Nuestros pobres soldados no parecen bisoños; combaten como leones; pero su misma impetuosidad les perjudica mucho, porque se meten en el peligro sin reflexión, como la inocente res que se entra en la guarida del tigre. ¡Esto es horrible! En el momento en que escribo estas líneas, van á los hospitales de Ceuta 28 soldados de mi compañía. Hace unos cuantos días que hemos pisado esta maldita tierra y ya estamos casi en cuadro. ¡Venid pronto!

»Si escribes á mi casa nada hables de cuanto pasamos, porque mi madre se afligiría mucho. ¡Pobrecilla!

»Los primeros días de nuestra llegada, no estuvimos muy bien de víveres; pero ya va remediándose esta falta.

»Nos hallamos en las alturas del Serrallo, y si bien con pérdida, adelantamos siempre en todas las acciones. El general Echagüe es muy valiente y sufre con la resignación propia de un soldado, las penalidades, fatigas y peligros de esta espantosa campaña.

»No duerme ni sosiega; verdad es que tampoco nosotros dormimos ni sosegamos. Unas veces de avanzada, otras en acción, otras en vela, otras calados por la lluvia, otras molestados por los vendabales, ya asistiendo á los amigos á quienes la epidemia amaga, ya alarmados por algún acontecimiento extraño, el caso es que nadie descansa y que todos nos multiplicamos aquí. Las noches son para nosotros más pesadas que los días.

»Pero, en fin, todo debe sufrirse por la patria, y sólo

ruego á Dios que me proporcione ocasión en que poder distinguirme en su servicio.»

¡Ay! ¿Cómo había de creer él, tan joven, tan arrojado, tan lleno de ilusiones, tan sediento de gloria, que tres días después, el soplo de la epidemia había de apagar con muerte oscura su generosa vida? ¿Y quién me hubiera dicho entonces, que al poner el pié en la tierra africana no había de encontrar siquiera una huella de aquella existencia agostada en flor, de aquel corazón que tanto me había querido, de aquel joven desventurado, muerto en el principio de su carrera?

Dios quita la vida; pero no el recuerdo de aquellos á quienes amamos, y el de mi pobre amigo jamás se apartará de mi memoria.



II

La noticia de la acción del 25 de Noviembre, en que tan comprometido se vió el general Echagüe, acometido por fuerzas infinitamente superiores á las suyas, contribuyó á acelerar la partida para África del segundo cuerpo de ejército, al cual, como he dicho, me había agregado. El embarque se verificó en las playas del Trocadero, tan tristemente célebres en nuestros anales contemporáneos, por haberse escrito allí la primera página de la restauración absolutista de 1823, ó más bien la última de aquel agitado período constitucional que inauguró Riego y cerró Angulema, con tanta mengua para España oprimida como para la Europa agresora.

Las playas del Trocadero ofrecían espectáculo animadísimo y variado. Multitud de vapores poblaba el mar, y numerosas lanchas y bateas, aquellas llenas de hombres y estas de acémilas y caballos, surcaban las aguas, aproximándose á los vapores que desplegaban al viento su larga y flotante cabellera de humo. Dos muelles de madera, uno para el embarque de tropas, ancho y espacioso, y otro con una grúa en la punta para el trasbordo de las caballerías, facilitaban la operación, que sin esto habría sido pesada. Nada tan pintoresco como ver á los caballos suspendidos en el aire, con las crines erizadas de espanto, agitándose temerosamente hasta caer desde el extremo del muelle, de donde se sentían arrebatados, á la chalana que les esperaba en el agua para trasladarles al buque en que debían hacer su fatigosa navegación. No se encontró nunca el famoso Rocinante en tan grave aprieto como estos pobres animales, que cuando menos lo esperaban, se veían arrancados del suelo y obligados como el Pegaso fabuloso á pasar por la región de las águilas antes de entrar en los dominios de Neptuno. Uno de ellos se opuso cuanto pudo á la maniobra; maltrató con un par de coces á los marineros que le colgaban de la grúa, produjo un alboroto en el muelle y salió escapado, con la nariz abierta y la boca espumosa, temblando de miedo y atropellándolo todo, como el caballo de Mazzepa perseguido por los lobos en la oscuridad de la noche y en la espesura de las selvas.

No lejos de allí, cerca de la estación del ferro-carril,

se embarcaban los soldados, ansiosos de habérselas con los marroquíes, casi seguros de la victoria. ¿Qué sentirían en aquel momento? No lo sé. Sus rostros expresaban sincera satisfacción, y sin embargo, muchos de aquellos infelices pisaban por última vez la tierra en que habían nacido y en donde habrían querido quizás encontrar sepultura, cuando la edad hubiese cargado de canas y desengaños su cabeza; y todos ellos tenían madres, ó novias, ó amigos que los llorasen; corazones que iban á herir con la ausencia, con los presentimientos y peligros de la guerra á que se exponían; todos ellos, sí, porque ¿quién, por desconocido y desdichado que sea, no tiene un alma que le acompañe en las sombras y le siga en las adversidades de la vida!

No es posible describir el juvenil bullicio con que los soldados se disponían para la navegación; ni es fácil recordar los chistes y donaires con que se despedían de los nativos lares para encontrar muchos de ellos ignorada fosa en las africanas arenas, donde no pocos de sus antepasados duermen también el sueño de los siglos: ¡donde las más vigorosas generaciones de España han vertido y verterán todavía su sangre! Los honrados vecinos de los pueblos inmediatos que habían acudido á presenciar la partida del ejército, saludaban con ternura y entusiasmo á aquellos pobres y decididos muchachos; las lágrimas humedecían todos los rostros; las hermosas agitaban sus pañuelos; los niños sentían no poder blandir la espada para correr al combate; las madres... ¡las madres pensaban

en aquellas que acaso no volverían á ver más á los hijos de sus entrañas!

Al anochecer la difícil operación del embarque había terminado; pero hasta más de las diez los vapores no levaron anclas. Reinaba la oscuridad más profunda, interrumpida á intervalos por el amarillento resplandor de la luna, medio oculta entre nubes y celajes; vislumbrábase á veces la próxima costa como una mancha negra que se perdía en el espacio, y se veían esparcidas por el mar innumerables luces de colores que subían y bajaban, aparecían y desaparecían alternativamente, produciendo un efecto poético y maravilloso. Eran las luces de los buques que hacían las señales necesarias para salvar todos los riesgos de la navegación.

¡Qué admirable cuadro se presentó á nuestros ojos al romper el alba! El mar estaba tranquilo y sosegado, y halagaba nuestros oídos el blando rumor de sus olas levemente rizadas por el viento. Rojiza faja se pintaba en el horizonte hacia la tierra africana, que no se divisaba aún, y no parecía sino que como prolongación del mar de azuladas olas por donde navegábamos, se extendía allá á lo lejos otro mar de ondas de fuego y grana. Las empinadas costas españolas pobladas de atalayas, monumentos vivos de aquellos calamitosos tiempos en que los mismos enemigos á quienes íbamos á buscar ahora en sus propias madrigueras, convertidos en bárbaros piratas, saqueaban nuestros pueblos, robaban nuestras mujeres y sembraban por las playas andaluzas y valencianas la

desolación y el espanto, no se apartaban un momento de nuestra vista, al través de la vaga neblina que los vapores del mar y las auras de la mañana crean y extienden. ¡Cuántos corazones detrás de las ásperas crestas de la patria palpitarían recordándonos á aquella misma hora!

Á eso de las siete de la mañana pasamos por el Estrecho, y vimos el cabo de Trafalgar, donde la denodada marina española supo, sucumbiendo, conquistar para su patria gloria imperecedera; porque los grandes pueblos lo son hasta en sus catástrofes y caídas.

Cuando el príncipe de Condé, después de la batalla de Recroi—el Trafalgar de nuestros tercios—en medio de un campo cubierto de cadáveres mutilados, encontró el cuerpo del conde de Fontana traspasado de heridas y airado aún después de muerto, es fama que descubriéndose respetuosamente exclamó conmovido: —«Á no haberme dado Dios la victoria, hubiera querido morir como este héroe.»

Hoy todavía, el inglés que nos venció en las aguas de Trafalgar, enseña con veneración y orgullo los restos de nuestras naves apresadas, y cuando la voz del amigo ingrato, para disculpar su propia torpeza, nos calumnia indignamente, vuelve por nuestro decoro y repite saludando la memoria de Gravina, de Churruca y de Galiano:—Á no haber vencido entonces, hubiera deseado perecer como la armada de España—(1).

---

(1) En la *Historia del Consulado y del Imperio*, M. Thiers con parcialidad manifiesta, pretende echar sobre la escuadra espa-

¡Oh patria mía! ¡Qué glorioso es caer ante la posteridad como los gladiadores delante del César, guardando hasta en la agonía la grandeza de la propia fama!

Mas allá divisamos el Peñón de Gibraltar, caprichosamente iluminado por el sol, adelantándose hacia el mar, como si quisiera romper la débil lengua de tierra que le une á la península, avergonzado de que flote en sus muros una bandera extraña para confusión de la nación que la iza y del pueblo que lo consiente. Y enfrente de la roca inglesa vimos cómo se dibujaban en el espacio los agrestes picos de Sierra-Bullones, negros, siniestros y amenazadores, donde ya había corrido sangre de nuestros hermanos, y donde muy pronto debía correr también la de muchos de aquellos que junto á mí los miraban ocultar sus elevadas cimas entre nubes eternas.

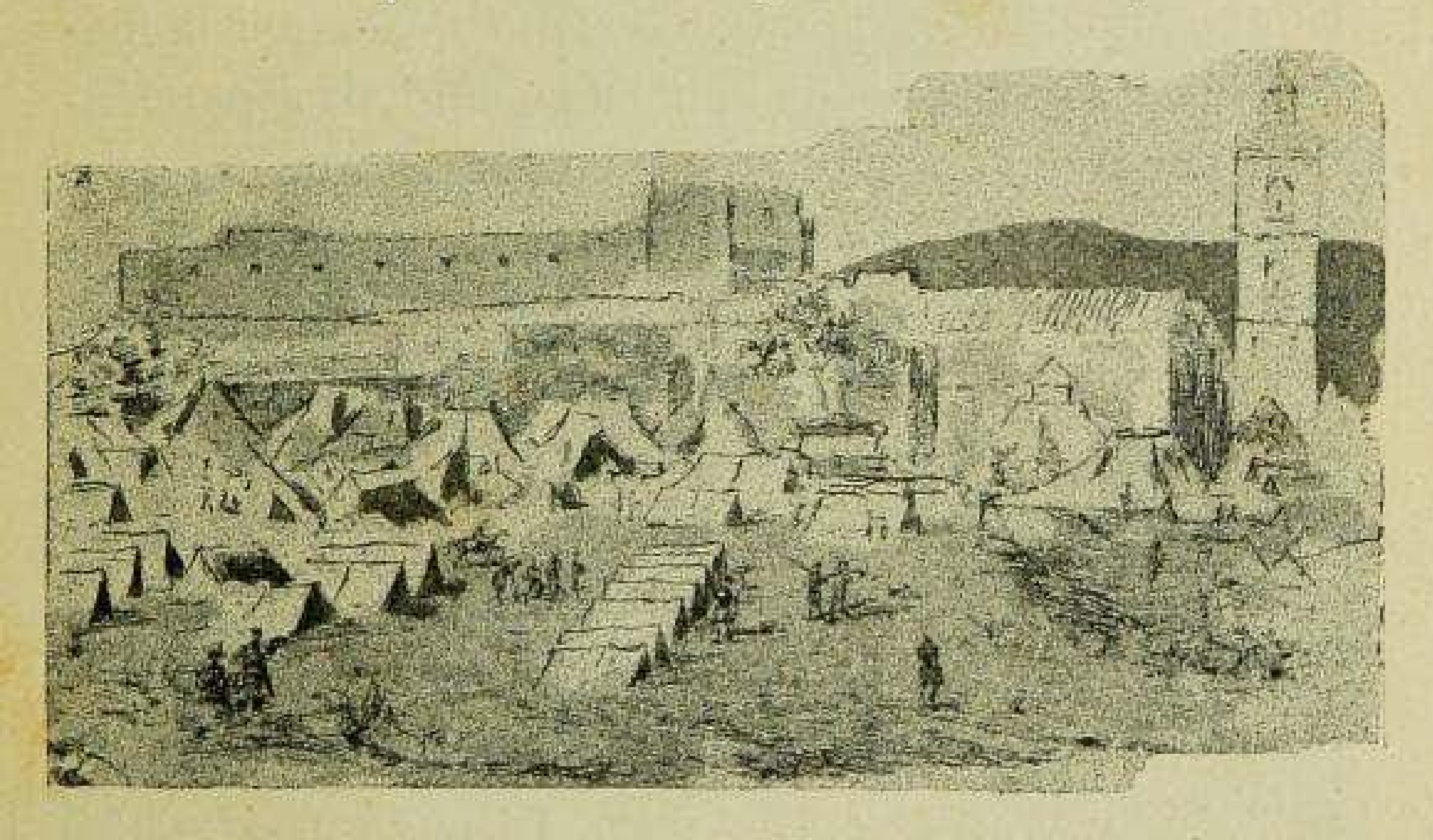
Tres horas después dábamos vista al campamento cristiano, establecido en las alturas del Serrallo; á Ceuta, que en los trances apurados hubiera podido servirnos de refugio, resguardada como está con robustas fortificaciones, y en último término al Hacho, á la antigua *Avila*, alzándose solitaria del seno del mar, y desde donde el prevenido vigía observaba el movimiento del campo moro, contaba sus huestes y burlaba sus pensamientos de guerra, penetrando con ojo

---

ñola el borrón que recayó sobre la francesa en el tremendo desastre de Trafalgar; pero con generosa nobleza que les honra mucho, algunos escritores británicos salieron á nuestra defensa, desmintiendo vigorosamente las falsas y mal intencionadas aserciones del historiador francés.

avizor para sorprenderlos en las enmarañadas angosturas de los valles y en las sombrías quebraduras de las montañas.

Dispuesto todo convenientemente desembarcamos en Ceuta sin ningún contratiempo. Aun cuando nadie ignoraba la aparición del cólera en nuestras divisiones, la verdad es que nos sobrecogió á todos el aspecto lú-



gubre y horroroso que ofrecía la ciudad en el momento de nuestra llegada. No se daba un paso sin tropezar con una camilla, sin ver un rostro lívido y desencajado, donde había impreso su funesto sello la muerte. Ceuta estaba consternada; sus hospitales no bastaban ya á contener el número de enfermos que la epidemia arrancaba diariamente á la vida y á la gloria, y fué preciso habilitar para este servicio hasta los templos, donde en lugar de dulces plegarias, se elevaron desde entonces al Señor de cielo y tierra tristes ayes y angustiosos gemidos. El mismo día de mi entrada car-

garon delante de mí un carro de muertos para conducirlos al cementerio del Hacho, y aún resuena en mi corazón el eco medroso que producía la caída y el golpe sobre la madera de aquellos troncos inanimados y fríos.

La gente circulaba por las calles silenciosa y preocupada, apartando la vista con terror y lástima de la interminable fila de apestados que desde por la mañana hasta por la noche llenaba la ciudad, esparciéndose por todos sus ámbitos; y en verdad que era para infundir temor y sentimiento la vista de aquellos desdichados mártires de la patria, que mal cubiertos con mantas, sobre lienzos manchados de sangre y conducidos en hombros de sus compañeros, en cuyos rostros se pintaban el recelo y la incertidumbre, cruzaban las calles de Ceuta, mostrando á la asustada multitud sus descompuestas fisonomías, sus vidriosos ojos, los convulsivos movimientos, en fin, de su agonía rápida y dolorosa.

Después de haber recorrido y examinado la ciudad, situada en una reducida península que el mar parece como dispuesto á romper por la lengua de tierra en que está fundado el barrio de la Almina, enderecé mis pasos hacia el campamento. Era ya anochecido cuando emprendí mi marcha, y era tanta la oscuridad que tardé más de una hora en recorrer y atravesar el laberinto de magníficas pero vetustas fortificaciones que defienden la ciudad por parte de tierra, reforzadas, si no me es infiel la memoria, en el reinado de Felipe V, á poco de haber levantado el emperador de Marruecos

Muley-Ismael el obstinado sitio que puso á la plaza en los últimos tiempos de Carlos II.

Apenas salvé el postrer puente levadizo, las luces y hogueras diseminadas en diversos puntos me dieron á conocer el sitio que ocupaban los varios campamen-



tos de nuestras divisiones. Cualquiera que, sin antecedente alguno, hubiese observado de lejos la agradable perspectiva que presentaban las tiendas fantásticamente iluminadas por el rojizo resplandor de las hogueras, así como los soldados confusamente agrupados en torno de la llama y envueltos en ráfagas de humo que entreabría y disipaba el viento; y hubiese

oído el vago y prolongado rumor que se exhala de las muchedumbres, como el murmullo del mar y de los bosques, habría creído aproximarse más bien á una romería que á un pavoroso teatro de escenas militares, más á un lugar de deleite que á un campo expuesto á todos los azares de la peste y de la guerra.

Casi á tientas, y resbalando á cada paso en la tierra húmeda, pude llegar á la vanguardia del primer campamento, que era el de Prim, cuyo cuerpo de ejército había desembarcado en Ceuta uno ó dos días antes que el mandado por el conde de Paredes. No me costó poco trabajo el dar con la tienda de unos oficiales conocidos míos, á quienes pedí un guía para que me acompañase y dirigiese al campamento del general Echagüe, situado en las alturas del Serrallo, y á cuya vigilancia estaba todavía encomendada la guarda de los reductos recientemente construídos. Animábanme el afán de abrazar al amigo de quien he tenido ocasión de hablar á mis lectores en mi anterior capítulo y no sé qué secreto presentimiento que germinaba informulado aún en el fondo de mi corazón como presagio de una desventura desconocida é inesperada. Seguí, pues, precedido de un cazador de Vergara, el breñoso y mal abierto sendero que conducía al Serrallo, tropezando y cayendo á cada momento, y llegué por fin cansado y molido al término de mi viaje; ¡pero cuán inútilmente por mi desdicha!

En derredor de una hoguera había varios oficiales silenciosos y meditabundos. Acerquéme á ellos preguntándoles por la tienda de mi amigo.—No le busque

usted—me contestó el más joven á quien me había dirigido—porque será en vano.

—¿Pues dónde está?

—En el cementerio—repuso tristemente otro de los circunstantes.

¡Ay! Yo no podré decir lo que pasó por mí entonces; el dolor y la sorpresa ahogaron mi voz, y sólo al cabo de un rato de íntimo recogimiento, tuve fuerzas para interrogar á los oficiales que me habían dado la fatal noticia y que pertenecían al regimiento de mi desventurado amigo, sobre los pormenores é incidentes de la desgracia que le había herido.

Poco tuvieron que contarme; la víspera de nuestra llegada á Ceuta había caído enfermo; cuando al día siguiente preguntaba por él á sus compañeros, estos no sabían siquiera el sitio donde descansaban sus restos mortales...

¡Qué pronto se olvida en la guerra!

Cuando me preparaba á regresar de mi breve y dolorosa excursión, tropecé con un bravo capitán de caballería, agregado al Estado Mayor de Echagüe, á quien había conocido y tratado en Madrid.

—¿Usted por aquí?—me dijo abrazándome con efusión.

—Aquí he venido á ver cómo luchan ustedes contra el cólera y contra los moros.

—Venga usted á mi tienda y charlaremos un poco—añadió atrayéndome amistosamente.

Seguíle, en efecto, y penetré bajo el débil abrigo de lona que le resguardaba de los abundantes rocíos, im-

petuosos vientos y desencadenados temporales de aquella tierra salvaje y maldita.

Vivían con mi amigo tres oficiales más. Uno de ellos estaba indolentemente tendido en su cama de campaña, estrecha como un féretro, viendo cómo se desvanecían las espirales de humo de su cigarro, y los otros dos jugaban al ajedrez sentados en incómodas banquetas y sosteniendo el tablero en las rodillas.

La tienda, débilmente iluminada por un cabo de vela de esperma, acomodado en una botella vacía, tenía un carácter original y caprichoso. De los palos que la sostenían, colgaban sables, *revolvers*, gumías cogidas en los días anteriores á los moros, un bastón de ayudante y varias carteras de viaje. Los habitantes de esta *casa de lienzo* habían tenido la precaución de arrancar todas las yerbas en el espacio que aquella ocupaba, el cual aparecía limpio y liso como la palma de la mano. Arrimadas al lienzo de la tienda estaban las camas, y en los huecos que mediaban de una á otra veíanse amontonados, en agradable confusión, arreos de los caballos, maletas, cajas de vino y provisiones, platos, vasos y tarteras. Era un extraño conjunto de cosas heterogéneas; una especie de sepulcro egipcio donde nada faltaba para que sus habitadores pudiesen hacer sin ningún contratiempo y hasta con cierta holgura el viaje á la eternidad.

Sentámonos mi amigo y yo en el borde de una cama, con mucho cuidado para no desvencijarla, y empezó á darme cuenta del estado del campamento, de la vida que hacía y de los obstáculos que ofrecía la lucha.

Por él supe los penosos trabajos que había pasado la división Echagüe, durante los días en que desempeñó tan gloriosamente la misión de defender sola nuestra bandera en las agrestes soledades de Sierra-Bullones; las dificultades que había tenido que vencer; la sangre que había derramado para conquistar palmo á palmo, contra una muchedumbre de moros montaraces y fanáticos, el terreno en que nos encontrábamos, cercado por todas partes de enmarañados bosques, casi impenetrables á la luz del día, y dominado por sierras escabrosas, llenas de precipicios y barrancos, ignorados de nuestros valientes. Me refirió la acción del 25, en que el general Echagüe se vió á punto de caer en manos de las feroces kabilas con quienes combatía, y celebró el arrojo de nuestras tropas que todo lo arriesgaban sin vacilar, impulsadas por su acendrado patriotismo. Trazóme un cuadro conmovedor de los estragos que hacía la epidemia, cada vez más inclemente y devoradora, única preocupación del soldado, el cual respondía invariablemente siempre que se le preguntaba por cualquier camarada enfermo: «Tiene *eso que corre*,» como si tuviera miedo de excitar, nombrándole, las silenciosas iras del cruel azote que diezmaba nuestras filas más que el plomo enemigo.

Me habló de la llegada del conde de Lucena, y del efecto mágico que produjo en el ánimo de las tropas, algún tanto abatido; de las deshechas tempestades y de los huracanes violentos que descargaban sin interrupción su furia sobre nuestro campo, y prometió

enseñarme á la mañana siguiente las posiciones conquistadas por el ejército: la Mezquita, el Serrallo, los reductos, la sombría cortadura del boquete de Anghera, y por último el sitio en que se habían dado todas las acciones.

Cuando al amanecer del nuevo día corrí lleno de impaciente curiosidad en busca de mi amigo encontré su puesto vacío: había sido conducido al hospital de coléricos poco antes de la madrugada.

Tal fué el primer día de mi estancia en África.

III



REOCUPADO con la desgracia que parecía perseguir á todos mis amigos en las costas africanas, monté á caballo y recorrí el campamento hasta sus últimos límites, para distraer mi imaginación dolorida y dar nuevo rumbo á mis ideas. Todavía se estaba trabajando en los reductos, con el fin de aumentar sus medios de defensa, y empezaban á construirse los parapetos del conocido con el nombre del rey *Francisco de Asís*, donde tan valerosamente se luchó después en la memorable acción del día 9 de diciembre. Poblados bosques de alcornoques, por donde apenas podían pasar las cabalgaduras llevadas del diestro, embarazaban el camino de los reductos, casi perceptible, y habríame sido difícil dar

con ellos, porque las sinuosidades del terreno y la frondosidad de la arboleda los escondían, sino me hubiesen guiado las voces de los soldados y el golpeteo de las herramientas de construcción, que traía hasta mis oídos el viento. Con religioso silencio contemplaba yo las lomas y cañadas cubiertas de recia vegetación, donde tanta sangre había ya empapado la tierra y tantos cadáveres devorado; la tierra que, como el mar, guarda sus víctimas y tesoros en el seno de sus entrañas, y que semejante á la ambición humana, no se sacia, ni se saciará jamás. De pronto se plantó mi caballo, relinchó, y un ligero estremecimiento sacudió su cuerpo; miré en torno mío y ví en primer término los despojos ensangrentados y rígidos de otro caballo, muerto sin duda en uno de los anteriores encuentros, y algunos pasos más allá los mal enterrados restos de un hombre que asomaba por entre la tierra húmeda y desligada el lívido y desfigurado rostro, el herido pecho y una mano amarillenta, contraída, ¡sólo Dios sabe si por la agonía ó la desesperación!

Tal vez aquel polvo humano, pronto á confundirse con el del noble bruto que á su lado yacía, habría sentido germinar en el transcurso de su vida grandes pensamientos y poderosas ambiciones. Acaso habría soñado con coronas de triunfo en su paso por el mundo y con faustuosos mausoleos para cuando desapareciera de la sociedad; con el amor de una mujer, con los goces de una familia, con la fortuna ó con la gloria. ¿Todo para qué? Para encontrar la muerte en una encrucijada y servir de pasto á la voracidad de ham-

brientos buitres. ¡Cómo juega el destino con los hombres!

Nuevamente impresionado con el espectáculo que presenciaba, aceleré el paso y me aparté de aquel sitio de horror y lástima, no sin que desgarrasen mis vestidos los matorrales y abrojos que obstruían el sendero. De vez en cuando llegaba hasta mí el sordo rumor del hacha de los soldados, que escondidos entre la espesura del monte se entretenían en cortar leña para avivar por la noche las hogueras del campamento; y también turbaba la quietud de aquellas soledades la voz lejana de algún desdichado que quizás cantaba por última vez, acordándose de los paternos lares, las coplas aprendidas en su aldea.

Entregado á mis varios pensamientos, llegué no sin fatiga á uno de los reductos, donde con la contemplación del vasto panorama que se extendía delante de mí, pude dar paz al ánimo y descanso al cuerpo. Desde allí veíase el tenebroso Boquete de Anghera, estrecha y pavorosa garganta abierta á través de imponentes selvas y escarpadas rocas, á la conclusión de un angosto valle, ó mejor dicho, de una extendida cañada en cuyo centro alzábanse dos ó tres rústicos caseríos abandonados, que algunos días después había de consumir el incendio. Y más allá del tajado Boquete, alzando su cresta árida hasta las nubes, descubríase la cordillera de Sierra-Bullones, agreste y salvaje como los bárbaros que en sus escabrosidades y quebraduras se guarecían, acometiendo y huyendo constantemente, siempre derrotados pero siempre rehechos.

Sobre los cerros más cercanos se distinguían algunas tiendas morunas esparcidas aquí y allá en caprichoso desorden y que resaltaban entre la verde alfombra como copos de nieve heridos por el sol. Algunas veces, cuando el viento nos era favorable, llegaba hasta nuestras avanzadas, que vigilaban ocultas fuera de los reductos, el grito iracundo y prolongado de nuestros invisibles, aunque próximos enemigos, tristemente repetido por los ecos de las montañas. Los soldados que guarnecían el fuerte, observaban con tranquila indiferencia, de pechos sobre el parapeto, hasta el movimiento de la hojarasca agitada por la brisa, sin que nada se escapara á su recelosa penetración.

Oyéronse de pronto dos estampidos de arma de fuego á larga distancia en el campo contrario, y un cazador, que estaba á mi lado, exclamó al oirlos:

—¡Vaya! apuesto á que tenemos hoy broma. ¡Me alegraré!

—¿Por qué lo dices?—le pregunté con verdadera curiosidad.

—Porque esos *tiritos*—contestó—indican que los moros se reunen para atacar nuestras posiciones.

—Vosotros los venceréis: ¿no es cierto?

—¡Sí señor!—repuso haciendo una mueca desdeñosa.—¡Bah! Pues no sería poco. Aun cuando á decir verdad, esos condenados ni temen ni deben. ¡Si viera usted cómo acometen los indinos! Cuando menos se piensa ¡zás! cátelos usted en los fosos dando aullidos, que no parecen sino lobos voraces ó chicos descalabra-

dos. Pero nosotros á bayonetazo limpio y ¡tente perro! les seguimos hasta sus huroneras que es un primor. ¡Así lo fuera tanto á la vuelta!

—¿Pues qué sucede?

—¡Toma! ¿Qué ha de suceder? Á la vuelta, como esos condenados á quienes les ha nacido la *espindarga* en la mano, no desperdician tiro, se parapetan detrás de los árboles y peñas, y apunta por aquí y dispara por allá, á este quiero, á este no quiero, nos hacen cada desgarrón en las compañías, que tiembla el misterio. Mire usted, en la gresca última murieron siete á mi lado en un *santiamén*. Aquello no fué visto ni oído.

—¿Tanto fuego hicieron?

—¡Uy! Si llovían las balas á chaparrones, y como nosotros no hemos traído paraguas...

—¿Parece que te preocupa la idea de un nuevo combate?

—¡Eh! no señor. *¿Qué importa?*

Esta sencilla frase trajo á mi memoria recuerdos de otros tiempos, cuando Dios cansado del penoso letargo de España, le turbó con una catástrofe. Entonces renació nuestra patria del seno de su abatimiento secular; luchó, cantó, legisló y venció; tuvo Tirteos, Cides y Guzmanes, humillando la soberbia del primer conquistador del mundo, á las órdenes del mismo general que medio siglo después debía reanimar el corazón del soldado en los arenales de África: del general *¡No importa!*

¿Quién no le conoce? Cuando en la guerra de la in-

dependencia, el soldado de la patria caía sobre la madre tierra acribillado de heridas, miraba al espirar á sus hermanos, y exclamaba: *¡No importa!* Y cuando el padre encontraba el cadáver de su hijo abandonado en el campo de batalla, arrancaba de manos del mártir el arma vengadora y corría á la pelea deshecho en lágrimas, pero gritando: *¡No importa!* Y cuando la suerte volvía la espalda á nuestras bisoñas tropas, los vencidos acudían á organizar la resistencia á la cumbre de las montañas, ó entre los árboles de la llanura, murmurando con inquieta ira: *¡No importa!* Y cuando el ejército del usurpador penetraba en nuestras ciudades, entregándolas al saqueo y al incendio, las mujeres, los niños, los ancianos—los hombres no, porque todos se hallaban al pié de su bandera, — morían gritando, seguros del triunfo de su sagrada causa: *¡No importa! ¡No importa!*

Este general se hallaba á la vez en todas partes: en Bailén, en Zaragoza, en Gerona, en Valencia, en Rioseco, en las victorias, en las derrotas, en las aldeas, en los conventos, en el sol, en el aire, en la naturaleza toda. ¡Ay! ¿Quién había de sospechar que le encontraríamos aún en las soledades de África, bajo la humilde tienda de nuestros soldados, en los campos de batalla, en los hospitales, lejos de la tierra nativa, allí donde no podían oirse los gemidos de las víctimas ni verse los grandes arranques del heroísmo?

Repetidos disparos de fusilería hacia la parte del reducto de Isabel II vinieron á interrumpir mi amistoso diálogo con el cazador.—¡Ya está armada!—dijo

éste alegremente encaramándose sobre el parapeto para escudriñar los alrededores del fuerte; y notando después que el fuego se acrecentaba, añadió: —Hoy nos vamos á divertir de veras.

La guarnición del reducto se puso en seguida en guardia. Algunos soldados salieron de sus tiendas, donde dormían ó escribían; otros tomaron las armas, y todos se prepararon á la defensa. Yo me aparté de allí, donde nada tenía que hacer entonces, deseoso de presenciar la acción, y enderecé mis pasos, siguiendo los de un oficial de Estado Mayor que había venido á comunicar órdenes, hacia el sitio donde se oía el fuego, cada vez más vigoroso y nutrido.

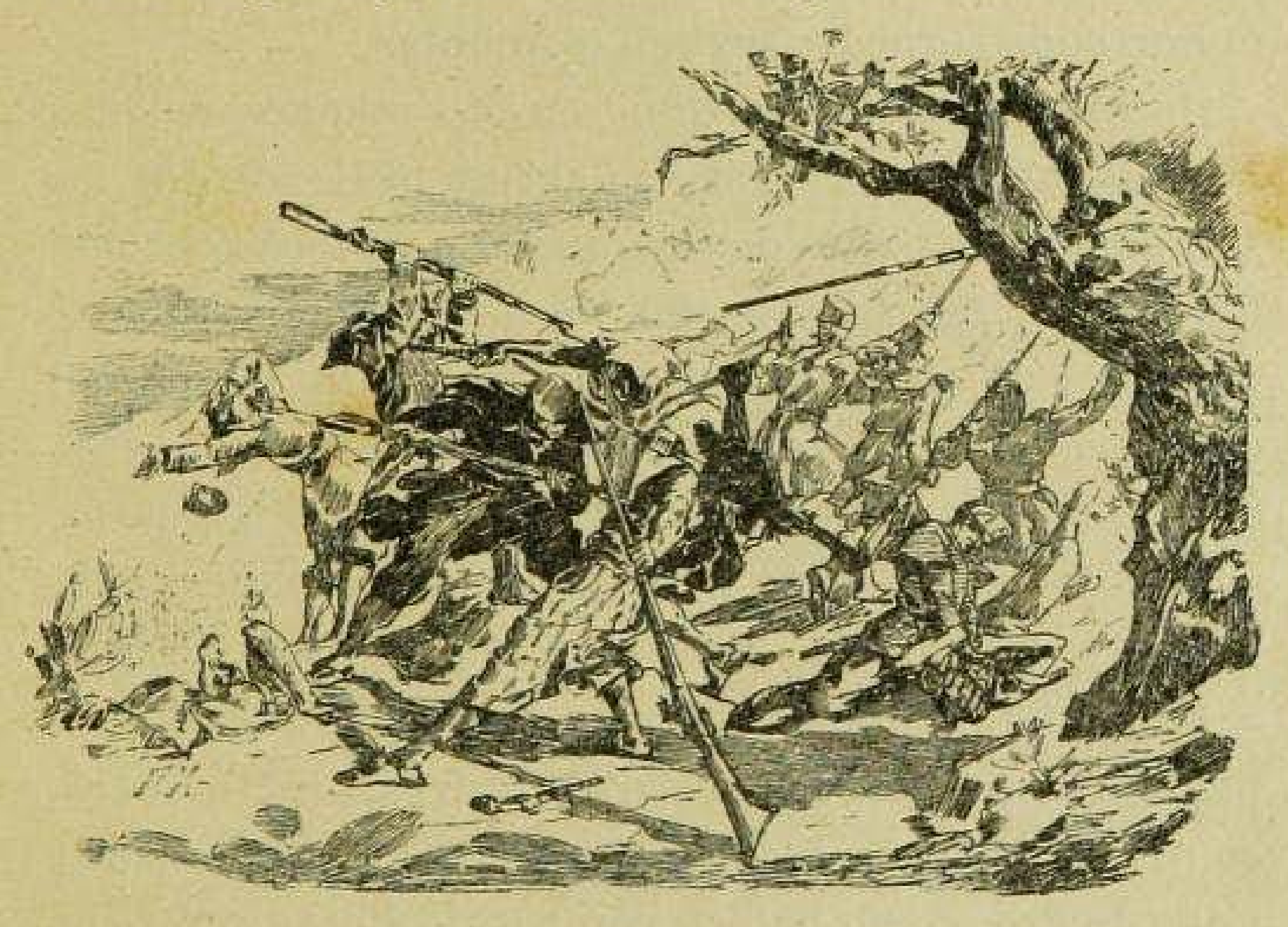
Confieso que cuando llegué cerca del lugar del combate, me costó trabajo distinguir las diseminadas fuerzas marroquíes, que avanzaban hacia nuestros batallones, en grupos de dos á tres hombres, de árbol en árbol y de maleza en maleza. El color terroso de sus sucios jaiques contribuía en gran parte á que yo no alcanzara á verlos bien, y á que se confundiese mi vista inútilmente buscándolos entre las grietas de los peñascos donde se escondían ó detrás de los apiñados troncos que les servían de muro. Por fin, merced á mi paciencia y á un anteojo, pude reconocer la tenacidad del enemigo, que renacía de cada derrota más osado é impetuoso, y comprender su manera de guerrear, desordenada, pero incansable. Su línea de batalla ocupaba una larga extensión, para tantear sin duda el lado débil de nuestro ejército, y distraer de paso su atención por muchas partes á la vez. La gritería que

levantaban los moros era temerosa; veíaseles bullir, aparecer y desaparecer por entre las sinuosidades y asperezas del terreno, y precipitarse de improviso sobre los reductos para salir luégo con la misma impetuosidad, buscando abrigo en las vecinas crestas contra el cañón de los fuertes y la bayoneta de los soldados.

No es mi ánimo, ni cabe en los estrechos límites de la tarea que acometo, las descripción de todas las acciones que he presenciado, sino sólo de aquellas de verdadera importancia por sus consecuencias ó sus incidentes. Pero no puedo prescindir en esta ocasión de recordar el efecto que produjo en mí la primera carga á la bayoneta de que fuí testigo, si es que merece este nombre quien presenció tan conmovedora escena sin dominio alguno sobre su corazón, lleno de entusiasmo y con lágrimas en los ojos.

Cuando la acción parecía pronta á terminar, cayó sobre una de nuestras guerrillas avanzadas, desde una colina próxima, buen golpe de moros dando feroces alaridos y disparando sus armas con certera puntería sobre nuestra gente. La guerrilla era poco numerosa y su posición comprometida; necesitábase acudir á su auxilio, y una compañía de Simancas recibió la generosa y heróica misión de salvar á sus hermanos. Al bélico sonido de la corneta lanzóse rápida y ordenadamente, desconociendo el peligro, salvando barrancos y desafiando el mortífero fuego enemigo, sobre los marroquíes; víle trabar con ellos lucha encarnizada: acorralarlos, dispersarlos, perseguirlos: todo en menos

tiempo del que se requiere para dar cuenta del suceso. La guerrilla amenazada quedó libre, y la compañía de Simancas, algo mermada, pero con la satisfacción de haber respondido noblemente á la voz del deber, volvió, no sin ser hostigada á traición por los moros, á sus antiguas y bien mantenidas posiciones.



Vencidos siempre, pero siempre obstinados, los sectarios de Mahoma estuvieron hostilizándonos hasta bastante tarde, y es posible que la acción se hubiera prolongado aún más, si el vendabal y la lluvia no hubiesen interrumpido el combate. ¡Qué noche la del 30 de Noviembre! El cielo estaba cubierto de densos nubarrones y el viento mugía como una legión de espíritus malignos, en el hueco de las rocas, en el tronco de los árboles, y en el mar que resonaba allá á lo lejos con acento inextinguible. Abundantísimo, incesante y

apresurado aguacero inundaba el campamento, cuyas tiendas en su mayor número había arrancado la invisible mano de la tempestad, amenazadora y rugiente. Hubiérase dicho que África quería vengar con todos los rigores de su clima la nueva derrota de sus hijos, lanzando contra nuestras huestes para amedrentarlas el horrendo furor de sus mil tormentas.

¡Inútil empeño! Envueltos en sus mantas, calados de agua hasta los huesos, sin abrigo ni tienda que los cobijara, nuestros soldados sufrieron con resignación los rigores del agua y del viento en aquella funesta noche; y la siguiente aurora, cuando la tempestad calmó, hallólos tranquilos como si nada hubiera pasado, enjugando sus mantas al rededor de las hogueras, que hasta entonces no habían podido encender; cantando y bailando al són de las alegres dianas, según el fuego iba reanimando sus desmayadas fuerzas; limpiando, en fin, sus armas para luchar, si preciso fuera, contra las feroces kabilas de Anghera, Ben-Yusuf y Cabo-Negro, como habían combatido horas antes con los elementos desencadenados.

Las consecuencias de la tormenta fueron, sin embargo, terribles y desastrosas. La epidemia se desarrolló con mayor ímpetu, y por espacio de algunos días se cebó cruelmente en nuestro ejército.

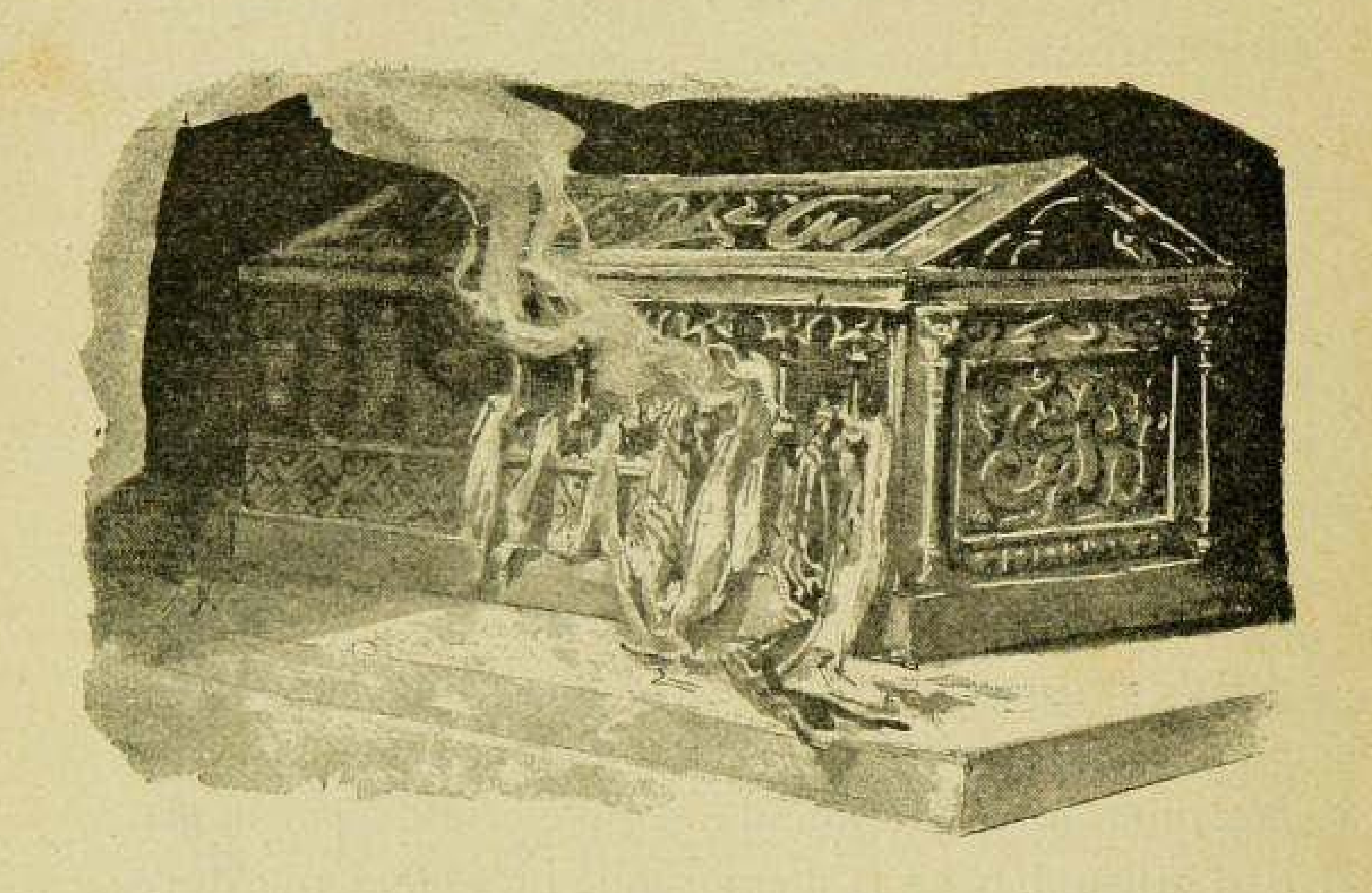
En cambio, los moros nos dejaron en paz.

IV

Aprovechando la tregua que el reciente escarmiento de los moros nos proporcionaba, consagré mi tiempo al reconocimiento y estudio del campo conquistado, y de la nobilísima ciudad de Ceuta, cuya historia se pierde en la oscuridad de la fábula, como una estrella en la inmensidad de los cielos. Penetré primero en la *Mezquita*, tosco y reducido templo erigido por la piedad musulmana á la memoria de un *santón*, que duerme allí en brazos de su fe el eterno sueño de la muerte; pero cuyo espíritu vaga y reina en aquellas agrestes comarcas como una tradición, como un recuerdo. Su nombre se ha olvidado; los mismos que le imploran no saben quién fué; sólo saben que rigió su alma la justicia; que consoló muchos dolores y enjugó el llanto de los que padecían; ¿acaso necesitan saber más? Los años que gastaron la vida del *santón* han reducido á polvo sus huesos; todo cuanto pertenecía á la tierra, la tierra lo ha recobrado, vida, nombre, honores, ilusiones y desengaños; sólo ha quedado de

él la memoria de sus virtudes, y esto le basta para ser inmortal.

Es la *Mezquita* un templo moro mucho más reducido que nuestras ermitas de aldea, bajo de techo, de cúpula enana, blanqueado todo él por fuera y por den-



tro, con cal limpia y brillante. A uno de los lados de la puerta está el babuchero en donde cuando yo llegué, había un candil de barro, pintado de verde y sin asa, y en el centro de la *Mezquita* descansa en el suelo el cuerpo del *santón*. Sobre su sepultura se levanta, ó por mejor decir se levantaba, porque ya, según mis noticias, se ha destruído todo, una jaula de madera, tosca, pero caprichosamente labrada á modo de relicario más que de sepulcro. Abríanse en la tierra ó argamasa extendida sobre la huesa varias hendiduras, que servían en otro tiempo para humedecer todos los

viernes con agua de fuente el consumido polvo del bienaventurado mahometano, y de los palos de la jaula-sepulcro pendía multitud innumerable de hilachas que habían arrancado de sus turbantes ó chilavas para colgarlas allí á guisa de ofrenda, los moros fanáticos y supersticiosos. Las paredes interiores y exteriores de la *Mezquita* estaban llenas de inscripciones en alabanza de Dios y del profeta, trazadas groseramente con lápiz ó carbón, y entre las cuales sólo encontré una que por su estilo casi bíblico mereciese ser copiada. Decía así: *Señor, en los peligros de la espada tú eres mi espada.*

Después de haber visto la *Mezquita*, dirigí mis pasos hacia el *Serrallo*, derruído edificio que se distingue no muy lejos, sobre una altura pelada de árboles y escasa de hierba. Registré, pues, estas curiosas ruinas, hollando por todas partes montones de escombros, subiendo y bajando escaleras desquiciadas y oscuras, que conducían á estrados sin techo, sin puertas ni ventanas, por donde el viento pasaba á su antojo. Todavía se conservan en algunas paredes ennegrecidas por el tiempo, labores que recuerdan las de la *Alhambra*, y un ancho patio, con elegantes arcos de herradura, en medio del cual se alza un pozo, de forma primitiva, como vemos aún en algunas láminas del *Antiguo Testamento.*

El *Serrallo* fué edificado, según tradición de Ceuta, en 1695, para residencia de Muley-Ismael, emperador de Marruecos y enemigo declarado de los cristianos, durante el formidable cerco que por aquellos años

puso á la ciudad española, tal vez para hacer olvidar entre los suyos sus usurpaciones y crueldades. Desde la cuadrada torre de este aniquilado palacio, aspillerado con sacos de tierra para defensa de nuestros soldados, y donde flotaba la bandera española, divisábase á larga distancia, en la cima de un cerro escabroso y casi inaccesible, un rústico edificio medio oculto entre matorrales, conocido con el nombre de *Casa del renegado*, y que es el vivo recuerdo de un poema de melancolía y resignación.

Acaso huyendo de la justicia, un español, natural de Algeciras, abandonó su hogar y su familia, pasóse al moro, y cambió su fe cristiana por la ley de Mahoma. Pero solo en la costa africana deslizábanse sus días tristemente lejos del lugar en que había nacido y separado de las dulces prendas de su corazón. No lucía para su espíritu atribulado aurora alguna tranquila, ni ilusión, ni alegría, ni consuelo que le hiciese olvidar los ya perdidos goces del lugar nativo, donde de fijo llorarían también en solitario recogimiento, acaso faltos de pan, la triste esposa y los pequeñuelos hijos. Tan profundo fué su dolor que, rompiendo toda comunicación y comercio con los moros, se refugió en lo alto de una roca desde donde en los días serenos se divisaban al través de las brumas marítimas los muros de Algeciras; allí fabricó su choza, y allí pasó su vida, solo, entregado á sus pensamientos, viendo con Moisés, á lo lejos la tierra, donde no le era permitido entrar, calculando acaso desde su retiro el sitio que debía ocupar la casa de sus hijos, aspirando quizás los

besos de su familia en las fugaces auras de su patria. De este modo vivió por espacio de muchos años, hasta que la vejez y el sentimiento cortaron el hilo de sus días; y como las grandes desdichas hallan consideración y respeto hasta entre las hordas salvajes, la *casa del Renegado* ha llegado á ser un objeto de veneración entre los moros, que la conservan religiosamente, cuidando de reparar los estragos que hacen en ella las inclemencias y rigores del tiempo.

Cuando ya nada tuve que ver en el campo, sino la animación de nuestros soldados en medio del cruel azote que les afligía, me dediqué á recorrer la ciudad, muy pobre por cierto de monumentos artísticos sino de recuerdos históricos. Visité su catedral, edificio poco notable, construído en el siglo XVI, si no me informaron mal, con más empeño de darle solidez que belleza: la iglesia de *Nuestra Señora de África*, á donde acuden en todas sus tribulaciones y amarguras, con fervorosa devoción, los hijos de Ceuta; el espacioso cuartel del Fijo, convertido entonces en hospital; el teatro donde á la sazón trabajaba una exigua compañía, compuesta sólo de galán, dama, gracioso y bailarina, cuyos ruidosos triunfos no son para contados, y últimamente las alturas del Hacho desde donde miraba á mis piés el mar amedrentador aunque tranquilo; hacia Europa el Peñón de Gibraltar, que parecía brotar violentamente del fondo del Mediterráneo, y por la parte de Tetuán el oscuro Cabo-Negro, en cuyas sombrías quebradas nos aguardaba la victoria.

Durante los días que empleé en estas excursiones por

la ciudad y sus alrededores, los moros se mantuvieron quietos sin hostilizarnos, contra su costumbre. El general Prim con algunos batallones de la división de reserva, había practicado un reconocimiento por el camino de Tetuán, llegando hasta los Castillejos, antiguas ruinas situadas á más de legua y media de Ceuta, en vastísimo y deleitoso valle, regado por un sosegado arroyuelo que desemboca por aquella parte en el mar, y cuyo nombre no guardo en la memoria. Esta vega, donde en pasados tiempos nos ha sido muchas veces ingrata la fortuna, principalmente en 1670 en que perecieron lastimosamente sorprendidos en ella el valeroso capitán Pedro Vieyra Arráez y gran parte de la tropa que le seguía, talando los vecinos bosques, estaba destinada á ser, como lo fué después, teatro de un gran peligro, de una inolvidable hazaña y de un completo triunfo. Pero no anticipemos la narración de los sucesos.

Amaneció el día 9 de Diciembre. La noche había sido fría, lóbrega y en extremo húmeda. Á pesar de la exquisita vigilancia de los soldados que guarnecían los reductos de *Isabel II* y *Francisco de Asís*, los moros aprovechándose de las tinieblas de la noche se habían corrido sigilosamente por entre los árboles hasta muy cerca de nuestras posiciones, sin ser vistos, ni oídos, ni menos esperados. Empezaba á clarear el día cuando los centinelas avanzados de los fuertes creyeron percibir entre el silencio, ligero y sospechoso rumor de gente, que iba aproximándose por momentos. Apenas habían tenido tiempo de dar la voz de alerta, cuando

de improviso brotó de entre los montes próximos, muchedumbre incalculable de marroquíes, dando feroces aullidos, avanzando hacia los reductos y extendiéndose impetuosamente de izquierda á derecha, con ánimo de cortar toda comunicación entre los fuertes y el *Serrallo*.

Mientras esto sucedía, dirigíanse hacia los reductos para relevar la fuerza empeñada en su defensa, los batallones de Castilla y Arapiles. En la mitad del camino, en una selva espesa por donde apenas podían marchar en formación, saliéronles al encuentro los moros en tumulto, trabándose allí desigual combate, pero glorioso para nuestras armas. En menos de seis minutos el campo quedó cubierto de cadáveres; sólo que los nuestros no tenían entonces reemplazo posible, y las pérdidas enemigas sí, pues por instantes era mayor y más compacto el número de los que acometían y avanzaban. ¡Qué momento aquel tan tremendo y comprometido! Nuestros soldados tuvieron que luchar cuerpo á cuerpo con tres ó más enemigos á un tiempo, y tan mezclados anduvieron moros y cristianos, carabinas y espingardas, bayonetas y gumías, que la artillería del reducto de *Isabel II* se vió obligada á suspender sus fuegos para no herir con el mismo golpe á españoles y marroquíes.

Harto hacían, por otra parte, los fuertes en sostenerse contra las rabiosas embestidas y asaltos de los moros, que estrechaban á los defensores como una serpiente de hierro. Tres veces llegaron hasta los fosos, y tres veces fueron rechazados; hubo ocasión en que, no

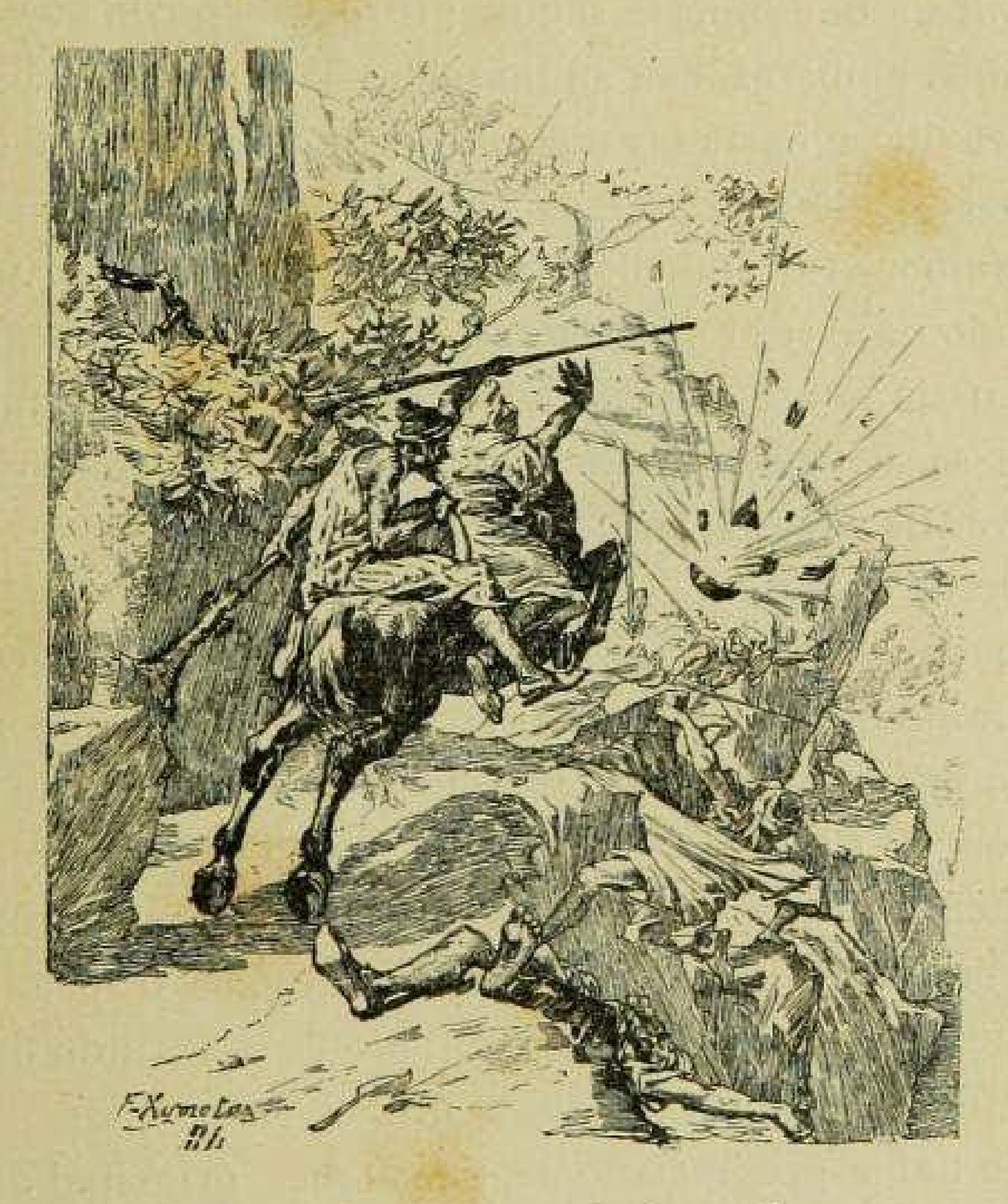
pudiendo unos y otros hacer uso de sus armas, lucharon á pedradas ó cuerpo á cuerpo. El peligro arreciaba; pero en el corazón de nuestros soldados no podía tener cabida el miedo.

Las embravecidas ráfagas del levante que reinaba desde la víspera, llevaban las voces y el ruido de la batalla en dirección contraria á nuestros campamentos, de modo que difícilmente estos se habrían dado cuenta de la refriega, si el reducto de *Isabel II* no hubiera enarbolado bandera roja.

Advirtió el peligro el bizarro conde de Paredes, general de las fuerzas comprometidas, y montando inmediatamente á caballo, acudió, seguido de dos ayudantes, á los puntos donde más empeñada estaba la acción. Una lluvia de balas le acompañó todo el camino; sus dos oficiales de órdenes cayeron heridos entre los reductos, y el general Zabala se adelantó solo por medio de sus enemigos, hasta llegar á donde tan denodadamente resistían los diezmados batallones de Castilla y Arapiles. Entonces nuestros soldados tomaron la iniciativa, y al grito de *¡Viva la Reina!* cayeron furiosamente sobre los moros, que, huyendo con furor y desordenadamente, fueron á ocultar su vergüenza y su vencimiento en lo más recóndito de aquellas intrincadas selvas, donde por acaso se habrá oído en siglos el golpe de hacha de los leñadores.

Nuestros adversarios se rehicieron, sin embargo, más pronto de lo que podía creerse, viéndoseles de nuevo arremeter con redoblado brío para reconquistar las posiciones recientemente perdidas. No es posible

formarse idea del cuadro aterrador que ofrecían aquellos bárbaros, mal cubiertos con andrajosos y sucios jaiques, saltando súbitamente del fondo de los barrancos, de entre las peñas, de los montes inmediatos,



como apariciones fantásticas. Fué preciso para contener su ímpetu, que cargaran por la derecha los cazadores de Figueras, y por la izquierda los de Alba de Tormes con unas compañías del regimiento de Córdoba. Amedrentados los moros, apelaron como único medio de salvación á la fuga, abandonando por completo el campo de batalla, en medio de una espantosa

gritería que arrancaban de sus gargantas la desesperación y el miedo. ¡Qué espectáculo tan terrible! Revueltos y confundidos infantes y caballos, rodaban por ásperos despeñaderos empujados por el temor que los llevaba á una muerte segura; tropezaban con los árboles que embarazaban su marcha y subían con ágilidad maravillosa hasta las más altas y escarpadas rocas de la salvaje Sierra-Bullones. De cuando en cuando, entre el clamoreo de las dispersas huestes, oíase un grito agudo, un ¡ay! prolongado que hacía estremecer de angustia; era el postrer lamento de algún moribundo que se arrastraba agonizando y huyendo todavía al través de espesos jarales.

Desde este momento, la acción pudo darse por terminada. Sólo otra vez, aunque ya más débilmente, el enemigo intentó recuperar las alturas que había perdido por la derecha, guarnecidas entonces por el batallón de Chiclana, frente á la *Casa del Renegado*. Al principio obtuvo algunas ventajas merced á su número; pero bien pronto, reforzadas nuestras tropas, fué como de costumbre escarmentado y perseguido hasta sus últimas guaridas.

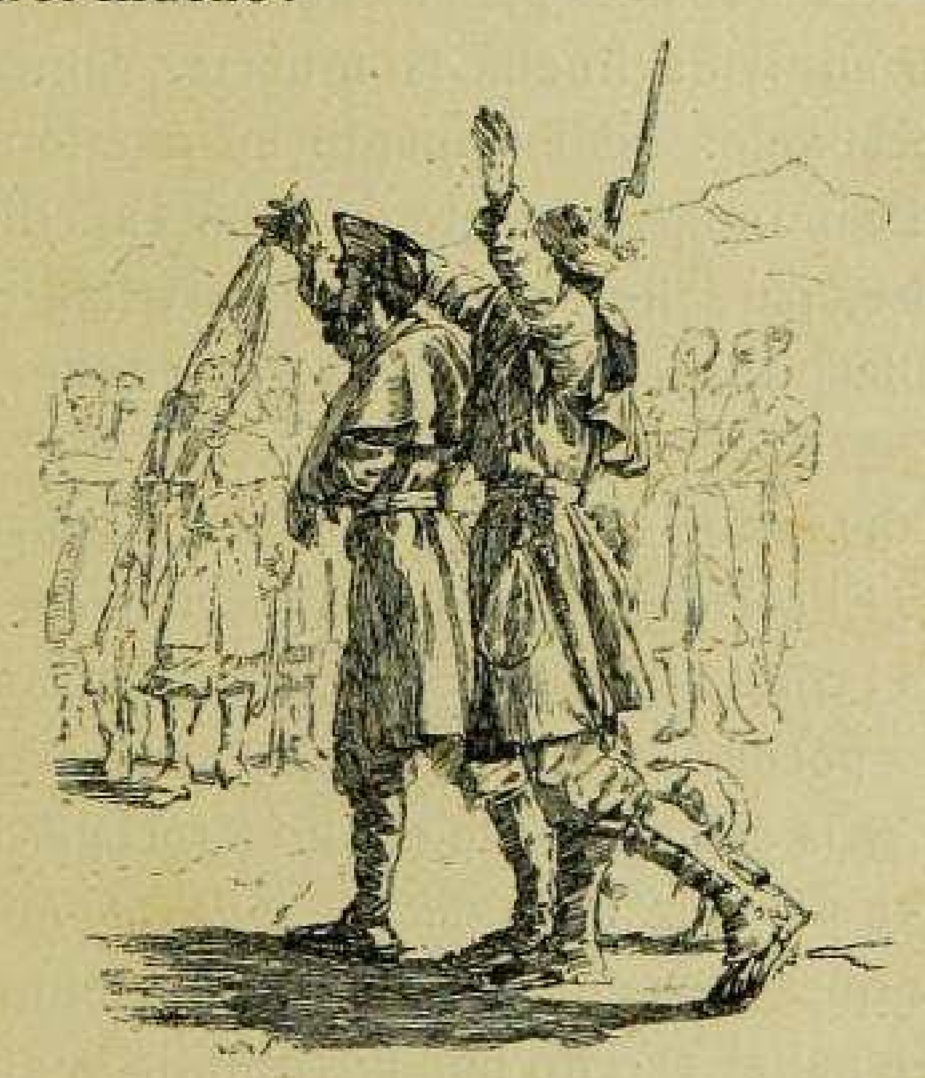
Yo había presenciado la parte más principal de la memorable acción de este día, agregado al Estado Mayor del conde de Reus, cuyo cuerpo de ejército había tomado posiciones en los bosques cercanos á aquellos en que tan gloriosamente se lidiaba, como medida de precaución, y sólo para un caso de necesidad. Mientras duró la lucha, pasó por delante de mí multitud de heridos, entre otros, un soldado del regimiento de

Córdoba, á quien una bala había atravesado el hombro izquierdo. Venía incorporado en la camilla, y viéndole tan animado, un oficial le preguntó al llegar cerca de donde yo estaba:

—¿Dónde te han herido?

—Camino del Boquete.

—¿Sufres mucho?



—*Algo; pero es por no haber podido disparar más que un solo tiro.*

Respuesta heróica que revela cuál era el espíritu que en esta penosa campaña animaba al soldado español, tan generoso, tan valiente y entusiasta.

Los heridos que no iban de peligro, al cruzar por frente de algún batallón, apercibido para el combate, gritaban con la mayor energía: *¡Viva la Reina! ¡Viva España!*

Estaban orgullosos de haber vertido su sangre en servicio de la patria.

Cuando llegué al sitio en que la acción había sido más reñida, entre los reductos de *Isabel II* y *Francisco de Asís*, se apoderó de mi corazón vivísimo sentimiento de horror y lástima. El campo estaba lleno de cadáveres en cuyos rostros apenas había tenido tiempo de imprimir su lívida huella la muerte. Algunos soldados colocábanlos piadosamente en montón á ambos lados del camino, con objeto de dejar expedito el paso; valiéndose, para llevar á cabo esta triste operación, de camillas improvisadas con ramas de árboles y mantas.

Cerca del reducto había cuando subí dos soldados muertos. El coronel Molins que pertenecía al Estado Mayor del conde de Reus y que cabalgaba á mi lado, observó á pocos pasos de uno de los cadáveres un papel doblado, y la curiosidad le obligó á recogerlo. Era una carta cuya primera línea decía: *¡Querido hijo!* Tal vez el infeliz que yacía sin vida, habría recibido el día antes aquel papel escrito por la trémula mano de una madre impaciente y desconsolada; acaso le hablaría en él de sus esperanzas y de sus amores... ¡Ay! pero no de la muerte!

El coronel rompió la carta sin querer enterarse de su contenido; mas sin duda debió cruzar por su imaginación algún pensamiento doloroso y siniestro, porque exclamó visiblemente alterado:—¿Quién sabe si los que tenemos hijos moriremos también sin abrazarlos por la vez postrera?—

Cuarenta y ocho horas después, en un barranco próximo á los Castillejos, cargando denodadamente con el general Prim y su escolta, los temores del coronel Molins se realizaron para su desdicha. Traidora bala, hiriéndole en la frente, puso fin á los días de este militar bizarro y pundonoroso, quien, como había dicho, tuvo el dolor de morir sin *abrazar á sus hijos por última vez*.

Es preciso creer en los presentimientos del corazón.

La pérdida que el día 9 de diciembre tuvieron los moros fué considerable. Entre los cadáveres que no pudieron retirar del campo y que fueron á la caída de la tarde pasto de las llamas, había los de algunos viejos casi abrumados por el peso de la edad. Si les hubiesen profetizado algunos meses antes que habían de morir en un campo de batalla ¿lo hubieran creído? No, seguramente. ¿Quién había puesto en sus caducas manos las homicidas armas? ¿Quién los había arrancado de sus olvidadas chozas de Anghera ó Ben-Yusuf, y empujado á la pelea? El poderoso sentimiento que inspiran Dios y la patria, capaz, no sólo de encender la sangre de los ancianos, sino hasta de animar dentro de sus mismas tumbas las cenizas de los muertos.

V

Desde la decisiva acción del 9 de diciembre, cuya gloria pertenece al bizarro general Zabala, justamente agraciado por los méritos que contrajo este día con el título de marqués de Sierra-Bullones y la grandeza de España, comenzó una nueva serie de encuentros más ó menos comprometidos y empeñados; pero monótonos y parecidos, que se prestarían poco ó nada á la variedad y esparcimiento de la narración. Los moros se persuadieron de la inutilidad de sus esfuerzos para apoderarse de los reductos, cuyos trabajos de fortificación se concluyeron ó completaron después de la recia acometida del 9 de diciembre, abriendo caminos entre unos y otros, limpiando de árboles y malezas los espacios intermedios por donde antes no podía darse un paso sin exponerse, como Absalón, á quedar colgado de una rama, artillando, en fin, con muchas dificultades por la escabrosidad imponente del terreno, los fuertes que carecían de este imprescindible medio de defensa. Pero el espíritu inquieto, bélico y supers-

ticioso de las kábilas, si bien escaseó sus embestidas contra las fortalezas improvisadas en las alturas, no por eso se debilitó en el ocio ni se amilanó por la desgracia; antes bien cobró mayores bríos y ofreció á nuestros soldados nuevas ocasiones de gloria y buena fortuna. El campo de batalla cambió entonces de lugar, pues con escasas excepciones, casi todos los encuentros que hubo desde aquel día hasta que el ejército se puso en movimiento hacia Tetuán, se verificaron en el llano de los Castillejos ó en las sierras más inmediatas á él. Los moros no podían ver con paciencia, y se comprende bien, los trabajos que practicaba la división de reserva del conde de Reus, encargada de abrir camino hacia la *ciudad santa*, velada á nuestros ojos por la avanzada punta del Cabo-Negro, desde cuya atalaya los amedrentados vecinos de Tetuán podían descubrir en los días claros las blancas tiendas de nuestros campamentos.

La guerra tenía un carácter feroz é implacable, que en vano procuraban contrarrestar nuestros generales por cuantos medios creían oportunos. Los moros, tal vez falsamente informados por sus intolerantes alfakíes, de nuestras intenciones y propósitos, creyendo indudablemente que si caían en nuestras manos no podían esperar piedad alguna, preferían morir lidiando á rendirse; así es, que con tenacidad horrible se les veía blandir la gumía sin cejar nunca, y revolverse contra nuestros soldados hasta en los postreros estremecimientos de la agonía.

Se comprenderá, pues, fácilmente el sentimiento de

sorpresa y admiración que se apoderaría de todos nosotros cuando en la acción del 20 de diciembre, reñida y empeñada como todas, supimos que se había logrado hacer un prisionero: ¡uno solo! Al cabo había habido un marroquí que se confiara á nuestra generosidad, entregando su vida, no á la punta de una bayoneta con rencorosa desesperación, sino á la clemencia de nuestros soldados. ¿No era esto casi un triunfo?

Yo, que los había visto combatir hasta exhalar el postrer aliento y agitar moribundos la cortante gumía antes de rendirse á los que les ofrecían la existencia y á quienes insultaban con el dictado de perros cristianos; yo que los había visto arrastrar á sus heridos, haciéndolos chocar en su rápida fuga con los troncos y peñas del camino, para que no cayesen en nuestras manos, no pude menos de impresionarme vivamente, lo confieso, cuando supe que uno de estos fanáticos había quebrantado la sangrienta costumbre de los sectarios de Mahoma. Lleno de curiosidad, como comprenderán mis lectores, salí en su busca. Estaba en el reducto de *Isabel II*, sufriendo con resignación estóica la cura de tres heridas levísimas que había recibido en el rostro, en la muñeca derecha y en el pecho. Su continente era altivo y grave: hasta parecía que en su ademán se reflejaba el fatal *¡Dios lo quiere!* que tanto valor y heroísmo ha inspirado siempre á todas las razas muslímicas. El prisionero tendría como cincuenta años; era alto, anguloso; de cejas espesas, mirada penetrante, nariz roma, boca hundida, barba canosa y puntiaguda; su fisonomía, más que vulgar, era áspera

y selvática. Llevaba un inmundo jaique rayado, con la capucha caída sobre los ojos, como si quisiera ocultar la vergüenza de su vencimiento, una camiseta de algodón y unos calzoncillos ó zaragüelles blancos, que dejaban descubierta la delgada pero musculosa pierna. Calzaba babuchas amarillentas y terrosas.



Manifestábase al principio receloso; mas pronto la confianza empezó á renacer en su corazón. Cuando observó el caritativo esmero con que curaban sus heridas, su rostro se animó y dijo con tranquila calma á uno de los médicos que le asistían:

—Dios te lo pague, buen *Tebib*.

Y volviéndose hacia uno de los intérpretes, añadió sin muestra alguna de adulación ni miedo:

—¡Proteja Dios á los españoles como ellos protegen á sus enemigos!

Después pidió agua; humedeció sus labios, resecos por la emoción y la fatiga, y se puso en pié para seguir á los encargados de su custodia.

Los soldados se arremolinaban para verle pasar, silenciosos y graves, conociendo instintivamente el respeto que se merecen las grandes desventuras, y el moro como si comprendiera también lo que la actitud de los cristianos significaba, señalaba con la mano derecha al cielo, y parecía decir: *¡Dios lo ha dispuesto!*

El prisionero, cogido por cuatro cazadores de Mérida, á quienes premió y recompensó con largueza el general en jefe, se llamaba Besem-el-aham-Ebn el Susi-Amurí, pertenecía á la tribu de Beni-Amar, y el pueblo de su residencia era Arcila, pobre ciudad de la costa que contendrá escasamente mil habitantes y que es, sin embargo, célebre en la historia de la península, entre otros muchos sucesos notables, por haber desembarcado en ella el infortunado rey D. Sebastián.

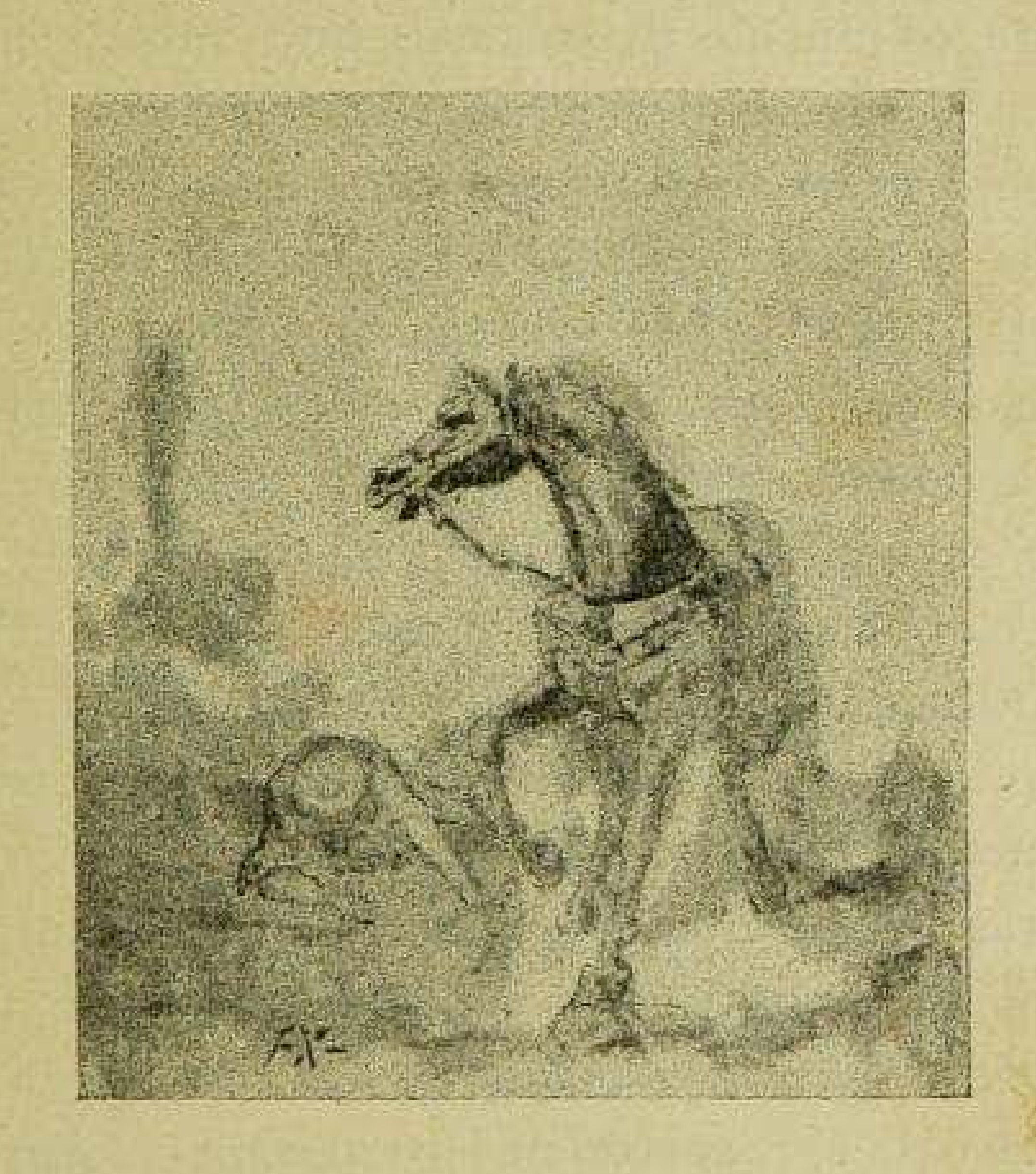
¡Qué sentimiento tan poderoso es el de la familia aun entre los pueblos bárbaros é incultos! Aquel hombre que había soportado la cura de sus heridas y las humillaciones de su cautiverio con impávida resolución, se enterneció como un niño al acordarse de su hogar y de sus hijos. ¡Ay! yo comprendo muy bien la mezcla íntima de placer y melancolía que debió apoderarse de su alma al recordar, en medio de unos enemigos que él había creído implacables y que le cuidaban, no obstante, como á un hermano, el amor de sus hijos, que tal vez le llorarían muerto.

Pasados pocos días se presentó en nuestro campo un moro negro, raquítico, andrajoso y hambriento, dando grandes alaridos y voces. Preso por nuestras avanzadas, no tardó en demostrar con sus gestos, contor-

siones y palabras incoherentes que estaba loco. Lo primero que hizo fué pedir pan, que comió con ansia; luégo declaró que él era Dios y que si los cristianos no desistían de su empresa, mandaría sobre ellos los rayos de su divina cólera. Quizás los sobresaltos de la guerra y las desdichas que esta trae consigo, influyendo en un cuerpo debilitado y empobrecido, habrían hecho perder el juicio al infeliz.

Á todo esto las acciones seguían repitiéndose casi sin interrupción. En las muchas que dió y ganó el general Prim sobre el camino de los Castillejos, los moros empezaron á comprender que eran poca cosa para detener el empuje de nuestras armas. En uno de estos combates perdieron la primera bandera, y por cierto que no quedó para contarlo el santón ó alfakí á quien los veteranos de la kabila habían encomendado su guarda y defensa. Ondeándola orgullosamente, caracoleaba montado en su caballo tordillo, á medio tiro de nuestras primeras guerrillas, sin que parecieran intimidarle en lo más mínimo las muchas balas que caían en torno suyo; iba y venía impasiblemente, con ese desprecio á la muerte que tan valerosos y tan conquistadores ha hecho en todos tiempos á los pueblos musulmanes, y es uno de los fundamentos de su doctrina religiosa. Admiración causaba, en medio de todo, la presencia de ánimo y la decisión de aquel hombre que avanzaba solo, desafiando el mortífero plomo, hasta las posiciones mismas de sus enemigos; pero la muerte nunca se admira, ni respeta nada, y en lo mejor de su aventurada carrera sorprendió al

santón aniquilándole. Vióssele de improviso vacilar y caer; el generoso corcel como si comprendiera el peligro de su amo, se paró á su lado: el alfaki hizo un esfuerzo y se incorporó; pero no pudo hacer más y volvió á caer desplomado al suelo, como *il corpo morto cade*. En este punto otra bala hirió mortalmente al ca-



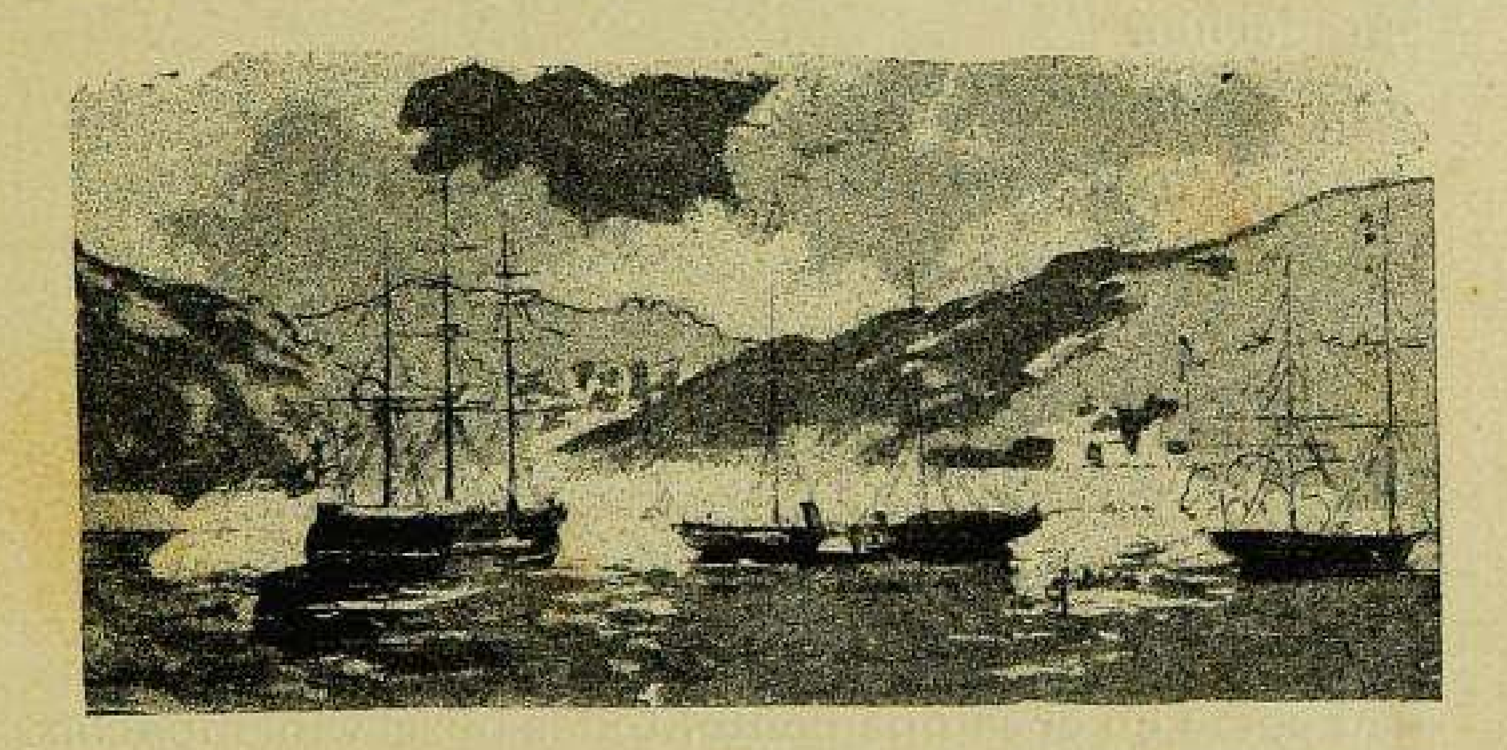
ballo que se revolvió en su dolor, levantando una nube de polvo bastante densa para ocultar por un momento aquella escena sangrienta. Cuando la nube se disipó, caballo y caballero, estremeciéndose aún con las postreras convulsiones, agonizaban á pocos pasos uno de otro, á la vista de ambos ejércitos; pero al alcance sólo del auxilio de Dios, que todo lo puede y remedia.

El primer día de Pascua, aconsejados sin duda los moros por los muchos renegados que de todas las naciones de Europa cuentan en sus aduares y aldeas; imaginando quizá que podrían encontrar á nuestros soldados desprevenidos ó postrados por los excesos de la noche de Navidad, y no escarmentados todavía, á pesar de los muchos descalabros que habían sufrido, intentaron sorprender nuestro campo; pero como siempre, á pesar del misterio con que se acercaron y del valor que naturalmente debía infundir en su ánimo supersticioso la profecía de un santón que les había anunciado para aquel día la ruina del ejército cristiano y la toma de Ceuta, nuestros enemigos fueron derrotados y perseguidos hasta el extremo de obligar á muchos á buscar su salvación, huyendo de nuestras bayonetas, en el agitado seno del vecino mar.

¿Y qué podré decir de la Noche-Buena? Verdad es que hubo, durante sus primeras horas, luminarias y hogueras en nuestro campamento; que se cantó, que se bailó, que poblaron el aire las armonías de las músicas militares; pero esta alegría sólo sirvió para hacer más doloroso el recuerdo de los apartados hogares, en donde á aquellas mismas horas habría también más de un sitio vacío y más de una lágrima en los ojos de muchas madres...

Un día luchando y otro descansando, entre los horrores de la epidemia, nunca harta de heróicas vidas, y los furores de la tormenta que parecía dominar como absoluta señora en las cumbres escarpadas de aquellos riscos casi inaccesibles, pasó nuestro ejército todo el

mes de diciembre, impaciente ya por avanzar y huir de los infestados sitios en que acampaba. Dos días antes de emprender su marcha, el 30, castigó con otra nueva victoria la audacia marroquí, y nuestra escuadra, compuesta del navío *Isabel II* y del vapor del mismo nombre, de las fragatas *Blanca* y *Princesa de Asturias*, esta última recién salida del astillero de la Carra-



ca, de la corbeta *Villa de Bilbao* y de los vapores *Vasco Núñez de Balboa*, *Vulcano*, *Santa Isabel*, *León y Colón*, hizo conocer á los vecinos de Tetuán, bombardeando el fuerte Martín situado en la desembocadura del Guad-el-Jelú, la suerte que les esperaba en los azares de la guerra.

Para dar cima á esta empresa, llegaron á Ceuta el 29 nuestras naves desde la bahía de Algeciras. Nada más bello que verlas entrar en el puerto como los primeros albores de nuestro poder marítimo renaciente, meciéndose en las olas y enseñando sus temibles bocas de fuego como una amenaza contra los enemigos de la patria. El navío, sobre todo, parecía un castillo flo-

tante, y atraía con orgullo las miradas de cuantos sentían latir dentro del pecho un corazón español. ¿Quién no recordaba aquella antigua y famosa marina que fué la primera en dar la vuelta al mundo y la última en ceder, cuando en las aguas de Trafalgar luchó, ó mejor dicho, sucumbió gloriosamente en defensa de un aliado, entonces y después, por cierto, bien poco agradecido?

Al siguiente día de su arribo á Ceuta, salió la escuadra con rumbo al Cabo-Negro. El cielo estaba despejado como en una mañana de primavera, y el sol plateaba con sus vivos rayos las dormidas aguas del Mediterráneo. La armada avanzaba lenta y majestuosamente, cortando las olas, y medio envuelta en las sombras que dibujaba en el líquido elemento la prolongada manga de humo de los vapores. Así en la ciudad como en el campamento, todos observábamos con afanoso interés las maniobras de nuestros barcos, hasta que los perdimos de vista al doblar la punta del Cabo-Negro, detrás de cuyo promontorio se abre una ancha ensenada, defendida por el fuerte Martín. No muy lejos de la fortaleza que, como saben mis lectores, guarda la entrada del río de Tetuán, empieza una costa brava que termina en la antigua Regencia de Argel y que es el espanto de todos los hombres que surcan el mar, no sólo por las sombrías cortaduras de sus amenazadoras rocas, sino por la inhospitalaria barbarie de sus moradores en todos tiempos crueles y desalmados piratas. Conócese con el nombre de *Costa de hierro*, y en ella es donde, á manera de nidos de

águila, se levantan los peñones que España conserva en África, como recuerdo de su pasada grandeza, ó como esperanza de sus futuros anhelos.

Á poco de haberse escondido la escuadra detrás del Cabo, espesa y extendida humareda llenó el hueco que ofrecía en perspectiva la ondulada costa, y aunque debilitados por la distancia llegaron á nuestros oídos los estampidos de cañón cada vez más frecuentes y aterradores. No es posible formarse idea del animado espectáculo que presentaba entonces el Mediterráneo, singularmente para nosotros, para los españoles que sabíamos lo que aquella niebla decía, lo que el eco nos anunciaba y que llegábamos con el alma allí donde no podíamos llegar con los ojos. Sólo divisábamos el humo que se escapaba por ambos lados y por cima del Cabo, y sin embargo, lo adivinábamos, lo contemplábamos todo con los ojos del corazón; y era tan profundo el sentimiento de que estábamos poseídos, que no podíamos apartar la mirada de aquellas nubes de humo en donde encontrábamos en aquel momento solemne el interés de una epopeya.

Mientras la Armada desmantelaba el fuerte Martín, el ejército obtenía nuevas ventajas contra los marroquíes, y el cañón de España retumbaba á la vez en el mar y en los bosques.

Era el anuncio de la heróica batalla de los Castillejos que dos días después había de excitar el entusiasmo de la patria y la admiración de Europa.

VI

Según había dispuesto el general en jefe, el ilustre O'Donnell, al amanecer del día 1.º de Enero el ejército expedicionario, á excepción del cuerpo de vanguardia que quedó guarneciendo los fuertes á las órdenes del general Echagüe, emprendió la marcha en dirección á Tetuán por el camino recién abierto hacia los Castillejos. Salió primero la división bajo el mando del conde de Reus, siguió el segundo cuerpo del conde de Paredes con el cuartel general, y cerró la retaguardia el tercer cuerpo, á cuyo frente iba el general Ros de Olano, conde de la Almina.

Antes de llegar el general Prim al sitio que se le había designado para acampar, encontró las alturas inmediatas á los Castillejos pobladas de moros que trataron con desesperada energía de estorbar el paso á nuestras tropas. La escasa división de reserva no sólo resistió sola este primer ataque, sino que animada de belicoso ardor tomó una por una á los marroquíes cuantas posiciones ocupaban, luchando con un

arrojo, con un encarnizamiento imposibles de describir. De las ocho á las dos estuvieron las fuerzas dirigidas por el general Prim peleando sin descanso contra una muchedumbre de moros que cada vez iba en aumento, como si surgiera de la tierra por entre las hendiduras de la montaña. Á eso de las dos y cuarto, la posición del conde de Reus era tan grave, casi envuelto por el número de sus enemigos, que pidió refuerzos con toda premura, viniendo en su auxilio el regimiento de Córdoba, del segundo cuerpo, cuyos soldados, después de una marcha acelerada, llegaron al lugar de la refriega rendidos con el peso de la mochila, en la cual, además de las prendas de equipo, llevaban raciones para siete días.

El general Prim dispuso que dejasen este estorbo en un mogote seco y pelado situado á retaguardia del campo de batalla, el cual sobresalía entre todos los que le rodeaban, cubiertos de monte bajo, por su esterilidad absoluta. Diríase que estaba creado de antemano por la naturaleza para teatro de un gran acontecimiento.

Ya desembarazados de la mochila, siguiendo valerosamente á su general, los soldados del regimiento de Córdoba se lanzaron denodadamente contra las huestes marroquíes, cada vez más osadas; pero á pesar del empeño de nuestra gente, los moros, fuertes por su número, no cejaron un paso, antes bien se precipitaron como una nube sobre los batallones españoles, fatigados de la larga duración de un combate desigual y mermados considerablemente por las pérdidas que habían sufrido.

La arremetida fué tan enérgica y vigorosa, que nuestras tropas se vieron obligadas á retirarse de casi todas sus posiciones. La morisma caía sobre nosotros con tanto estrépito y tanta furia, que ni á pedradas pudieron contener nuestras guerrillas su ímpetu siempre creciente. Á duras penas podía sostenerse el general Prim en la primera posición que había conquistado y desde la cual, si la hubiera perdido, las turbas mahometanas habrían destruído sin remedio su cuerpo de ejército, ya bastante quebrantado; como que la posición disputada era un cerro que dominaba todos los inmediatos hasta la playa. La situación no podía ser más crítica; pero hubo un incidente que la hizo aún más conmovedora.

Un regimiento, el de Córdoba, tenía empeñada su honra en esta empresa; su honra que era la del ejército, la de la nación entera. Los moros en su irresistible acometida llegaron hasta el mogote ó cerrillo en que el regimiento indicado había dejado, poco antes, sus mochilas. Dos veces nuestras tropas, animadas por la desesperación, le reconquistaron y las dos volvieron á perderle, acorraladas por la muchedumbre cada vez mayor de sus contrarios. En tan apretado trance, el conde de Reus arenga á los soldados; pero éstos vacilan. Sólo un rasgo de heroísmo podía evitar á nuestras armas la ignominia de una derrota, y el general no dudó un solo momento. Arranca la bandera de Córdoba de manos del oficial que la conducía, y, volviéndose á los soldados, exclama con voz enronquecida por la fatiga y el coraje:—«En esas mochilas está

vuestro honor, venid á recobrarlo; sino, yo voy á morir entre nuestros enemigos, dejando en su poder, para mayor vergüenza vuestra, la bandera que tantas veces os ha guiado á la victoria.»—Y esto diciendo,



pica espuela á su caballo, se mete denodadamente, tremolando la bandera, por medio de las filas marroquíes, y detrás de él al grito de *¡viva la Reina!* síguenle las tropas entusiasmadas, ciegas, dispuestas á morir con su general ó á vencer en la demanda. El espectáculo que entonces ofrecía el campo, no se explica, se

siente y se admira; los más valientes, los que primero habían acudido al llamamiento del conde de Reus, cayeron acribillados de heridas; la bandera estaba agujereada por mil partes; el caballo del general herido. Aquello era la boca del infierno; las balas silbaban á millares en reducido espacio, y rodaban en todas direcciones moros y cristianos confundidos. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo, hasta que después de una resistencia vigorosa, heróica, los marroquíes huyeron á la desbandada, rescatando el regimiento de Córdoba con sus mochilas su desgarrada bandera, que es ya monumento histórico, título de gloria para los que la salvaron.

No contribuyó poco á este resultado la aparición repentina del bizarro general Zabala á la cabeza de algunos batallones de su división. Con el valor imperturbable de que tantas pruebas ha dado en las difíciles y peligrosas ocasiones de su brillante vida militar, avanzó á caballo hasta los puntos más comprometidos, donde permaneció con la mayor indiferencia, sin querer resguardase del fuego enemigo. Él era, acompañado de sus ayudantes que no se apartaban de su lado ni un solo momento, la única figura que se destacaba en aquel campo de exterminio y muerte, donde los soldados para no presentar blanco estaban sentados y escondidos detrás de los árboles y maleza del monte. De milagrosa puede calificarse la circunstancia de que no le hirieran, mucho más cuando á su lado cayeron el coronel Guerra, gobernador de su Cuartel General, el teniente coronel García Tassara y el capitán de ca-

ballería D. Ramón Zabala, sobrino del conde de Paredes. El Cuartel General del segundo cuerpo que en la notable jornada del día 9 de diciembre había tenido cuatro bajas, quedó reducido, con las pérdidas del día 1.º de enero, á su más mínima expresión; y bien puede decirse que los oficiales pertenecientes á él á quienes no alcanzó una bala, se salvaron del naufragio en una tabla, pues el combate fué tan empeñado y revuelto en algunos puntos, que apenas habría veinticinco pasos entre las tropas españolas y las marroquíes, nunca tan resueltas y atrevidas como en aquella ocasión memorable.

Mientras los generales Prim y Zabala reconquistaban tan animosamente las posiciones perdidas, los húsares de la Princesa daban una carga brillantísima, y arrastrados por su arrojo, penetraban violentamente, sufriendo un horroroso tiroteo, hasta el mismo campamento enemigo. Allí los moros, resguardados detrás de sus tiendas, causaron en las filas de nuestra caballería pérdidas de consideración; entre otras, la de dos jefes que la mandaban, ambos heridos, y la de un joven oficial muerto el mismo día que cumplía años y entraba por primera vez en acción. Entonces fué cuando el cabo Mur arrancó con la vida á un alfaquí la bandera amarilla que en días anteriores había ondeado al frente de nuestros contrarios.

Nuestras bajas, en la gloriosa batalla de los Castillejos, pasaron de mil hombres entre muertos y heridos. El general en jefe, cuando todavía el fuego era vivísimo, se adelantó hasta las primeras guerrillas de la reser-

va, convertida aquel día en vanguardia, con la espada en la mano, infundiendo nuevo aliento á los soldados. Avanzó tanto, que el general Prim se creyó en la obligación de detenerle en su camino diciéndole amisto-



samente, pero con tono resuelto:—Mi general: aquí mando yo y no le permito á usted pasar adelante.— El duque de Tetuán comprendió la razón que asistía al conde de Reus para estorbarle el paso, y aunque de mala gana, se retiró no lejos del peligro; pero sí adonde no pudiera tan fácilmente alcanzarle una bala y comprometer con una catástrofe la suerte del ejército.

En esta jornada hicimos bastantes prisioneros, sien-

do el más importante y extraño de todos, uno á quien llamaban sus compañeros alcaide de Larache. Era de fisonomía inteligente y viva; su cabeza medusina cubierta de asquerosos y enredados cabellos, producía un efecto difícil de expresar, una singularísima mezcla de admiración y espanto. Contaría escasamente treinta años; era moreno, de facciones regulares, de ojos ardientes y mirada altanera; alto, enjuto y vigoroso. Había, sin embargo, en aquel rostro, casi hermoso, un sello de ferocidad que repelía. Mostrábase poco resignado con su suerte, y pasaba los días rezando ó riñendo, con exaltación fanática, á los demás marroquíes prisioneros, heridos también.

El que lo estaba más levemente era un moro de rey, capitán, según decía, de cien caballos. No desaprovechaba ocasión en que manifestarse agradecido, y alargaba la mano con sumisión y respeto á cuantos le visitaban, entablando con ellos por medio de una mímica expresiva y continuada, diálogos animados y curiosos.

Un soldado de la fuerza encargada de su custodia, compadecido de él le colgó al cuello el escapulario de la virgen del Carmen para que, por la santa intercesión de María, le libertase Dios de todo riesgo y abriera á la luz de la fe los ojos y la inteligencia del infiel; rasgo de caridad sencillo, pero nacido del corazón, que me hizo recordar aquel verso de un célebre drama español:

¡Lástima que este moro no se salve!

Terminada la refriega, cuyas consecuencias fueron incalculables, nuestras tropas acamparon en los mismos sitios que con tanto tesón nos habían disputado los marroquíes: la división Prim, más allá de la Casa del Morabito, rústico albergue de un santón retirado del mundo, situado sobre un cerro no muy distante del mogote en que fué más reñida la batalla; el Cuartel General en el Cerro de la Condesa, cuyo nombre ignoro qué origen tendrá, y cubriendo la retaguardia, el tercer cuerpo de ejército.



Á la mañana siguiente súpose con dolor que el general Zabala, cuyo heróico comportamiento en la batalla del día anterior obtenía unánimes alabanzas, había amanecido con una pierna completamente baldada. La enfermedad, menos piadosa que las balas, salió á detenerle en el camino de su gloria. El conde de Paredes, con una desesperación tan grande que hacía más vivo el sentimiento de cuantos le conocían, tuvo que volver á Ceuta, víctima de los más acerbos dolores, así morales como físicos, y en aquella

ciudad estuvo algunos días, consumido por la impaciencia, contando con ira las horas que pasaba lejos de sus soldados de quienes era tan respetado y querido. Verdad es que, para un hombre de su temple, semejante estado era en efecto terrible.

El ejército se encontraba en circunstancias apuradas y peligrosas. Cuando las comunicaciones por tierra se habían interrumpido y sólo podía esperar socorro y víveres por el mar, furiosa tempestad vino á cerrarle el paso. Los buques anclados en la ensenada de Cabo-Negro tuvieron que largarse á toda fuerza de vapor y vela, marchándose unos á Puente-Mayorga, entre Gibraltar y Algeciras, y otros á la bahía de Ceuta. Cuatro días estuvo el ejército incomunicado, sin que la borrasca calmase. En este tiempo las vituallas empezaron á escasear; las raciones que los soldados habían llevado para el camino estaban agotadas, y mesa de general hubo donde el último día de la tormenta se comieron solo, en vez de pan, algunas migajas de galleta. Á la vista casi del ejército, pereció la goleta *Rosalía* que, por orden superior, se había quedado aguantada en la costa africana, salvándose con mucha dificultad la tripulación. En Algeciras se fué también á pique el vapor de guerra *Santa Isabel*, arrojado contra una peña de la playa por un golpe de mar, y en Ceuta mismo estuvo á punto de desaparecer con toda su gente la lancha cañonera núm. 8 que tan buenos servicios había prestado contra los marroquíes.

Hallábame á la sazón en Ceuta, á donde había regresado enfermo del campamento. Allí pude ver todo

el horror de la tempestad desencadenada. Las olas enfurecidas y espumosas rebasaban el muelle arrastrando todo cuanto encontraban en su impetuoso camino. Las pipas de vino flotaban á merced del irritado mar que inutilizó á la vista de la población consternada más de treinta mil raciones de pan y harina. ¡Ya nuestros hermanos sentían los primeros amagos del hambre! Casi todas las bateas de desembarco, refugiadas en el puerto, se sumergieron chocando unas con otras. Oíase á larga distancia el rugido del huracán como un gemido de dolor y rabia, y el rumor de las olas ensordecía el espacio. Divisábanse á lo lejos verdaderos montes de espuma que se acercaban tronando hasta la costa para saltar por algunos lados las fuertes murallas que resguardan á Ceuta por la parte del mar. ¡Qué no pasarían en aquellos tremendos días los pobres convalecientes, recogidos en barcos-hospitales y expuestos al agitado movimiento de las olas que jugaban con sus más poderosas naves como juega el aire con la hoja caída del árbol!

¿Es extraño que el general Zabala sobrellevase en esta ocasión con impaciencia la dolorosa circunstancia que le separaba de sus compañeros de armas? La suerte del ejército era entonces la preocupación constante de todos: recelábamos que se le acabasen las provisiones de reserva y se encontrase solo, sin amparo, desprovisto de recursos, lleno de enfermos é incomunicado en país enemigo. Y nuestro temor aumentaba de hora en hora, principalmente el último día de la tormenta, porque ésta, lejos de calmarse parecía

acrecentarse por momentos. La lluvia menuda y fría que había estado cayendo toda la mañana, se convirtió á media noche en aguacero espantoso, acompañado de truenos, relámpagos y rayos.

Las calles de Ceuta parecían ríos desbordados; las casas, sin que haya exageración en cuanto digo, se calaban como si fueran de lona, siendo preciso en muchas abrir cauce á las aguas que habían inundado completamente los zaguanes y patios. Á todo esto el huracán seguía azotando tumultuosamente las olas, y más de una vez se confundió con el fragor del trueno el estampido del cañón que demandaba auxilio.

Entretanto, el conde de Lucena viendo que el temporal arreciaba, había dispuesto que al siguiente día el general Prim con su división marchase á Ceuta por víveres. La necesidad era apremiante, y no tenía espera. En efecto, disponiéndose estaban para la expedición los batallones en quienes todo el ejército cifraba sus esperanzas de remedio, cuando el grito de: *¡un vapor!* resonó en el campamento. Los soldados corrieron á la playa palmoteando alegremente como si nada hubieran sufrido, para observar desde allí con ojos excitados por el deseo, los movimientos de un punto negro, que se divisaba á larga distancia, siempre avanzando hacia la orilla. No gritaron los compañeros de Colón al columbrar, en medio de las tinieblas nocturnas, la luz misteriosa en la costa americana:—¡Tierra! ¡Tierra!—con más entusiasmo que nuestros soldados, después de su penosa incomunicación con la madre patria prorrumpían:—*¡un vapor! ¡un vapor!*—

extendiendo sus brazos hacia el mar aún no apaciguado. La confianza renació en todos los corazones, y á pesar de que aquel día no pudo desembarcar nadie del *Duero*, que era el primer vapor recién llegado, se desistió de la proyectada expedición á Ceuta.

Aquella misma tarde llegaron la escuadra y los demás vapores mercantes, refugiados durante la tormenta en Ceuta ó Puente-Mayorga.

Al día siguiente todos se habían olvidado del temporal; la calma había renacido otra vez en el mar y en los ánimos.

Cuando yo, restablecido á medias de mi dolencia, volví á incorporarme al ejército, éste acampaba en las márgenes del río Azmir ó Guad-el-Kebir, como, recordando sin duda el que riega los campos de Córdoba y Sevilla, le apellidan los marroquíes. Aunque escabroso, el terreno en que nuestros soldados habían levantado sus tiendas, no ofrecía, sin embargo, tantas dificultades como la áspera Sierra-Bullones; sus colinas eran más despejadas y no tan pendientes como las que habíamos dejado atrás; no embarazaban ya nuestra marcha espesos alcornoques, ni copiosas encinas, y si bien pocas, veíanse algunas lomas completamente peladas, ó dónde sólo crecía el enano palmito de largas y esparcidas hojas.

Á retaguardia, sobre nuestra derecha, alzábase un cerro, desnudo de árboles, cuya cumbre coronan y blanquean enormes peñas calizas, que parecían entre la hierba, iluminadas por el sol, jaiques morunos abandonados en el campo de batalla. El río Azmir,

Azemir, ó Guad-el-Kebir, porque cada uno le daba su nombre, corría, ó más bien se estancaba á nuestros piés. Por lecho de arena, como el del humilde Manzanares, entre las vertientes de dos colinillas, manda el Azmir lentamente sus escasas aguas al mar, que á pocos pasos se extiende hasta confundirse con el horizonte. Río humilde y sin recuerdos hasta ahora, á nuestra expedición deberá el vivir en la historia, cuando apenas podía aspirar á vivir en la geografía. Allí, en sus tristes y solitarias orillas, nuestros soldados lucharon dos veces contra sus enemigos, y durante cuatro días contra la más espantosa borrasca que pueda surgir de aquellos mares tempestuosos. Atormentáronles las privaciones, y diezmóles la epidemia; pero ellos, con la esperanza puesta en Dios y el pensamiento en la patria, sobrellevaron con paciencia el huracán, la lluvia, la peste y el hambre.

El mismo día de mi vuelta al campamento hubo otro nuevo combate. Desde por la mañana se habían visto aparecer por las quebraduras del terreno, grupos de moros, caminando silenciosamente hacia nuestras guerrillas avanzadas. Su número fué creciendo progresivamente, hasta que á eso de las doce y media ó una de la tarde se trabó, por fin, la lucha. Nuestros soldados habían recibido orden de no hacer fuego sino cuando tuvieran muy cerca á sus enemigos, y cumplieron con tanta exactitud cuanto se les había mandado, que algunas guerrillas sólo dispararon en ocasión en que podían haber hecho uso de las bayonetas. La artillería jugó en esta acción admirablemente: yo

vi caer una granada sobre el cuarto trasero de un caballo tordillo, que caracoleaba en la vanguardia de las filas marroquíes, y vi también rodar por la arena caballo y caballero, en medio de los nutridos aplausos de cuantos habían presenciado los efectos de la puntería. Pero, con nuevo asombro, vimos después levantarse al jinete, acercarse á la mal herida cabalgadura, quitarle la silla encarnada, echarse los arreos sobre la cabeza, y retroceder á pié tranquila y reposadamente hacia donde, huyendo del estrago de los cañones, se habían retirado los suyos.



En la escaramuza de este día hicimos tres prisioneros. El primero que cayó en nuestro poder, fué un mancebo, á quien apenas apuntaba el bozo, de ojos vivos é inquietos, herido en un hombro y con una oreja casi colgando: llevaba la cabeza pelada á trechos, como si hubiera acabado de convalecer de dolencia inmunda, y su traje era una repugnante cubierta de andrajos. Llegó por su pié hasta el Cuartel General, donde se entabló, por medio del intérprete, entre el conde de Lucena y el prisionero el siguiente diálogo:

—¿De dónde eres?

—De cerca de Orán.

—¿Son muchas las kabilas que asisten al combate?

—Pocas.

—¿Quién manda la acción?

—Muley-Abbas.

—Vaya, pues lo hace bastante mal. Véte á curar.

A todo esto el pobre muchacho no había cesado de dar mordiscos á una galleta, que le habían regalado, conociéndose que el hambre era en él superior al miedo.

El segundo prisionero vino en una camilla. Tenía completamente hecho pedazos el muslo derecho. Era un joven de rostro moreno, pero hermoso; alto, bien formado, robusto. Sufrió con resignación los dolores de la penosa cura que le hicieron, sin exhalar la menor queja; sólo revelaban su padecimiento la contracción nerviosa de los músculos de su rostro y el rechinamiento de sus dientes.

Después pidió pan, manifestando que no había comido en dos días, y devoró con ansia el pedazo que le dieron, á pesar de los grandes dolores que debían atormentarle.

El tercer prisionero llegó al hospital de sangre, casi moribundo. Una bayoneta le había atravesado el estómago de parte á parte. Era viejo, pero no repugnante. Apenas le curaron, se envolvió en la manta, como César en su toga después de herido, sumergiéndose tal vez en sus últimos pensamientos; en esas últimas meditaciones que flotan entre la muerte y la vida, como

el misterioso crepúsculo de la existencia que acaba, y de la eternidad que empieza.

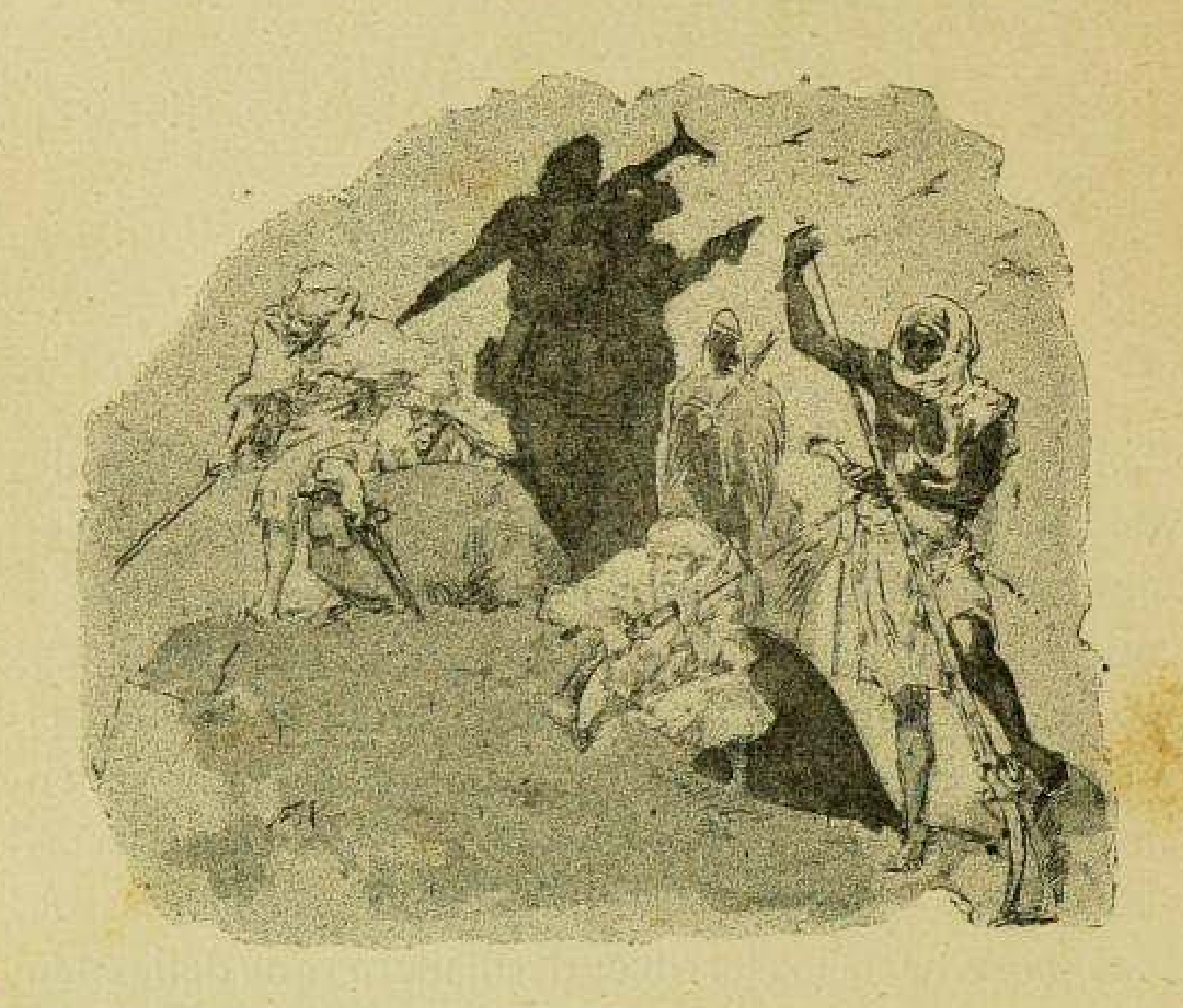
La acción se prolongó hasta la noche, pero con poca resolución y energía por parte de los moros. Nuestros soldados prendieron fuego á dos casuchas, que se destacaban en lo alto de un cerro, próximas al campamento enemigo, y sus rojizas llamas iluminaron nuestra victoria.

VII

Aprovisionado y repuesto el ejército, dispuso el conde de Lucena que siguiera su interrumpida marcha. Necesitábase franquear las angosturas de Monte-Negrón que no muy lejos de nuestro campo se divisaban, y con este objeto el día 13 de Enero, antes de romper el alba, los marciales ecos de las músicas pusieron en movimiento á todas las divisiones; levantaron éstas las tiendas y casi con la luz de las estrellas enderezaron sus pasos hacia los terribles desfiladeros que defienden el valle de Tetuán. Antes de llegar á ellos, en la orilla misma del mar, al pié de una atalaya medio arruinada, como todas las que coronan estas costas, apiñábanse varias chozas de anea y cañizo, miserable y escondido aduar de algunas familias moras á quienes había dispersado la guerra. Aquí fué donde primero se entabló la acción, que no tardó en generalizarse por toda la línea.

Veíase bajar por entre los matorrales buen golpe de

enemigos, diseminados en grupos de diez á veinte hombres cuando más, y las crestas inmediatas aparecían pobladas de marroquíes á pié y á caballo, que se dibujaban fantásticamente en el espacio como las sombras de los hunos, según la leyenda alemana. Poco



después las alturas que defendían, así como las posiciones que ocupaban cerca de la atalaya y del aduar abandonado, cayeron en nuestro poder, y donde antes se perdía la vista contemplando considerable número de moros en orden de batalla, resplandecieron las victoriosas banderas de España.

Desalojados de todas partes los enemigos, aún se habrían resistido, si un fuerte aguacero no hubiese venido á suspender la lucha. Los moros se retiraron

desordenadamente por el camino de Tetuán, y nosotros acampamos sobre Monte-Negrón, teniendo franco el paso para aquella ciudad, donde se cifraban todos nuestros deseos.

Álzase sobre el Cabo-Negro un castillejo cuadrilátero con almenas y ventanas, donde hasta aquel momento vivirían probablemente algunas familias mahometanas, tal vez el vigía que había observado de día y de noche el avance de nuestro ejército, como la verdadera personificación del miedo que reinaba en Tetuán. El Cabo está cortado perpendicularmente sobre el mar, y hay á su pié un peñasco, acaso desprendido de la roca enorme, que semeja, contemplado desde lejos, el casco de un navío abandonado al furor de las olas.

Cuando la acción estaba más empeñada, llegó á aquellas playas desde Cádiz la división del malogrado general Ríos, cuyo desembarco no se verificó hasta dos días después.

Antes de dejar aquel campamento para tomar nuevas posiciones, la retaguardia prendió fuego á las trincheras detrás de las cuales había estado resguardado todo el ejército. Nada más pintoresco que el espectáculo de aquella serpiente de llama que recorría rugiendo la larga extensión de terreno en que nuestras tropas habían acampado. El incendio duró gran rato; después sólo se vieron inmensas espirales de humo; después nada. El fuego en su obra de destrucción se había anticipado al tiempo.

La noche que pasaron nuestros soldados fué cruel. La lluvia no cesó un momento de caer con fuerza y fué

de todo punto imposible armar las tiendas. Entre las varias aventuras que entonces corrieron muchos de mis amigos, sólo citaré la de un distinguido artista, que, en medio de tan crudo temporal, se perdió entre los enmarañados desfiladeros de Monte-Negrón. Después de haber estado vagando inútilmente solo y sin guía, sin saber á dónde dirigirse, divisó á altas horas de la noche, y durante uno de los intervalos del aguacero, una luz lejana, amortiguada por la distancia. ¿Á quién pertenecía aquella luz? ¿La habrían encendido los moros ó los cristianos? Mi amigo lo dudaba; mas cansado de recorrer el monte, decidióse á buscarla y ver si de una manera ú otra salía del laberinto en que estaba metido. Aceleró, pues, el paso; pero antes de llegar, la lluvia volvió á apagar la hoguera, y se extravió nuevamente en aquellos peligrosos desfiladeros. Por fin, reanimóse otra vez la amortiguada llama, y tomando todas las precauciones necesarias por si acaso los que la encendían eran enemigos, nuestro fatigado compatriota, rendido, calado, falto de aliento, se aproximó á ella. Su alegría fué indecible, cuando vió que los que se calentaban al amor del fuego, eran un cantinero y un asistente que también se habían perdido en las intrincadas gargantas del monte. Concediéronle franca hospitalidad, porque no les pesaba contar con un brazo más en aquellas soledades, y juntos se prepararon como mejor pudieron para aguardar el día. En una de las excursiones que el asistente hacía para buscar leña con que alimentar la hoguera, tropezó nuestro hombre con una vaca, y volvió corriendo para

poner en conocimiento de sus arrecidos compañeros de desgracia, el descubrimiento que acababa de hacer. Después de viva discusión, resolvieron los tres apoderarse de la presa, imaginando que debía pertenecer á los moros, y en virtud de esta resolución se encaminaron hacia el sitio en que el asistente la había visto. En efecto, allí estaba; adoptáronse todas las medidas y disposiciones convenientes para asegurar la caza; pero ¡oh fatalidad! en el momento crítico, una imprudencia del cantinero la espantó, y la vaca mugiendo salió escapada. No desistieron ante este primer descalabro del plan que se habían formado, y se lanzaron con mayor aliento en busca del animal fugitivo; mas ¡cuánta no sería su sorpresa cuando á los pocos pasos, dieron con otro de la misma familia, y más allá con otro, y luégo con otro, y luégo con otro, como las cabras del cuento de Sancho!—Miráronse, no sin temor, nuestros improvisados cazadores y acordaron volver á su madriguera recelosos de haberse metido en campo contrario. Ya habían empezado á poner por obra su prudente determinación, cuando una voz, que para ellos debió sonar como la de un ángel, y que preguntaba no sin inquietud también: *¿Quién va?* vino á detenerles en su retirada. Nuestros asendereados compañeros habían llegado, en persecución de la vaca, á los últimos límites de nuestro campamento, donde pastaba tranquilamente, bien ageno de que pudiera ser cazado por sus propios defensores, el ganado que el ejército llevaba consigo para no carecer de carne fresca. A esta casualidad debieron los tres extravia-

dos su feliz incorporación á las divisiones cristianas.

Con ánimo de presenciar el desembarco de la división Ríos, al otro lado del Cabo, y no perder tampoco ningún incidente, si, como se anunciaba, la escuadra tenía que bombardear el Fuerte-Martín para facilitar la entrada de nuestras tropas en el valle de Tetuán, pasé aquella misma noche á bordo de un vapor. Yo creía que desembarcaríamos al día siguiente; pero no fué así, y tuve que permanecer otra noche más en el barco; pero una noche poética como es difícil imaginarse; noche más á propósito para sentir que para meditar; para ofrecerla al recuerdo de la patria, que para consagrarla á las inquietudes de la guerra.

El mar estaba poblado de naves. El tibio resplandor de una luz, destacándose entre la sombra, nos anunciaba que allí había un buque, y un buque en aquella tierra maldita era una esperanza consoladora. Erguíase á poca distancia del campamento la oscura punta de Cabo-Negro, penetrando en el mar como un inmenso fantasma, y toda la costa aparecía iluminada con la llama de las hogueras que se extendían hasta el vecino monte. En la playa misma se levantaba un inmenso foco de luz rojiza y brillante que hería los ojos: era el *aduar*, situado al pié de la derruída atalaya, que había sido entregado al fuego para no dejar detrás de nuestro ejército aquella miserable madriguera de piratas ó de bandidos. Los soldados, agitándose al rededor de la hoguera, medio envueltos en las fugaces espirales de humo, presentaban singular golpe de vista y daban animación y colorido á aquel cuadro tremendo, triste,

aunque forzosa consecuencia de la guerra: esto, entre las regaladas armonías que resonaban en la tierra y en el mar, mezclándose con el monótono rumor de las olas y con esos misteriosos ruidos de la noche que nadie se explica y todo el mundo siente. El espectáculo era imponente y magnífico; la naturaleza estaba en uno de esos momentos que se escapan á la imaginación del artista, y que encierran, sin embargo, más poesía que cuantas epopeyas ha concebido la imaginación humana.

Nunca aquellas desiertas playas, no holladas por la civilización de Europa, hubieran podido esperar que los ecos de las montañas próximas repitiesen las delicadas melodías de Bellini, Donizzetti y Meyerbeer, ni que surcara las olas del mar que invade sus arenas abrasadoras de conchas y algas, la multitud de naves que entonces recorría aquellas inhospitalarias costas, espanto muchos siglos há del comercio y de la industria. *Estaba escrito*—diré yo como los árabes—*estaba escrito* que la guerra abriese á la civilización, á pesar de los hombres que la habitan, aquella tierra-esfinge que nadie conoce y que se extiende casi inexplorada á las puertas mismas de la Europa cristiana, científica y aventurera...

Las dianas militares hirieron mis oídos é interrumpieron mi sueño al amanecer del siguiente día. Poco después desaparecieron por los desfiladeros conquistados el día 14, los últimos batallones de nuestro ejército, y doblando la punta de Cabo-Negro perdiéronse también entre la neblina de la mañana los buques de

nuestra escuadra, abriendo camino á los mercantes fletados por el gobierno que no tardaron en seguir el mismo rumbo.

El *Duero*, donde yo me encontraba, iba entre estos últimos, rápido como una saeta; tanto que al cuarto de hora de haber levado anclas, doblábamos el Cabo y alcanzábamos á ver la blanca ciudad de Tetuán, perdida en una verde llanura como una azucena en el campo, y veíamos en la playa el castillejo que defiende la desembocadura del Gual-el-Jelú, las baterías, la Aduana, las lagunas, los cárabos abandonados en las orillas del río, los puentes que de trecho en trecho le cruzan, los campos cultivados: toda aquella dilatada comarca solitaria y muda, como si con la aparición de la escuadra se hubiese suspendido la vida.

El día estaba frío y lluvioso; espesa niebla se extendía ante nuestros ojos como transparente velo, al través del cual descubríamos todos los objetos, acaso más pintorescos, porque la naturaleza tiene también su pudor de virgen. Procuraré en lo posible dar cuenta de lo que ví entonces, y haré cuanto esté de mi parte porque la descripción se acerque á la realidad, acudiendo para conseguirlo á todos mis recuerdos é impresiones.

Destacábase, sobre todo, larga cadena de empinadas rocas, cercando un verde y fertilísimo valle poblado de blancos caseríos que parecían, vistos de lejos, palomas prontas á levantar el vuelo. En medio de esta vega sobresalía Tetuán, dominada por la Alcazaba, vetusta fortaleza situada en un cerro; Tetuán, tan sucia, tan repugnante por dentro; tan blanca, tan her-

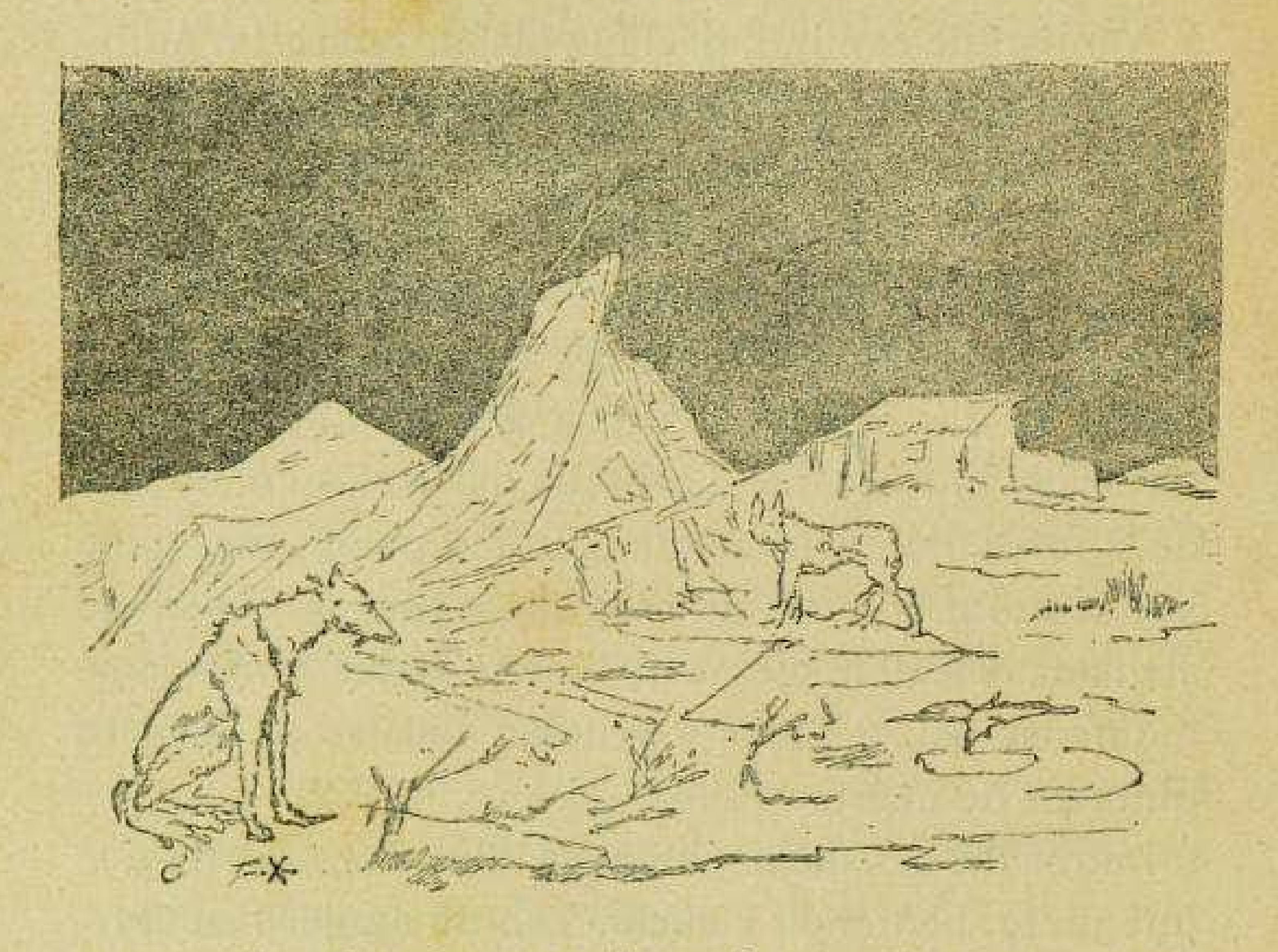
mosa, contemplada desde fuera; nada turbaba la agradable monotonía de su color, ni los tejados que no tiene, ni las ventanas que, á la distancia á que nos encontrábamos, apenas se divisaban; hubiérasela creído formada, como Venus, de la espuma del Mediterráneo.

A mitad de camino, hacia la playa, veíase la Aduana, edificio capaz y espacioso; pero de grosera y tosca construcción; y ya en la playa misma el fuerte que tan mal parado habían dejado sucesivamente las escuadras francesa y española. Era una fortaleza cuadrada y maciza en su base, pero malamente aspillerada. Subíase á ella por una escala de cuerda colgada á la parte exterior del muro y que alcanzaba hasta el segundo piso de la torre, donde estaba la entrada, pobre, mezquina y dificultosa. Parecía un nido de cigüeñas. Hallábase artillada con siete piezas de hierro, viejas y mohosas, montadas sobre rudas y gruesas rodajas de madera pintadas de negro.

Detrás del castillejo había un almacén, cuartel ó lo que fuese, hediondo y sucio, con un agujero en el techo, abierto probablemente por algunas de las granadas que en poco tiempo habían caído sobre aquella desdichada playa. En este edificio recogieron nuestros marinos, cuando desembarcaron, como una docena de tiendas cónicas listadas, y grandes montones de leña que sirvieron por la noche para que los soldados de la división del general Ríos encendieran hogueras y luminarias.

A ambos lados del almacén alzábanse sin orden ni concierto algunas miserables chozas, silenciosas, aban-

donadas y casi perdidas entre los pantanos. Sus dueños habían huído, y sólo habían quedado guardándolas unos cuantos perros de ganado que nos miraban recelosamente y escapaban á nuestra aproximación, dando lastimeros aullidos. En vano los llamábamos;



en vano les ofrecíamos pedazos de pan; los pobres animales, desconociendo nuestra voz y nuestro traje, se alejaban veloz y medrosamente, acaso con más pena que sus mismos amos, de aquellos rústicos albergues que no habían de volver á ver más.

No lejos de alguna de las chozas estaba la tierra removida. La curiosidad obligó á varios marineros, ávidos de botín, á cavar en aquel sitio, creyendo sin duda encontrar tesoros escondidos; pero no se hizo esperar mucho el desengaño. A los primeros azadonazos mos-

tróles la tierra el descompuesto y fétido cadáver de un moro, que, más feliz que los que habían huído, dormía el sueño de la muerte en el mismo sitio en que había nacido acaso: cerca de su humilde hogar.

Por todas partes y en todas direcciones se veían las huellas recientes de la ancha babucha moruna, de caballos, bueyes, camellos y cabras. La aparición de la escuadra había ahuyentado de allí hombres y rebaños; todo había huído de nosotros, menos la tierra sombría y muda.

El campo estaba lleno de granadas que no habían estallado, arrojadas desde las naves francesas y españolas, cuando poco antes habían vengado allí el honor de sus respectivas naciones.

Sobre una colina, y al pié de la torre de El-helelí, cerca de Tetuán, se extendía hasta perderse en las sinuosidades y recodos del terreno el campamento moro que, veinte días después, había de caer tan gloriosamente en nuestro poder con vergüenza de sus defensores.

Yo pude ver de los primeros todo esto, porque, llevado de mi impaciencia, desembarqué apenas ví flotar sobre las almenas de Fuerte-Martín la bandera española sostenida por un oficial de infantería de marina.

La división del general Ríos desembarcó sin el menor contratiempo y acampó aquella noche en la playa, donde á la mañana siguiente aparecieron tambien los demás cuerpos del ejército expedicionario.

El aspecto que en general ofrecía la comarca hasta donde llegaba la vista, era triste á pesar de su selvática

hermosura; conocíase que la civilización no había penetrado allí y que todo era desabrido y rudo. Parece mentira; pero ¿quién al ver los miserables aduares donde entre inmundicia vegeta aquella gente; sus campos abandonados al vigor de una naturaleza enérgica, que si fuera ayudada por el hombre convertiría la tierra en un paraíso quizás como el que soñó Mahoma en los arenales del Yemen; las pestilentes charcas que se corrompen en aquella vega, robando espacio á la agricultura y seres á la vida; la brutalidad, la ignorancia, el fanatismo en fin de aquel pueblo, podrá reconocer en él ni en sus obras al que conquistó á España y construyó la mezquita de Córdoba, erigió la Alhambra, impulsó las ciencias hasta ser en muchas el maestro de Europa; supo luchar, vencer, sufrir, engrandecerse, asombrar al mundo con sus sabios, sus cantores y sus huestes; con su ilustración cuando todos eran bárbaros; con su generosidad cuando todos eran crueles; con su respeto á la conciencia humana cuando todos eran fanáticos; con su caballerosidad cuando todos eran groseros?

Recuerdo haber leído que un día Abu-Becre, el sucesor de Mahoma en el Califato, congregó á los muslimes para mandarlos á extender la santa doctrina por medio de la guerra, y les dijo:—Si Dios os diere la victoria, no abuséis de ella, ni ensangrentéis vuestras espadas en los vencidos, ni en los niños, ni en las mujeres y débiles ancianos: en las entradas y paso por tierra de infieles, no hagáis tala de árboles, ni destruyáis sus palmas y frutales, ni estraguéis ni queméis

sus campos y sus casas. Tratad con piedad á los rendidos y humillados, y así Dios usará con vosotros de misericordia. No haya falsía y doblez en vuestros convenios y tratos: sed siempre con todos fieles, leales y nobles, y mantened constantemente vuestras promesas y palabras. No turbéis la quietud de los monjes y solitarios, ni destruyáis sus moradas; pero tratad con rigor de muerte á los enemigos que resistan armados nuestras condiciones.—

Esto les dijo, y esto hicieron aquellos primitivos musulmanes que conquistaron, primero Siria, luégo Persia, luégo África, luégo España, luégo Sicilia, y que si no hubieran tropezado con el valor incontrastable de los godos en Asturias y en Sobrarbe, habrían llevado sus victoriosas armas más allá de la Galia Narbonense. Hoy ¿qué queda de aquella grandeza? Menos que humo; queda la escoria. Tribus nómadas, algunas de las cuales, de sus antiguas virtudes sólo conservan la frugalidad; pueblos incultos; aduares asquerosos; un idioma corrompido; un país entregado á la tiranía..... Cualquiera diría que en África el tiempo corre hacia atrás y que cada generación lejos de heredar la experiencia de su antecesora, la olvida, y adelanta un paso más en las tinieblas de la barbarie. Sólo así se explica que esta raza haya caído desde tan alto, y que, por perder, haya perdido hasta su historia, que es lo último que pierden los pueblos, como que es su alma, su conciencia, su inmortalidad.

VIII

Sobrecogidos indudablemente por el temor que debió producirles nuestro paso por Monte-Negrón y la aparición de nuestras tropas delante de Tetuán, á donde nunca imaginaron que llegarían, mantuviéronse quietos nuestros enemigos, fortificando con nuevas obras y parapetos su campamento de la torre El-helelí, de día en día más numeroso y poblado de tiendas.

Aprovechando este breve período de tregua, desembarcamos gran cantidad de víveres, la suficiente para no temer otra nueva incomunicación con España, y fortificamos nuestra línea por la margen del río. Levantóse en la Aduana con este objeto una larga y doble trinchera, abriéronse fosos, y se puso la torre Martín á cubierto de cualquier golpe de mano por parte de los moros.

No pudieron sufrir estos con paciencia las obras del reducto de la Estrella, que empezó por aquellos días á construirse en la llanura, frente por frente de las po-

siciones enemigas; así es que desde el primer momento trataron de estorbar la continuación de los trabajos. Al principio, no atreviéndose á intentar resueltamente tan peligrosa empresa, limitáronse á destruir sigilosamente por la noche lo que los cristianos habían hecho durante el día. Pero habiendo el general en jefe adoptado las convenientes precauciones para impedir las correrías nocturnas, decidieron oponerse por la fuerza á la construcción del reducto indicado, para lo cual salieron de sus tiendas y nos provocaron en el llano el día 23 de enero.

Desde lejos el campo de la acción parecía un prado, cubierto de altas hierbas, de vivos y brillantes matices, y cortado en último término por crecidos juncales en donde podía esconderse un hombre, pero apenas se adelantaba un poco convertíase el prado en corrompida laguna. Las hierbas que atraían la vista con encanto, crecían y se desarrollaban entre cieno, debiendo al agua misma en que vegetaban su color, su brillo y fofa pujanza. En aquella laguna que se prolonga por la derecha hasta frondosísima y pintoresca huerta, es donde con el agua hasta las rodillas nuestros soldados escarmentaron otra vez más, como siempre, la fiereza mahometana en el día 14 á que me refiero. La acción en sus comienzos se redujo á un fuego más ó menos animado de guerrillas; algunas piezas de artillería introducían con sus bien dirigidos disparos la dispersión en las huestes marroquíes apenas se reconcentraban en algún punto, secundándolas en esta tarea la escuadrilla de lanchas cañoneras situada río adentro á

media legua próximamente de la desembocadura. Era de ver á los moros escapar dispersos por llanos y vericuetos, cual rebaño de ovejas sorprendido por el lobo, cuando á su lado reventaba alguna granada; los caballos atropellaban á los infantes; los más ligeros á los más tardos; quien saltaba por cima de espesa mata



sin tropezar en ella; quien caía y se alzaba instantáneamente como movido por resorte, y quien, alcanzado en su fuga por una bala, rodaba por el suelo para no levantarse más.

El día 14, en lo más reñido de la pelea, cuando más comprometidas se veían varias compañías de Cantabria, dieron los lanceros una magnífica carga que decidió la acción. Aquello fué una verdadera tempestad de lanzazos. Los marroquíes huían á la desbandada, dando alaridos, y cuando nuestra caballería cansada

de no hallar resistencia volvió á su campo, más de un soldado traía la banderola enteramente roja como si la hubiera mojado en un lago de sangre.

Derrotados los moros, buscaron refugio en su campamento y abandonaron la llanura, donde en mal hora para ellos habían desafiado la cólera del ejército español.

Los trabajos de fortificación de la Estrella continuaron, á pesar de la tentativa de nuestros enemigos, con incansable actividad.

El aspecto que ofrecía la playa donde estábamos acampados, á los pocos días de nuestra llegada, era en extremo original y pintoresco, y bien merece breve descripción. De los puertos de Ceuta, Algeciras, Estepona y Gibraltar, llegaban diariamente á la entrada del río varios faluchos, botes y lanchas, que apenas comprendo cómo se atrevían á surcar las aguas del Estrecho, cargados de provisiones de boca que no figuraban en la ración. Allí sobre la margen izquierda del Martín desde su desembocadura en el Mediterráneo hasta la Aduana, establecían los patronos de estos barcos sus almacenes en tiendas que improvisaban con los palos de sus faluchos y las lonas de sus velas. Con la misma charla, á la vez impertinente y graciosa, que emplean en los mercados de nuestros ciudades, veíaseles ofrecer gallinas, huevos, jamón, ginebra, aceite, queso, vino, pan, naranjas, etc. No parecía, penetrando en el campamento por la parte del río, sino que aquellas playas se habían convertido repentinamente en un pueblo, como aquellos llanos incultos y

desiertos que por el capricho de un genio misterioso se transforman en maravillosas ciudades en los fantásticos cuentos de Oriente. El vendedor que ponderaba su mercancía; el comprador que regateaba; la mujer del patrón que lavaba y tendía al sol la ropa en las cuerdas de su falucho; el muchacho juguetón y alegre que cantaba y corría, el soldado que, á orilla del río,



sobre una tabla arrancada de un cajón vacío de provisiones, jabonaba y retorcía su ropa sucia de veinte días ó más con tanta desenvoltura como en lances de batalla cargaba la carabina; las reses vacunas que pastaban en la vega; el cacareo de una gallina que salía de improviso del fondo de un bote ó de los ocultos rincones de una tienda; todo contribuía á separar por un momento la imaginación de los horrores de la guerra para trasladarla á más queridos lugares y mejores días. Nadie hubiera dicho, á no saberlo, que á escasa distancia de aquellos hermosos y regocijados sitios,

bajo unas tiendas que se divisaban sobre la falda de un cerro como menudos copos de nieve, y en la blanca ciudad que ante nosotros se extendía, nos acechaban los enemigos de España, prontos á descargar su cortante gumía sobre el descuidado soldado ó vendedor que se adelantara imprudentemente, y traspusiera distraído, quizás embebecido en la memoria de su madre ó en la lectura de la última carta de su novia, el casi desconocido término de nuestro campamento. Pero la fuerza de la costumbre es tan poderosa, que hace hasta agradable ó por lo menos indiferente el peligro, razón por la cual todos los miembros de aquella colonia europea que desde las costas españolas se había trasladado repentinamente á las soledades de África, vivían descuidados y tranquilos, sin pensar en el día de mañana, confiando en Dios y en ese vago presentimiento que reside siempre en el corazón humano, haciéndonos—muchas veces para desgracia nuestra—acometer empresas capaces, por lo locas, de espantar á los mismos Titanes de la Fábula que no temieron escalar el cielo.

Antes de que aclarase por completo el día, nos levantábamos todos, despertados por las alegres y militares dianas; los soldados mal envueltos en sus mantas, iban saliendo á gatas ó como podían de sus diminutas tiendas esparciéndose por la llanura, unos á buscar leña, y otros los más apartados escondrijos.

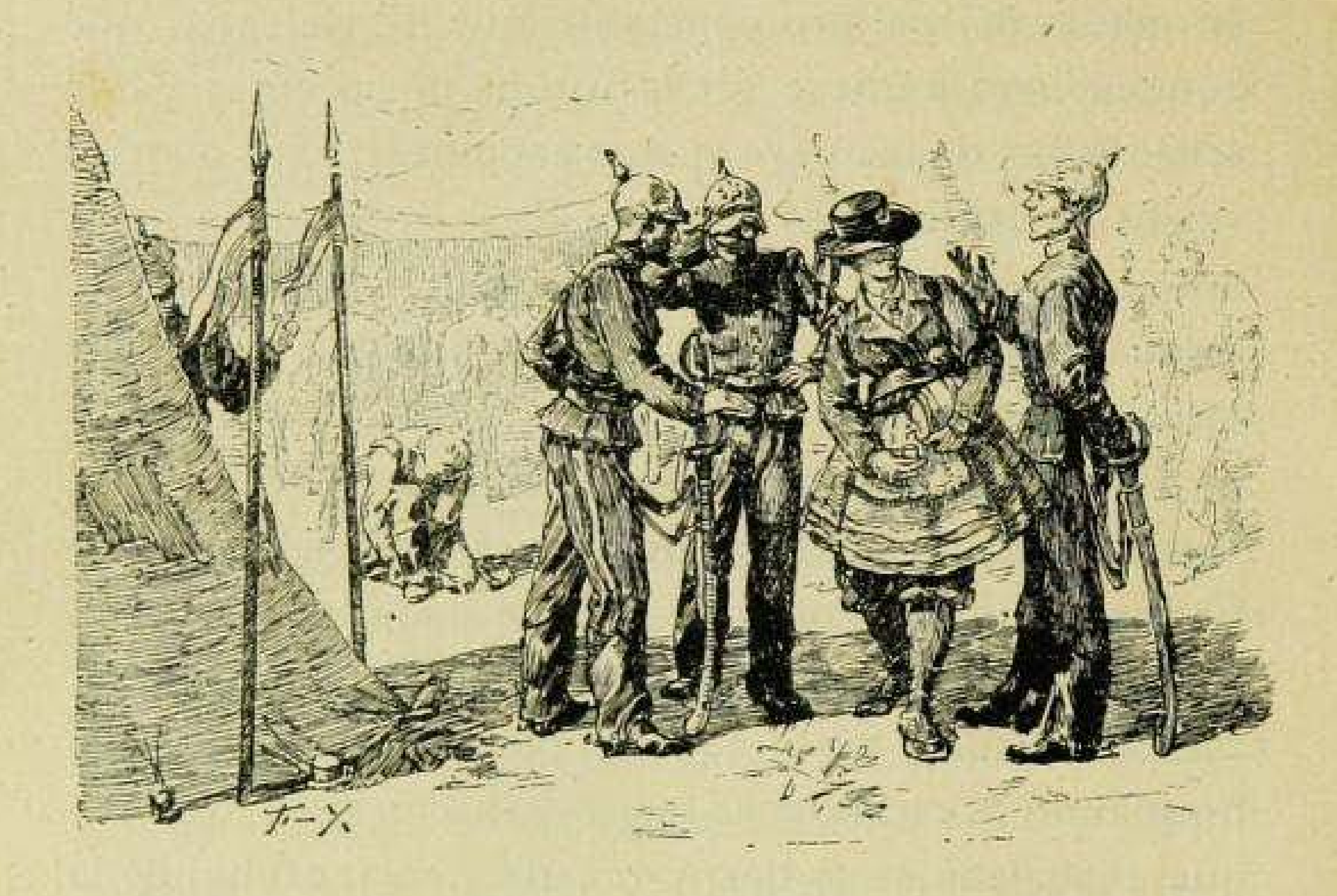
Veíaseles correr y saltar con esa jovialidad singular y bulliciosa, propia del soldado y tan semejante á la del niño; uno cantaba, otro chillaba, otro reñía; quién

apuraba un zaque, quién liaba un cigarro, á pesar de los empujones de sus camaradas; quién comía, apretando los dientes para entretener el hambre y el ocio, dura pero saludable galleta; ya limpiaba uno su ropa, ya preparaba otro sus armas por si aquel día había acción: todos, como he dicho, muy agenos de pensar, en medio del peligro constante que les rodeaba, que aquella hora pudiese ser la última de su vida; y que acaso la luz de la nueva aurora encontraría sus puestos vacíos en las tiendas y removida la arena de la playa donde dormirían olvidados el sueño de la muerte. Pero, ¿quién se paraba en reflexiones?—*Mientras dura, vida y dulzura, y en acabando gimiendo y llorando.*—Esta era la máxima filosófica que nuestros soldados practicaban; verdaderos estóicos para quienes la desgracia no tenía fuerza y que sólo conocían el dolor cuando le sentían.

Todo el día el campamento presentaba el mismo carácter variado y vivo: aquí un pobre soldado, á quien limpiando la carabina se le escapaba un tiro; allá otro que resbalaba en la tierra mojada y caía, excitando la hilaridad desordenada de sus compañeros; allá un corrillo de amigos entretenido en contar las aventuras de fuente ó plazuela en que cada cual había sido autor en las ciudades de España; más allá otros que á la entrada de una cantina jugaban á *la morra;* y más lejos, sobre la margen de pantanosa charca, otros que lavaban la ropa charlando ó cantando coplas como la más desenvuelta lavandera del Manzanares.

En los campamentos de caballería la animación era mayor, el conjunto más pintoresco y agradable; por-

que venían á aumentar la belleza del cuadro las banderolas que, clavadas en el suelo al lado de las tiendas, sobresalían como las amapolas entre la verdura de los prados, y los caballos que, atados en fila á cuerdas sujetas por las puntas á dos grandes estacas, piafaban, relinchaban, pateaban, pastaban ó comían en sus mo-



rrales de pienso, entre las voces de los soldados que los ponían en paz si reñían, acariciándolos con solícito esmero.

Por la noche, á primera hora, se encendían las hogueras, y los campamentos parecían al pronto una ciudad populosa, porque las luces transparentándose al través de las tiendas, esparcían una luz tenue y melancólica pero difusa. El rumor, el ruido que naturalmente engendra la reunión de muchos hombres, seguía hasta que se tocaba la retreta; entonces se extinguía

y todo quedaba en silencio, los soldados tendidos en sus tiendas, los jefes leyendo periódicos ó libros hasta que conciliaban el sueño; los generales meditando tal vez en sus planes de campaña.

Esta debía ser, y era en efecto para todos, la hora misteriosa de los recuerdos. Entonces, en la oscuridad de la noche, cuando el hombre se recoge silenciosamente en sí mismo, acude á la imaginación de los que viven tristes la dulce memoria del bien distante ó perdido. Nosotros pensábamos en España y en las más caras prendas de nuestro corazón.

Luégo la imaginación fatigada se rendía al sueño hasta la siguiente aurora; hasta que la diana bulliciosa turbando su descanso lanzábala de nuevo en el torbellino, en la confusión, en la desordenada poesía de la vida del campamento tan llena de emociones cuanto de penalidades.

Así transcurrían los días y las noches, sin otros incidentes dignos de mención, como no sea la visita que hizo á nuestro campo el general Codrington, gobernador de Gibraltar, que tan buen nombre logró conquistar en la guerra de Crimea. Llegó á nuestro Real el 30 de enero acompañado de diez ó doce ingleses, entre los cuales había algunos oficiales de artillería y de ingenieros. El general en jefe, con extremada cortesanía, dióles caballos y escolta para que hiciesen su excursión, disponiendo también que se les enseñara y explicase todo sin reserva alguna. Examinaron minuciosamente nuestras posiciones, haciendo infinitas preguntas, algunas de las cuales hasta pecaban de indiscretas; re-

corrieron nuestro campamento deteniéndose admirados ante el magnífico tren de sitio que por entonces estaba desembarcándose y que merecía ciertamente llamar la atención. Es fama que M. Codrington, entre pesaroso y afable, viendo tanta riqueza, dijo á uno de los oficiales españoles que por orden del conde de Lucena le acompañaban:

—¿Por qué tanto lujo de cañones de bronce? ¿No podrían ustedes tener muchos más si fuesen de hierro?

Y es fama también que el oficial español le contestó gravemente:—General, nosotros podemos tener ese lujo que usted deplora, porque los cañones de bronce abundan en España tanto como en otras naciones los de hierro.

—Pero es un despilfarro; porque cada una de estas piezas vale por dos de hierro.

—Pues porque valen por dos las tenemos nosotros—repuso políticamente el oficial.

El gobernador de Gibraltar contará como de sesenta á sesenta y tres años de edad; es grueso, colorado como una cereza, y tiene el pelo y las patillas blancas á manera de copos de algodón. Así él como sus compatriotas llevaban sombreros enormes que parecían desde lejos chimeneas de vapor, y que los *tetuanis* debieron creer cañones de hierro apuntando á las nubes. Tan exagerados eran.

Por aquellos días presentóse en nuestro campo un muchacho moro, muy listo, que había salido de Tetuán, según manifestó, con el objeto de traer una carta de un comerciante de aquella ciudad para el general

en jefe; pero como la tal carta no parecía, el muchacho que por las trazas era un espía fué puesto á buen recaudo.

Por entonces también el bizarro y pundonoroso general Zabala, que, aún no curado de su enfermedad, y atendiendo más á las inspiraciones de su generosa impaciencia que á los consejos de sus médicos, se había vuelto á encargar del mando del segundo cuerpo de ejército, tuvo, dos días después de su llegada, que abandonar definitivamente la tierra africana para regresar á España impedido é inutilizado para el servicio activo.

Todo el ejército fué testigo del profundo dolor con que se separó de sus compañeros de armas á quienes envidiaba, no la salud, sino la gloria que iban á conquistar hasta la terminación de la campaña.

Envidia honrosa, pero inmotivada. ¿Acaso el general Zabala no había ya conquistado gloria imperecedera en los reductos y en la batalla de los Castillejos, donde tanto contribuyó al triunfo de nuestras armas?

El mes de enero, con la acción del día 31, en la cual sólo tomaron parte el tercer cuerpo de ejército y la división de reserva mandada por el general Ríos, terminó tan magníficamente como había empezado. Envalentonados los moros con los refuerzos que habían recibido el día anterior y con la llegada de los dos hermanos del emperador, Muley-el-Abbas y Sidi-Ahmet, quisieron otra vez tentar fortuna, y atacaron el reducto de la Estrella, cuyos trabajos protegía entonces un batallón de reserva. Después del acostumbrado tiroteo

de guerrillas, animóse de repente la lucha con la aparición de nuevas fuerzas enemigas que amenazaban toda nuestra línea.

El día estaba sereno. El general Ríos dispuso sus tropas en columnas paralelas y avanzó de frente por la izquierda con extraordinario arrojo, atravesando inmensos pantanos, donde los hombres se hundían hasta las rodillas á cada paso que daban. Venciendo obstáculos que parecían insuperables, desalojaron de todas sus posiciones al enemigo, y bajo un fuego mortífero, horrible, incesante, se adelantaron hasta las huertas mismas que crecen verdes y frondosas, como convidando á apacible descanso, en los alrededores de Tetuán. Atropellada y vertiginosamente, como torbellino de polvo que empuja el viento, unos mil jinetes marroquíes quisieron estorbar la marcha de la división española; pero nuestros soldados formándose en cuadro tan reposadamente como pudieran hacerlo en un simulacro, y al grito de *¡viva la reina!* entre nubes de humo, al compás de las músicas que ahogaban en el alma la emoción del peligro, no sólo resistieron el ímpetuoso choque de la caballería, sino que desalojaron á los moros de todos los puntos que ocupaban y dejaron cubiertos de cadáveres todavía calientes, en cuyos rostros la muerte no había aún borrado con su misteriosa calma las huellas del dolor y de la ira.

A la misma hora los coraceros cargaban vigorosamente sobre las tropas marroquíes que iban concentrándose hacia la derecha en una larga cañada, cuyo fin apenas se descubría, oculto entre espesos matorra-

les. De nada, sin embargo, sirvió su arrojo; acosados, acorralados, cercados por todas partes, los coraceros lucharon valerosamente, hasta que impotentes para contener el número de enemigos que sobre ellos caía, tuvieron que retroceder á su punto de partida.



Por la derecha sostuvo la acción el general Ros de Olano, con verdadera resolución y energía; distinguiéndose brillantemente varios de los cuerpos que mandaba, entre otros, Albuera, Baza y Zamora.

El conde de Lucena estuvo, durante la lucha, recorriendo con los jefes y oficiales de su Cuartel General de un extremo á otro la línea de batalla y presentán-

dose en los puntos de mayor peligro. Hubo momentos en que las balas menudeaban en torno nuestro como las gotas de agua en día de lluvia.

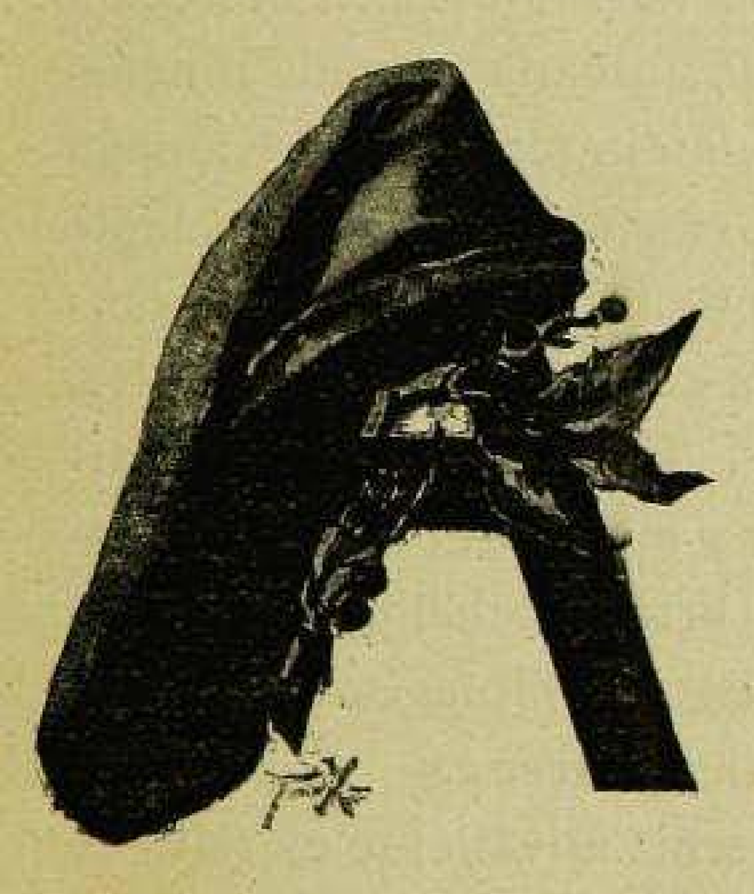
En menos de dos segundos cayeron heridos un coronel de artillería, en la frente; un correo de gabinete, en un brazo; un guardia civil de la escolta, en un muslo, y el auditor del segundo cuerpo recibió una contusión. Algunas personas se acercaron al general en jefe para advertirle el riesgo que corría y manifestarle que no era conveniente se expusiera tan sin defensa á las balas enemigas; pero el general O'Donnell contestó con la mayor imperturbabilidad:—No las oigo. —Y siguió observando con su anteojo los movimientos del ejército marroquí.

Presentáronle entonces un prisionero, ligeramente herido en la cara, que venía por su pié. El general O'Donnell le preguntó de dónde era, cuántas fuerzas moras combatían y quién las mandaba. Contestóle temblando el prisionero, y cuando se concluyó el interrogatorio se volvió hacia el intérprete con visibles muestras de ansiedad. No era necesario ser gran fisiólogo para comprender que aquel hombre temía por su existencia.

En efecto, el pobre prisionero quería saber el destino que le aguardaba; resistíase á creer en la conservación de su vida, é hizo jurar por Dios al intérprete que no le cortarían la cabeza ni le atormentarían. Después marchó al hospital de sangre tranquilo y resignado. ¡Sabía que no iba á morir!

La acción duró hasta cerca de oscurecer.

IX



fin de enero empezó á susurrarse en el campamento, que en los primeros días del mes inmediato atacaríamos el Real enemigo y tomaríamos la ciudad que, provocando nuestro deseo, á nuestra vista se erguía. La víspera del día señalado para la gran empresa, desembarcaron, llenos de entusiasmo, los voluntarios catalanes, vestidos á usanza de su país, y dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de su Dios y de su patria. No bien entraron en la ensenada los buques que los conducían, el duque de Tetuán mandó un recado al general Prim, avisándole de la llegada de sus paisanos y poniéndolos bajo sus órdenes. Inmediatamente el conde de Reus montó en uno de los caballos árabes cogidos el día 31 de enero,

caballo de empuje y resistencia, que tascaba el freno con impaciente inquietud, y se dirigió á la playa donde había acudido ya el conde de Lucena. Érale difícil al general Prim disimular el gozo que sentía por la llegada de sus paisanos, que tan oportunamente desembarcaban para intervenir en un gran acontecimiento. Ni un instante se separaban sus ojos de las lanchas en que los catalanes venían á tierra, las cuales ofrecían admirable golpe de vista á la apiñada y ávida muchedumbre, que, arremolinada en la playa ó encaramada en los faluchos surtos en el río, miraba con creciente curiosidad la aproximación de los voluntarios, con sus pintorescos uniformes y sus graciosas barretinas. Recibiólos una música militar. Terminado el desembarco, formáronse en la playa, y el general Prim, adelantándose hacia ellos en un brioso caballo, pronunció con esforzada entonación en la lengua catalana, tan enérgica y vibrante, la siguiente arenga:

«Catalanes: bien venidos seáis al valiente ejército de África que os acoge como camaradas. Persuadido estoy de que seréis dignos de estos heróicos soldados, y sería no conoceros si lo dudase un solo instante. Todos sentís la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra en que habéis nacido; y si uno solo de vosotros el día del combate, que será mañana (y yo os felicito por la providencial oportunidad con que habéis llegado); si uno solo de vosotros se portase con cobardía volviendo la espalda al enemigo, la honra de Cataluña quedaría mancillada. Seguro estoy de que no quedará.

»Imitad el ejemplo de vuestros gloriosos antepasados cuyos heróicos hechos registra con admiración la historia; no sólo en esta tierra, sino en otras más lejanas todavía, hasta atravesar las Termópilas, que parecen creadas para teatro de grandes acciones. Haced como hicieron ellos, y seréis dignos de este valiente ejército que os recibe como amigos; y conquistaréis un nuevo laurel para la corona que tejieron en otros tiempos las invencibles armas catalanas.

»Ya veis la satisfacción con que el ejército os acoge. La música de uno de sus bravos batallones acude á saludaros, y el mismo general en jefe que me dispensa el honor de que os coloque entre los valientes que tantas veces he conducido al combate, se presenta á recibiros al desembarcar en las costas africanas. ¡Loor á este general, que ha querido y sabido levantar á nuestra España de la postración en que yacía, para demostrar á la faz de Europa, que no estaba muerta, y que sus hijos, dignos herederos de su gloria antigua, son capaces de hacer por la patria todo cuanto humanamente pueden hacer los hombres!

»Para formar parte de este ejército, no basta sólo ser valiente; se necesita ser sufrido. Debéis aceptar con resignación las fatigas, los peligros de todo género; hasta las mortíferas enfermedades. Siempre valientes, pero subordinados siempre, si vuestros jefes os mandan trabajar, á trabajar; si os ordenan atravesar pantanos, atravesadlos, y si fuera preciso ir á Tetuán por el río, ¡al agua! y hasta Tetuán nadando.

»Así lo han hecho y lo hacen los que son ya vuestros

camaradas, y así lo haréis vosotros, porque así cumple á los hijos del bravo pueblo catalán.

»Soldados: Cataluña, que os ha despedido con tierno entusiasmo, las madres, los hermanos, los amigos os contemplan con orgullo. No olvidéis nunca que sois los depositarios de su honra.

»No defraudaréis sus esperanzas, que son las mías; pero si por desdicha, lo que no espero, así no fuera, ni uno solo de vosotros volvería á pisar el suelo patrio; aquí moriréis todos, antes que mancillar en lo más mínimo el nombre que lleváis. Siguiendo las huellas de vuestros antepasados, y haciéndoos dignos de este ejército de bravos, al regresar á vuestros hogares, los catalanes os recibirán con aplauso, y donde quiera que uno se encuentre, oiréis por todas partes: ¡he ahí un valiente!—Soldados: ¡Viva la Reina!»

Varias veces fué interrumpido el general con gritos de indomable entusiasmo. El conde de Reus hablaba un idioma extraño para la mayoría de los que le escuchaban; pero la entonación de su acento y el ardor de su mirada eran tales, que todos estábamos pendientes de su palabra; desde el recién llegado, en cuyo brazo temblaba el fusil porque el corazón le latía con violencia, hasta el sesudo castellano que presenciaba la escena; desde el general hasta el último brigadero. Hubo un momento en que el conde de Reus soltando las bridas, levantándose sobre los estribos y abandonándose á su elocuencia sobre el inquieto corcel, inspiró un sentimiento tan vivo en los circunstantes, que todos le interrumpieron con los gritos de ¡Viva el gene-

ral Prim! rodeándole, agrupándose en torno de su caballo para verle, para admirarle con verdadero cari-



ño. Verdad es que había sabido herir las fibras sensibles de nuestro corazón; el recuerdo de la patria, la gloria del ejército, la esperanza de la victoria.

Los catalanes, así recibidos, no podían portarse sino

como se portaron en la batalla del siguiente día, con valor heróico cuyo abolengo debe buscarse en el de aquel puñado de hijos del Ebro y del Ter que tanta gloria supieron conquistar en Constantinopla.

La víspera del 4 de febrero pasámosla todos escribiendo á nuestras familias, y disponiéndonos para el tremendo choque que debía haber al día siguiente.

Amaneció por fin éste nublado y frío. Á la hora acostumbrada tocóse la diana; los soldados batieron tiendas; encendiéronse hogueras que aparecían ó desaparecían, según apretaba ó calmaba la lluvia intermitente y fina que empezó á caer; organizáronse los batallones, y á las siete y media todo el ejército, menos el cuerpo mandado por el desgraciado general Ríos que quedó guardando la formidable posición de la Estrella, se puso en marcha acompasadamente hacia el campamento enemigo. El general Prim avanzaba por la derecha y el general Ros de Olano por la izquierda. El conde de Lucena había preparado el movimiento con tanto arte y estudio, que las dos divisiones se daban, por decirlo así, la mano, resguardándose mutuamente de todo peligro. Iba delante nuestra valerosa artillería, penetrando sin temor ni vacilación en el pantanoso valle que se extiende abierto hacia Tetuán. Había un no sé qué de solemne y majestuoso en la marcha del ejército: los batallones caminaban en silencio, y no se oía en todo el valle sino el pavoroso estrépito del cañón. Todo el mundo, generales, jefes y soldados parecían preocupados por la idea de la empresa á que debían dar tan feliz término; todos esta-

ban á la altura de la situación, imponente, grandiosa, digna en fin de nuestra querida España. Ni un tiro de carabina disparado, ni un momento de confusión é incertidumbre en la hora suprema del combate; en todo el mayor concierto, el mayor orden, la mayor disciplina antes de tiempo. ¡Qué dignos se hicieron nuestros soldados entonces de que la patria tejiera para ellos una corona de inmarcesibles laureles!

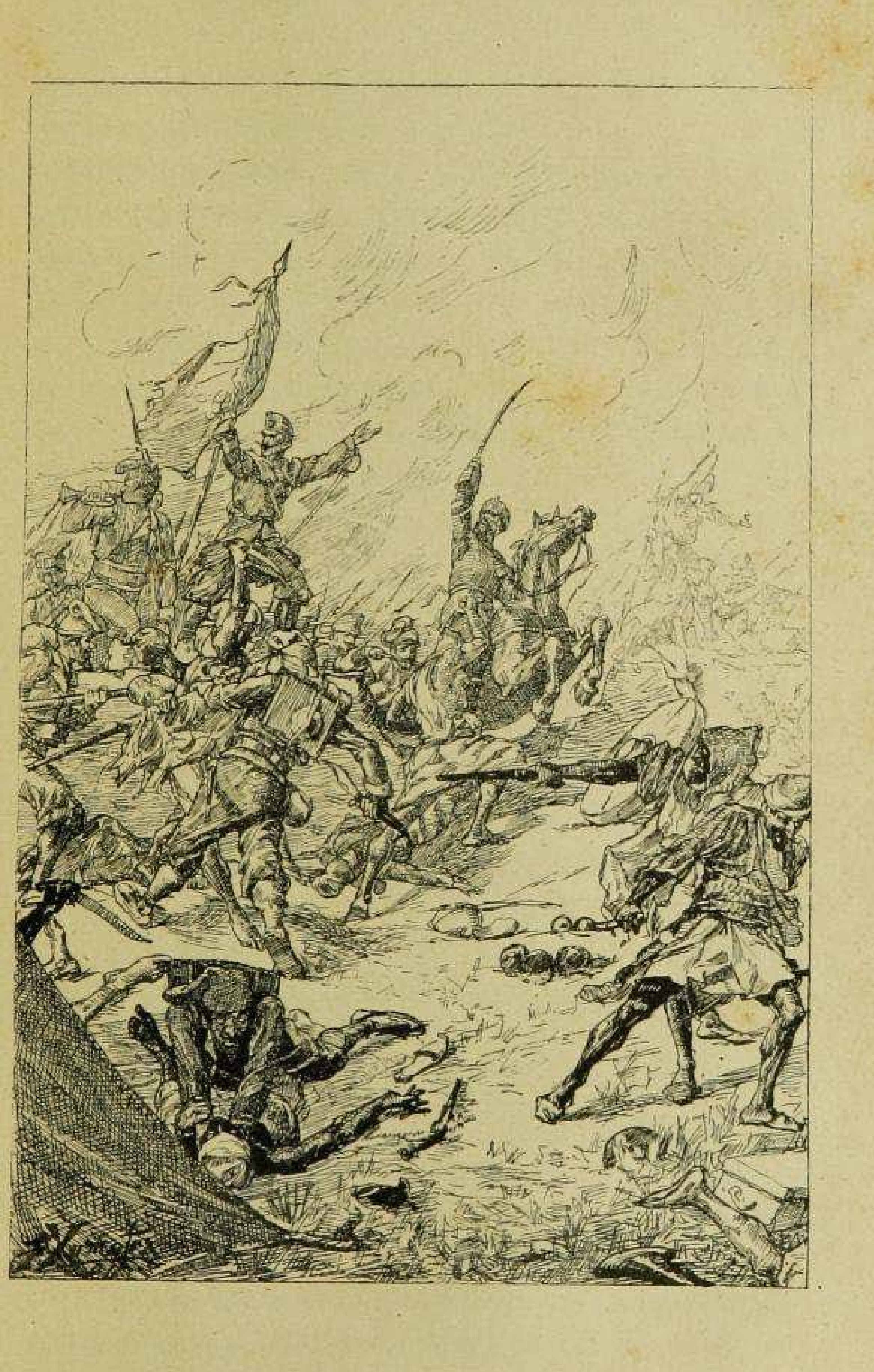
La artillería avanzaba, como he dicho, siempre estrechando en un círculo de bronce las trincheras enemigas y despreciando el nutrido fuego con que las baterías contrarias contestaban á sus disparos. Todos seguíamos con religioso respeto la arriesgada operación de la artillería, sin separar los ojos de las inmensas espirales de humo, ni del sitio que ocupaban los cañones, ni del campamento marroquí que distinguíamos cerca, donde caían todas las granadas sin que se desperdiciase una sola, reventando con temeroso ruido y estrago.

De pronto un grito se escapa de todos los labios; todas las miradas se fijan en un punto, en una inmensa humareda, que brota de repente, crece, se ensancha y se eleva hasta confundirse con las nubes; es una granada que cayendo sobre los barriles de pólvora almacenados por el enemigo para el servicio de las baterías, ha estallado esparciendo en todas direcciones el espanto, la desolación y la muerte. No desmayan ante esta tremenda desgracia nuestros contrarios; antes parecen resistir con más valor y empeño el fuego de nuestros cañones. Luchan sin amilanarse, sin

que su espíritu decaiga, aun cuando el círculo de fuego se estrecha cada vez más, aun cuando ven detrás de nuestras baterías, ya casi á tiro de fusil de las suyas, caminar silenciosamente grandes masas de infantería, amenazadoras, fieras, prontas á caer como el rayo sobre las trincheras que formidablemente cercan todo el campamento.

Poco después el fuego de cañón se interrumpe; reina un momento de solemne calma, momento de recogimiento sublime en que el hombre, próximo al peligro, se acuerda de todo, quizá por la última vez; de su Dios, de su patria y de su familia; las cornetas y músicas tocan paso de ataque, y las tropas con la bayoneta calada, al grito de *¡viva España! ¡viva la Reina!* escalan las trincheras por entre el fuego de la artillería enemiga. El general Prim penetra en el campamento moro por una tronera, siguiéndole sus soldados ebrios de entusiasmo y los animosos catalanes, cuyo glorioso estreno en la guerra de África debe llenar de legítimo orgullo á la belicosa tierra en que han nacido.

¡Qué trance tan crítico para las tropas de esta división fué aquel en que al dar el asalto, se encontraron con una ancha ciénaga, cubierta de juncos y espadañas, que se extendía á modo de foso, como defensa natural delante del parapeto levantado por los moros! Todo el arrojo del general Prim fué necesario para que nuestros soldados detenidos por tan terrible obstáculo, y hundiéndose hasta el pecho en el disimulado pantano, no vacilaran en el momento decisivo, y en-



traran, como entraron, sembrando el camino de cadáveres en el campamento marroquí.

Por la izquierda escalan al mismo tiempo la trinchera las fuerzas del tercer cuerpo con sus generales á la cabeza, y el duque de Tetuán seguido de su Estado Mayor, que grita con voz estentórea, agitando la espada: *¡Adelante! ¡Adelante!* Y los soldados victoreando se precipitan detrás de él en medio de un diluvio de balas que viene hacia ellos de todas partes, de entre los árboles, de las ventanas, de las quintas, de las tiendas, de las enmarañadas veredas llenas de espinos é higueras chumbas que, como verdaderos laberintos, se cruzan en todas direcciones obstruyendo y dificultando la marcha.

Los moros huían por todos lados en completo desorden. El campamento bajo que se extendía en el llano delante de Tetuán, el de la torre de Halelí, otro situado en unos cerros más allá de la misma torre, donde estaba el Cuartel General, otro más lejano, todos sucesivamente fueron ocupados por nuestras divisiones, con más de quinientas tiendas, con las provisiones de guerra, con los cañones de bronce, con la bandera del imperio, con equipajes de jefes y soldados. Todo esto en menos tiempo del que se emplea en referirlo, en media hora escasa que tardó nuestra decidida y heróica infantería en escalar las trincheras y espaciarse como impetuoso torrente por el campo mahometano, lleno de restos humanos calientes todavía.

¡Horrible fué entonces la escena que presenciamos! Necesitábamos apartar la vista del suelo para no ver

cómo los caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza, por allí los esparcidos miembros de un moro destrozado por una granada; más allá un cuerpo completamente quemado, tal vez por la explosión de los barriles de pólvora; un poco más lejos dos heridos moribundos, espantosamente desfigurados, de cuyo pecho se escapaba un gemido hondo, ronco, que penetraba en el alma inspirando compasión, y por donde quiera trozos de carne ennegrecida, entrañas palpitantes aún, exterminio y muerte! ¡Ay! También allí mezclada con la enemiga había corrido en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí vi sus cadáveres como las víctimas ofrecidas por nuestra patria en aras de la victoria.

Las tiendas que cogimos á los moros eran en su mayor parte cónicas, unas marquesinas y algunas cilíndricas, casi todas rayadas ó con caprichosos adornos azules y negros. Todo el campamento estaba lleno de inmundicia, de cáscaras de naranja, pedazos de papel, naipes, harapos asquerosos, esteras podridas, cebada y maíz, etc. Los cañones que cayeron en nuestro poder eran de bronce; dos de ellos, regalados por Gustavo III de Suecia, tenían inscripciones árabes; otros eran ingleses, y los demás, entre los que sobresalía uno llamado Cabul, de la fundición de Barcelona, ofrecido á principios de siglo por nuestro rey Carlos IV al sultán de Marruecos, como testimonio de amistad.

Aquella noche acampamos en la posición conquista-

da, bajo los fuegos de la Alcazaba de Tetuán, que durante el combate y algunas horas después no cesó de disparar sus cañones contra nosotros para favorecer la retirada, digo mal, la precipitada fuga del ejército marroquí.

Á la mañana siguiente, á poco de haber intimado el



duque de Tetuán la rendición á la plaza, se presentaron en nuestro campo cinco parlamentarios. El principal de ellos, que era el famoso Hache-er-Abeir, nombrado después alcalde moro de Tetuán, venía montado en una mula aparejada con lujosísima manta de colores; los demás marchaban á pié, y el delantero ondeaba en señal de paz la bandera blanca. Grandes eran la impaciencia y curiosidad de todos, jefes y soldados, á la aproximación de estos parlamentarios de grave y

austera fisonomía; agolpábanse para verlos en *la calle Mayor* del Cuartel General, como la llamábamos nosotros, y no había semblante donde no se reflejara un mal disimulado sentimiento de alegría y orgullo.

Nada resultó de esta primera entrevista; no así de la segunda en la que pidieron al conde de Lucena en nombre de la ciudad consternada, que apresurase su entrada en Tetuán, porque las kabilas se habían entregado á los mayores excesos, robando y asesinando, antes de huir á sus enmarañadas montañas, como si los vecinos de Tetuán fuesen, no sus hermanos, sino sus más encarnizados enemigos. La noche anterior había sido espantosa; las turbas del emperador, faltas de disciplina, sin jefes, porque los generales habían huído, habían cometido las mayores iniquidades: ebrios de ira y animados del espíritu de rapiña, habían entrado á saco en todas las casas, principalmente en el barrio de los judíos, matando á los que ofrecían resistencia y rompiendo los objetos que no se podían llevar.

Atendiendo al ruego de los parlamentarios, pusiéronse en marcha las divisiones con dirección á Tetuán. Iba delante la de reserva mandada entonces por el general Ríos. Llegaron por sendas torcidas, casi ocultas entre los arbustos y árboles que crecen en sus linderos como los zarzales en nuestra tierra, y subiendo y bajando algunas cuestas que guardan la ciudad á la vista de los que se acercan, hasta que se está á sus puertas, se aproximaron con las precauciones debidas á las murallas. Un silencio sepulcral reinaba, y Tetuán parecía

una inmensa tumba. De pronto, á la llegada de nuestras tropas, oyóse dentro prolongada é interminable gritería; la ciudad muerta había recobrado su vida para gemir sobre su desventura. Encima de la puerta de entrada, baja y oscura, asomaban la boca dos cañones, enfilando la senda que nuestros soldados seguían; y de vez en cuando sacaba la cabeza por las troneras un moro innoble, de mirada feroz y recelosa, haciendo gestos y señas ininteligibles que así podían ser un ruego como una amenaza, ó una imprecación.

La incertidumbre de este instante fué terrible: el general Ríos hizo que sus fuerzas ocupasen las posiciones inmediatas, y mandó avanzar una pieza de artillería para echar abajo la puerta, que permanecía cerrada. Pero no fué necesario; la puerta se abrió á tiempo, y la tropa entró en la ciudad.

¡Qué espectáculo tan triste y desolador presentó á nuestra vista! Las calles, estrechas y tortuosas, estaban obstruídas con los muebles y escaparates que los moros habían roto en la desesperación de su derrota; algunos cadáveres, completamente desnudos, asomaban por entre este montón de escombros, y un pueblo loco de alegría, pero andrajoso y repugnante, abalanzábase frenéticamente á nuestros soldados, besándoles, abrazándose al cuello de los caballos, llorando y gritando con descompuestas voces:

¡Viva la Reina de España y su real compañía!

¡Vivan los españoles!

¡Viva la corona de España!

¡Vivan los caballeros!

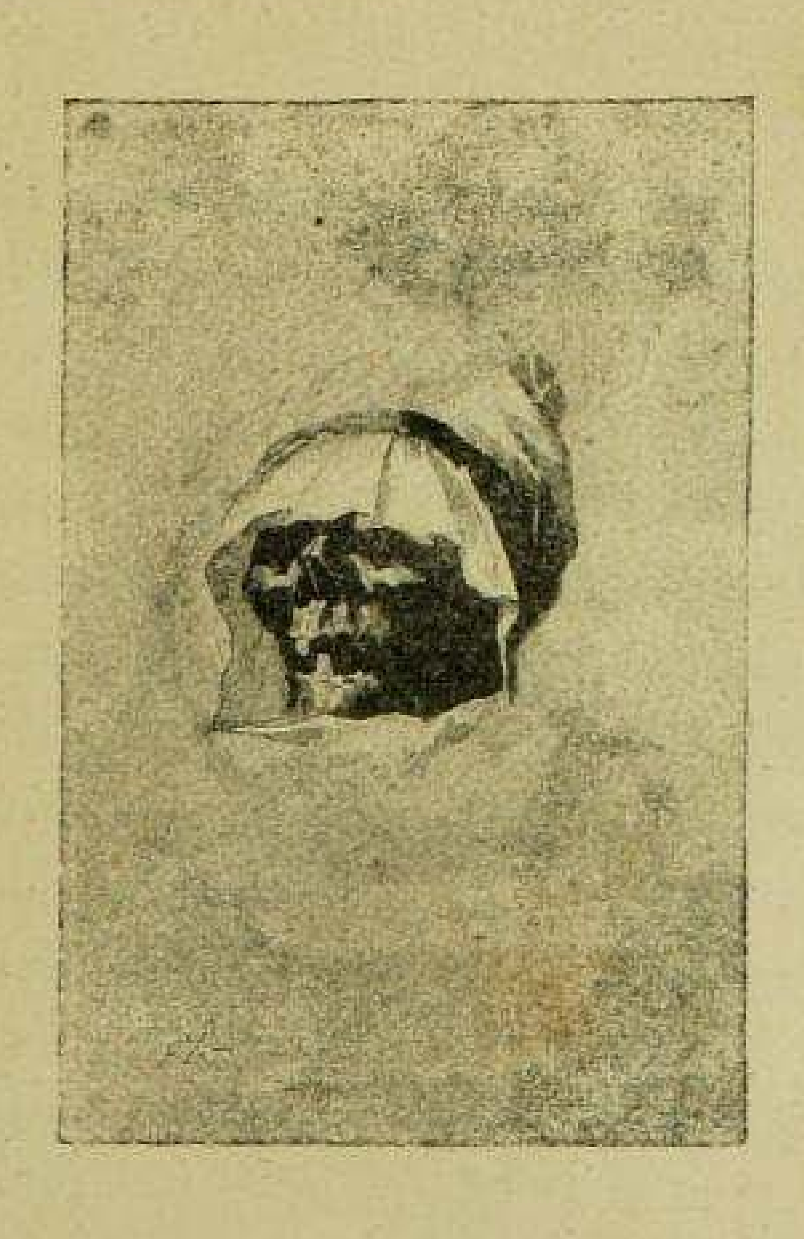
El que así nos victoreaba era el oprimido pueblo hebreo. Las mujeres, en las calles ó sobre las azoteas, dejaban escapar un grito prolongado y agudo, con el cual parecían expresar su júbilo. Sentados sobre las ruinas de sus destrozadas tiendas, algunos moros—pocos, porque casi todos habían huído—nos veían pa-



sar con indolente indiferencia sin levantar la cabeza, cubierta con la capucha, y sin apartar la mirada del suelo donde yacía hecha pedazos toda su fortuna.

Aun recuerdo con estremecimiento el cuadro que ofrecía la ciudad con sus calles tenebrosas, llenas de arcos y pasadizos, con el olor de las esencias y especias esparcidas por el suelo, olor penetrante y vigoroso que duró por muchos días; con las puertas de las casas rotas; con los trastos, escaparates y géneros de las tiendas amontonados en las vías por donde apenas

podíamos pasar; con aquel pueblo que nos victoreaba en el patrio idioma; con aquellos moros graves y pensativos que no alzaban los ojos para mirarnos; con aquellos cadáveres tendidos á la vista de todo el mundo; con aquellas mujeres andrajosas, pero bellas; con aquel inmenso grito que se exhalaba de todos los labios; con aquel tremendo espectáculo de miseria, sangre, exterminio y duelo. Subimos á la Alcazaba, atravesando calles que estaban pidiendo venganza contra la ferocidad de las bárbaras kábilas, y después recorrimos toda la ciudad, barrio de moros y barrio de judíos, en el cual las mujeres nos tiraban de la ropa para que nos paráramos á contemplar el destrozo que habían causado en sus casas los moros montañeses, antes de abandonar Tetuán.





X

Desde lo alto de la Alcazaba observamos allá lejos en dirección al Fondah, la larga caravana de fugitivos que iba como en peregrinación á buscar refugio en los escabrosos montes ó en las ciudades vecinas. Para desordenarla, disparáronse sobre aquella turba las mismas piezas de artillería que días antes había apuntado contra nuestras huestes, y en efecto, vímosla alejarse en dispersión, abandonando en el camino la mayor parte del botín recogido en la ciudad durante las horas del saqueo. Afortunadamente para ella, fué preciso suspender el fuego, porque el edificio, tan caduco y carcomido como la civilización del Korán, se resentía y agrietaba, amenazando inminente ruina. Á esta cir-

17

cunstancia debieron los fugitivos su salvación, que de otra manera habría sido imposible, ó por lo menos, muy dudosa.

La primera disposición del general Ríos, no bien ocupó la ciudad, fué la de nombrar una especie de ayuntamiento escogido entre los moros y hebreos que habían permanecido en la población; componíanle el celebrado Hache-er-Abeir, alcalde; Merod-ben-Sacar y Yudah Abecasis, encargados de dar á conocer las calles y edificios públicos más importantes; Yudah-Abendoshan, del aseo de la ciudad, que bien lo necesitaba; Menahem Aluf y Yahia Andoy, de recoger los cadáveres judíos y darles sepultura; Hemarty-el-Berdhy de la misma comisión con respecto á los cadáveres moros; Mosé Abéis, Mosé Benymes é Isahac Abecasis, del alumbrado. Estos *funcionarios* entraron inmediatamente en el ejercicio de sus cargos municipales bajo la dirección del gobernador de la Plaza, para cuyo empleo fué nombrado el coronel del regimiento de *Iberia*.

En Tetuán pude apreciar los dolorosos resultados de la opresión, del despotismo y de la iniquidad de los fuertes. Allí, en la desgraciada raza judáica, tan abyecta, tan humilde, tan postrada, pero cuya fisonomía aún conserva las huellas de un gran pueblo, se ven claramente las consecuencias de la humillación que la veja, del poder que la oprime y de la maldición que la aísla, haciéndola falsa, baja, desconfiada, cobarde, interesada, falaz y codiciosa; y en la población mahometana, tan atrasada, tan ignorante, tan bárbara, los

efectos de una autoridad sin límites, que nada respeta ni á nada atiende; que busca sólo su propio engrandecimiento y no conoce hombres ni ciudadanos, sino esclavos, víctimas y parias. Todo en Tetuán se resiente del sello que han impreso en ella la servidumbre y la tiranía. Las casas, aun cuando sean capaces y cómodas por dentro, ofrecen exteriormente un aspecto mezquino y hasta inmundo, porque es menester ocultar la fuerza y la riqueza al emperador que acecha con avarientos ojos, con los ojos de sus rapaces consejeros, en dónde está el prestigio, en dónde la grandeza, en dónde el oro. Las calles, según antes he dicho, son estrechas, tortuosas y oscuras, exacta imagen del recelo que sobrecoge á estos desdichados habitantes que ven en cuantos les rodean, ó un espía, ó un ladrón, ó un verdugo. Las puertas interiores de las casas son anchas y espaciosas; las que comunican con la vía pública, reducidas, fuertes y tenebrosas como boca de caverna. Sólo el barrio de los judíos tiene las calles rectas y casi tiradas á cordel, como una prueba más de la feroz desconfianza que roe el alma de los musulmanes, y para que esté indefensa la pobre raza de que son cruel y vergonzoso azote.

La ciudad era un montón de basura; tenía, como decía con mucha gracia el alcalde moro, *una costra de trescientos años*. Empleáronse los primeros días de la ocupación en limpiarla, en reconocer todas las posiciones, y en alojar las tropas que debían guarnecer la población. Bautizáronse con nombres españoles las siete puertas de la ciudad; el Fédah ó plaza principal,

recibió el nombre de *Plaza de España;* dióse á cada calle, para que los soldados no se perdieran tan facilmente en aquel laberinto de callejones y pasadizos, la denominación de un cuerpo de los que tomaban parte en la guerra; comenzóse á habilitar una iglesia y se adoptaron, en fin, cuantas providencias creyó el general Ríos conducentes al aseo y conservación de la plaza conquistada. Yo, en alas de mi curiosidad, me dediqué solo á recorrer el pueblo, que tenía para mí el encanto de lo desconocido y á estudiar las costumbres tradicionales de las dos razas tan íntimamente unidas á la nuestra como las que viven en Tetuán: ambas descienden de los judíos y moriscos expulsos de España; ambas guardan todavía grandes recuerdos de su antigua patria, y llevan apellidos que en vano querrán ocultar su origen. En Tetuán hay familias moras que se llaman Vargas, Fernández, Garcías, Barradas y Borques, así como entre los hebreos que hablan el castellano anticuado en sus giros y corrompido con algunas locuciones árabes, no faltan Sotos, Enríquez, Alvaredas y Gómez. Difícil sería expresar el efecto que produjo en mí la vista de estos desgraciados hijos de Abraham, que al cabo de más de trescientos años de destierro aún retienen con religioso respeto el idioma que hablaron sus padres en los llanos de Castilla y en los montes de Aragón. ¡Cuánta fuerza de resistencia se necesita para cruzar al través de los siglos y de las generaciones sin perder ni el carácter, ni el lenguaje, ni la tradición, ni el recuerdo de la patria perdida! La raza hebrea que vegeta en las costas africanas, es una

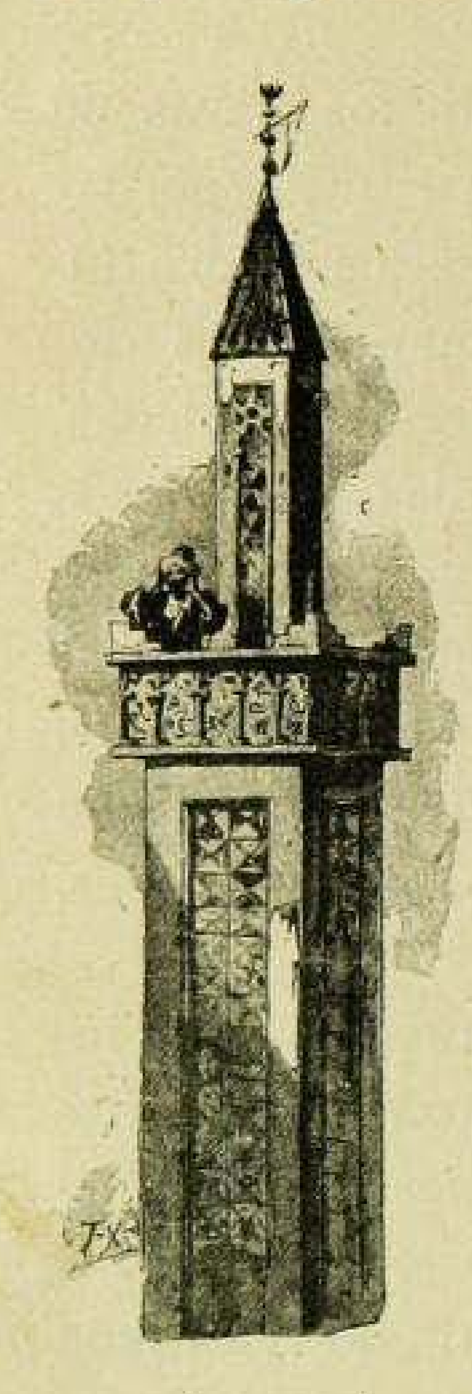
especie de río español que ha cruzado el Estrecho sin confundir sus aguas con las del mar, y cuyas ondas repiten todavía el murmullo de los bosques donde nacieron, y esparcen aún el perfume de las primeras flores que regaron.

Yo habité en Tetuán en el barrio de los moros, en una casa saqueada antes de nuestra entrada por las kábilas ó judíos, porque este punto será siempre dudoso. Muchos patios embaldosados con menudos azulejos; largas y estrechas habitaciones mal ventiladas, llenas de labradas y doradas cornucopias, rotas por la barbarie de los que entraron á saco la ciudad; muchos arcos de herradura acanalados, y por todas partes mesitas, arcones, baúles descerrajados y destruídos, tales eran los accidentes del cuadro que presentaba mi vivienda y que ofrecían, sobre poco más ó menos, todas las casas de Tetuán.

Á pesar de mi ardiente deseo, contúveme, y no intenté penetrar siquiera durante mis largas excursiones por la plaza ocupada, en ninguna mezquita. Respetando como era debido el sentimiento religioso de los moros, el general en jefe había prohibido la entrada en los templos mahometanos á todos cuantos no profesasen la ley del Profeta. Hizo bien, porque nada más digno de consideración que la fe de los pueblos y el santuario de la conciencia; y aun cuando la determinación suya me privó del gusto de conocer los ritos de los *creyentes*, no cesaré de aplaudirla, porque debió revelar á Europa que no veníamos aún como en pasados tiempos á arrancar la

creencia de ningún corazón con la punta de la espada.

Por fuera, el aspecto de las mezquitas está muy lejos de ser suntuoso. Una puerta de madera más ó menos alta; unas paredes blanqueadas; un minarete cuadrado, esbelto, pero indudablemente no tan majestuoso como las torres de algunas de nuestras aldeas; unos cuantos devotos que con el rosario de gruesas cuentas en la mano, pasan largas horas en honda meditación acurrucados en el umbral del templo; he aquí el caracter que ofrece una mezquita para los profanos que no pueden deslizarse en su misterioso recinto. Cinco veces al día el *muezzín* encargado de la conservación de la *chuma*, sube á lo alto del minarete para congregar á los fieles á la oración; al rayar el alba, á la salida del sol, al medio día, á la caída de la tarde, y en ese momento solemne y religioso para todos los pueblos en que la sombra de la noche invade los cielos, llenando los corazones de inefable melancolía. Entonces el *muezzín* desde lo alto de la torre, volviendo la cara al Oriente hacia el sitio donde está la Meca, y parándose en los cuatro ángulos del minarete, rompe el aire con voz grave y monótona que proclama al buen muslim la grandeza de Dios y las excelencias del Profeta. Nada tan fantástico como ver en los últimos instantes



del crepúsculo vespertino la extraña figura del *muezzín* con la cabeza erguida y las manos levantadas, dibujándose caprichosamente en el espacio tibiamente alumbrado aún con los postreros destellos de la luz moribunda. Tiene algo de patética esta escena que recuerda al corazón español y cristiano el toque de la campana al *Ave María*, en esa hora en que todo es vago é indefinible, luz y sombra, memorias y pensamientos, y que, según Byron, se consagra á la invocación en lo interior del alma de todo cuanto hemos querido y perdido en el mundo.

Yo presencié este espectáculo desde un terrado vecino á la mezquita ó *chuma* principal. ¡Qué cuadro tan magnífico! Negras y encapotadas nubes coronaban las nevadas y peñascosas cumbres del pequeño Atlas, envolviendo aquella empinada y majestuosa cordillera en una oscuridad tan medrosa como la naturaleza misma en que dominaba. Ningún pintor habría logrado trasladar al lienzo los grandiosos efectos de aquel paisaje, que hubiera podido servir dignamente de ancho y terrorífico escenario á un *sábado* de brujas y espíritus malignos. La voz del *muezzín* en esta hora, parecía una imprecación, ó más bien la voz del genio impuro que congregaba para la nocturna y sacrílega ceremonia á los réprobos y á los malditos.

Entre las mezquitas que más crédito gozan en la ciudad, había una, no lejos de mi casa, que miran los moros con mucha veneración; la de Sidi-Said, santón de antigua y no interrumpida fama en Tetuán y su comarca.

Cuéntase que, en guerra con los cristianos, un moro natural de este pueblo había sido hecho cautivo. Su anciana madre le esperó luengos años inútilmente; el prisionero no volvía. Cansada de esperar y de llorar—si una madre puede cansarse de esperar y llorar á su hijo,—acudió un día á la mezquita y allí pidió fervorosamente á Dios el regreso del desdichado que gemía entre cadenas, ausente de su amor y de su patria. Dios, según la leyenda marroquí, no se mantuvo sordo á los ruegos maternales, y cuando la afligida anciana salió de la *chuma* se encontró en el umbral de la puerta sentado al hijo de sus entrañas todavía con los grillos puestos: ¡habia milagrosamente quebrantado los hierros de su mazmorra y llegado allí en la blanca yegua del Profeta! En acción de gracias colgáronse los grillos del cautivo rescatado en la parte interior de la mezquita, y desde entonces ha venido acrecentándose hasta el día la devoción de los habitantes de Tetuán hacia el santón Sidi-Said, cuyo sepulcro, cubierto con paño encarnado, se alza en medio del templo.

Esta es la historia que oí referir y que cuento tal como ha llegado á mi noticia.

Para entretener el tiempo, pasaba yo algunas horas del día en el terrado de la casa en que había fijado mi residencia. Tetuán parece desde allí como sujeta á las últimas cumbres que á un lado y otro se elevan; diríase que es una paloma entre las fauces de una serpiente. Prolóngase á sus piés la vega por donde habíamos ido, hasta perderse en el horizonte que á su vez se confunde á lo lejos con el mar, envuelto entre hú-

medas brumas. El río, serpenteando por el valle, aparece y desaparece alternativamente, iluminado por el sol que arranca de las tranquilas ondas chispas de plata y fuego. Á ambos lados de la ciudad, á la caída de las cumbres que la estrechan, divísanse numerosas casas de campo, perdidas entre el espeso follaje, casi todas en mal estado de conservación; pero que desde lejos atraen vigorosamente la vista, la imaginación y el deseo.

Tales eran los términos más remotos del cuadro que desde mi azotea se admiraba. Antes de llegar á ellos, espaciábase la vista en interminable laberinto de terrados, grandes y pequeños, altos y bajos, enlazados entre sí sin que se sepa cómo, é interrumpidos de vez en cuando por una calle ó por un minarete, en que los adornos de azulejos reemplazan á los calados de nuestras catedrales. En el centro de todas las azoteas hay abierto un cuadrado que corresponde al patio de la casa, en unas resguardado con pretil, y en otras sin nada que defienda de una caída peligrosa, como no sea el débil enverjado de hierro que sirve en el verano para sostener los toldos. Una mezquina puerta sin pintar ni pulir, situada en un extremo del terrado, pone á éste en comunicación con el resto de la casa, cuyo interior ligeramente he descrito en uno de los anteriores párrafos.

En casi todas las azoteas hay un rincón con tiestos rotos y desportillados, donde crecen la luisa, la mejorana y en algunos la pudorosa violeta, á que se muestran muy aficionados los hijos de Mahoma.

La familia gatuna poblaba casi exclusivamente estas alturas. Por todas partes corrían y saltaban animales de la especie felina, de distintos tamaños y colores, que se entretenían en tomar tranquilamente el sol como sus amos la sombra acurrucados en los huecos de las puertas.

Algunos militares curiosos ó desocupados andaban también por las azoteas para atisbar de vez en cuando á alguna mora, y romper, aunque sólo fuese á medias, el misterio en que las mujeres musulmanas viven.

En efecto, antes ó después, veían por fin satisfecho su deseo. La puerta de un terrado se abría y asomaba una cabeza indefinible, cubierta con tupida tela blanca, azul ó rosa. La cabeza giraba en todas direcciones con recelosa inquietud, y cuando quedaba sino satisfecha por lo menos trañquila, parecía como que daba permiso al cuerpo de que era espía, para que saliese y luciera al aire libre. Luégo, en cumplimiento de esta autorización, mostrábase en el terrado una estrambótica figura que así podía ser de hombre como de mujer. Llevaba generalmente los piés calzados con babuchas, la pierna desnuda hasta la rodilla donde terminaban unos pantaloncillos, no precisamente de seda y oro, como se lee en los cuentos orientales, sino de basto percal ó grosera lana. Justillo de manga corta sujetábala el talle; larga y estrecha, desairada y tosca camiseta cubríala desde los hombros á las rodillas, y hasta el nacimiento del seno descendía un rebocillo con el cual se ocultaba casi enteramente el rostro. ¿Quién era? ¿Era hermosa? ¿Era fea? Esta rara figura reco-

rría cautelosamente la azotea, mirando á todos lados con huraña desconfianza subía ó bajaba gateando de un terrado á otro, colgaba ó descolgaba ropa, y cuando había concluído su faena asomábase al cuadrado de un patio vecino y arrancaba del pecho una palabra áspera, dura y gutural. Si era desagradable en los labios de una mujer ¿cómo sería en los de un hombre? Otra voz femenina contestaba á la suya desde abajo; la conversación se animaba—porque hasta en Marruecos la mujer es habladora,—y poco á poco, preocupada con lo que hablaba ú oía, descuidaba el rebocillo; primero caía de un lado, después del otro y por fin el misterio se rompía. ¡El sol brillaba sin nubes!

El curioso acechaba con ansiedad este instante. ¡Dichoso él si no le amargaba el desengaño; si el rostro que aparecía no era el de alguna vieja desdentada, desgreñada y sucia que se vengaba, descubriéndose, de los cristianos! Esto sucedía no pocas veces; pero otras resplandecía una cara risueña y alegre, de nariz fina y sonrosados labios, pálida, con esa palidez que engendra la falta del sol y del aire. Otras era una monstruosa negra, de boca disforme y nariz achatada, que podría servir de remedio contra todas las tentaciones del mundo.

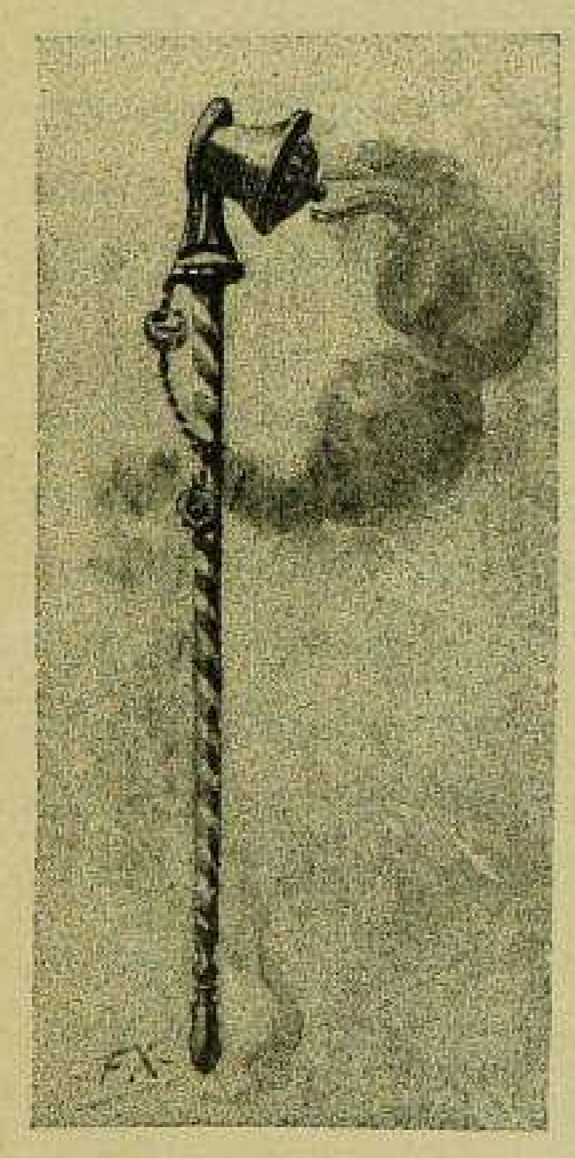
Pero ¡cuán poderosa es la fuerza de la costumbre! Ella hace suaves y poco costosas las leyes más tiránicas y brutales. Apenas advertían que las miraban, vieja asquerosa, joven agraciada, ó negra inmunda, huían, lanzando un grito como el que se escapa del pecho de una europea á la vista de un ratón, á ocul-

tarse en lugar seguro; si podían dentro de la casa ó sino detrás del antepecho de la azotea, donde se arreglaban el caído rebocillo para poder desafiar impunemente las libidinosas miradas del *perro cristiano*.

No hay, sin embargo, regla sin excepción, y quien hace la ley hace los infractores. De vez en cuando se encontraba alguna mora que, lejos de esconderse, fijaba sus ojos con más ó menos atrevimiento en los imprudentes observadores. Noté entonces que las que esto hacían eran bonitas.

Cuando más embebido estaba uno en la contemplación de los gatos que saltaban, de las mujeres que huían y de los chicos que jugaban en el terrado, la voz del *muezzin*, que sin ser sonora y fuerte, se extiende y dilata por el espacio, por la manera con que la emite, como la luz y el aire, llamaba la atención hacia otro punto. Izábase en los minaretes un pendón blanco que flotaba mientras el *muezzín* entonaba su plegaria; después él y la bandera desaparecían y todo quedaba en silencio.

XI



OR las tardes solíamos asistir algunos amigos al café de Alí el argelino, donde nos entreteníamos en ver cómo saboreaban los hijos del Profeta, con no disimulado deleite, el rico licor de suave y regalado aroma. Nada de particular tenía el establecimiento moro situado en oscura y reducida habitación, no muy cómoda ni limpiamente dispuesta para los parroquianos, y donde el humo de las pipas y de los cigarros envolvía todos los objetos en casi impenetrable niebla. Allí, entablábamos curiosas conversaciones con los marroquíes, y nos daban ellos noticias de las costumbres, del carácter y del estado, bien poco envidiable por cierto, del imperio que combatía con España.

Los moros, como todo pueblo ignorante y grosero, son extremadamente supersticiosos. Dentro ó fuera del zaguán de todas las casas, hállase, con tinta negra ó azul, trazada imperfectamente una mano, para evitar que penetren en el hogar doméstico los malos espíritus ó las malas tentaciones. Son muchos los amuletos que llevan; pero los que para ellos tienen más virtud son aquellos en que encierran, escritos de manera más ó menos caprichosa, las *suras* ó capítulos 113 y 114 del Korán: el primero, como preservativo contra las aflicciones del alma, y el segundo contra los peligros del cuerpo.

Sumergidos en eterna indolencia contemplativa que tanto caracteriza al pueblo mahometano, pasan horas y días en continua oración. Á poco de haber entrado en la ciudad, ví á un moro que, acurrucado en el quicio de una puerta, sin parar mientes en nada de cuanto sucedía al rededor suyo, entreteníase en pasar las cuentas de su rosario, al mismo tiempo que elevaba á Dios sus preces en una especie de cántico, á media voz, prolongado y monótono: parecíase á uno de esos mendigos que, privados de vista, y en actitud inmóvil, se sientan en las esquinas de nuestras calles, implorando la caridad pública con un acento que nunca varía, y una súplica que nunca se acaba.

Las costumbres de los africanos son ásperas y silenciosas, porque la mujer no las dulcifica con su encanto. La sociedad, ó mejor dicho, el trato social, no existe entre aquella gente: las aldeas y ciudades morunas son agrupaciones de familias, sin lazos verdaderamen-

te íntimos que las unan y acerquen entre sí; cada cual vive en su casa con sus mujeres y sus hijos; no hay reuniones, no hay paseos, no hay espectáculos, no hay nada. El mercado y la mezquita: he aquí los dos únicos elementos sociales del musulmán.

La imprenta no ha esparcido sus vívidos resplandores entre estos bárbaros. Casi todos sus libros son manuscritos, algunos con tintas de varios colores: negra, azul y roja. La mayor parte contienen oraciones; otros son de historia, que, por cierto, pertenecen á escritores antiquísimos, y, los menos, de literatura, que llaman *adab*. Generalmente, los conservan en muy mal estado, roídos por la polilla, y hacinados en desvanes y rincones, como trastos inútiles y despreciables.

Antes de entrar en Tetuán, había oído asegurar que los moros eran aficionados á la música; pero, á decir verdad, no lo demostraban mucho. Nuestras bandas militares no turbaban, ni por un solo momento, su perezosa indiferencia, y las oían, valiéndome de una expresión vulgarísima, como si oyeran llover. Los instrumentos músicos que examiné eran toscos y groseros por demás; una flauta sin llaves, más larga que noche de insomnio; una guitarrilla con dos cuerdas, sin trastes, estrecha y panzuda, que, aun cuando se empeñe Mahoma, no puede, á mi juicio, producir más armonías que una chicharra de Navidad; la pandereta y dos tamborcillos con cajas de barro, unidos entre sí, y de un són tan áspero como desapacible, he aquí todo cuanto poseen para divertir su corazón y sus oídos.

Durante mi permanencia en Tetuán presencié dos entierros: el de un judío y el de un moro. Da la muerte carácter tan solemne y melancólico á cuanto se roza con ella, y el sentimiento que inspira es tan parecido en todos los pueblos, que bien puede asegurarse que en todos también se asemeja la triste y dolorosa despedida de los que se quedan á los que se van; de los que son vanidad á los que son polvo.

Diez ó doce judíos, entonando una salmodia acompasada y grave como el cántico de los muchachos en la escuela, conducían casi á rastras, en unas angarillas de madera sin labrar, el cadáver de un correligionario cubierto enteramente con un paño blanco. Algunos amigos, parientes ó conocidos del difunto, acompañábanle á la última morada, también cantando, sin que siguiesen al fúnebre cortejo ni mujeres ni niños.

El entierro moro sólo se diferenciaba del hebreo en que el cadáver, colocado sobre unas angarillas mejor labradas, era conducido al cementerio, que á la entrada misma de la ciudad se divisa, en hombros de sus parientes y vecinos.

Y ya que me he detenido en describir, siquiera sea muy por encima, las costumbres mahometanas, justo será que consagre también algunas líneas á las costumbres hebreas, que no dejan, por cierto, de ser curiosas.

Nada más desairado y sucio que el traje de los judíos con su casquete negro, su túnica de lana basta, sus calzoncillos de lienzo y sus babuchas á estilo moruno. No merece este compuesto extraño de prendas raras,

que nos ocupemos en él, y paso, por tanto, á enumerar el de las mujeres, mucho más variado y caprichoso. El justillo se llama entre las hebreas *kasó*, y suele ser, para la gente rica, de brocado; *justeta* la pechera bor-



dada de oro, con la que, á semejanza de nuestras robustas montañesas, cubren el seno; el cinturón se conoce con el nombre de *kusaka;* la falda con el de *chialdeta;* y los adornos que emplean las casadas para taparse el pelo *chari, crinches* y *sfifa*. Las solteras llevan las trenzas caídas por la espalda, mas no bien toman estado, las ocultan cuidadosamente á la vista de todo

el mundo, siendo tan fielmente observado este precepto que, según me dijo una judía, el cabello de una buena esposa no debe verle ni aun el cielo, fuera de su marido. Pero, prosiguiendo la relación de las prendas que constituyen el traje femenino, añadiré que llaman *ejuisyas*, y *aljorza* y *jarjales* á los aderezos y joyas, á cuyo uso, como todas las mujeres de raza oriental, son extremadamente aficionadas.

Yo ví un hermoso grupo de judías, ricamente ataviadas, como he descrito, con motivo de la circuncisión de un niño, en la casa de un hebreo bien acomodado, que, si no recuerdo mal, formaba parte del ayuntamiento.

Las sinagogas no tienen ningún signo exterior que las diferencie de las demás casas de la judería. El oratorio está en el patio, y allí se levanta una especie de púlpito enjaulado, mal construído y peor dispuesto, donde se coloca el rabino ó *sabio*. Los judíos cantan moviéndose en contrarias direcciones como si estuvieran azogados; se estremecen y agitan, según el sentido de las palabras que pronuncian, y cuando imploran á Jehová, al Dios de Abraham y Moisés se vuelven hacia Oriente como para buscar con el pensamiento el templo de la Santa Jerusalén.

Las ceremonias hebráicas son públicas, y todos cuantos quieran, cristianos ó moros, pueden asistir á ellas con entera libertad, sin que se exija muestra alguna de respeto ó recogimiento.

Hay en la judería una Academia, donde se reunen los rabinos para razonar y discutir sobre asuntos de

religión; es un estrado bastante capaz, con bancos de pino donde se sientan los doctores de la ley, y un estante sin pintar siquiera, que contendrá, cuando más, cuarenta volúmenes, entre otros el *Talmud* y el *Viejo Testamento*.

Entre sus muchas malas cualidades, no sé si innatas en ellos ó hijas de la opresión humillante en que viven, tienen los hebreos de Tetuán una buena: la fe en sus creencias. La historia de una infeliz judía, ya anciana, que estaba al servicio de un español avecindado en Tetuán, prueba suficientemente la exactitud de mi aserto.

Parece que en un momento de embriaguez ó de locura el marido de esta judía, llamado Salomón, hombre rico y considerado entre los suyos, pronunció delante de moros la fórmula de fe musulmana:—No hay más Dios que Dios y Mahoma su enviado.—Bastó y sobró esto para que los que le oyeron se empeñaran en ponerle el casquete colorado y en declararle *creyente*; el judío, vuelto en sí, rechazó como nula la abjuración; le instaron y se resistió; le amenazaron y se mantuvo en su negativa; le encerraron en una cárcel de Fez, y allí murió constante en su creencia. Pero estaba decretado que el odio de sus enemigos le persiguiese en su familia más allá de la tumba. Su mujer y dos hijas fueron presas bajo pretexto de religión aun cuando en realidad sólo con el objeto de apoderarse de sus ya bastante mermados bienes de fortuna. Quisiéronlas obligar también á abjurar de su ley, pero no lo lograron; fueron encerradas y azotadas, y el castigo las en-

contró firmes como rocas; sufrieron, en fin, todo género de dolores, iniquidades y martirios, y sólo pudieron escapar con la vida, dejando entre las garras de sus verdugos todo cuanto tenían: todo menos su religión.

El inspirado autor del *Trovador* ha dicho en una de sus obras más aplaudidas:

Que no hay hombre tan malvado
que no tenga una virtud.

Y esta filosófica máxima, no sólo puede aplicarse á los individuos sino á las razas. En el corazón de esta degenerada familia hebrea, que vive bajo el techo marroquí, tan baja, tan abyecta, tan cobarde, tan pobre de sentimientos elevados, hay, sin embargo, una cuerda que vibra siempre, sonora y admirable: la fe está unida á su espíritu como el aliento á la vida. La Providencia parece como que la fortaleció en su alma, para que no pudieran asimilarse con las demás naciones; para que siempre tuviese sobre quién recaer la tremenda maldición que los ha esparcido por la faz de la tierra como el viento esparce el humo por el espacio y las arenas por el desierto.

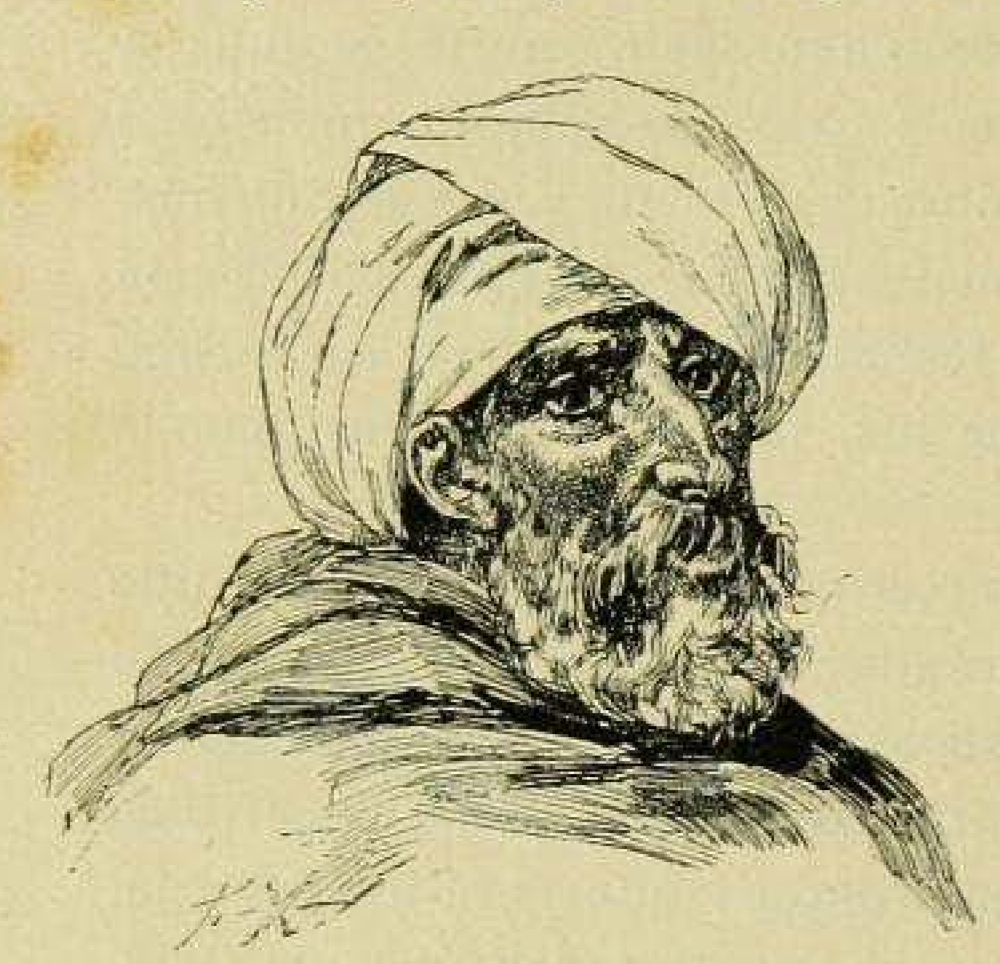
No acabaré mis ligeras descripciones sin declarar que todos los encantos de las ciudades morunas pueden encerrarse en una caja de fósforos; sus calles tortuosas y angostas; sus silenciosas casas cerradas á macha martillo, como la puerta del cielo para los réprobos; las vueltas y revueltas, pasadizos y arcos que hacen

de cada calle un laberinto y una cueva; sus tiendas abiertas en la pared á guisa de nidos de golondrinas: los moros con las barbas puntiagudas, las piernas al aire y el jaique no muy limpio, que mueven pesadamente los piés si tienen que hacer algo, ó se encogen junto á una pared como figuras de resorte, si quieren tomar el fresco ó el sol: todo este conjunto monótono y frío, donde el hombre es un bruto y la mujer un misterio, tiene seguramente poesía; pero una poesía cansada, sin accidentes inesperados, siempre con el mismo color, con la misma luz, invariable, en fin, como la eternidad.

Cuesta trabajo el creer que esta raza haya acometido y llevado á cabo grandes empresas. Hoy no conserva siquiera la sombra de lo que fué, y está descompuesta por la inmovilidad, esa carcoma de las naciones. ¡Bien haya la santa ley del progreso, que es la inteligencia, que es la energía, que es la vida de los pueblos! Detenerse es agonizar; pararse es morir. No hay más que seguir con el pensamiento puesto en Dios y las fuerzas en el trabajo la senda que la Providencia ha señalado á la humanidad, y fuera de la cual no hay poder, ni grandeza ni gloria.

Difícilmente habría podido soportar el fastidio de la vida de Tetuán, si los sucesos y peripecias que trae consigo una campaña no hubiesen venido á amenizarla hasta cierto punto. Uno de mis mayores entretenimientos era el de hablar con el famoso Alcalde moro, á quien tenía el gusto de ver todas las noches en el alojamiento del malogrado general Ríos, cuya memoria

será perdurable en la ciudad moruna. Hache-er-Abeir tendrá como unos cincuenta años; es alto, de facciones angulosas, barba entrecana y mirada penetrante, astuta y recelosa como la de todos los de su raza; habla el español, aunque con alguna dificultad, y es muy aficionado á los europeos, con quienes comercia. Desempeña en Tetuán el vice-consulado de Austria.



Quisiera acordarme del gracioso y animado diálogo que medió entre el general y el *señor alcalde*, la primera noche que le ví, á poco de haber ocupado nuestras tropas la ciudad.—Los españoles vienen á civilizar, no á destruir—recuerdo que le dijo el general Rios—respetarán las costumbres y ritos; pero castigarán inexorablemente á los asesinos y traidores.

—Eso no va conmigo, señor *general*—contestó el Hache-er-Abeir.—Yo estar como en un *boque* en naufragio; tener mi cabeza comprometida por vosótros, y quererla salvar primero que nada. Ser fiel y obediente.

Celebró mucho las disposiciones adoptadas por el duque de Tetuán para el respeto de las mezquitas, y

anunció que el próximo viernes celebrarían los moros una fiesta religiosa en acción de gracias por no haber hecho daño los españoles en la ciudad rendida.

El señor alcalde, como le llamaba con su natural gracejo D. Diego de los Ríos, es hombre de muy buen sentido. Se lamentó de la falta de garantías del régimen despótico bajo el cual vivían sus compatriotas, y achacó á la inseguridad que reina en el imperio el atraso y la desorganización que le aniquilan.

—Mira, señor—decía—¿qué quieres tú que este país sea? Los gobernadores de provincia comprar sus cargos, tener *siete duros* de sueldo al mes, y gastar *siete duros* al día; vivir con lujo, poseer pedrería. ¿Cómo hacer esto? Robando. Pero en cambio el emperador hacer con ellos lo que vosotros llamais *cebar el pavo;* cuando estar rico, quitárselo todo, muchas veces hasta la vida.—

Dos moros habían sido presos aquella misma tarde por haber querido robar á unos hebreos.—Señor *general*, dime—preguntó al oir la noticia—¿estos moros cometer el delito antes ó después de haber entrado las tropas?

—Después—contestóle el general.

—Entonces castigar—repuso el *señor alcalde;*—pero olvido y perdón, como habéis prometido, para los que faltar primero.

—Así será—repuso el general—porque los españoles cumplen cuanto ofrecen.

Habiendo manifestado el general Ríos deseos de conocer la letra de Muley-el-Abbas, *el señor alcalde* le

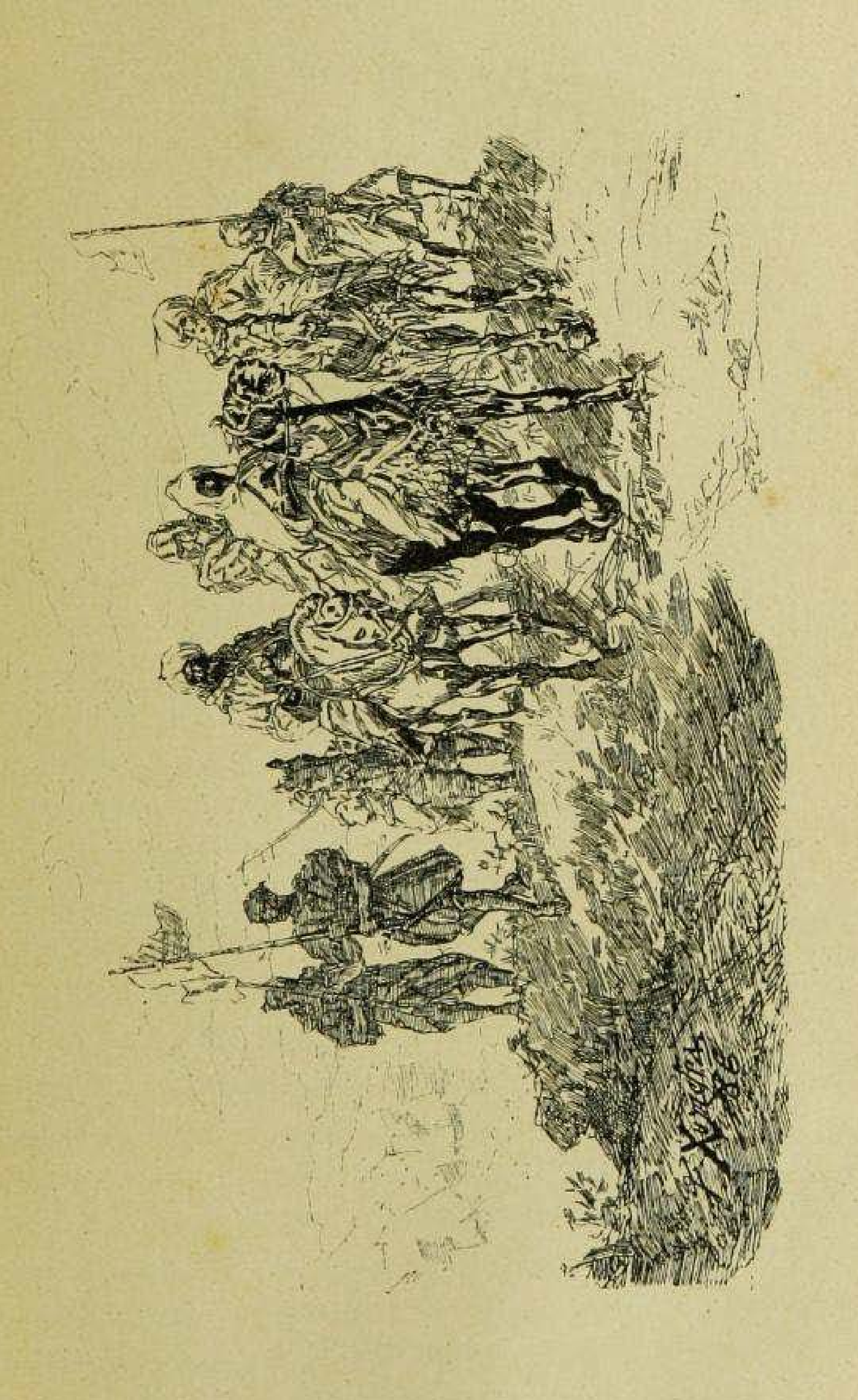
propuso un ingenioso medio para que pudiera satisfacer su curiosidad.

—Aquí vendrá cuando el miedo se debilite—dijo en su caprichoso estilo—un moro que fué por carta de Muley-el-Abbas, nombrado cadí de la ciudad. Si pides que te la enseñe, no lo hará, porque moro ser desconfiado; pero si le aseguras que es para reponerle en su destino, si efectivamente lo ha desempeñado, él te mostrará la *escritura* y conocerás la letra del príncipe.

Hache-er-Abeir había estado en Madrid por los años de 1840 á 1841, y era *esparterista* decidido.

Alumbrando al *alcalde* con un farol, acompañábale todas las noches un hermoso niño, hijo suyo, inquieto y vivo como una ardilla, que no comprendía el castellano, pero que escuchaba atentamente cuanto su padre decía, como si quisiera entender con los ojos su sentido.

Otro nuevo acontecimiento vino á turbar la monotonía de nuestra vida de Tetuán; la llegada del primer parlamento marroquí en solicitud de la paz, que acudió á nuestro campo el 11 de febrero, siete días después de la derrota de Muley-el-Abbas. Componían esta comisión el gobernador de Tánger, su hermano, general de la caballería mora, el bajá del Riff, y el segundo caíd de Fez. Cabalgaban en buenos caballos, con arreos de seda y plata, y les seguían cinco soldados armados de espingardas, pistolas y gumías. De estos servidores tres marchaban á pié con la bandera blanca, uno á caballo y otro sobre una mula, como despensero y guardián de las provisiones. Todos ellos, excepto un



moro feo y repugnante como la estampa del diablo, eran riffeños, conociéndoseles por el mechón de pelo trenzado que, á semejanza de los chinos, pendía de la parte posterior de su cabeza.

La fisonomía de los parlamentarios era grave y severa; notábase que pesaba sobre ellos la fatalidad de sus derrotas y que se juzgaban vencidos, pero no humillados. El general Prim, acampado sobre el camino de Tánger, fué el primero que los recibió; acogiólos cariñosamente haciéndoles descansar en su tienda. Con mucho tacto y generosidad, lejos de herir, procuró el héroe de los Castillejos reanimar el abatido espíritu de los moros.—Dios es el que da ó quita la victoria—dijo;—los hombres y los ejércitos más valerosos, nada son si aparta de ellos su mano. El general de la caballería marroquí, que entendía y hablaba el castellano, levantó los ojos al cielo y exclamó con resignado acento:

—¡Dios lo ha querido!

Después de haber descansado breves momentos bajo la hospitalaria tienda del conde de Reus, pusiéronse los parlamentarios en marcha para el cuartel general. Allí les recibió el duque de Tetuán con consideración y agasajo. Expusiéronle el objeto de su venida, respondiéndoles el general en jefe que estaba autorizado para hacer la guerra, pero no para estipular la paz; que daría cuenta á la Reina de cuanto pasaba y que hasta recibir sus órdenes no le era posible entrar en negociaciones y arreglos. Despidiéronse con esto los parlamentarios, ofreciendo volver pasados cinco días, y antes de dejar nuestro campamento, entraron de

nuevo en la tienda del conde de Reus para despedirse de él. Allí permanecieron un cuarto de hora, y en seguida emprendieron su camino, acompañándoles cortésmente el general Prim á caballo con todo su Estado Mayor, más allá de nuestras avanzadas. Uno de los parlamentarios miraba con ávida curiosidad el *revólver* que el general Prim llevaba al cinto; notólo el conde, y antes de separarse de la comitiva mahometana, sacando el arma de la funda, dijo al moro:—Vas á ver los efectos de esta arma para vosotros desconocida.—Dicho lo cual disparó los seis tiros del *revólver*, entregándosele después al parlamentario, que estaba admirado de cuanto veía.

—Toma—exclamó el general.—Si la paz se hace, consérvala como prenda de un cristiano, y si la guerra continúa aprovéchate de ella en defensa de tu patria y de tu vida.

El moro dió muestras de aceptar el regalo con aprecio, y ofreció ceremoniosamente al conde de Reus en cortés reciprocidad una pistola de arzón con adornos y cinceladuras de plata.

En seguida se despidieron y separaron.

XII

A los cinco ó seis días, como habían ofrecido, regresaron á nuestro campamento los parlamentarios, deseosos de conocer la resolución de la Reina de España sobre el restablecimiento de la paz ó la continuación de la guerra. Lo mismo que la vez primera, descansaron en la tienda de Prim, á quien miraban con particular predilección, apreciándole por valiente y generoso. Siguieron después su camino hasta el Cuartel General, donde hablaron brevemente con el duque de Tetuán, sin que pudiera venirse á un arreglo. Agradecidos los moros á la acogida que se les había hecho, regalaron á los generales O'Donnell y Prim dos cajones de dátiles, de los cuales participamos también todos los curiosos y cronistas de la campaña.

Aun cuando rotas, ó poco menos, las negociaciones, los parlamentarios pidieron permiso, que les fué concedido, para descansar aquella noche en la ciudad. El general D. Diego de los Ríos se encargó de honrar á los huéspedes, y cumplió dignamente su cometido.

Por la tarde acompañóles á ver el telégrafo eléctrico que se había establecido desde la Aduana hasta el alojamiento del general, en la casa de un moro riquísimo que había sido cónsul marroquí en Gibraltar, llamado Er-Sini. No excitó gran cosa la atención de los enviados de Muley-el-Abbas el aparato del telégrafo, lo cual se comprende muy bien, porque su inteligencia no estaba lo suficientemente preparada para entender y admirar estos maravillosos adelantamientos de la civilización. Además, como hijos de un pueblo casi primitivo, tampoco podían sentir la imperiosa necesidad de vivir años en minutos que á los europeos nos aqueja, ni ardía su sangre con la fiebre que agita á las razas de nuestro continente, ávidas de emociones, de cambios, de peripecias, y deseosas, no sólo de devorar el espacio, sino hasta de escalar el cielo. ¿Qué importaba á los habitantes de las montañas ó de los desiertos de África, acercarse antes ó después al término de su camino? ¿Qué ganaban con saber más ó menos pronto noticias que nada decían ni á su ambición, ni á su interés ni á su alma? Bástanles para sus caravanas el ágil caballo ó el útil camello, y para comunicar noticias la rezagada carta que llega á su destino cuando Dios, el mensajero y los obstáculos de un largo viaje permiten que llegue. Á pesar de su indiferencia, explicóles el general Ríos el mecanismo del telégrafo, rogándoles de paso que hicieran una prueba para que viesen la velocidad de este medio de comunicación; pero ellos resistieron tenazmente, y sólo á fuerza de muchas instancias se decidieron á preguntar á los em-

pleados de la Aduana si salía algún buque para Gibraltar.

¿No revelaba la pregunta referida la preocupación de sus ánimos? Inglaterra, que,. según los moros decían, tenía gran parte de culpa en la guerra, fué siempre su solo pensamiento y su única esperanza.

Después de haber visitado el telégrafo, condújoles el general Ríos al lugar en que se habían colocado los hornos de campaña, cuya vista les impresionó más vivamente que la del telégrafo. Pueblos como el africano, sólo sienten necesidades materiales: ¿qué significan para ellos las necesidades del espíritu? Satisfácenlas suficientemente recitando algunos versículos del Korán. Miraron atenta y detenidamente los hornos, fríos, caldeados y funcionando, y habiéndoles manifestado el general Ríos que pasada media hora tendrían pan para la comida y el viaje que debían emprender á la siguiente mañana, uno de ellos exclamó con cierta satisfacción mal encubierta:—En mi huerto también tengo yo un horno que en un cuarto de hora cuece una gallina.—

Como la noche iba acercándose, suspendieron su excursión y se encaminaron hacia el aposento que se les había preparado. Pero antes rogaron al general Ríos que les permitiese hacer sus oraciones, entrando con este objeto en la mezquita principal, donde cumplieron con todos los preceptos de su religión.

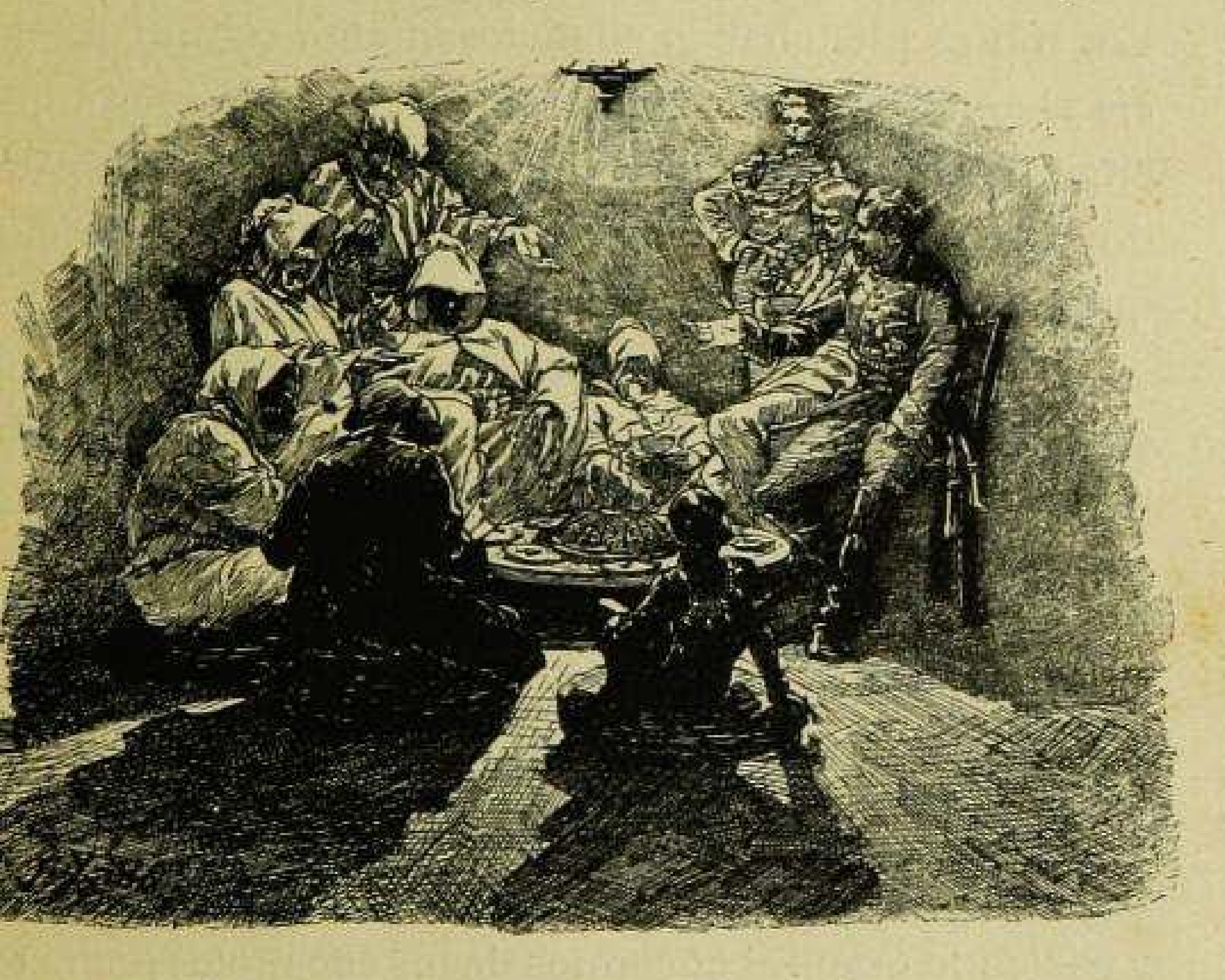
Ya entrada la noche, y después de haber comido en casa de otro hermano de Er-Sini, fueron, acompañados del *alcalde moro* y el Er-Sini propietario de la casa en

que vivía el general, á tomar el café á que don Diego de los Ríos les había convidado.

El primero que penetró en la habitación fué el avispado hijo del alcalde, vestido con su traje de fiesta; especie de introductor de embajadores que llenó su misión con un *¡hola!* infantil y gracioso, única palabra que sabía del castellano. Detrás entraron el gobernador de Tánger, grave y severo personaje; su hermano, general de la caballería marroquí, que era de fisonomía franca y abierta, y hablaba algo el español; un lugarteniente de Muley-el-Abbas, nervioso, vivo, impresionable, que gozaba entre sus compatriotas fama de valiente y arriesgado; el segundo kabo de Fez, de rostro rudo, de mirada torva, retraído y silencioso como el dolor y el crimen; Er-Sini, y el alcalde moro, astuto y malicioso como el más malicioso y astuto alcalde de monterilla. Todos llevaban albornoces blancos, menos el segundo kabo de Fez que le llevaba negro como el color de su espesa barba, y todos se descalzaron en presencia del general, que los recibió con marcado cariño y deferencia.

Agrupáronse como mejor pudieron al rededor de un brasero, cuya caja servía de meseta; unos sentados en sillas y banquetas, y otros á la oriental sobre blandos cogines. Conocíase que estaban tristes y preocupados; una nube de melancolía velaba sus rostros, y de vez en cuando se escapaban de sus pechos hondos suspiros. Veíase asimismo bien á las claras que hacían esfuerzos supremos para no aparecer á nuestros ojos como ignorantes de las costumbres europeas, y esto

ontribuía á que estuviesen algo cortados y encogidos.
El general Ríos se mostró con ellos amabilísimo, freciéndoles café, bizcochos y dulces. Admitieron los umplidos del general con cortesanía, pero sin afectaión, manifestándose muy satisfechos de los elogios



ue hizo del valor, decisión y energía de que tantas ruebas habían dado los marroquíes durante la camaña. El alcalde moro sirvió de intérprete; él les dijo, esempeñando á las mil maravillas su papel, que los spañoles tan arrojados en el combate, eran generosos espués de la victoria, y no deseaban más sino que uradera y sólida paz reuniese para siempre á dos ueblos, separados sólo por un *charco de agua.* Hablós de los recursos de España para la continuación de guerra, de los nuevos preparativos que se hacían en

la península, y, finalmente, les entregó varios periódicos españoles, de aquellos que más calurosamente habían demostrado su entusiasmo por la gloriosa toma de Tetuán; en la confianza de que no faltarían en el imperio renegados que les enterasen de su contenido. Los moros escuchaban silenciosamente cuanto les decía el general Ríos por medio del alcalde moro, que en aquella ocasión, como en otras muchas, ha prestado muy buenos servicios á nuestra causa; servicios que no podemos decorosamente olvidar.

Después de esta animada conversación sirvióse un ponche. Preparábanse á tomarle los enviados de Muley-el-Abbas, cuando el general Ríos les advirtió que contenía rom.—Os lo prevengo—dijo—porque no sé si vuestro culto os prohibe el uso de licores, y sentiría que faltaseis por mi culpa á los preceptos de vuestra religión.—El golpe fué oportunísimo y produjo el efecto que el general Ríos deseaba. Los parlamentarios devolvieron los vasos, mostrándose agradecidos por el aviso, y haciendo grandes encomios de los españoles por la tolerancia que revelaban hacia las creencias mahometanas. Esto dió motivo al general Ríos para declarar delante de los enviados, que nuestras armas no habían pasado á África á imponer por fuerza otra nueva religión, ni á oprimir la conciencia de los pueblos contra quienes España se veía obligada á luchar. Con más ó menos interés, todos los moros intervinieron en este debate, tan hábilmente suscitado, excepto el segundo kabo de Fez que se mantuvo reservado y frío hasta el momento de la despedida.—Vosotros—dijo entonces

el general—podéis influir con éxito á fin de que terminen las desavenencias entre Marruecos y España.— Á lo cual el lugar-teniente de Muley-el-Abbas contestó con apasionado acento:—¡Quiéralo Dios! Pero así como vosotros obedecéis á la Reina, nosotros obedecemos al Sultán. Ilumine el Señor todo misericordioso á los que en sus manos tienen la paz y la guerra.—

Al marcharse estrecharon con efusión las manos de cuantos nos habíamos hallado presentes á la entrevista; el kabo de Fez apretó fuertemente la diestra del general Ríos en el momento en que éste les acompañaba hasta la puerta de la habitación, diciéndole con voz profundamente conmovida:—¡Quiera el cielo que nuestras manos se encuentren sólo en la paz y no se tiñan con sangre en la guerra!—

Aún no habría pasado medio cuarto de hora desde que los parlamentarios se despidieron del general Ríos para volver á su alojamiento, cuando se presentó de nuevo el hermano del gobernador de Tánger que, como he dicho, entendía el castellano. Traía un saquito de dátiles que regaló al general en nombre de sus compañeros, muy agradecidos al afectuoso recibimiento que se les había hecho. El moro, solo con nosotros, se espontaneó exponiéndonos el verdadero estado del imperio, sin ocultar nada.

El ejército estaba en completa dispersión desde la derrota del día 4 de febrero.—Moros kabilas malos— decía suspirando el parlamentario.—Para cobrar cinco mil, para *batear* cinco cientos.—También nos manifestó que en la batalla de Tetuán, Muley-el-Abbas y

sus lugar-tenientes habían hecho los mayores esfuerzos para contener la fuga de los suyos; pero todo sin resultado, pues hubo moro que desconoció la autoridad de sus jefes hasta el punto de volver contra ellos las armas.

Á la madrugada del siguiente día partieron los parlamentarios para Tánger, donde les esperaba Muley-el-Abbas.

El general O'Donnell les había concedido ocho días de término para que pudiesen poner en conocimiento del emperador las condiciones de paz que había fijado el gobierno español.

Próximo á espirar el plazo, se presentó de nuevo en Tetuán el hermano del gobernador de Tánger, para pedir al conde de Lucena de parte de Muley-el-Abbas una entrevista fuera de la ciudad, donde el príncipe marroquí tenía reparo de entrar, acordándose sin duda de que no había sabido ó podido defenderla contra nuestra invasión.

El general O'Donnell accedió atentamente á los ruegos del moro, y acompañado de algunos generales se dirigió, seguido de su numeroso Estado Mayor, al lugar señalado para la conferencia, que estaba como á legua y media de Tetuán, en el camino de Tánger, no lejos de Gualdrás, donde algún tiempo después dimos nuestro postrer combate y alcanzamos nuestra última victoria.

El sitio de la entrevista era una ancha y dilatada vega, limitada á lo lejos por los estribos del pequeño Atlas; vega desembarazada y descubierta por todas

partes, falta de árboles; pero no de débiles arbustos y espesa yerba. Á larga distancia, casi al pié de los cerros que la rodeaban, divisábanse frondosos bosques de naranjos y olivos, que cortaban en semicírculo el valle, como inmensa guirnalda. La noche anterior había llovido y el terreno estaba pantanoso y fofo; era además abundantísima el agua en la comarca que describo, tanto, que se la veía brotar de entre las hendiduras de las piedras; de entre los cañaverales que limitan y separan las heredades; casi de entre las mismas raíces de las plantas.

El duque de Tetuán llegó como á las tres de la tarde al sitio designado, donde ya le esperaba el príncipe marroquí con doscientos jinetes y alguna gente de á pié. Dando una prueba de confianza, el general O'Donnell dispuso que el Estado Mayor y los escuadrones que le escoltaban se quedasen á alguna distancia del campo moro, y se adelantó con los generales hacia la única tienda que se veía, que era la de Muley-el-Abbas. Era blanca, y estaba adornada con multitud de jarrones negros coronados por una media luna, pintados ó bordados con bastante arte y gusto en la nevada lona. Los generales confiaron sus caballos á los moros de á pié, y penetraron en la tienda del príncipe, precedidos de éste que se había adelantado cortésmente á recibirlos, y de un anciano de venerable barba, el Jetib, según me dijeron; personaje, como es sabido, de grande importancia en el imperio.

El espectáculo que se ofreció á nuestra vista trajo por un momento á la imaginación algunos episodios

de la *Gerusaleme* del Tasso. Aquellos hombres en cuyas manos, como en las del Destino, descansaban la paz ó la guerra, cobijados bajo débil tela, movida á impulsos del viento como el corazón de los circunstantes á impulsos de encontradas afecciones y pensamientos distintos; aquellas numerosas escoltas que permanecían silenciosas é inmóviles, observándose sin recelo, pero también sin cariño, como si las mantuviesen clavadas en sus puestos dos fuerzas opuestas igualmente poderosas, la esperanza de la paz y el entusiasmo de la guerra; aquellos moros con sus blancos alquiceles, con sus turbantes encapuchados, con los variados colores de sus chilabas, á caballo unos, y otros sentados en la yerba; aquellos escuadrones cristianos, con sus brillantes armas, sus inquietos corceles, sus vistosos uniformes; aquellos montes empinados, sobre cuyos sombríos picos flotaban nubes no menos sombrías; todo, en fin, cuanto entraba en la composición del cuadro que veíamos, contribuía á darle majestad y grandeza, á traer á la memoria el recuerdo de la gran epopeya italiana, donde se canta la lucha más poética y acaso la más civilizadora del mundo.

Algunos creían que la paz surgiría de esta conferencia; pero desgraciadamente se engañaron. Los moros no estaban todavía dispuestos á ceder, y el conde de Lucena tampoco.

Muley el-Abbas parecióme como de cuarenta años de edad; es de color muy atezado, de rostro vivo, de mirada ardiente, de barba negra y rizada. Hay en toda su persona un sello de distinción que atrae é interesa.

Viste con elegancia, pero sin afectación; su voz es grave y sonora; sus modales atentos y corteses. Á ser cierto lo que me contaron entonces, el desdichado príncipe no ocultó, durante la entrevista, el dolor profundísimo que le afligía, ni apartó los ojos un solo momento del *gran cristiano*, que así era cómo llamaban los moros al duque de Tetuán.

No haré la historia de estas negociaciones, porque la índole de mi trabajo no me lo permite; baste sólo decir que nada se adelantó, que los marroquíes resolvieron disputarnos el paso en el camino de Tánger, y que el general en jefe hizo todos los preparativos necesarios á fin de llevar adelante la empresa.



Algunos días después de la escena que he referido, llegaron á nuestro campo los tercios vascongados, vistosamente uniformados, con pantalón encarnado, boina del mismo color y poncho azul. Mandábalos el general Latorre, y ardían en deseos de medir sus armas con los eternos enemigos del nombre cristiano. Para completar su instrucción, dispuso el general

O'Donnell que se quedaran guardando las posiciones de Fuerte Martín, Aduana y reducto de la Estrella.

El día 11 de marzo, por primera vez desde que en los campos y alturas de la torre del Helelí escarmentaron nuestras armas la soberbia musulmana, se rompió el fuego entre vencedores y vencidos; entre los nuevos dueños de Tetuán y sus antiguos poseedores. Habíase generalmente creído que la lucha no se renovaría sino pasado el Fondach, en las estrechas gargantas por donde sigue el camino de Tánger; pero la resolución de los marroquíes desvaneció todas estas conjeturas. Nuestro enemigo, repuesto de su susto, vino á buscarnos á nuestras mismas posiciones, tal vez con el deseo de rescatar la ciudad cautiva; tal vez, y esto es lo más probable, con la energía que da la desesperación al que pierde su hogar y su templo, el sitio donde abrió los ojos á la luz y el corazón á la fe de sus padres.

El conde de Lucena asistía á la misa que se celebraba todos los domingos en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, cuando algunos lejanos disparos le hicieron sospechar que ocurría novedad en nuestro campamento. En efecto, los moros habían atacado al cuerpo de vanguardia que á las órdenes del general Echagüe llegó á Ceuta días antes, y que parecía predestinado para comenzar la lucha más allá de Tetuán como la había inaugurado delante de la áspera Sierra-Bullones.

El conde de Reus avanzó después, y la acción se generalizó en toda la línea. Á la bayoneta fueron ocu-

padas una á una las formidables posiciones de los marroquíes, cuyo arrojo parecía haberse acrecentado. Nuestros soldados, siempre valerosos, treparon sin detenerse ante ningún obstáculo por larga y agria montaña, cuyos últimos cerros escondían su cima en el seno de las nubes. Momentos hubo en que cristianos y moros se confundieron en recia acometida, como se confunden la luz y la sombra en las postreras agonías de la tarde.

La noche iba cayendo y la lucha proseguía aún. El crepúsculo vespertino declinaba, envolviendo todos los objetos en esa media tinta indefinible y vaga, mucho más triste que la oscuridad misma, y el general Prim caminaba por cuestas escarpadas donde apenas podían los caballos fijar el pié sin exponerse á rodar hasta el fondo de un precipicio. El conde de Reus debería de decir como Shakspeare en uno de sus inmortales dramas: *el peligro y yo somos hermanos, pero yo soy el primogénito;* porque de pronto se vió casi envuelto por considerable número de marroquíes oculto detrás de un cerrillo, y en riesgo inminente de perder la vida, como en Castillejos y en las trincheras enemigas, el día 4 de febrero. Momento crítico fué aquel; el general tuvo que hacer uso del *revólver* para libertarse de los moros, y lo hubiera pasado mal á no acudir en su auxilio los batallones de León y las Navas, que desalojaron á nuestros contrarios de su madriguera.

La acción terminó á las diez de la noche, hora en que se replegaron las tropas, y en que el general en jefe que había estado durante el combate recorriendo

el campo, se retiró á su tienda sin saber apenas por dónde. La noche era lóbrega, y se había desatado un viento tan fuerte como frío, que hacía vacilar las tiendas con temeroso estrépito. Aún no había entrado en la suya el duque de Tetuán, cuando empezó á caer una abundante lluvia que duró toda la noche y la mañana siguiente. ¡Triste descanso el de nuestros soldados, que, después de doce horas de incesante lucha contra los hombres, principiaban otra contra los elementos, contra el aire que arrancaba sus tiendas, y contra el agua que encenagaba el duro suelo en que dormían, la pobre manta con que envolvían sus ateridos miembros!

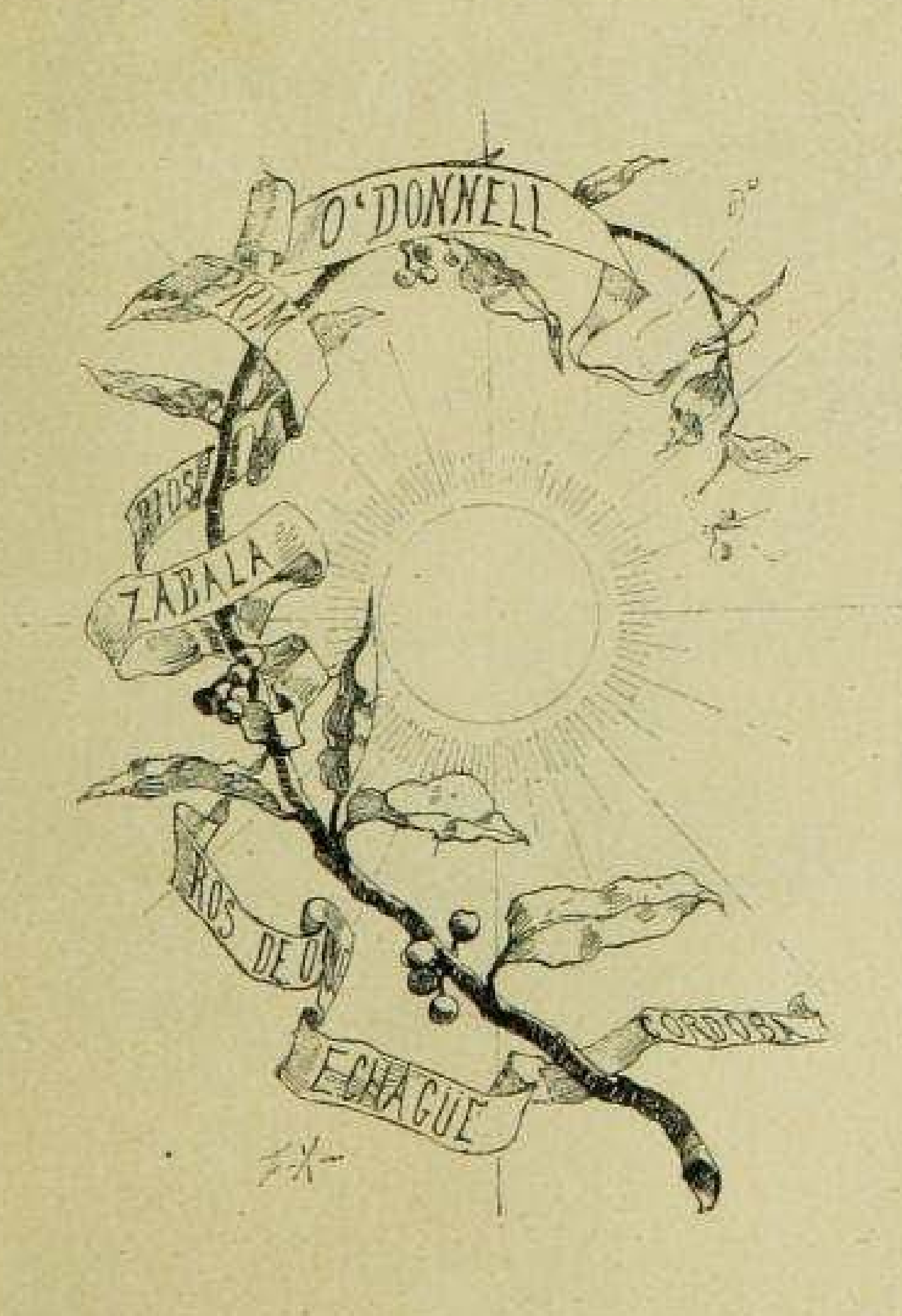
Á consecuencia de la acción del día 11 los moros pidieron nuevamente la paz; pero no habiéndose conformado con las condiciones que se les imponían, rompiéronse otra vez las negociaciones, y se encomendó á las armas la resolución de la contienda.

Y aquí terminan mis recuerdos, porque volví á España la víspera misma de la batalla de Gualdrás, único hecho de armas formal y comprometido que no he presenciado. Las causas que motivaron mi regreso no son de este lugar. Séame, sin embargo, lícito el decir que yo seguí en todo cuanto hice los impulsos de mi conciencia y de mi patriotismo. No seré quien suscite de nuevo cuestiones enojosas, que han pasado ya; la razón que me asistía, despierta aún en mi alma la generosidad, y sólo tengo para los que sin oirme me condenaron, palabras de perdón y olvido.

Sin duda para algunos fué considerada como delito

mi defensa leal y sincera de la paz. Pero ¿qué me importa? Si ellos me acusan, las madres que han abrazado á sus hijos; las esposas que han vuelto á ver á sus esposos; las lágrimas que se han evitado; la sangre y el dinero ahorrados en una guerra, ya no sólo estéril sino imposible, absuelven y justifican mi intención.

Hoy, de los sinsabores que mi conducta me produjo, nada queda ya; pero sí la profunda satisfacción de haber asistido al renacimiento vigoroso de mi patria, y de haber contribuído, con arreglo á mis escasas fuerzas, á celebrar sus triunfos y extender su gloria.




El primer mes de otoño.
F. Xumetra
86

SUPONGO que muchos de mis lectores son aficionados como yo á la vida campestre, á esa vida pacífica, retirada y libre de cuidados sociales, que tan admirablemente ha cantado Horacio.

Si entre mis lectores hay, en efecto, algunos á quienes atrae y deleita la tranquilidad del campo, y han vivido en él, de fijo habrán observado el reposo grave y solemne en que quedan las poblaciones rurales cuando el labrador ha conseguido encerrar en las trojes su cosecha, venciendo todo género de contrariedades; cuando respira sin el temor de que las inclemencias del cielo ó la mala voluntad de los hombres destruyan ó mermen el sazonado fruto de sus ímprobos afanes, y finalmente, cuando el mes de Setiembre con sus remusguillos matutinos y sus primeras lluvias parece como que llega á levantar de las eras las últimas parvas. Entonces amos y criados no se entregan ya con codicioso ahínco en las más calorosas horas de la siesta á la dura y áspera faena de la trilla, como hacían en el corazón del verano, ni mirando desconfiadamente

las ligeras nubecillas del cielo, esperan inquietos y sobresaltados el vientecillo rastrero de las tardes de Agosto, para separar el grano de la paja. Tampoco resuenan ya desde el amanecer hasta la puesta del sol los alegres cantares con que los trabajadores entretienen y conllevan sus rudas tareas agrícolas, si bien turban el silencio de las noches, todavía templadas y serenas, las bulliciosas rondas de la gente joven y desocupada. En Setiembre las eras van quedando desiertas y silenciosas; ya no acuden á ellas, como en el rigor de la canícula, á la caída de la tarde, las familias de los labradores para gozarse en el diario acrecentamiento de su incierta fortuna; vuelve el ganado de labor á sus establos, en los cuales no ha entrado durante el estío; cesan en el campo y también en las casas, donde hasta entonces las mujeres han estado levantándose antes del alba para preparar el desayuno á los gañanes, el tráfago y movimiento de la recolección, y reina en toda la naturaleza una especie de calma satisfecha, holgada y regalona. La madre tierra y los hombres descansan de sus anteriores fatigas; sucédense sin interrupción, ya en un pueblo, ya en otro, singularmente en los que se extienden por la ancha llanura de Castilla, las funciones del santo tutelar con sus romerías, ferias, bailes y novilladas, á que concurren de gala mozos y mozas de los lugares comarcanos, y, según el júbilo que se apodera de todos los ánimos, bien puede asegurarse que Setiembre es para los agricultores el mes de fiesta, ó como si dijéramos, el domingo del año.

Pero si considerado bajo este aspecto pintoresco y rústico el mes de Setiembre ofrece los mayores atractivos, tiene en cambio para los que pisamos los últimos linderos de la edad madura, algo que despierta en nuestras almas vaga é indefinible melancolía. Parece como que es la verdadera representación, el símbolo genuino, la imagen alegórica de ese punto intermedio que podríamos llamar cumbre de la vida, desde el cual se divisan por un lado los postreros vislumbres de la juventud perdiéndose en las nieblas de lo pasado, y por otro las secas realidades de la vejez que avanza con aire sombrío. Todavía no se ha extinguido el calor de nuestros corazones, como no se ha apagado en Setiembre por completo el calor del verano, y sin embargo, síntomas fatales anuncian el fin próximo de nuestras ilusiones marchitas. Las primeras nieves del invierno, es decir, las canas empiezan á blanquear en nuestras cabezas, si es que el tiempo no nos ha arrancado prematuramente las esperanzas y los cabellos, como arrebata el viento de otoño la hojarasca de los árboles. Durante el mes que bosquejo, la vegetación no ha muerto; pero se ve que está gravemente enferma y abatida; las hojas amarillean en las ramas, y la brisa al sacudirlas parece como que se despide quejumbrosamente de ellas; del mismo modo que la íntima voz de nuestro orgullo lastimado ante el estrago que los años causan en nosotros mismos, se despide también de las quimeras de mejores días, cuando hemos llegado á ese período crítico de la existencia, agitado por crueles y secretas incertidumbres, en que, sintiéndonos aún bastante jóvenes

para amar, somos ¡ay! demasiado viejos para ser amados. ¡Triste estación en que las golondrinas huyen de nuestro clima, y las ilusiones de nuestras almas!

El desengaño es terrible para los hombres; pero es mucho mayor y más amargo para las mujeres. Cuando el mes de Setiembre de la vida las sorprende de improviso; cuando apuntan en el cielo, antes clarísimo, de su hermosura los primeros celajes del crepúsculo vespertino, de ese crepúsculo tan bello, y al mismo tiempo tan patético como el adiós de un día moribundo; cuando cada hora que pasa deja una arruga nueva ó ahonda el surco de las antiguas, entonces las mujeres más altivas, más veleidosas, hasta las más impuras suelen sentir, por primera y última vez, el agudo aguijón del amor tenaz, persistente, casi nunca correspondido; de ese amor que se incrusta en el alma, de donde no es posible desarraigarlo sin hacerla pedazos. El postrer amor de la mujer que envejece es indudablemente el afecto más profundo é insaciable de todos los afectos humanos. La mujer que ha doblado el cabo y pasa de cuarenta años, no ama sólo en el hombre que ha logrado inspirarla una pasión casi póstuma las cualidades físicas y morales que le adornan y enaltecen, porque frecuentemente su cariño recae en seres poco favorecidos por la naturaleza, ó en corazones envilecidos; se ama en él á sí misma; ama la memoria de más felices días; sus efímeros, pero ruidosos triunfos de otros tiempos; sus batallas ganadas ó perdidas; la reminiscencia de antiguos placeres, y para decirlo sin rodeos, ama en su último amante todos sus amores

pasados. Su pasión tardía es el cable que la vanidad femenina arroja desde el mar muerto y oscuro de la ancianidad á las costas floridas y cada día más distantes de la juventud; por eso, cuando, no pudiendo resistir la extremada tensión de la edad, el cable estalla y se rompe, es tan honda la angustia de las pobres náufragas y tan incurable su desesperación. ¿Cómo han de resignarse fácilmente á la indiferencia general, mil veces más abrumadora que el olvido, ellas tan aduladas, tan agasajadas, tan admiradas, tan perseguidas por el deseo, allá en los tiempos en que Dios quería, y cuando no era posible verlas sin adorarlas?

¡Singular coincidencia! La lenta agonía de la hermosura está tan llena de ensueños y tan exenta de recelos, mientras el desvío del objeto amado no infiere de pronto la mortal herida, como la agonía de los tísicos, que, por regla general, sucumben también, para que sea mayor la semejanza, en el primer mes del Otoño, ó, como dice poéticamente el vulgo, á *la caída de las hojas*. La belleza que se apaga y desvanece, sueña quizás, cuando lanza sus últimos destellos, en la eternidad de su imperio, y forma cálculos de felicidad imposible, como el enfermo del pecho, desahuciado por los médicos, abre su alma á los más risueños propósitos y tiernas expansiones, precisamente cuando la muerte invisible, sentada á la cabecera del lecho, cuenta ávidamente los pocos instantes de vida que concede al pobre moribundo. Y es porque la existencia humana, tanto en el orden físico cuanto en el moral, se pa-

rece al sol, que, al esconderse, tiñe el horizonte con sus más brillantes tintas y sus resplandores más vivos, como si desplegando toda su magnificencia quisiera protestar contra la ley oculta é inexorable que regula el movimiento de la tierra y rige su curso.

No es difícil, levantando algo más el pensamiento, encontrar también notables analogías entre el revuelto estado de nuestro siglo y el mes de Setiembre. Considerando el pasmoso espectáculo que ofrecen las sociedades modernas, atormentadas por un espíritu de crítica implacable, bajo cuyo escalpelo, jamás ocioso, todo perece, se descompone ó se transforma, he llegado á sospechar si nuestra civilización habrá entrado ya en el Otoño de su portentosa grandeza. No es posible desconocer que atraviesa por suprema y temerosa crisis, al ver cómo la tradición hasta hace poco semejante á uno de esos añosos y robustos árboles de ancha y tupida sombra, presenta ya su tronco desnudo, escueto y agrietado; cómo la tristeza misteriosa, propia de todos los períodos hondamente perturbados y escépticos, tristeza que los romanos de la decadencia llamaban *tedium vitæ*, y el espíritu filosófico de nuestra edad califica con el nombre de *melancolía del siglo*, se propaga á modo de enfermedad contagiosa, gravita sobre las conciencias en que está oscurecida la idea de Dios, vierte con su negra ánfora la duda en las almas mejor templadas, y convida con el suicidio á los débiles, á los incrédulos y á los cobardes; al ver, en fin, cómo ruedan á impulso de un viento de desolación que á todas partes alcanza y ningún prestigio respeta,

costumbres, principios, leyes, instituciones, altares y dioses. Seguramente nuestra generación padece; pero ¿qué importa si la humanidad avanza? La civilización marcha, como todas las cosas de la tierra, al través de la invariable sucesión de las estaciones y pasando por el ordenado turno de la luz y de la sombra. Tal vez nosotros, átomos vivientes de un día, que vemos y sentimos cómo descienden la noche y el frío sobre nuestra sociedad apesadumbrada, no alcanzaremos horas más claras y serenas; mas ¿quién duda que éstas volverán cuando deban volver?

Tengo la certidumbre de que volverán. ¿Por ventura no han vuelto en circunstancias y condiciones más terribles que las que nos cercan? En antiguos tiempos, al resonar por llanos, cumbres y mares el grito fatídico de la naturaleza atónita: *¡Pan, el dios Pan ha muerto!*, la conciencia universal quedó como aletargada, sin fe en los dioses que se iban ni en el Cristo que había llegado. Durante este largo eclipse, ó más bien, durante esta confusión caótica del sentimiento religioso, en que sólo algunas almas puras y escogidas pudieron gozar de la verdadera creencia, la tierra gimió bajo el yugo de Césares locos ó malvados y de muchedumbres imbéciles ó corrompidas. Falta de un principio regenerador que la animara, porque las aras de Cristo, si no estaban vacías, estaban por lo menos ocultas, aquella sociedad divinizó las fuerzas, la materia y el miedo, y Tiberio fué dios, Nerón fué dios, Calígula fué dios, Heliogábalo fué dios, dioses fueron los mayares monstruos y verdugos del género humano. Cinco

siglos duraron las convulsiones del gigantesco imperio que moría, y en este intervalo, parecido á un prolongado insomnio, presenciáronse, como en nuestros días—más que en nuestros días,—espantosos sucesos y crímenes execrables apenas concebibles; hubo guerras cruelísimas, violentos trastornos sociales, encumbramientos inverosímiles, caídas vergonzosas. Por todas partes olas de sangre y cieno, revueltas y embravecidas, se extendían rugiendo. En este trágico lapso de tiempo aparecieron los *Anales* é *Historias* de Tácito, que muestran á qué hediondos abismos de ferocidad y concupiscencia puede bajar la tiranía, y Juvenal flageló con sus inmortales *Sátiras* á aquellas generaciones degradadas, sometidas á todo linaje de vicios, ignominias y abominaciones. Todo se derrumbaba con pavoroso estrépito, en medio del estupor y de la podredumbre generales, y hasta tal punto el espectáculo era terrorífico, que los ánimos más varoniles, iluminados y fortalecidos por la nueva fe, exclamaban medrosos y desalentados, como San Jerónimo, á la vista de tanto hundimiento y ruina: ¡Ay de mí! ¡Lloro los funerales del mundo! El mundo romano se desploma. «*Totius orbis mortem plango, romanus orbis ruit.*» Sonó, por fin, la hora de la catástrofe definitiva, y desde el septentrión cayeron sobre los restos del Imperio de Occidente multitud innumerable de tribus bárbaras que parecían traer, como auxiliares de sus iras, las tinieblas, el estrago y la muerte. ¡Oh justa providencia de Dios! Lo que entonces se creía noche era aurora; lo que se presentaba como aterido invierno era plácida y

florida primavera. Lejos de morir, como hacían temer todos los síntomas, el mundo se rejuvenecía.

¿Por qué, pues, no hemos de esperar el advenimiento de días más prósperos y bonancibles? Confiemos.

1877.



SANCHO GIL

(CUENTO FANTÁSTICO)



I

Por los años de 1589 vivía en Buenache de la Sierra una mujer de edad avanzadísima, acerca de la cual corrían en el pueblo los más singulares rumores, pues se susurraba que se había entregado en cuerpo y alma al diablo, ó lo que es lo mismo, que pertenecía al gremio nefando de las brujas y hechiceros. Ciertamente el aspecto asqueroso de esta vieja, llamada Aldonza Rodríguez, prevenía en contra suya, y si no justificaba, por lo menos explicaba las hablillas del vulgo, siempre inclinado á pensar mal de todo aquello que, como él mismo dice, no le entra por los ojos.

Frisaba la tal Aldonza en los ochenta años. Era baja, enjuta y contrahecha, como agobiada ya por el peso abrumador del tiempo, que todo lo modifica, desfigura y destruye. Ralos mechones de cabellos grises, ni bien ni mal peinados, porque nunca se los peinaba, servían de marco á un rostro seco, apergaminado, surcado de profundísimas arrugas, en cuyas sinuosidades y revueltas, que parecían trazadas con tinta, jamás había penetrado el agua, ni siquiera en días de lluvia. Frente estrecha y deprimida como la de un reptil; ojillos garzos y sanguinolentos, que cuando se encandilaban despedían relámpagos de ira, y que yacían casi ocultos en sus hondas cuencas, bajo espesísimas cejas, como animales dañinos á la entrada de sus madrigueras guardadas por ásperos matorrales; nariz corva á guisa de pico de águila, y barbilla puntiaguda, salpicada de pelos largos y retorcidos, formaban la inverosímil fisonomía de la vieja, que en sus verdes años debió de ser horrible y en su edad provecta era espantosa.

Cuando llena de andrajos, apoyándose en su báculo, y con paso remiso y torpe, andaba renqueando por las callejuelas del pueblo, los chicos huían recelosos, cerrábanse de golpe puertas y ventanas, las madres amedrentadas estrechaban contra el seno á los hijos de sus entrañas, como queriendo sustraerlos á las miradas maléficas de la tía Aldonza, y hasta los mismos hombres, más resueltos y atrevidos, hacían temerosamente al verla pasar el signo de la cruz.

Relatábanse de ella cosas estupendas. El sacristán Diego Ortega contaba, á quien quería oirle, cómo en

noche de tempestad la había visto en la iglesia, acurrucada al borde de una sepultura que acababa de abrir y entretenida en desgarrar con aceradas uñas las entrañas de un cadáver para recoger en un bote las enjundias del muerto, y juraba por todos los santos de la corte celestial, que al pronunciar horripilado ante tan abominable espectáculo el sagrado nombre de Jesús, el bote, la vieja y el difunto habían desaparecido como por ensalmo al amarillento resplandor de una centella, cayendo por sí misma la piedra sepulcral sobre la profanada fosa con el estrépito de un trueno.

Las comadres del lugar se referían unas á otras en voz baja casos verdaderamente pavorosos, cuyos espeluznantes pormenores se habrían tenido por increíbles, á no atestiguar su exactitud los mismos sujetos que, según confesión propia, los presenciaron ó sufrieron. Estaba plenamente probado el hecho de haber encontrado muerto repentinamente en su cuna al hijo de Cosme *el Zurdo*, sin que antes presentara síntoma de enfermedad, y se sabía además, que cuando el cirujano acudió á examinar el cuerpo de la malograda criatura, se halló con que una bruja, á juzgar por señales evidentes, había chupado la sangre del niño, hiriéndole con un ahujón, mientras dormía, por debajo de las uñas en los dedos de la mano siniestra, que es la que corresponde al corazón. Y que la autora de tan execrable crimen era la tía Aldonza, se demostraba con el dicho de un vecino honrado, el cual, pasando casualmente la noche misma en que ocurría el trágico y lamentable suceso por el callejón donde Cosme *el Zurdo*

tenía su casa, había visto á la luz de la luna salir por la chimenea, á modo de humo negruzco y pestilente, la sombría figura de la vieja, a horcajadas en un macho cabrío: por más señas, que los ojos la relucían como carbones encendidos, y que al ponerse ella y su diabólica cabalgadura en contacto con el aire exterior, ambas, conservando su forma corpórea, se ensancharon, crecieron, tomaron proporciones desmesuradas y oscurecieron el espacio como denso nublado.

Era también público y notorio que, habiendo reñido en cierta ocasión con Pedro Peralvillo, díjole donde muchos la oyeron, que se acordaría de ella por todos los años de su vida; y en efecto, dos semanas después de proferida la amenaza, un tremendo pedrisco, precedido de truenos y rayos, arrasó los campos del pobre Peralvillo, mató su ganado de labor y le dejó á pedir limosna, sin que pudiese apenas recoger el grano preciso para la inmediata sementera. Un chicuelo, que andaba á caza de cigarrones y saltamontes, vió, poco antes de la catástrofe, á la tía Aldonza de pié en medio de la heredad, trazando en el aire círculos simbólicos con una varilla de avellano y pronunciando palabras cabalísticas, y afirmó que, lleno de inquietud, se escondió detrás de un zarzal de la linde, desde donde pudo observar, sin ser notado, la aparición de un monstruo en figura de hombre, todo compuesto de fuego, con dos cuernecillos en la frente y los piés de ganso. El chico no llegó á comprender lo que la tía Aldonza decía al monstruo, el cual no debía ser otro que Satanás; pero declaró delante de personas graves y abona-

das, tales como el susodicho sacristán Diego Ortega, el albéitar y el cirujano, que cuando con más calor hablaban, se inflamó el aire, se ennegreció el cielo y comenzaron las nubes á despedir granizo sobre las rozagantes mieses, con desatada y arrolladora furia.

Con tantos datos, todos fehacientes, y otros muchos que no cito, porque si lo hiciera sería el cuento de nunca acabar, no es maravilla que la tía Aldonza tuviese la reputación de bruja sólidamente asentada en diez leguas á la redonda, ni que las gentes dijeran que por menos motivo habían sido quemadas públicamente en los *autos de fe* de Cuenca y Toledo otras mujeres, cuyos sortilegios, hechicerías y delitos jamás llegaron á la enormidad de aquellos que se imputaban á la repugnante vieja de mi historia. Pero á bien que la Santa Inquisición no se dormía sobre sus laureles, y ya había indicios de que andaban sus sabuesos á la husma de lo que en el pueblo acontecía, siendo de esperar que al cabo purgase la tía Aldonza en la hoguera, como merecía, para desagravio del cielo, la perversidad de su vida, sus pactos con el demonio y la torpeza de sus costumbres, no por oculta menos cierta.

II

Odiada de todos, de todos temida, la tía Aldonza vivía en el lugar, apartada, como leprosa, del trato humano, sin más compaña que la de una sobrina de diez

y siete abriles, hermosa como un sol é inocente como una paloma, á quien seis años atrás había recogido en su casa. Llamábase Catalina, y era, sin disputa, la doncella más garrida, no sólo de Buenache de la Sierra, sino de todos los pueblos del contorno. Rubia y sedosa cabellera, como la de un ángel, adornaba el óvalo perfecto de su cara blanca y sonrosada, que no había podido curtir la intemperie, y que animaban una nariz de perfil purísimo, casi griego, una boca pequeña y encarnada parecida á entreabierto capullo, y dos ojos claros y transparentes, que chispeaban entre sus largas pestañas como astros en serena noche de estío. Vestía tosca y miserablemente, según correspondía á su condición y estado; pero era tal su donosura, y había tanta gracia natural en sus movimientos, que, á pesar de la humilde saya de remendada estameña con que encubría la esbeltez y corrección de sus formas, habría podido tomársela por alguna de aquellas princesas disfrazadas de pastoras, algo montaraces y redichas, de que estaban atestadas las églogas y novelas bucólicas del siglo XVI. Para que el parecido resultara mayor, conviene hacer constar que también en instrucción, aunque la suya no fuese mucha, sobrepujaba á las demás muchachas del pueblo, sin exceptuar á las más hidalgas. Habíase criado hasta los once años bajo la tutela y dirección de otra tía suya, organista de un convento de monjas en Cuenca, donde con su despejo natural y vivo, recogió provechosas enseñanzas. Aprendió á leer de corrido, á escribir no tan bien, algo de latín y un poco de música, con lo cual, si no hubiese

muerto la buena madre, Catalina habría profesado al cumplir la edad, y quizás, andando el tiempo, reemplazado á su tía en el coro.

Y ojalá nunca hubiese salido de las cuatro paredes del claustro, porque ¿de qué le valía en el siglo ser hermosa y discreta? La vergonzosa fama de su tía pesaba sobre ella como losa de plomo, y sentía transcurrir sola, triste y abandonada de todos las mejores horas de su juventud, sin una amiga, ni un amante, ni un piadoso confidente de sus penas. Huíanla las jóvenes de sus años con desdén y desabrimiento, y tal vez más celosas de su peregrina y envidiada belleza que asustadas de lo que en el pueblo se decía, y los mozos, que, donde no podían ser vistos ni censurados, la acosaban con miradas ávidas y pecaminosas, no se atrevían, sin embargo, á danzar con ella en el corro de los domingos. Cierto día un mal aconsejado forastero tuvo el descaro de sacarla á bailar; pero no se hizo esperar el castigo, porque al punto se interrumpió la comenzada rueda, alejáronse de allí las demás parejas, cuchicheando indignadas, y hasta el gaitero y el tamborilero suspendieron la música, como si creyesen rebajados sus oficios concejiles tocando para solaz y entretenimiento de aquella desvalida niña, unida por tan estrechos vínculos á la mal encarada bruja, terror y escándalo de la comarca. Catalina se alejó silenciosa, sin poder apenas reprimir las lágrimas, de un sitio en donde con tan injusta dureza se la trataba, y resignándose desde aquel momento con todas las consecuencias de su mala suerte, no volvió á mezclarse en los

juegos de sus compañeras, ni á turbar con su presencia los goces de la juventud de que á ella, pobre huérfana sin defensa ni amparo, con tanta crueldad se la desposeía.

Pero, como dice un antiguo refrán castellano, todo tiene remedio en el mundo, si no es la muerte, y ninguno puede llamarse hasta el fin dichoso, ni desdichado. Fué el caso que por aquellos días llegó á Buenache de la Sierra, de donde era natural, un soldado de los tercios de Flandes que había regresado á España para asuntos del servicio. Rayaba Sancho Gil, que por este nombre respondía, en los veintisiete años, y era tan ágil y fornido como de apuesto y airoso continente. Su rostro, tostado por el sol de los campamentos, revelaba desde luégo resolución y audacia, no exentas de hidalga generosidad: tenía la frente despejada; la mirada viva y penetrante, pero tranquila; la nariz grande, y emboscada en ancho y retorcido mostacho á la borgoñona, la boca desdeñosa y algún tanto provocativa. Parco en palabras, pronto de genio y más pronto todavía de manos, gozaba de bien adquirido crédito de valiente en su tercio, con el cual había asistido á la heróica, aunque no siempre afortunada campaña de la Frisia, á las órdenes del ilustre capitán de lanzas don Luís de Benavides y Sotomayor. Honroso testimonio de su esfuerzo varonil y de las empresas en que se había encontrado, eran las innumerables cicatrices que señalaban su cuerpo, todas alcanzadas en defensa de su rey, de su patria y de su Dios contra los rebeldes luteranos, á quienes aborrecía cada vez con

mayor saña, como español y como católico. Pródigo de su vida y de su bolsa, jamas contaba ni las cuchilladas ni el dinero que alternativamente daba ó recibía, pendenciero con los pendencieros, noble con los vencidos, y si bien osado, nunca procaz con las mujeres, supo granjearse en los cinco años que estuvo fuera de España el aprecio de sus cabos, la cordial estimación de sus camaradas, el respeto de sus enemigos y el amor de muchas flemáticas holandesas, cuya sangre había encendido con su donaire y gallardía.



No hay que decir si la presencia de Sancho Gil en Buenache de la Sierra produciría alboroto verdadero entre las mozas del pueblo. La reputación de arrojado, que le había precedido, su gentileza, abierto carácter y buen porte eran prendas más que sobradas para que palpitaran á su paso no pocos corazones femeninos, ardiendo en deseos de asaltar en buena guerra la voluntad del soldado, que no creían fortaleza inexpugnable. De la noche á la mañana, sin que se coligiera la

razón, más de un favorecido mancebo vióse desdeñado por la señora de sus pensamientos, y hubo en Buenache de la Sierra, durante unos cuantos días, muchos juramentos de amor olvidados, muchas bodas apalabradas sin causa conocida deshechas, grandes disensiones en el seno de las familias, y aun algunas palizas nocturnas con que desfogaban sin duda su mal humor los desesperados, los ofendidos y los celosos.

No era Sancho Gil hombre que desaprovechara tan favorable coyuntura, ni el interés que entre las hijas de Eva había despertado, y con la libertad de trato que engendran las costumbres militares, disparaba al soslayo requiebros á las unas, ojeadas subversivas á las otras, y abrazos á las que se descuidaban ó lo fingían, que cada vez iban siendo en número más crecido. De esta suerte estimulaba las nacientes esperanzas y ocultas ilusiones de las muchachas casaderas ó no casaderas del pueblo, que forjándose cada día nuevos castillos en el aire, se preguntaban á sus solas con creciente afán y viva complacencia:—¿Quién será la preferida?—Y claro es que todas se contestaban en secreto, de modo que sólo su corazón las oyera:—¡De fijo yo!—Sería el primero que se me escapara.—

¡Pobres é incautas criaturas! Á más de una perdióla esta confianza excesiva en sus propias fuerzas, porque Sancho Gil era diestro en emboscadas y ardides, sabía hurtar el bulto para no caer en las celadas que le tendían las dulces enemigas de su reposo, y como buen cazador, no le agradaba gastar la pólvora en salvas.

Bien puede decirse que siempre iba á tiro hecho y pieza segura.

La oscuridad y aislamiento en que Catalina vivía preserváronla por entonces de la especie de vértigo amoroso que parecía haber contagiado á todas las mozas del lugar. Por otra parte, habituada, como estaba desde que la recogió su tía Aldonza, al menosprecio de sus convecinos, tenía la infeliz tan desventajosa opinión de sí misma, que si alguna vez, cediendo á los irresistibles estímulos de la naturaleza, le había aquejado el deseo imperioso de amar, jamás en su abatimiento se juzgó digna de ser amada. ¿Qué sentimiento de compasión y cariño podía inspirar ella, á quien todos rechazaban y aborrecían? ¿Quién había de fijar su atención en un sér tan insignificante, miserable y humillado?

Esto creía de buena fe, pero se engañaba. Á pesar de su forzado apartamiento del mundo, Sancho la vió un día en que, sola como de costumbre y á las horas en que las demás jóvenes de su edad no concurrían á la fuente, llenaba su cántaro en el único manantial de agua potable que, no lejos del pueblo, en pintoresca alameda brotaba; y al encontrarse con ella, deslumbróle su incomparable belleza, sintiendo nacer en él no vano y efímero capricho, sino una pasión sincera y profunda. Acercóse á la doncella, tímido y alterado, no obstante su proverbial desenvoltura, y Catalina oyó estremecida, como la hoja en el árbol, las primeras palabras de amor que con balbuciente labio Sancho Gil le dirigía. Aquel lenguaje de fuego, cuya regalada música

nunca había resonado en sus oídos, sacudió el corazón de la pobre niña, que estaba paralizado, mas no muerto, haciéndole despertar con el vigor del germen en el surco cuando le penetra el calor del sol; enardecióse



la sangre en sus venas; bulleron en su virgen fantasía, como evocados por la varilla de un mágico, mil sueños de ventura, y á medida que el soldado se explicaba, todo se engrandecía y transformaba á los ojos de Catalina, pareciéndola más hospitalaria la tierra, menos cruel su sino y más hermosa la vida. ¿Qué más he de decir?

A las pocas horas de haberse conocido aquellas dos almas, hasta entonces tan separadas y extrañas, se comprendieron y se amaron.

No tardó en divulgarse por el pueblo la que podría llamar infausta nueva. Sancho cayó como ídolo vencido del pedestal en que el entusiasmo femenino le había colocado, siendo las mujeres que más le ensalzaron, mientras abrigaron la esperanza de atraerle y fijar su veleidosa atención, las que con más iracundo encono después le zaherían. Tampoco fué más dichosa Catalina, pues la levadura de envidia que contra ella fermentaba de antiguo en los corazones de sus compañeras, se convirtió súbitamente, como se convierte la chispa en hoguera, cuando encuentra combustible y el viento la atiza, en odio envenenado y mortal. Pero ¿qué les importaban á los dos amantes los rencores y murmuraciones del mundo?

Todas las tardes, sobre poco más ó menos á la misma hora, encontrábanse á la mitad del camino que desde el lugar conducía á la alameda, donde Sancho esperaba á la elegida de su alma para acompañarla hasta la cercana fuente, llevándola el cántaro; allí se deslizaba para ambos el tiempo sin medida, entretenidos en sabrosas pláticas, y cuando el sol empezaba á trasponer las cumbres comarcanas tornaban al pueblo, ella radiante de felicidad y él cada vez más enamorado y rendido.

Una viejecilla, maliciosa y murmuradora, que pedía limosna á la entrada del lugar, de donde era vecina, refunfuñaba todas las tardes al verlos volver risueños,

descuidados y dichosos:—¡Hum! ¡Milagro será que con tantas idas y venidas el cántaro no se rompa!

III

Plácidamente transcurrían las horas para los dos amantes, sin que se dieran cuenta de la veloz carrera del tiempo, hasta que al cabo, como sucede siempre, ligera nube empañó el diáfano cielo de sus alegrías. Sin que Sancho Gil pudiera explicarse el motivo, Catalina cayó de pronto en honda é incurable tristeza, cuyos efectos procuraba disimular en vano, porque muchas veces, en medio de las más vivas expansiones de su cariño, arrasábansela de lagrimas los ojos, é inclinaba la frente meditabunda y mustia como flor que se dobla sobre su tallo. Cuantos esfuerzos hizo el suspicaz soldado para averiguar la causa del secreto é imprevisto dolor que laceraba el corazón de su novia, fueron inútiles; á sus reiteradas indagaciones y pesquisas contestábale siempre negándolo todo y burlándose con forzada risa de las inquietudes de Sancho, que calificaba de locas é infundadas cavilosidades.

¿Es extraño que despertase en él grandes sospechas y temores la rara tenacidad con que la melancólica doncella pretendía encubrir el misterioso pesar que la abrumaba? ¿Por qué se aflige? ¿Por qué llora? pensaba Sancho; y no pudiendo hallar satisfactoria respuesta

á sus dudas, daba libre rienda á la imaginación, siempre propensa á creer en lo más malo, creyéndose vilmente vendido por la mujer á quien había consagrado la única pasión verdadera de su vida.

Tan angustioso estado no podía prolongarse muchos días, y como era de esperar, estalló al fin el volcán que dormía en el pecho del amante celoso. Una tarde, poco antes de la puesta del sol, Catalina y él, sentados á la vera del fresco manantial, medio escondido entre el espeso ramaje de los fresnos á cuya sombra nacía, seguían con mirada absorta el rápido curso del hilo de plata, que escapándose del remanso, iba á perderse en lo más hondo y apartado del valle. Bajo la penosa impresión de sus encontrados pensamientos ambos estaban tristes, abstraídos y mudos, hasta que de improviso, desviando Sancho la vista de la fugitiva corriente y clavándola en su novia, exclamó con voz sorda y ahogada:

—¡Tú me haces traición, Catalina!

—¿Yo?—repuso la joven sorprendida.—¿Qué estás diciendo?

—¡La verdad! repuso él con mal disimulado enojo. ¡Basta de engaños y mentiras! ¿No son, por ventura, claras pruebas de tu falsía el hondo abatimiento en que á menudo caes, las lágrimas que viertes, los gemidos que, cuando más contenta finges estar, pugnan por salir atropelladamente de tu seno, y el obstinado silencio en que te encierras á pesar de mis súplicas? Es en vano, fementida, que niegues tu culpa. ¿Por quién puedes llorar como lloras, sino por algún rival

mío, quizás ausente, quizás muerto, mas no olvidado?

Catalina nada contestó; bajó la cabeza y permaneció por breves momentos ensimismada. Notábase que en lo más recóndito de su pecho reñían en aquel instante dura batalla, de un lado el deseo de desvanecer los ofensivos recelos de Sancho, y de otro, el espanto que le inspiraba la penosa confesión de un secreto, acaso horrible, hasta entonces con tanto empeño escondido. Resolvióse, por último, á hablar, y fijando con indefinible angustia las humedecidas pupilas en su amante, exclamó haciendo un supremo esfuerzo:

—¡Puesto que lo quieres, sea! Todo lo sabrás, aunque me cueste la vida. Pero antes júrame por la santa memoria de tu madre que á nadie revelarás, ni siquiera en el trance de la muerte, lo que voy á decirte.

—¡Te lo juro!—dijo Sancho con acento grave y solemne.

—¿Ni al alcalde del lugar?—preguntó Catalina.

—¿Al alcalde? ¡Bah!.....—respondió con desdeñosa sonrisa el soldado.

—¿Ni al señor cura?—volvió á preguntar la joven con viva ansiedad.

—Pero ¿qué tiene que ver el señor cura con todo esto?—replicó Sancho poniéndose serio, y no poco maravillado de lo que oía.

—¿Es que te arrepientes de tus juramentos?—repuso Catalina impacientándose.

Sancho quedó un punto perplejo sin saber qué decir; rascóse la oreja con aire distraído, y luégo, venciendo sus escrúpulos, contestó resueltamente:

—Pues no me vuelvo atrás. ¡Ni al señor cura!

—Entonces acércate y escucha—añadió Catalina en voz baja, no sin mirar azorada é inquieta alrededor suyo, como si temiese ser oída. Desde que vine al pueblo, claro es que llegaron á mi noticia, siquiera fuese vaga y confusamente, los rumores de que mi tía Aldonza tenía hecho pacto con el demonio; pero siempre me resistí á creerlos. Rebelábame hasta hace poco en silencio contra las malévolas acusaciones que se la dirigían, considerándola víctima, como yo, de los chismes y malquerencias del lugar. Nada, por otra parte, había observado en mi tía que justificara la opinión de las gentes: asistía puntualmente conmigo á misa los domingos y demás fiestas de guardar, edificándome con su devoción; íbamos por la tarde al santo rosario; se confesaba á menudo, y era de las beatas que, como dice el sacristán, se llevan todos los días las llaves de la iglesia. Verdad es que constantemente me trataba con despego, como si se gozara en hacerme padecer; pero yo perdonaba la aspereza de su carácter atribuyéndola, no sólo á las naturales impertinencias de su edad avanzada, sino á lo mucho que debían haberla agriado las calumnias é injusticias de sus convecinos. Mas ¡ay! veinte días hace que ha caído la venda de mis ojos. Llamóme un sábado á su alcoba, donde con gran solemnidad y misterio me confesó que en efecto era bruja, pintándome con los más vivos colores las alegrías y placeres que le proporcionaban sus añejas relaciones con el diablo, y proponiéndome que la acompañara aquella misma noche á una de sus sacrílegas

rondas. Yo la escuchaba atónita; neguéme horrorizada á seguirla: instó, suplicó, porfió, lloró, pero todo fué en vano, y jamás pudo vencer mi repugnancia. Entonces, vomitando maldiciones y blasfemias, arrojóse sobre mí como enfurecida loba, y arrastrándome por el pelo, me golpeó sin piedad, diciéndome con voz ronca, semejante á un aullido: «—¡Ya cambiarás de idea, víbora, ya cambiarás! Satanás, mi señor y dueño, está enamorado de ti, y es forzoso que seas suya. Se lo he prometido, y lo serás, porque yo lo quiero.»

—¡Ira de Dios!—exclamó Sancho, poniéndose en pié de un salto, como tigre herido, y echando mano á la empuñadura de su espada.

—Desde aquel instante—prosiguió diciendo Catalina entre mal reprimidos suspiros—mi vida es continuo tormento. Todos los días, con palabras melosas, blandos halagos y tentadoras promesas, procura convencerme, y cuando ve que no puede conseguirlo, se lanza frenética sobre mí, pellizcándome, arañándome y atarazandome con bárbara crueldad. «—¡Mira!—añadió mostrando sus hermosos y redondeados brazos, cubiertos de mordiscos, rasguños y cardenales—así está todo mi cuerpo. ¡Y si no fuera más que esto! Pero terribles visiones me persiguen en sueños, y tengo miedo de quedarme dormida. Aparéceseme el diablo bajo distintas formas, y me asedia, y me acosa, y me hostiga sin cesar, á veces risueño y á veces sombrío. Lucho con él en las tinieblas, invocando el nombre de la Virgen María y repitiendo las oraciones que aprendí en el convento, hasta que la fatiga me rinde, y enton-

ces, para librarme de las tenaces embestidas del demonio, tengo la precaución, antes de cerrar los ojos, de poner las manos en cruz sobre mi pecho, como si estuviera muerta.

Sancho escuchaba el relato de Catalina lívido y desencajado, conteniendo apenas su cólera, que había llegado al colmo.

—¡Ay de mí!—continuó la infeliz criatura con la elocuencia que da el dolor verdadero.—¡Si hay ocasiones en que pienso volverme loca! En medio de la oscuridad veo fantasmas aterradores que me espían con incansable insistencia, y oigo en el silencio de mis noches sin sueño ásperas carcajadas y gritos inarticulados, que parecen decirme: «—¡Tú serás mía! ¡Tú serás mía! ¡Tú serás mía!»

Guardó una breve pausa, y exclamó después con la más profunda desesperación, mesándose los cabellos:

—¡Oh, Santa Madre de Dios, consuelo de los afligidos! ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada?

Luégo, cayendo casi sin sentido á los piés de su conmovido amante, abrazándose á sus rodillas con crispadas manos y volviendo hacia él sus miradas suplicantes y despavoridas, añadió entre lágrimas y sollozos:

—¡Sálvame, Sancho mío, sálvame!

—¡Ira del cielo! ¡Ten ánimo, y no temas, que desde hoy te defiendo yo!—gritó el soldado, levantando á Catalina del suelo.—Porque has de saber que te quiero como jamás mujer alguna ha sido querida, y estoy resuelto á luchar por ti, no sólo con todas las brujas de la tierra habidas y por haber, sino con el cornudo rival

que me ha deparado mi mala fortuna. ¿Tienes confianza en mí?

—¿Lo dudas acaso?—respondió Catalina llorando y riendo al mismo tiempo.

—Pues bien—prosiguió el soldado.—Pruébamelo. El sábado próximo, cuando tu condenada tía, que mil rayos confundan, acuda, como de costumbre, á su nocturno aquelarre, me abrirás la puerta de tu casa.

—Pero ¿cómo quieres?.....—replicó la joven bajando los ojos y poniéndose más encarnada que una cereza.

—Abre, y no tengas cuidado—repuso Sancho sin dejarla acabar la comenzada frase.—Pues juro delante de Dios, que nos ve, hacerte mi mujer al pié de los altares en cuanto salgamos de esta singular aventura.

Catalina, trastornada por la alegría al oir la formal promesa de Sancho, no pudo contenerse, y se precipitó en los brazos del generoso mancebo, que la estrechó violentamente contra su corazón, colmándola de tiernas caricias. En el exceso de su felicidad no vieron en aquel momento á un enorme gato negro, de piel erizada y ojos centelleantes, el cual atravesó de un salto el remanso de la fuente, y fué á esconderse bufando entre los espinos y zarzales que cerraban las heredades vecinas. La noche había extendido ya su estrellado manto sobre el mundo cuando los novios emprendieron apresuradamente la vuelta al pueblo, tomando por un atajo para llegar más pronto. Sentada, como siempre, en el umbral de su miserable casucha estaba la vieja pordiosera, que, al verlos pasar á deshora, cabizbajos y pensativos, farfulló entre dientes,

guiñando con maligna intención sus ribeteados y penetrantes ojuelos:

—El cántaro no se ha roto todavía; pero ya está cascado, y se romperá.

IV

Llegó la esperada noche del sábado. Aún no se habían apagado las últimas vibraciones de la campana que acababa de dar las doce en el reloj del pueblo, cuando Catalina, después de haberse cerciorado de que su tía había tomado el camino del humo para asistir á su conciliábulo semanal, abría con el mayor sigilo la puerta de la casa á su rendido galán, según lo concertado con él días atrás en la fuente.

—¿Voló la bruja?—preguntó Sancho al entrar.

—Hace poco—respondió Catalina trémula y avergonzada al verse sola con su amante.

—Pues guíame á su cuarto—repuso el soldado sin notar su turbación—y búscame al punto la escoba más inútil y vieja que haya en la casa.

—¿Qué piensas hacer?—exclamó la joven maravillada.

—Allá veremos—contestó Sancho, como quien no quiere comprometerse demasiado con la respuesta.

Y esto diciendo, avanzaron por la estrecha y escu-

rridiza escalera, cuyos desiguales peldaños y negras paredes apenas lograba alumbrar la dudosa luz del candil que Catalina resguardaba con el hueco de una mano para que no la apagase el aire, el cual, por las rendijas de ventanas y puertas, sutilmente se colaba.



Subieron, por fin, no sin que Sancho tropezara varias veces, al oscuro y desguarnecido camaranchón donde la tía Aldonza tenia su cama. Consistía ésta en miserable jergón de tela burda, por cuyos agujeros se salía la paja, tendido en medio del cuarto, y sobre el cual veíase arrebujado un raído y mugriento cobertor de lana que había perdido ya, á fuerza de años, sus primitivos colores. La tía Aldonza nunca había consentido que su sobrina entrara sola en aquella especie de antro en que dormía, ni siquiera para limpiar las telarañas, que amplia y holgadamente colgaban del techo como las mallas de espesa red. Ni mesa, ni banquillo, ni arcón, ni anafe había en aquella desmantelada estancia, cuya desnudez daba frío, como no fuese otro candil, que, pendiente de un clavo, despedía á intervalos sus últimas y vacilantes llamaradas.

—¡Valiente leonera!—dijo Sancho paseando la vista en torno suyo.

Y después, volviéndose hacia Catalina, añadió:

—Anda, hija, anda, y tráeme la escoba que te he pedido.

No bien estuvo solo, descolgó el candil, atizó su amortiguado pábilo, miró á un lado y otro, como quien busca algo que no encuentra, paróse á meditar un instante, y exclamó después lleno de confusiones:

—¿Dónde tendrá la vieja sus maldecidos untos? ¡Ah, necio de mí!—dijo de pronto, dándose una palmada en la frente—ó se los ha llevado consigo, lo cual no es probable, ó están guardados en el jergón.

Dobló, al decir esto, la rodilla en tierra, y alzando el candil para alumbrar de lleno el campo de sus maniobras, empezó á palpar en la paja, casi deshecha en menudas briznas, hasta que tropezó con un cuerpo duro y compacto que en una de las puntas del jergón estaba oculto.

—¡Helo aquí!—gritó alegremente como si se hubiera hallado un tesoro; y metiendo el brazo por los desgarrones de la tela, sacó un sucio lío de trapos de distintos tiempos, clases, procedencias y colores. Deshízole luégo pingajo por pingajo, no sin mal disimulada repugnancia, y descubrió al fin en las entrañas del hediondo envoltorio una desportillada jícara, tapada con papel de estraza, en la misma forma usada por los boticarios. Rompió aceleradamente el papel para examinar á sus anchas el nauseabundo ungüento que el tarro contenía, y dijo al verlo, echándose hacia atrás

casi desvanecido:—¡Uf, qué asco! si hiede á sepultura!

Pero reponiéndose en seguida de la desagradable impresión que el diabólico unto había producido en su olfato, guardó cuidadosamente jícara y trapos debajo del jergón, temeroso sin duda de que Catalina le sorprendiera y tratara de impedir la realización del plan que había concebido, si llegaba á enterarse de él. Seguro ya por esta parte de no ser descubierto, y mientras su novia llegaba, púsose á dar vueltas como león enjaulado por el reducido zaquizamí, y poco á poco, arrastrado por la impetuosa corriente de sus ideas, comenzó á hablar solo, distraído y sin saber lo que se hacía.

—Vamos á cuentas, Sancho amigo—decía paseándose—y piensa bien cómo saldrás del apretado lance en que te has metido. Quizás sería mejor y más acertado que dieses cuenta á la Santa Inquisición de lo que aquí pasa; pero has jurado callar, y un hombre como tú no vuelve tan aína sobre un juramento libremente y con plena voluntad prestado. Ahora bien; ¿puedes consentir, como español y como católico, que el demonio te birle la novia y se lleve un alma cristiana al infierno? Eso no ¡voto á bríos! aunque pierdas la vida; y puesto que no hay otro camino que éste que has imaginado para salvar á Catalina de las garras de su astuto perseguidor, y la quieres bien, y no puedes contar con humano auxilio, so pena de vender un secreto que has prometido guardar, y la farandulera de la bruja anda en tratos para entregar á Satanás lo que

no es suyo, ¡adelante! y salga el sol por Antequera, que dispuesto estoy á habérmelas, si Dios me favorece, como espero, con el mismísimo Satanás en persona. Contra sus malas artes tengo yo mi fe, y contra sus cuernos, mi espada.

En esto entró de vuelta Catalina, impaciente por saber para qué necesitaba Sancho en aquella ocasión la escoba que con tanta insistencia le había pedido, y que, en efecto, le traía. Pero el soldado, firme en su propósito, no satisfizo la curiosidad de su novia; antes bien, dirigiéndose á la joven con tono de autoridad, puso término á sus reiteradas preguntas, súplicas y lamentos, diciendo:

—Basta de lloriqueos. Si, como dices, tienes confianza en mí, no pretendas conocer lo que no he de contarte, así me trague la tierra, hasta que haya salido airoso de mi empeño. Sólo te encargo y exijo que á nadie reveles nada de cuanto aquí suceda, ni te asustes si ves que desaparezco, como tu tía, sin saber por dónde, ni dudes de mi cariño si observas que tardo en volver, porque, pese á quien pese, tuyo he de ser en esta vida y en la otra. Por lo demás, ten como cosa cierta que con el auxilio de Dios he de librarte para siempre de las asechanzas del diablo; aunque por si acaso, bueno será que no te descuides, porque el demonio hila delgado, es muy travieso, y muy capaz de hacernos en un abrir y cerrar de ojos la más mala pasada del mundo. Con que, prenda mía, ya que sabes lo que puedes saber, dame un abrazo y véte.

La joven, acongojada y recelosa, quiso replicar;

pero Sancho, cubriendo su frente de apasionados besos, empujóla fuera del cuarto, á pesar de la resistencia que ella, deshecha en lágrimas, oponía, y exclamó con voz solemne al cerrar tras de su amada la puerta de la habitación:

—Catalina, no lo olvides: ¡reza por ti y por mí, y confía, que pronto nos veremos!

Después, cuando se halló otra vez solo, volvió á sacar de debajo del jergón la inmunda jícara, examinó con delectación la templada hoja de su espada de Toledo, que aquella misma tarde tuvo la feliz idea de rociar con agua bendita, y encomendándose á Dios con toda su alma, se dispuso á emprender su extraordinaria y arriesgada expedición en busca del diablo.

La noche, hasta entonces clara y serena, se había tornado lóbrega y tormentosa; densos nubarrones cubrían el cielo, y empezaban á oirse distantes y confusos los bramidos del viento que sacudía los pinos seculares y azotaba las rocas de la vecina sierra. Sancho, ocupado en hacer sus aprestos de viaje, no levantó una sola vez la cabeza, ni se le ocurrió siquiera mirar el espacio al través del estrecho tragaluz por donde recibía el aire el infecto chiribitil de la bruja, porque si lo hubiera hecho, habría visto asomado al agujero y fijo en él con sarcástica risa el más horrendo rostro que en enferma imaginación puede engendrar la calentura. Era aquel rostro anguloso, cetrino, duro, y aunque aisladamente consideradas sus facciones aparecían regulares, casi podía decirse que hermosas, el conjunto resultaba tan monstruoso, que no podía mi-

rársele sin espanto. Sus ojos, profundos como el mar y como él tempestuosos, fulguraban de vez en cuando del mismo modo que las olas sacudidas por el remo en las noches de verano. Su nariz prominente y encorvada daba sombra á unos labios delgados, reprimidos y burlones, en los cuales erraba la sonrisa á la vez más irónica, doliente y amenazadora que hombre nacido de mujer ha visto ni verá. Negras, abundantes y crespas guedejas, enmarañadas como selva virgen, por donde, á semejanza de sierpes de fuego, circulaban ensortijándose con rápido movimiento extrañas fosforescencias, coronaban la alta y espaciosa frente, llena de pensamientos sombríos, de la siniestra visión que con tan vivo interés atisbaba desde fuera todo cuanto Sancho Gil hacía. Á medida que éste adelantaba en sus preparativos, el fantasma se frotaba alegremente las manos, de las cuales saltaban chispas, y su odiosa fisonomía, donde todas las malas pasiones desbocadas y sueltas parecían haber estampado su huella, se animaba con un gesto, que sin ningún género de duda quería decir:—¡Diviértete enhorabuena, malsín, que ya me las pagarás todas juntas!

Llegó el momento decisivo. Ungió Sancho algunas partes de su cuerpo con el unto infernal, asegurose la espada, y montando en el palo de la escoba que Catalina le había traído, salió de improviso por el tragaluz, disparado como una flecha. La sacudida que sufrió al elevarse fué tan violenta y hasta cierto punto tan inesperada, que casi le privó del conocimiento; asiose á la escoba con el afán del jinete que habiendo perdido los

estribos y la silla se abraza al cuello de su indómita cabalgadura, cerró los ojos medio trastornado, y se dejó llevar al través del espacio, diciendo para sus adentros:—¡Mal empieza la jornada! ¿Á que todavía me rompo la crisma?

V

Pero ¡oh extraño prodigio! No bien acababa de salir Sancho por el angosto tragaluz con el ímpetu de que he hablado, cuando por el mismo respiradero penetró en el camaranchón de la bruja una humareda densa, que como niebla opaca envolvió y oscureció momentáneamente la moribunda luz del candil. Poco á poco el negro vapor que se había esparcido por toda la estancia fué reconcentrándose en un punto, y del fondo de aquella espesa aglomeración de humo empezaron á destacarse gradualmente los indecisos contornos de un sér humano, hasta que clara y distinta apareció al cabo de algunos segundos la marcial y arrogante figura de Sancho Gil. Pero ¿cómo se encontraba allí? ¿Cuándo y por dónde había vuelto? ¿Por qué arte misterioso hallábase otra vez en aquel lugar, calzado, vestido y como estaba antes de que emprendiera su aérea peregrinación, tan de improviso interrumpida? ¿Qué significaba la nube de humo de cuyo seno había salido? Ya no podía abrigarse sobre la realidad de su presen-

cia la menor duda; él era: aquel era su rostro, aquel su gallardo continente, aquel su militar arreo, aquel su bien templado acero, en que tanta confianza tenía, hasta para habérselas con el diablo. Mas ¿cómo había llegado? ¿Quién le había traído?

La proverbial perspicacia del curioso lector habrá comprendido el secreto de esta súbita aparición, si no ha olvidado, como creo, la medrosa catadura de aquel sobrenatural personaje que al través del tragaluz había estado observando hasta el último instante, con mal reprimido regocijo, los preparativos de marcha de Sancho, y sin necesidad de que yo me esfuerce en contárselo menudamente, se pondrá de seguro al tanto de todo. Es el caso que el diablo, ofendido de la treta con que el soldado aventurero le amagaba, había resuelto tomar de él amplia venganza y cumplido desquite. Para lo cual, mientras el temerario mozo iba por los aires en busca suya, Satanás, revistiendo la forma corpórea de su enemigo, trataba, con la más perversa intención que puede caber en demonio resentido, de escamotearle á mansalva la novia, y se relamía de gusto el muy taimado ante la golosa perspectiva de matar dos pájaros de un golpe; ó hablando sin rodeos, ante la idea de manchar con engaño el virginal candor de Catalina y hacer una morisqueta de los infiernos á su atrevido, pero imprevisor rival. Quería dar, como vulgarmente se dice, al maestro, cuchillada.

Refocilándose de antemano con la certeza del éxito, descendió con paso firme los peldaños de la empinada escalera por donde se llegaba desde el chiribitil de la

bruja hasta la alcoba de Catalina, situada en el piso bajo de la casa. La puerta del cuarto en que la joven se recogía durante la noche, se abrió por sí sola delante de él, obediente y sin ruido; acercóse Satanás de puntillas, asomando maliciosamente la cabeza para oliscar, sin ser visto, lo que pasaba dentro; pero de pronto retrocedió azorado y tembloroso: descompúsose su fisonomía, empezó á dar diente con diente, y volviéndose de espaldas á la alcoba, quedó por algunos momentos como petrificado. ¿Qué había visto, que así le imponía? Había visto á Catalina orando arrodillada, con la expresión de la fe más viva y del dolor más intenso, á los piés de un tosco crucifijo de madera que en días más bonancibles y serenos le habia regalado su tía, la bienaventurada monja de Cuenca, como único escudo contra las tribulaciones de la vida. Oraba por el hombre á quien tiernamente prefería, tal vez expuesto en aquella hora á los mayores riesgos, y al orar por él, rezaba también por sí misma, que había cifrado en el amor de Sancho su única esperanza.

El diablo, todo desconcertado y confuso, fué retirándose por el mismo camino que había traído hasta el primer tramo de la escalera, donde el recodo que la pared formaba, se interponía entre él y la religiosa escena que había excitado su terror. Permaneció en aquel lugar, siempre vuelto de espaldas á la alcoba de Catalina, todo el tiempo necesario para recobrar la calma que había perdido, y luégo, haciendo un esfuerzo desesperado, exclamó con voz doliente y compungida:

—¡Catalina, bien mío, ven! ¡ven pronto!

La joven se levantó entre sobresaltada y sorprendida, creyendo haber oído la voz de Sancho. Detúvose suspensa, prestó de nuevo atención, queriendo ahogar, para no perder el rumor más leve, hasta los acelerados latidos de su corazón, y esperó en silencio. Poco después, la misma voz quejumbrosa, que reconoció ya por la de su amante, volvió á decirla con tono melifluo y blando:

—¡Catalina, bien mío, ven! ¡Te espero!

No dudó más. Subió ligera y ágil la pendiente escalera, y entró rebosando de alegría en el cuchitril de la tía Aldonza, donde el diablo, repuesto por completo de su anterior susto, esperábala confiado y risueño, bajo la mentida apariencia de Sancho.

—¡Loado sea el Señor!—dijo la enamorada doncella, no sin que su maligno interlocutor hiciera al oirla un mohín de enojo.—¡Loado sea el Señor, que te ha apartado, Sancho mío, de tus malos propósitos y vanas tentativas.

—¿Qué es apartar?—replicó el diablo copiando fielmente, no sólo las inflexiones de voz, sino el gesto provocativo y hasta el ademán determinado de su rival.—¿Por ventura, cuando acometo una empresa, soy hombre de cejar en ella sin más ni más? No me conoces. En seguimiento de mi enemigo iré aunque sea al fondo mismo del infierno; pero como el viaje puede ser azaroso y quizás largo, quiero, vida de mi vida, despedirme solemnemente de ti.

Y antes de que la descuidada niña pudiera defen-

derse de la imprevista acometida, atrájola arrebatadamente hacia sí, estrechóla con frenesí amoroso entre sus brazos membrudos é imprimió en los castos labios de Catalina un ósculo frío como el soplo de la muerte. Al contacto glacial de aquel beso, la joven sintió circular por sus venas devoradora llama y ascender tumultuosamente desde su corazón á su cerebro, como sube el fuego desde el fondo hasta la boca del cráter, oleadas de deseos abrasadores que nunca, hasta entonces, había conocido. Convulsa, extraviada, loca, con las mejillas encendidas, los labios trémulos y la mirada incierta, dejóse aprisionar por el diablo, el cual, fascinándola con sus ardientes pupilas en que hervían los más groseros y desordenados apetitos, presenciaba como en triunfo los últimos sacudimientos de aquella virtud agonizante, próxima á sucumbir en tan terrible lucha, no por la torpeza del alma, sino por la insidiosa rebelión de los sentidos. Ya el enemigo malo, redoblando sus torpes caricias, se gozaba con la idea de su fácil victoria, cuando la desdichada virgen pudo escaparse, no sin violencia, de los libidinosos brazos que la apretaban á modo de férreas tenazas, y postrándose de rodillas á los piés de su tentador, balbució trastornada, haciendo con el pulgar y el índice de la mano derecha la señal de la cruz:

—¡Jura, jura otra vez por este bendito signo que serás mi esposo!

Satanás dió un rugido de cólera. La ira y el miedo se retrataron de nuevo en su semblante desencajado; erizósele el cabello, saltábansele los ojos de las órbitas,

y como si le ofuscara irresistible resplandor, cubrióse el rostro con las manos, marchando hacia atrás con paso vacilante é inseguro. Un rayo de la luz del cielo penetró entonces en el alma de Catalina : todo lo comprendió ; la causa del febril ardor que la consumía, la aviesa intención del diablo, el disfraz con que éste se había presentado, el peligro que la amenazaba; y sacando fuerzas de su propia debilidad, avanzó valerosamente hacia el demonio, que seguía retrocediendo amedrentado, como acometido de atroces dolores, mostrándole siempre el sagrado símbolo de la humana redención:

—¡ Ah, maldito, maldito !—exclamó al reconocerle, con voz penetrante y fría como el filo de una espada. —Has querido vencerme á traición ; pero la piedad de Dios me ha salvado. ¡ Ya no te temo !

—Aparta de mi vista esa cruz—dijo el diablo con acento sumiso—y te daré cuanto quieras.

—¿ Qué has de darme tú, réprobo ?—repuso Catalina llena de santa indignación—y ¿ qué he de recibir yo de tus manos impuras ? Ni la gloria recibiría, si pudieras dármela, que no puedes, ¡ serpiente inmunda y venenosa !

—¡ Te acordarás de mí !—refunfuñó el diablo lanzando á Catalina una mirada oblicua, tan cobarde como rencorosa.

—¡ Ah ! ¿ Me amenazas ?—replicó la joven cada vez más poseída del espíritu de Dios, acorralando audazmente á su enemigo.—¿ Y qué me importa ? Escudada por esta cruz, yo, flaca y mísera mujer, te desprecio ;

pero despreciarte es poco: te abofeteo y te escupo.

Y al pronunciar estas enérgicas palabras, puso la mano y la saliva en la descompuesta cara de Satanás, que cayó, presa de horribles convulsiones, á las plantas de la inspirada doncella.

—¡Ten compasión de mí!—gimió arrastrándose y retorciéndose por el suelo como culebra quebrantada. —Aleja de mis ojos ese signo que me quema.

—¡No, no!—repuso Catalina en el paroxismo de su sentimiento religioso, poniendo atrevidamente el pié en la cabeza del demonio. Clavó después en el cielo sus ojos purísimos, en los que resplandecía la fe más acendrada, y dijo con voz vibrante y fervorosa:—¡Oh, Jesús mío, dadme fuerzas para aplastar la frente de este aborto del infierno! Yo vivía triste, pero tranquila, y ha emponzoñado mis días y mis noches, y ha manchado la imagen de mi amor, tomando, para seducirme, la forma del hombre que reina en mi corazón, y ha pretendido robarme con engaño la pureza del cuerpo y del alma, y me persigue sin descanso, y me martiriza sin piedad... ¿Por qué he de tenerla de ti?—gritó revolviéndose iracunda contra el ángel caído.—¡Ah, si en mi mano estuviera, y la inmortalidad no fuese para ti el mayor y el más insoportable de los castigos, cien y cien veces te arrancaría la vida!

El diablo, conociendo su impotencia para luchar en aquel momento, habíase quedado silencioso, rígido y paralizado, con el rostro pegado á la tierra para no ver la cruz salvadora que Catalina agitaba sobre él con febril exaltación. Así hubiera permanecido largo rato,

como lobo cogido en la trampa, cuando ha agotado en estériles esfuerzos su vigor muscular y comprende que la fuga es imposible, si pasada la excitación nerviosa que hasta entonces la había sostenido, Catalina no hubiera sentido los primeros amagos de la natural postración con que termina siempre todo extraordinario sacudimiento del cuerpo ó del alma. No es que decayera su voluntad; pero conoció que sus fuerzas desfallecían; irresistible pesadez gravitaba sobre sus párpados, que se cerraban á pesar suyo; zumbábanla los oídos, y sintiéndose á punto de caer desvanecida, tendió ambas manos hacia adelante por un movimiento instintivo, como el del ciego que no sabiendo dónde fija el pié, teme hundirse de pronto en desconocida sima. Satanás, aprovechando la ocasión, irguióse altanero y sombrío; fulminó contra Catalina la más vengativa y feroz de sus miradas de fuego; hizo retemblar la casa con una carcajada estentórea, parecida á un trueno prolongado, y escapándose por el tragaluz como fugaz centella, gritó, rechinando los dientes de rabia:

—¡Ah, traidora y vil criatura! Me has humillado, pero no gozarás de tu triunfo. Nada puedo contra ti; mas Sancho, á quien amas con el amor de que se muere, está en mi poder. ¡Es mío, y no le verás más!

Pálida, confundida y sin aliento apenas, la infeliz Catalina, dominada por tan encontrados afectos, cayó desplomada como una muerta, exhalando imperceptible gemido, y su hermosa cabeza rebotó con sordo golpe, haciéndose sangre al chocar contra los ladrillos del pavimento.

VI

¿Qué era, entre tanto, de Sancho Gil? Jadeante y trastornado, seguía surcando el espacio á impulsos de la fuerza misteriosa que le arrebataba, haciendo ejercicios difíciles para guardar el necesario equilibrio y sostenerse firme en el escurridizo palo de escoba que le servía de único punto de apoyo en los aires.

Después de algunos instantes de mortal incertidumbre, que le parecieron siglos, recobró al cabo la serenidad perdida. Miró en torno suyo y nada vió ; la oscuridad era profunda, intensa, impenetrable como la del sepulcro. Poco á poco, sin embargo, sus ojos fueron acostumbrándose á las tinieblas, y aunque confusamente, creyó distinguir al lado, delante y detrás de él, cerrados escuadrones de brujas, duendes, trasgos, gnomos y endriagos, todos de formas grotescas, caprichosas ú horribles, cuya negrura resaltaba del fondo mismo de la sombra, al través de la cual alborotadamente le seguían.

El valor de mi héroe rayaba en temeridad, pero estaba acostumbrado á reñir con los hombres y no con los espíritus infernales. Á pesar de la decisión con que acometió esta empresa, su ánimo empezaba á flaquear, y mucho más al sentir que bajo la presión de sus temblorosas piernas, la escoba en que iba montado se con-

vertía, con acompasados sacudimientos, en alígero y formidable dragón.

Cediendo á un impulso puramente instintivo, como el que muchas veces precipita á los hombres en los mismos peligros que quieren evitar, Sancho, ciego y fuera de sí, quiso arrojarse á tierra desde su escamosa cabalgadura; pero al intentarlo, notó horripilado que sujetaba sus piés viviente y animado nudo. Era una culebra que, apretando lenta y suavemente sus flexibles anillos, subió enroscándose por el cuerpo del pobre soldado hasta poner su cabeza achatada al nivel de la de su víctima y fascinarle con sus pupilas inmóviles y vidriosas. Para colmo de horror resonó entonces ronca y estridente carcajada, que repetida por eco interminable, crecía y crecía confundiéndose con el estrépito de una catarata, cuya rauda corriente aumentara sin cesar. ¿Qué sér extraordinario, fuera de toda medida humana, era aquél que con su risa bronca y destemplada hacía retumbar la tierra y el cielo? Sancho no sabía lo que significaba este inesperado estruendo, ¿ni cómo había de figurarse, ignorando lo acontecido, que fuese la carcajada siniestra y feroz con que en aquel mismo momento Satanás se despedía de Catalina, huyendo de ella abofeteado y escarnecido?

Aún no había vuelto de su asombro cuando le pareció que los ojos del dragón se inflamaban, y á la tibia claridad que esparcían, muy semejante á la que despide el primer albor de la mañana, Sancho pudo ver, como al través de blanca neblina, el medroso *pandemonium* que en su violentísima carrera le acompaña-

ba, ó más bien, le envolvía. Desde el punto que ocupaba, hasta donde podía alcanzar la vista por la estela fosforescente que el dragón dejaba en pos de sí y por el espacio que con el indeciso fulgor de sus ojos iluminaba ante él, divisábanse innúmeros enjambres de espectros bulliciosos que con celeridad pasmosa iban, venían, avanzaban, retrocedían y volteaban, saltando y zambulléndose alternativamente en la sombra aglomerada encima y debajo de ellos, como en días serenos saltan y se zambullen los peces en el mar. Jinete en negro corcel, cubierto con largas gualdrapas rojas festoneadas de plata, iba delante, rompiendo la marcha á guisa de postillón, un diablo pigmeo y lisiado, que chasqueaba, en vez de fusta, ondulante relámpago, con el cual cortaba á intervalos la lóbrega inmensidad del cielo. Miríadas de híbridos engendros, larvas gigantescas, enanos inverosímiles con cabeza de mujer y garras de grifo, murciélagos colosales, ídolos gibosos, panzudos ó informes de la India, del Egipto y de América, dioses arrojados del Olimpo griego, sin patria, ni hogar, ni templo, ni culto, se deslizaban mudos y precipitados, haciendo extrañas muecas y contorsiones por el espacio sin límites. Allí, en indefinible mezcla y turbulento oleaje, atropellábanse con irresistible ímpetu, como impelidos por viento tempestuoso, los duendes domésticos menudos, contrahechos y fisgones; los demonios de un orden superior en cuyas frentes contraídas no se había aún borrado el sello de su primitiva grandeza; las brujas desnudas, secas como momias, cabalgando en machos cabríos ó

navegando por los aires en rotos cedazos; las antiguas ninfas envejecidas y harapientas, lanzadas, por el espíritu de Dios, de los bosques, ríos, fuentes y florestas que antes animaron con su hermosura; los ya caducos é inválidos sátiros; las furias desgreñadas, pero impotentes, y, para decirlo de una vez, todos cuantos entes sobrenaturales, maléficos y monstruosos ha soñado ó entrevisto la conciencia humana en sus insomnios de desesperación, de locura ó de espanto. Y como si tan espeluznante espectáculo no bastara por sí solo para trastornar el cerebro mejor organizado, el vertiginoso movimiento de rotación con que avanzaban estas legiones fantásticas acrecentaba las angustias de Sancho, que atónito y mareado, cerraba los ojos para no ver los prodigios y horrores de aquella noche sin fin, en cuyo seno tenebroso parecía haberse volcado todo el infierno.

Arrebatado por aquel torbellino viviente, á lomos del dragón, cuyo rápido curso no le era dable reprimir ni contener, y prisionero de guerra de Satanás y de sus turbas réprobas, tuvo miedo y tembló, que hombre era, sometido, como todos, á las debilidades y miserias de la flaca naturaleza mortal. Sobrecogido de terror, quiso buscar la protección divina, invocando el sagrado nombre de Jesús; pero la lengua se le pegó al paladar, y no pudo articular palabra. Entonces pretendió recordar mentalmente las piadosas oraciones que había aprendido de niño en el regazo materno; mas su entendimiento y su memoria se habían entumecido, y no acertó á coordinar ni una plegaria, ni

una idea. Por último, intentó hacer con las manos la señal de la cruz, y sus miembros no le obedecieron, no sólo porque la voluntad estaba en él completamente anonadada, sino porque se lo impedían las fuertes ligaduras del reptil asqueroso que le rodeaba el cuerpo como pesada cadena, mirándole siempre de hito en hito.

En este indescriptible estado de desvanecimiento é inercia moral, cruzaba el espacio infinito á la ventura, sin que pudiese siquiera darse cuenta, pues había perdido la medida del tiempo, de lo que duraba su tremenda expedición. Larga, sin embargo, debía de ser ya, y grande la extensión recorrida, porque si bien la densa oscuridad que limitaba por todas partes aquella ronda diabólica no le permitía descubrir nada más allá de la linea vagamente iluminada en cuyo centro se movía, el sordo rugido de las olas y los acres efluvios salinos que hasta él subían, no le dejaban la menor duda acerca de su paso frecuente por encima de los mares, ora sosegados, ora borrascosos. Además, la alternada sucesión de distintas temperaturas, desde el frío glacial de los polos hasta el calor asfixiante de las zonas tropicales, hacíale comprender, á pesar de su aturdimiento, que su peligrosa peregrinación podía quizás no tener término conocido, y hasta recelaba si estaría condenado, como alma errante, á girar eternamente y sin reposo al rededor de la tierra.

Equivocábase, sin embargo, en sus cálculos y temores, porque cuando más lejos creía estar del mundo, cayeron de improviso, él y su infernal acompañamien-

to sobre una vasta planicie inculta, que cerraba por todas partes, en forma de anfiteatro, larga cadena de montañas. Al tocar en tierra, deshízose como columna de humo dispersado por el aire el dragón que le había traído, y la inmunda culebra que le atormentaba, desprendiéndose de él, se arrastró velozmente por el suelo hasta ocultarse entre unos jarales próximos. Sancho quedó, pues, de pié, libre y suelto en medio de los espectros que le habían seguido, los cuales á la sazón, con desaforada gritería, brincaban y corrían frenéticamente en direcciones opuestas, alumbrados por la pálida luz de la luna.

Pero cuando mayores eran la algazara y el tumulto, una voz tonante impuso á todos orden y silencio.

Alzábase en mitad de la explanada, á manera de dolmen, un grupo aislado de peñas graníticas, donde Satanás, apenas hubo restablecido la disciplina de sus huestes, se sentó imponente y cejijunto, envuelto en negra y flotante túnica, por debajo de la cual asomaban sus enormes pezuñas hendidas. Su estatura era gigantesca, su frente despejada, su mirada dominadora, y había en su expresión indefinible algo que recordaba no sólo su origen excelso, sino la antigua majestad de su celeste jerarquía, que había degradado, pero no perdido. Á un gesto suyo todos los demonios mayores y menores, ídolos, brujas, duendes, trasgos y monstruos le hicieron reverencia y se postraron ante él humildemente, menos Sancho, que permaneció erguido, á pesar del invencible pavor que le sobrecogía.

—¡Adórame, esclavo!—gritó Satanás enfurecido, con acento agudo y penetrante como el silbido de una serpiente.

Sancho nada contestó; pero ni inclinó la cabeza, ni dobló la rodilla.

—¿Te resistes y me desafías?—continuó el diablo rugiendo de cólera ante la actitud firme del soldado.—Pues yo abatiré tu soberbia. ¡No hay salvación para ti! ¡Oíd!—clamó encarándose con sus turbas sumisas, que atentamente le escuchaban, y paseando por ellas sus miradas avasalladoras:—Este gusano vil de la tierra se ha interpuesto en mi camino, despertando el amor de la púdica virgen que guardaba yo para mi deleite y para escarnio de los cielos. Por él la animosa doncella me ha despreciado; por él ha puesto su mano en mi mejilla y su pié en mi frente, ¡por él me ha vencido!

Estas palabras de Satanás produjeron prolongado murmullo de indignación y asombro entre la muchedumbre maldita que le obedecía y adoraba. Acallóla con ademán imperioso, y prosiguió diciendo:

—Pero, no contento con el mal que me ha causado, este miserable siervo ha querido profanar nuestros ritos misteriosos, sorprender nuestras ceremonias ocultas y medir sus fuerzas conmigo de igual á igual en abierta y campal batalla. ¿No es cierto que debe morir?

—¡Sí, sí!—gritaron todos, agitándose furiosos como las olas del mar alterado.—¡Debe morir!

—Pero con muerte espantosa como la que he pade-

cido por su culpa—añadió con voz chillona un carbonizado esqueleto de mujer que, abriéndose paso por entre la apretada multitud, avanzó hacia Sancho, desafiándole con sus puños crispados y fijando en él las vacías cuencas de sus ojos.—Por él me tostaron viva. ¡Á la hoguera con él!

—¡Á la hoguera con él!—aullaron los fantasmas con feroz alegría.

Sancho creía haber oído en alguna parte la voz de aquel vengativo esqueleto; pero no recordaba dónde.

—¡Á la hoguera, á la hoguera con él!—volvió á repetir el condenado coro.—¡Venguemos á nuestro dueño y señor, y á la maestra Aldonza!

—¡Calla, es verdad!—dijo el soldado para sí, no poco sorprendido.—La tía Aldonza es; mas ¿cuándo y dónde la han achicharrado?

En esto, á una señal de Satanás, algunos duendes malignos, tan diminutos que apenas levantaban dos palmos del suelo, se escurrieron ágiles y sutiles por entre los pocos intersticios y huecos que el apiñado concurso dejaba expeditos, y ganando de un salto la sierra inmediata, volvieron en seguida arrastrando cada cual con fuerza prodigiosa un corpulento pino. Formaron con los troncos elevada pira en menos tiempo del que es menester para contarlo; prendiéronla fuego, y echándose de bruces al rededor de ella, soplaron con tal ímpetu, que la llama rugiente y ondulante subió entre negros remolinos de humo hasta tocar en las nubes.

Pronto la voraz hoguera, semejante al incendio de

un monte, iluminó con su resplandor rojizo el pavoroso cuadro, y entonces la legión de espectros que había presenciado inmóvil y muda estos preparativos, se abalanzó dando feroces alaridos sobre el pobre Sancho. En aquel apurado trance, el instinto de la propia conservación se sobrepuso en él á los desfallecimientos del miedo, y desenvainando la espada empezó con desesperada furia á repartir tajos y mandobles á diestro y siniestro. Pero sus repetidos golpes sólo hendían el aire, porque nada valían contra aquellos impalpables enemigos, que le acosaban sin temor estrechando cada vez más el círculo de hierro dentro del cual tan fiera como inútilmente el infeliz soldado se revolvía. Su vigor se agotaba en esta lucha estéril; rendíale la fatiga, copioso sudor frío bañaba su cuerpo, agolpábasele la sangre al corazón, y sentía que le faltaba tierra donde poner el pié; pero á pesar de todo, se defendía sin descanso, blandiendo á un lado y otro su impotente acero. Desencajado y rígido, cedió al fin, abrumado por el número; cien brazos fornidos cayeron á la vez sobre él, haciendo presa, y en aquel mismo instante un inmenso grito de júbilo resonó en el espacio y voló repetido de cumbre en cumbre:—¡ Ya está cogido! ¡ Ya es nuestro!

Parecía perdido sin remedio; pero sacudiéndose con violencia desesperada logró desasirse de las manos que le oprimían y arrastraban hacia la hoguera. Libre por un momento, hincó la espada en tierra, sin que pudieran impedírselo: prosternóse fervorosamente ante la cruz de la empuñadura, y clavando en ella su

mirada atónita, exclamó con acento en que gemían todos los dolores humanos:—¡Oh, Jesús mío, ampárame!

Al pronunciar Sancho este nombre bendito, el vasto erial, donde tan extraordinarios sucesos acontecían, quedó, como por ensalmo, desierto y silencioso. Todo desapareció; el diablo, su abigarrada corte, la colosal hoguera, hasta el montón de peñas en que Satanás se había sentado como en un trono.

Vencido por las fuertes emociones que durante aquella tremenda noche le habían atormentado, Sancho prorrumpió en desgarradores sollozos y perdió el sentido.

VII

Cuando volvió de su desmayo, comenzaba á clarear el día. Incorporóse pesadamente, tendió en torno suyo la vista y reconoció, no sin extrañeza, el sitio en que se hallaba, el cual era un páramo que á corta distancia de Buenache de la Sierra se extendía.

Algún tanto repuesto, enderezó sus pasos hacia el pueblo; pero estaba tan postrado, que tardó más de dos horas en recorrer un trayecto que en otra ocasión habría andado en veinticinco minutos, y aun así vióse forzado varias veces á sentarse en los ribazos del camino. Llegó, por fin, al lugar, despeado y rendido,

llamándole la atención, por cierto, los notables cambios que observaba en calles y casas, de los cuales se había absolutamente olvidado, si es que antes reparó en ellos alguna vez, de lo que no estaba seguro.—¡Ay de mí!—dijo melancólicamente—tendré que dar todavía gracias al cielo, si las estupendas aventuras que me han sucedido no me han hecho perder más que la memoria.

Dirigióse, sin detenerse en parte alguna, á la antigua vivienda del sacristán Diego Ortega, que era uno de sus más íntimos compinches, y aun algo pariente suyo. No dejaron de producirle alguna impresión la viva curiosidad, casi el asombro, que despertaba en cuantas personas, jóvenes ó viejas, encontraba á su paso, y la coincidencia, verdaderamente rara en un pueblo pequeño, de que, hasta entonces, ni él hubiera conocido á nadie, ni nadie le hubiera conocido.

Llegó, pensando en esto, á la casa de su amigo Ortega; llamó, y una moza bien parecida, de poco más de veinte años, salió cantando alegremente á abrir la puerta.

—Debo haberme equivocado—exclamó Sancho con un metal de voz que á él mismo le causó extrañeza, y admirándose de no conocer tampoco á la muchacha que le recibía.—¿No vive aquí Diego Ortega?

—Aquí vivía—respondió la joven mirándole como embobada;—pero murió hace más de treinta años, mucho antes de que yo naciera.

—¡No puede ser!—replicó gravemente Sancho.

—¡Bah!—repuso la moza riéndose en las barbas del

soldado.—¿ Si querrá vuesa merced saber en esto más que yo, que soy la nieta del señor Diego Ortega?

Sancho quedó pensativo y guardó silencio, sin comprender bien lo que le pasaba ni lo que oía. Levantó después la cabeza, y dijo á la joven, que seguía examinándole de reojo:

—Estoy muerto de fatiga. ¿ Me consientes, hija, reposar un momento en el umbral de la puerta?

—Entre vuesa merced—respondió la muchacha—que en casa, á Dios gracias, tienen mis padres donde descanse con menos molestia que en la dura piedra, y pueda tomar, si gusta, una loncha de jamón y un vaso de buen vino.

Aceptó Sancho, y penetró en la habitación, que estaba muy variada de como en otros tiempos la había dejado. Deseoso de salir cuanto antes de dudas, avanzó, rechazando el banquillo que la joven afablemente le ofrecía, hasta una antigua cornucopia, colgada en el centro de la pared, como el mejor adorno de la sala, y al mirarse en ella retrocedió estupefacto. La imagen que el espejo reflejaba no era la suya, sino la de un viejo decrépito, encorvado bajo el peso de un siglo, ó poco menos, débil, vacilante, de ojos apagados y hundidos, mejillas surcadas de arrugas y escasa barba blanca. Como si se resistiera al convencimiento, volvió Sancho vivamente la cabeza, creyendo hallar detrás de él la venerable figura del anciano que en el espejo había contemplado, y sólo vió á la joven, ya bastante inquieta y recelosa de lo que observaba. Atrájole de nuevo la imagen que el cristal fielmente reproducía;

miró y remiró restregándose los ojos, y al cabo tuvo que rendirse á la evidencia: él era, y en aquel rostro envejecido que veía delante, descubrió y reconoció al través de los estragos de la edad, los rasgos más característicos que de sí mismo, en días más felices y alegres, retenía en su memoria.—¡Dios mío!—exclamó espantado.—¿Y ese soy yo?

La joven, asustada de los movimientos y ademanes de Sancho, y en la duda de si podría habérselas con un loco, llamó á gritos á su madre, que acudió sobresaltada. Era la tal una setentona bastante bien conservada para sus años, de aspecto bondadoso y abierto, que al encontrarse de manos á boca con un desconocido cuya fecha y cuya facha la dejaron absorta, preguntó á su hija con alguna prevención y mal disimulada desconfianza:

—¿Quién es este hombre, Teresa?

—Soy—contestó Sancho conmovido, adelantándose hacia la recién llegada—un desdichado que ha estado cautivo, no sabe cuántos años, en poder de infieles. Sólo sabe que salió de su patria mancebo y robusto, y torna á ella viejo y postrado.

Al decir esto, gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas descarnadas, lágrimas que hubieran ablandado á una fiera, cuanto más á las dos pobres, sencillas y compasivas mujeres que atentamente le escuchaban.

—Siéntese vuesa merced, que estará fatigado—dijo Teresa enternecida y acercándole un sitial.

—Tomará vuesa merced alguna cosa, una escudilla

de caldo, vino, lo que más apetezca—añadió la anciana con solícito interés.

—Gracias, hijas mías—replicó Sancho.—Nada necesito. Sólo deseo que me deis noticias de algunas personas que en mi juventud traté en este lugar.

—Pregunte vuesa merced, y será servido en lo que sepamos—repuso cariñosamente la buena anciana.

—He padecido tanto y he corrido tan grandes azares—prosiguió Sancho con voz temblorosa—que apenas conservo la memoria. ¿En qué año del Señor estamos?

—En el año de gracia de 1659—se apresuró á responder Teresa.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo Sancho para sí inclinando la frente.—¡Setenta años ha durado la horrible noche de mi viaje! ¿Y qué he vivido?

Apoyó al decir esto la cabeza entre sus manos, y así permaneció largo rato, sumergido en honda meditación. Repúsose al cabo, y suspirando profundamente, preguntó no sin algún embarazo:

—¿Qué fué de cierta vieja, llamada Aldonza Rodríguez, tenida en opinión de bruja, allá por los años de 1589?

—Era yo muy niña cuando la quemaron en Cuenca—contestó la madre de Teresa.—No la conocí, pero oí decir á mi padre, que esté en gloria, que la tal Aldonza había sido la más perversa mujer de todo el reino. Culpáronla, entre otras cosas, de haber hecho desaparecer á un gallardo soldado que residía con licencia en el pueblo, y convicta de sus maldades y delitos, sentencióla á morir en la hoguera la Santa Inquisición.

—Ahora comprendo—pensó Sancho—la mala voluntad que me mostraba. Es natural que quisiera quemarme vivo. Después, procurando en vano aparentar la tranquilidad de espíritu que le faltaba, exclamó con acento débil y abatido:

—¿Y no podrá vuesa merced decirme también cuál fué la suerte y el fin de una hermosa sobrina que la tía Aldonza tenía?

—¡Pobrecilla!—respondió la anciana.—Poca ventura debió al cielo. Según oí contar en mis mocedades, habíase rendido al amor del soldado, que la infame bruja, ignoro por qué motivo, se llevó en volandas, sin que se supiera más de él. Cuatro años consecutivos esperó la joven á su novio, y viendo que no volvía, se metió monja en el convento de Madres carmelitas de Cuenca, donde murió en olor de santidad al año y medio de haber profesado.

—¡Basta!—dijo Sancho interrumpiéndola y sin poder reprimir sus sollozos.—¡Bien guardada está! Ya sé dónde me espera.

Ocho días después de la escena que he referido, acababa cristianamente su vida en un monasterio de franciscanos, donde le habían recogido de limosna, y decía con humilde resignación al piadoso fraile que le auxiliaba en sus postrimerías:

—¡Ay, padre mío! ¡Cuánto he sufrido en este mundo por haber provocado temerariamente las iras del diablo! Pero me consuela la idea de que seré venturoso en el cielo, al lado de mi pobre Catalina, porque siempre he tenido fe y confianza en Dios.

1878.

DISCURSO DE RECEPCIÓN

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(21 DE MAYO DE 1876)



SEÑORES:

TAN grande y señalada es la merced que me habéis otorgado, abriendo á la oscuridad de mi nombre y á la pequeñez de mis méritos las puertas de esta docta corporación, donde tantos varones egregios han hallado el premio debido á sus gloriosos afanes, que temo no poder expresaros en la medida y proporción del honor recibido, mi sincero y respetuoso agradecimiento. Y este temor sube de punto al considerar la nobilísima figura del esclarecido patricio á quien sucedo, pero no reemplazo en esta Academia; porque forzosamente la memoria de sus relevantes cualidades pone de relieve la insuficiencia de las mías, haciéndoos sentir con mayor viveza lo que con él habéis perdido y la pobre compensación que os ofrezco.

Ríos Rosas brilló entre nosotros como hombre de Estado distinguido y como orador insigne. No creo llegada la ocasión de juzgarle bajo el primer aspecto, porque no reconozco en nuestra generación, ni en ninguna, imparcialidad bastante para apreciar con recto juicio á sus contemporáneos, ni emitir una opinión desapasionada sobre los acontecimientos en que han intervenido. Lastimadas á menudo en sus intereses y afecciones por la violencia misma de los sucesos, miran todas con ojos de aumento, y calculan con ciego egoísmo el daño que reciben; pero casi nunca se forman idea aproximada del bien que depositan en el acerbo común de la humanidad, siempre progresiva y constantemente gananciosa.

La historia es, en este sentido, una inmensa perspectiva. Semejante á las altas montañas, cuyos abruptos contornos y ásperas sinuosidades borra la distancia, y sólo presentan á los ojos del viajero que desde lejos las contempla, el conjunto majestuoso de sus cumbres inmutables, solitarias y mudas, los hechos y los hombres que influyen en la marcha de los pueblos, suelen tomar con el transcurso de los siglos, y ante la posteridad que los estudia, proporciones gigantescas, enormes, verdaderamente desmesuradas. La crítica entonces, desdeñando pormenores baldíos, debilidades personales, y causas ocultas, es cuando puede recoger en una síntesis general los resultados obtenidos, y repartir equitativamente el premio ó el castigo, la alabanza ó el vituperio entre los pocos escogidos que, como encarnación de la época en que vivieron, imponen su

recuerdo á la flaca y abrumada memoria del mundo. Todo, cuando este momento llega, se reduce á su valor intrínseco y justa medida; la falsa fama se oscurece y se acrecienta la legítima; húndese en el olvido, muerte verdadera y definitiva, todo lo que no es más que ruido, vanidad, apariencia y favor inmerecido del vulgo, y sólo queda lo que debe quedar; es á saber, lo extraordinario, lo trascendental, lo eminente.

Las dificultades con que tropieza á cada paso la crítica contemporánea y que ligeramente apunto, me impedirían formular juicio alguno acerca de la vida política del Sr. Ríos Rosas, si no me lo vedaran además imperiosamente los respetos de la Academia y la índole especialísima de su instituto. Mas si no me es lícito entrar en terreno tan escabroso, tampoco puedo prescindir sin negligencia notoria, de encomiar y enaltecer como se merecen las claras dotes de entendimiento de aquel celebrado repúblico, y el poder y la magia de su elocuencia, que le granjearon honroso lugar entre vosotros, y no puedo prescindir con tanta más razón, cuanto que si el hombre de Estado pertenece íntegramente á la posteridad, el orador, por el contrario, sólo alcanza á ser juzgado con reconocida competencia por los que le oyeron y admiraron. Permitidme, pues, que rinda este tributo de consideración y cariño á mi predecesor ilustre, antes de que el estrepitoso oleaje de la vida apague para siempre los postreros ecos de aquella voz vigorosa, entregada ya al descanso y silencio de la muerte.

Aunque nuestra sociedad, ocupada en la resolución

de los más arduos problemas políticos, sociales y religiosos, apenas tiene tiempo de acordarse de sus difuntos, y harto hace acompañándolos á su última morada, para seguir después el áspero y desigual camino por donde la empuja su actividad devoradora, no es posible que haya olvidado tan pronto, á pesar de la incesante agitación y febril incertidumbre en que vive, á aquel orador impetuoso, en cuyo acento diríase que Dios había puesto la robusta energía del habla castellana. Todo en él respondía y se acomodaba á la vehemencia de su inspiración, que gustaba, como el águila, de remontar el vuelo al través de las tempestades; su apostura severa y grave, su mirada penetrante y reconcentrada, su continente impávido y sereno, contribuían á dar mayor realce y fuerza más irresistible á la palabra, que salía de sus labios inflamada y rugiente, como sale del horno el hierro fundido. Cuando en medio de las borrascas de la tribuna, alzábase en el lugar más prominente del Congreso de los Diputados aquella figura austera y fascinadora, mirando lenta y reposadamente al rededor suyo, todos los rumores callaban, enmudecían todas las pasiones y reinaba en el augusto recinto de las leyes momentánea calma, parecida á la que interrumpe con acompasadas intermitencias los hondos sacudimientos del mar alborotado. Por fin, Ríos Rosas hablaba. Como si las ideas se amontonaran atropelladamente en su cerebro sin encontrar salida, reflejábase en la fisonomía del orador una á manera de lucha interna entre la voluntad y la inteligencia; veíanse los esfuerzos que hacía para domar la

rebelde expresión de su pensamiento, y hasta que lo lograba, su frase era incorrecta, tarda y premiosa. Pero á medida que su fantasía iba caldeándose, su estilo, armado de epitetos acerados, se deslizaba más fácil, abundante y rotundo; llenábase de animadas imágenes, enérgicos apóstrofes y pintorescas locuciones, enroscándose á la argumentación del adversario como una serpiente de fuego, para recorrer con celeridad pasmosa, á veces en un mismo período, todos los tonos de la elocuencia, desde la imprecación á la ironía, desde la indignación al sarcasmo. Muchas veces, encendidos en ira por aquella pasión provocadora, sus opositores se revolvían en són de ruidosa protesta, y entonces el orador tribunicio erguía desdeñosamente la cabeza, cruzaba los brazos sobre el pecho, y en esta actitud esperaba imperturbable el término del tumulto, parapetado tras de su silencio, tan abrumador en ocasiones como su palabra misma.

Diré para terminar este bosquejo, que Ríos Rosas, como todas las naturalezas taciturnas y retraídas, era de humor vidrioso, susceptible, propenso al enojo y constante en sus resoluciones. Las vicisitudes y desasosiegos de nuestra edad turbulenta, arrastráronle alguna vez, como á la mayoría de nuestros hombres políticos, por sendas extraviadas; pero en todas las circunstancias difíciles de su vida manifestó ardiente amor á las instituciones representativas, entereza para rechazar las imposiciones de la fuerza y gran valor cívico. ¡Lástima que los asiduos cuidados de la tribuna parlamentaria le apartaran del campo de la litera-

tura, donde á juzgar por las felices muestras que de su ingenio nos ha dejado, hubiera podido lucir entre nuestros más castizos y elegantes escritores! Deplorémoslo de todas veras, por nosotros principalmente, y no por él, que en último resultado ha sabido alcanzar con sus discursos el fin de toda noble ambición: gloriosa vida y honrada muerte.

Cumplida ya la obligación que me imponía el grato recuerdo del que fué vuestro compañero y mi antecesor en este sitio, paso á exponeros algunas ligeras consideraciones acerca de las causas á que atribuyo la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional, bajo los últimos reinados de la Casa de Austria. Pero antes de entrar en materia, juzgo indispensable hacer una declaración previa para evitar juicios temerarios y erróneas suposiciones. La índole de mi trabajo me llevará naturalmente á tocar algunos puntos que se rozan más ó menos con la cuestión religiosa; y como la inadvertencia propia ó la malignidad ajena podrían dar margen á la torcida interpretación de mis opiniones, me conviene manifestar que doblo mi cabeza respetuoso y sumiso ante la inviolable santidad del dogma; pues no cabe el propósito de herirle en quien, como yo, además de creerle raudal de vida, abriga el convencimiento de que la religión, no es sólo esencia purísima de las almas, sino imperiosa necesidad social, y no comprende la impía negación de Dios más que como enfermedad mortal, afortunadamente no contagiosa, de algunos entendimientos. Pero hay principios y sistemas que prevalecen ó han prevale-

cido en la gobernación de los Estados, y caen, por tanto, bajo la jurisdicción de la crítica y la historia: sobre ellos expondré mis ideas sin rebozo, y en la confianza de quien está de antemano seguro de vuestra tolerante benevolencia, examinaré de paso los resultados que, según mi leal saber y entender, han producido con relación á España, las exageraciones del sentimiento religioso, el cual, cuando no está moderado por la razón, suele precipitar, así á los individuos como á las sociedades, en los mayores y más abominables excesos.

Hecha esta declaración, que me importa dejar consignada, empiezo recordándoos un fenómeno singularísimo que presentan los anales de nuestra literatura patria, y no aparece ni se observa con tan señalados caracteres en los de ningún otro pueblo de Europa. La literatura, monumento majestuoso del progreso humano, donde cada raza esculpe y fija, por decirlo así, los rasgos esenciales de su genio, no se exime de la ley común, que somete todas las cosas de la tierra á las varias mutaciones de la fortuna, y tiene sus períodos alternados de grandeza ó decaimiento, á medida que aumenta ó disminuye el influjo moral ó político del país que la ha producido. Obedeciendo á las fluctuaciones del gusto ó á circunstancias excepcionales, no es igual ni uniforme en época alguna el desarrollo de todos los géneros literarios; unos descienden, otros se elevan, y otros se transforman; pero como todo movimiento intelectual es alma y verbo de la sociedad en que se desenvuelve, nunca se paraliza

por completo en sus múltiples manifestaciones, sino cuando el pueblo, que le alimenta con sus sentimientos, creencias y costumbres, pierde su vida nacional, y aun entonces, como sucede con Polonia, la melancólica poesía, sentada en el sepulcro de la patria muerta, ó errante á orillas de extranjeros ríos, deja oir por algún tiempo sus cantos de desesperación y de guerra. Sólo España quebranta y contradice esta regla general, y ofrece el espectáculo tristísimo, á fines del siglo XVII, de una suspensión absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura. En el espacio de poco más de doscientos años asciende su rica y original literatura al apogeo de su grandeza, asombrando al mundo con sus magníficas creaciones; cae después en los delirios de la fiebre, y se extingue al cabo extenuada y caduca en medio del mismo pueblo que le dió el sér y le infundió su savia generosa. Aquella divina lengua castellana, hecha, según la expresión de Carlos V, para conversar con Dios, no llega á ser, en sus producciones literarias, más que un ruido confuso de vocablos revesados, de frases enmarañadas como espeso bosque, de soeces chocarrerías y rebuscados retruécanos. Nuestra armoniosa poesía lírica, tan tierna en Garcilaso, tan robusta en Herrera, tan candorosa en Fray Luís de León, tan flexible en los Argensolas y tan sentenciosa en las composiciones que llevan, con justicia ó sin ella, el nombre de Rioja, acaba retorciéndose de dolor y angustia en brazos de los locos imitadores de Góngora, que extreman la oscuridad impenetrable de su modelo, y de los discípulos ignorantes

y presuntuosos de Baltasar Gracián. La elocuencia sagrada, que habían depurado y engrandecido Fray Luis de Granada, Sigüenza, Malón de Chaide y tantos admirables escritores místicos como han honrado las letras españolas, se pervierte y degrada bajo el peso de bárbaros silogismos, absurdas hipérboles, hojarascosos conceptos y grotescas cuando no impías comparaciones. La historia, invadida de la incurable dolencia que, iniciándose en el reinado de Felipe III, se propagó á manera de gangrena por todo el cuerpo de la literatura patria, condenándole á prematuro fin, despide sus postreros resplandores en la *Historia de la Conquista de Méjico*, ya tocada de viciosa afectación, y calla acometida de mortal marasmo. Ni Hurtado de Mendoza, ni Mariana, ni Moncada, ni Melo encuentran sucesores, y sólo de vez en cuando estalla alguna chispa del genio que les inspiró (chispa cuya claridad efímera sirve únicamente para hacer más pavorosa la intensidad de las tinieblas), en los escritores políticos que lamentan y lloran recelosos y amedrentados los desastres de nuestra irremediable decadencia. La prosa narrativa, elevada por Cervantes á la perfección más alta, suelta, graciosa y aguda en nuestras novelas picarescas, grave y sonora en las relaciones de sucesos y viajes, intencionada en la pintura de las costumbres, siempre abundante y fluida, pasa aceleradamente desde su nativa pompa á la más alambicada hinchazón, intenta disimular en vano su progresivo empobrecimiento con falsos atavíos y abigarrados colores, y no pudiendo ser profunda, se hace ininteligible.

¿Qué más? El teatro, nuestro incomparable y prodigioso teatro, tesoro inagotable donde no hay sentimiento, ni pasión, ni lucha de afectos, ni contraste dramático, ni símbolo político y religioso, que no tenga su representación y su tipo, también se apaga y desvanece: Calderón asiste á su agonía, iluminándole con las postreras llamaradas de su genio, como el sol en su ocaso, ya rodeado de sombras, dora todavía con moribundo rayo los enhiestos picos de las montañas. Al finalizar el siglo XVII la fuente de nuestra inspiración nacional está del todo cegada; la ruina es completa y la lobreguez absoluta; no hay ramo alguno del humano saber que se salve del general naufragio; todo perece en él, ciencia y arte, fondo y forma, pensamiento y expresión. Nuestra inteligencia, y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas.

Cierto que aquella enorme monarquía de Carlos V se desplomaba al mismo tiempo como edificio envejecido y agrietado; que ya no infundían terror ni imponían la ley á Europa sus hasta poco antes invencibles tercios y formidables escuadras; que por los girones de su regio manto destrozado se descubrían sus miembros descoyuntados y enflaquecidos, y que acorralada á su vez por los mismos á quienes había humillado y escarnecido en los días de prosperidad, falta de recursos, de soldados, de heróicos capitanes y de hombres de Estado porque no era posible que los tuviese en medio de tan fundamental trastorno, apuraba en todas partes, en la tierra y en el mar, la copa de la amargura

y la desesperación de su impotencia. Pero también es verdad, que á pesar de las calamidades sin cuento con que Dios la afligía y probaba, todavía España era España. Todavía poseía dilatados y fértiles dominios en el antiguo y nuevo continente; contaba con el esfuerzo y la lealtad de sus magnánimos hijos para defender su integridad y su derecho contra Europa coligada, en la sangrienta guerra de Sucesión; tenía bastantes elementos para intentar algunos años después la recuperación de las provincias italianas, que había perdido en la catástrofe de principios del siglo XVIII; pudo en aquel mismo siglo reconquistar coronas para regalárselas á los hijos de sus reyes, y finalmente, debía ofrecer al mundo acobardado y atónito en los primeros años de esta centuria, el alto ejemplo de su épica resistencia contra las huestes de Napoleón I. España, pues, aunque quebrantada, maltrecha y exánime, alentaba aún; y sin embargo, su literatura había caído en vergonzoso anonadamiento, presentando á la consideración de la crítica el fenómeno pocas veces visto, como antes he tenido ocasión de manifestaros, de un pueblo que sobrevive á su propia y característica cultura.

Digno de meditación y estudio es el contraste que resulta comparando este sombrío cuadro con el que ofrece otra nación más afortunada, la cual, sola en medio de los mares, bajo un cielo nebuloso y destemplado, con una lengua desabrida, conquista preeminente lugar en la civilización europea, y le conserva á pesar de la incesante mudanza de los tiempos: me re-

fiero á Inglaterra. Tardíos y lentos son sus primeros pasos en las vías del progreso; pero conforme avanza, su marcha es más rápida y segura, y logra al fin ponerse al nivel, si no á la cabeza, de los pueblos más adelantados de Europa. Filosofía, ciencias, historia, poesía, oratoria sagrada y parlamentaria, crítica, todo lo abarca y nada se resiste á su potencia creadora, que resplandece sin interrupción desde el siglo XIV á la edad presente, siendo tan inmensa la pléyade de sus hombres extraordinarios, que al querer enumerarlos, el ánimo vacila, temeroso de incurrir en injustificables omisiones é imperdonables olvidos. Shakspeare, como encarnación de esta espléndida literatura, muéstrase en la cúspide del Parnaso anglo-sajón, desde donde penetra con mirada escrutadora los ocultos repliegues del corazón humano para arrancar á las pasiones, esclavas de su genio, gritos verdaderos, desgarradores y sublimes. ¿Á quién no asombra la larga estela que traza la musa lírica inglesa desde Chaucer, el más antiguo de sus poetas, hasta Byron, el más celebrado de los modernos; estela en que resaltan, como astros en noche serena, los nombres inmortales de Spenser, Milton, Dryden, Pope, Burns, Southey, Shelly y otros muchos, quizás no inferiores aunque no tan conocidos? No es menor el catálogo de sus filósofos y sabios, entre los cuales descuellan como elevadas cimas, los dos Bacon, Hobbes, Locke y el incomparable Newton, á quien la naturaleza descubre como madre cariñosa el secreto de sus leyes. Ni tiene término el número de sus historiadores famosos, como Goldsmith, Hume,

Hibbon, Robertson, Hallam y otros, no menos apreciados, que en los tiempos antiguos y modernos han levantado imperecederos monumentos á la gloria de su patria, justamente orgullosa. Fatigaría vuestra memoria con la inacabable relación de los novelistas, críticos, metafísicos, jurisconsultos, moralistas, filólogos y oradores eminentes, sagrados y profanos, que ha producido aquella tierra, siempre fértil y nunca cansada; pero ya que prescinda de esta enojosa tarea, porque vuestra erudición vastísima no há menester de vanos recuerdos, permitidme al menos que llame vuestra atención sobre una de las instituciones más civilizadoras que han surgido del ingenio de los hombres, y que bastaría por sí sola para eternizar la fama de un pueblo: hablo de la imprenta periódica. No nace en Inglaterra; pero allí arraiga, crece, toma carta de ciudadanía, y manifiesta todo su poder ese maravilloso instrumento de la razón que con su trabajo oscuro, pero continuo, como el de la gota de agua, mina el abuso, hace imposible la tiranía y transforma las sociedades; allí es donde ese amparo de los débiles, azote de la injusticia, clamor que nunca cesa y espada que jamás se embota, adquiere por primera vez el convencimiento de su fuerza para lanzarse resueltamente, burlándose de sus opresores, porque sabe que ha de sobrevivirlos, á la pacífica conquista del mundo moral. Mas ¿á qué cansaros? ¿En qué órbita de los conocimientos humanos, en qué género literario, en qué manifestación intelectual no ha dejado Inglaterra la radiante huella de su inspiración y su constancia? Tal vez ha tenido en su

ímprobo trabajo desmayos pasajeros ¿qué atleta no los tiene? pero nunca eclipses totales y definitivos; ni ha cesado un solo momento en su exuberante elaboración de ideas, ni su literatura se ha estancado, corrompiéndose á modo de cuerpo muerto como la nuestra. Así ha podido atravesar incólume, con mayor ó menor brillo, si bien siempre robusta, el anchuroso espacio de cinco siglos, preñados de guerras desoladoras y alteraciones profundas, para llegar hasta nuestros días con poetas como Tennison y Swinburne; con filósofos y sabios como Herbert-Spencer y Darwin; con historiadores y críticos como Macaulay y Carlylle; con novelistas y escritores de costumbres como Lytton Bulwer y Dickens; con economistas, hombres de Estado y oradores como Stuart-Mill, Gladstone y Disraeli.

Pero su desarrollo nacional no se encierra en estos límites; paralelamente y con igual pujanza se desenvuelven todos sus gérmenes de grandeza; la industria, el comercio, la navegación y las artes liberales toman raudo incremento; la aristocracia, desdeñando los oficios palatinos, busca en el Parlamento, en la defensa de los intereses públicos y en empresas heróicas la conservación de su influencia y la justificación de sus privilegios; la vida, en fin, desborda por donde quiera, y dilata el dominio de Inglaterra más allá de los mares, en América, Asia, África y Oceanía, en cuyas regiones se enriquece á menudo á expensas de nuestro carcomido imperio, con los miembros que se disgregan de él ó con el botín de guerra que el poderío del pueblo britano le arranca. Su vigorosa organización resiste sin

conmoverse, así las injurias del tiempo, como el fuerte embate de las revoluciones modernas; y mientras otros pueblos miran con espanto todos sus elementos constitutivos podridos y disueltos, Inglaterra prosigue su marcha regular y ordenada á la sombra tutelar de sus instituciones tradicionales.

¿No os sorprende, señores, este estado de perpetua renovación y florecimiento al compararle con la estéril flaqueza á que llegamos en el siglo XVII, y de la cual aún no hemos convalecido? Pues no busquéis su explicación en recónditas diferencias de raza, ni en desigualdades intelectuales que la sana crítica no admite y la experiencia desmiente; buscadla sólo, y la encontraréis de fijo, en un hecho asaz significativo que no se ha escapado á la penetración de la historia. Mientras España rodaba con los estremecimientos de la agonía hasta el fondo del abismo, y aferrada á sistemas opresores sentía helársele por grados la sangre en sus venas, Inglaterra conservaba, y conserva todavía, la portentosa actividad de su espíritu, á pesar de las recias conmociones políticas y religiosas que en épocas anteriores la trabajaron, ó merced acaso á estas mismas conmociones, porque supo á costa de inauditos esfuerzos, tenaces luchas é incalculables sacrificios, recuperar, mantener y asegurar por último el derecho de los ciudadanos cuando otros pueblos le abandonaban ó perdían; siendo por esta causa quizás la primera nación de Europa que se ha valido, para avanzar en la senda de su cultura, de las dos irresistibles palancas con que puede removerlo todo el entendi-

miento humano: la libertad política y el libre examen.

¡Ah! ¡También nosotros, que consentimos á mudejares y judíos el ejercicio de sus respectivos cultos, aunque con las restricciones que á la sazón imponía en todas partes la rudeza de los tiempos, habríamos asegurado para siempre la integridad de la conciencia humana si después de la toma de Granada no se hubiera inaugurado en nuestra tierra la más siniestra y prolongada persecución religiosa que registran los anales de la humanidad desde la caída del paganismo! ¡También gozamos de la libertad política en la forma incompleta con que entonces se conocía, pero más regularizada, sin embargo, que en ninguna otra nación del continente europeo; también tuvimos nuestros fueros y nuestras Cortes, defensoras de las franquicias populares, hasta que en los áridos campos de Villalar cayó rota y deshecha la antigua y veneranda Constitución de Castilla! Quiso nuestra mala estrella, y ya el mal no tiene remedio, que á fines del siglo XV y comienzos del XVI se torciese y extraviase el curso de la civilización española para abrir camino expedito y llano á la fugaz grandeza de la dinastía austriaca, que tan aciaga nos ha sido, y cuyas consecuencias desastrosas sufriremos hasta que Dios se apiade de nuestra heredada, mas no merecida desventura.

Bajó el régimen relativamente libre de nuestras instituciones seculares, el ingenio español dió sus primeros pasos con tal valentía de juicio, que indicaba lo que habría llegado á ser si no hubiesen cortado su vuelo el trastorno de nuestras leyes fundamentales y

la recrudescencia del fanatismo. Indeciso y rudo en sus formas de expresión, é influído sucesivamente por literaturas más adelantadas, dominóle á veces el mal gusto, pero nunca careció de viril energía ni de osada independencia. Sin menoscabo de la fe religiosa, que fortalecía á nuestros antepasados en su lucha contra los musulmanes, ni relajación del principio monárquico á que rendían caballeroso culto, obsérvanse en las obras de nuestros primitivos poetas, novelistas é historiadores, en los *cancioneros* y *crónicas*, tanta rectitud de juicio y tan ingenuo atrevimiento, que al hojear sus páginas el ánimo se suspende y embelesa. Pontífices, reyes, prelados y magnates sufren su censura, no siempre templada y contenida; persiguen con tosco é irritado lenguaje el abuso y la corrupción de las costumbres donde quiera que apuntan, en la plaza pública, en la corte, en los tribunales de justicia, hasta en el templo; el azote de su honrada indignación alcanza á las cosas más altas, y ningún temor le refrena. Hoy mismo no podrían darse á la estampa, sin escándalo de las almas timoratas, las amargas diatribas con que el arcipreste de Hita y Pero López de Ayala anatematizaron en su tiempo los vicios de Roma y el libertinaje del clero, entregado entonces á todos los desórdenes de la codicia y la concupiscencia; y el mismo aliento revelan, no obstante su origen cortesano, las sencillas relaciones de algunas de nuestras *Crónicas*, donde con feos colores se pintan la ambición de los grandes, las debilidades de los reyes y la desdicha mal remediada del pueblo, víctima siempre de las discor-

dias de sus señores. El mismo varonil desenfado descúbrese en el *Romancero*, hasta en los *refranes* con que el vulgo muestra su desconfiada experiencia; pudiendo asegurarse que en los restos casi olvidados de la literatura patria, desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos, es donde más fielmente se retratan el carácter y las virtudes de nuestra raza, aventurera, libre, generosa y expansiva.

Tan irresistible era el empuje con que nuestra cultura intelectual caminaba, que á pesar de la violenta pérdida de nuestras libertades bajo el cetro de Carlos V, y de la intolerancia feroz que empezó á desplegarse casi al mismo tiempo para atajar los progresos de la Reforma luterana, todavía el espíritu audaz y resuelto que animó á nuestros antiguos escritores dilató su influjo, aunque ya más debilitado, hasta bien entrado el siglo XVII, como esos ríos de curso caudaloso que al desembocar en los mares llevan largo trecho por encima de las olas su impetuosa corriente. Poco á poco nuestro espíritu innovador y atrevido se extingue y apaga ; pero, ¡ cuán hermoso es su crepúsculo ! ¡ Cuán vívida y refulgente la despedida de aquel sol que se esconde en las tinieblas de una noche profunda ! Entonces la teología, que removiendo las entrañas de la sociedad hasta en sus más ocultas fibras, compendiaba todos los conocimientos y pasiones de aquella época, ya vacilante en su fe, encuentra en España sus intérpretes más aventajados, y nuestros doctores son, por la solidez de su doctrina y prodigiosa elocuencia, admiración y pasmo del Concilio de Tren-

to. Inquieren y ahondan nuestros místicos con sagaz penetración todos los misterios de la lengua castellana, que adquiere bajo su pluma flexibilidad sorprendente, y consiguen expresar las abstracciones más metafísicas con claridad de concepto que haría bien en imitar la moderna filosofía. La poesía lírica se transforma influída por el gusto italiano, y si bien por esta misma razón es la menos original de nuestras manifestaciones literarias, contribuye, sin embargo, á la perfección y enriquecimiento del idioma, recogiendo sus armonías más íntimas, ennobleciendo sus palabras, dando novedad y soltura á sus giros, y añadiendo definitivamente á la lira española metros poco usados y cuerdas desconocidas. El estudio de la antigüedad clásica, que á la sazón despierta en Europa, presta á la Historia, sacándola de su humilde condición de crónica, formas majestuosas y sentencioso estilo. Desenvuélvese la novela, y el teatro, que debía reconcentrar andando los años toda la actividad de nuestro espíritu, cohibido en las demás esferas, anuncia ya el superior destino que le aguarda. El generoso deseo de propagar la fe de Cristo, no sólo en las desconocidas regiones descubiertas recientemente por Colón, sino en los más apartados imperios de Oriente, donde nuestros misioneros buscan y alcanzan á menudo la inmarcesible palma del martirio, abre anchos horizontes á la investigación científica, y reciben extraordinario impulso entre nosotros los trabajos geográficos, náuticos, físicos y naturales. No le recibe menor la enseñanza de las lenguas, hasta de las más incultas de América y Asia; y Espa-

ña, con la publicación de innumerables gramáticas y vocabularios, coordina y deja á la posteridad los elementos primitivos que más adelante debían dar origen á una nueva ciencia. ¡Qué explosión tan grandiosa la de nuestro genio nacional! El mundo todo se somete sin oposición á su influjo, y las prensas de París, Lyon, Bruselas, Amberes, Roma, Milán, Nápoles y Venecia multiplican y esparcen por todos los ámbitos de la tierra, en el nativo idioma ó en los extraños, las obras de nuestros teólogos, sabios, historiadores, místicos, novelistas y poetas.

Pero en medio de su fecundidad este movimiento intelectual mostraba los signos de próxima decadencia, y su exuberancia misma era quizás el síntoma más grave de la incurable enfermedad que debía poner breve término á su atormentada vida. Sujeto por innumerables trabas, nuestro pensamiento iba lentamente apocándose bajo la sombría, suspicaz é implacable intolerancia religiosa, que se abalanzaba sobre aquella sociedad indefensa, envolviéndola en sus invisibles redes para poder á mansalva extinguir con el hierro y el fuego las opiniones calificadas de sospechosas, hasta en lo más recóndito del hogar y en lo más hondo de la conciencia.

En nombre de un Dios de paz, los tribunales de la fe sembraban por todas partes la desolación y la muerte; atropellaban los afectos más caros; ponían la honra y la vida de los ciudadanos á merced de delaciones, muchas veces anónimas, inspiradas quizás por la ruín venganza, por la sórdida codicia ó por terrores ó es-

crúpulos supersticiosos; relajaban los vínculos sagrados de la familia, imponiendo, bajo pena de excomunión, á los padres el ingrato deber de acusar á sus hijos, á los hijos la terrible gloria de vender á sus padres, á las mujeres la vergonzosa obligación de espiar á sus maridos, y una palabra indiscreta, pronunciada en el seno de la intimidad, hasta un movimiento natural é irreflexivo, eran causa bastante para sumir á un desgraciado en lóbrego calabozo, someterle á cruentas torturas, arrancarle la vida en medio de atroces suplicios, confiscar sus bienes y mancillar su memoria. El misterio más absoluto rodeaba estos bárbaros procedimientos; secretas eran las denuncias, secretas las declaraciones de cargo y descargo, secretas las pruebas, restringida y secreta la defensa, y sólo público el castigo. Ni el arrepentimiento de la culpa, ni la reconciliación con la verdad, mejoraban la triste suerte del sentenciado; si había incurrido en herejía y propagado el error; si el dolor del tormento había arrancado á su flaqueza la confesión de un delito, acaso imaginario, debía morir sin remedio, y penitente ó contumaz, vivo ó muerto, de todos modos pertenecía á la hoguera. La infamia de la pena alcanzaba á los hijos y no respetaba á los cadáveres; desapareció la piadosa inviolabilidad del sepulcro, y el fanatismo, feroz como la hiena, desenterraba al culpado para entregar su recuerdo al oprobio, su efigie á la vergüenza pública, y sus restos á las voraces llamas.

Ni la virtud más pura, ni la fe más acendrada, ni la santidad misma, estaban al abrigo de las pesquisas in-

quisitoriales, ni de sus fieras persecuciones: varones venerables, posteriormente canonizados por la Iglesia; eminentes prelados, doctores y teólogos sapientísimos, que habían confundido con su palabra los sofismas luteranos en el Santo Concilio tridentino; preclaros próceres encanecidos en el servicio de la patria; jurisconsultos y escritores de justa reputación, gemían bajo la pesadumbre de esta tiranía tenebrosa, que consideraba muchas veces como indicios vehementes de herejía la demasiada ciencia, la piedad sincera, el mérito superior reconocido; y á medida que la intolerancia religiosa iba estrechando su círculo odioso, apoderábase de las almas mejor templadas invencible desfallecimiento. «Vivimos en tiempos tan calamitosos—escribía aterrorizado á uno de sus amigos el ilustre filósofo Juan Luís Vives—que no podemos proferir palabra, ni callar, sin riesgo;» y exhalaba esta desesperada queja, cuando la Inquisición no había exagerado aún su recelosa vigilancia ni sus horrendos castigos.

Lejos de mí la absurda idea de sostener que en aquellos tiempos España fuese la única nación cristiana dominada por el fanatismo. La sobrexcitación del sentimiento religioso era entonces vivísima, dando lugar en todos los Estados de Europa, católicos ó protestantes, á crueles suplicios y catástrofes espantosas. En Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza suscitó prolongadas revueltas; pero esto mismo contribuyó á que la persecución pasase en aquellos pueblos por las varias alternativas de la guerra civil, á veces inhumana, á veces transigente, y á que no presentara como en nues-

tra patria, donde en realidad jamás hubo lucha, el carácter de una compresión sistemática, continua y normalizada. Si no registra nuestra historia escenas tan horribles como la trágica noche de San Bartolomé, que fué no sólo la brutal explosión de los odios de secta, sino la ruidosa venganza de un partido, tampoco ofrece la menor interrupción en los rigores inquisitoriales; porque la intolerancia española, más que impetuosa y turbulenta, pecó de reflexiva y regularizada, sin duda para asegurar de esta suerte la duración y eficacia de sus dañosos efectos.

La tempestad fué arreciando con los años, y la severidad del Santo-Oficio extremándose hasta el punto de que con alguna frecuencia los Sumos Pontífices tuvieran que intervenir con su autoridad suprema para moderar el celo de aquel Tribunal sin misericordia. Pobláronse las cárceles de víctimas, que esperaban en estrecha incomunicación el fin, casi siempre funesto, de sus sigilosos procesos; multiplicáronse los *Autos de Fe*, y para mayor escarnio de todo sentimiento generoso, incluyéronse esas monstruosas ceremonias en el número de los festejos públicos con que se solemnizaban los prósperos sucesos de la monarquía; como si la agonía desgarradora de las infelices criaturas condenadas á morir en el fuego, fuera espectáculo regocijado y digno de una nación cristiana.

Cuando con tan persistente saña acorralaba las ideas hasta en el fondo del cerebro humano, no era posible que el fanatismo dejase á salvo el pensamiento vivo reproducido por la Imprenta; y para evitar la propa-

gación de las doctrinas que el Santo-Oficio tildaba de erróneas ó pravas, erigió en sistema permanente el mal ejemplo dado por fray Lope de Barrientos en el siglo XV, quemando la biblioteca del Marqués de Villena, y seguido después por el cardenal Jiménez de Cisneros con los manuscritos árabes del reino de Granada. No satisfecho con esto, usurpó á la potestad civil el derecho de censura sobre los libros, forzándola á expedir pragmáticas rigorosísimas, en algunas de las cuales se imponía pena capital y perdimiento de bienes á los que imprimieran, vendiesen, leyeran ó conservasen obras incluídas en los interminables y frecuentemente renovados *Índices expurgatorios*. Comprendíanse en estas listas de proscripción del entendimiento humano, no sólo los libros conocidamente heréticos ó que contenían proposiciones de dudoso sentido, sino muchos más que, siendo ajenos á las cuestiones religiosas y tratando únicamente de materias científicas ó literarias, tenían el pecado original de haber sido escritos por autores sospechosos ó mal juzgados, sin que las exhortaciones repetidas de la Santa Sede lograsen libertar á algunas de estas obras del injusto anatema. Las restricciones de la censura y el miedo á la pena iban disminuyendo de día en día las publicaciones científicas y filosóficas; pero en cambio aumentaban considerablemente las recreativas en que lo liviano del asunto y la licencia del lenguaje rayaban en cínica desvergüenza; y mientras se anotaban en los *Índices expurgatorios* libros tan llenos de unción cristiana como el tratado de la *Oración y meditación* y la

Guía de Pecadores del venerable fray Luís de Granada, corrían sin obstáculo en manos del vulgo, con la aprobación eclesiástica y laudatorias calificaciones, novelas obscenas y comedias de no muy edificante lectura.

La enseñanza pública, subordinada, como todas las manifestaciones de la razón, á la rígida disciplina sacerdotal, sufría también las consecuencias de esta angustiosa servidumbre. Nuestras gloriosas universidades, focos de instrucción sana y robusta, que habían resplandecido en tiempos mejores con brillo envidiable, desfallecían y se amortiguaban tristemente como lámparas abandonadas. Una dialéctica sutil, artificiosa y vacía, más ocupada en aquilatar las formas retóricas de la argumentación que el fondo de la argumentación misma, erizada de silogismos oscuros ó pueriles, reinaba en las aulas como despótica señora de las inteligencias. El principio de autoridad dogmática, indiscutible, sagrado, alzábase escueto y solo sobre el silencio de la ciencia despavorida, que vivía, ó mejor dicho, agonizaba ahogada por la interpretación más ó menos favorable, pero siempre restringida de los textos bíblicos. Los catedráticos y maestros que revelaban alguna independencia de juicio, eran calumniados, encarcelados, proscritos, sin consideración alguna, ni miramiento á sus méritos, servicios y virtudes. Desterróse el espíritu de investigación y de análisis, mutilando de esta suerte el pensamiento, y dejándole en mitad de su camino, ciego y sin guía. Las ciencias físicas y matemáticas enmudecieron, y la ignorancia más profunda ennegreció las almas; pero no esa igno-

rancia crédula y sencilla, propia de los pueblos primitivos, sino la ignorancia presuntuosa, obstinada, y para decirlo de una vez, incurable, que es el signo distintivo de todas las sociedades decrépitas y degradadas.

Porque la opresión envilece á las naciones tanto como la libertad las dignifica. España, al paso que decaía en todo, bajo el yugo de tan larga intolerancia, descendía también al más miserable estado de desmoralización, como si el Santo-Oficio y la tiranía, unidos en un mismo propósito, al comprimir violentamente el espíritu nacional, le hubiesen dejado abierto, para que no estallara, el único respiradero de la corrupción de las costumbres. No hay más que leer las obras de los escritores satíricos, y las *Relaciones* y *Avisos* particulares que se conservan del siglo XVII, para comprender de qué manera había sabido amalgamar aquella sociedad el misticismo y libertinaje, compartiendo hipócritamente su tiempo entre la oración y la crápula, las procesiones y los adulterios, las novenas y los homicidios. Una moral laxa y acomodaticia había invadido todas las clases y condiciones, desde los favoritos y magnates de la corte, concusionarios y escandalosos, que creían acallar el remordimiento de sus conciencias turbadas empleando parte de sus rapiñas en fundaciones y mandas piadosas, hasta los salteadores de caminos, que resguardaban supersticiosamente sus pechos, cerrados á la clemencia, con imágenes de santos y escapularios benditos. La perversión era general; y como cuando el cuerpo social se inficiona de malos

humores llega á todos sus miembros el virus deletéreo, ni siquiera el clero, encargado de la dirección de las almas, pudo preservarse del pestilente contagio.

Como no quiero lastimar los delicados y castos oídos del bello sexo, que honra este acto con su asistencia, prescindo de citar casos abominables, que suministra en abundancia la historia de aquel siglo, y tampoco evocaré el recuerdo de crímenes execrables é impíos, no siempre castigados como merecían, cuyos procesos duermen en los empolvados legajos de nuestros archivos; pero si no me detuviera la consideración respetuosa que acabo de exponer, fácil me sería demostrar con numerosos ejemplos cuán hediondas y repugnantes eran las llagas de aquella sociedad en apariencia tan temerosa de Dios. Dijérase que la nación entera había concretado y reducido el cumplimiento de todos sus deberes morales y religiosos á la práctica del culto puramente externo y á la absoluta abdicación de su pensamiento, al ver cómo la eran tolerados, si no legalmente permitidos, los mayores excesos y los vicios reprensibles con tal de que supiese cubrirlos con el velo de su devoción rutinaria y de su automática obediencia.

¿Es por ventura extraño que en medio de esta atmósfera viciada, comprimido por el fanatismo cada vez más intransigente porque cada vez iba siendo menos ilustrado, el genio español se postrara, falto de espontaneidad y de aliento? Apartado de toda comunicación intelectual con Europa, donde empezaban á germinar nuevas y fecundas doctrinas, aislado en su

aparente grandeza, cohibido por el terror, apretado en los moldes de métodos filosóficos y científicos que no bastaban á contenerle, sin luz, ni aire, ni espacio, era irremediable que pereciera, y se cumplió su fatal destino. Cuando hubo agotado su caudal de ideas propias, no pudiendo reponerle, buscó en la retórica combinación de conceptos, en el juego de vocablos y en la inextricable agudeza de los equívocos, la novedad que de otro modo no le era lícito adquirir, y flaco y enfermizo intentó cubrir la vacuidad del fondo con la extravagancia de la forma. No habría llegado, ciertamente, nuestra literatura á tan deplorable estado, porque España no hubiese caído tan bajo como cayó entonces, si hubieran existido nuestras libertades públicas; pero por desgracia, habíalas destruído en su esencia el poder real, y el vano simulacro de nuestras Cortes carecía de fuerzas para reivindicar los menoscabados derechos populares. Sin embargo, el genio nacional hubiera podido acaso resistir á esta contrariedad y hasta vencerla, porque nunca la potestad civil, que no descansa en dogmas inmutables, sino que, por el contrario, está expuesta á la constante variación de los tiempos, puede sofocar en absoluto la emisión del pensamiento ni la voz de la conciencia pública, si las vicisitudes del siglo, el peligro común y la necesidad de la mutua defensa, no hubiesen confundido en un solo haz los intereses distintos, aunque no opuestos, de la religión y del Estado. Inicióse esta desastrosa amalgama, que tan fatales resultados produjo, en el reinado de Isabel y de Fernando, con la bárbara expulsión de

los judíos, que privó á España de más de ochocientos mil ciudadanos industriosos y activos, con los crueles atropellos cometidos contra los moriscos de Granada, faltando abiertamente al espíritu y letra de las capitulaciones que precedieron á la entrega de la ciudad, y en las cuales se obligaron nuestros reyes por sí y á nombre de sus sucesores á respetar el culto de los vencidos, y con el establecimiento definitivo de la Santa Inquisición, que no se realizó sin arduas dificultades y sangrientos trastornos. Estas medidas en el fondo políticas, á pesar de su carácter aparentemente religioso, dieron origen á un sistema que se exageró después, cuando el César Carlos V, habiendo procurado en vano llegar á términos de avenencia con la naciente herejía luterana, cuyo rápido incremento le impuso, receló que el libre examen minaba con los mismos golpes la soberanía imperial y la supremacía pontificia. Considerando la debilidad constitutiva de la dilatadísima, pero inconsciente monarquía encomendada á su dirección y gobierno, compuesta de provincias heterogéneas, esparcidas por todos los puntos de la tierra, sin trabazón ni enlace entre sí, con diverso origen, distinta lengua y contrapuestos usos, adquirió el íntimo convencimiento de que la unidad de fe era el único vínculo con que podía sostener la desconcertada unidad de su imperio. Sintiéndose fuerte contra Roma calculó, sin duda, que le sería fácil resistir la tendencia absorbente, con la cual contraía tan estrecha alianza ofensiva y defensiva; pero se ocultó á su perspicacia que á la larga y en último término la inflexibilidad de

la doctrina se sobrepondría á los intereses políticos, mudables de suyo, porque la fuerza de atracción residía entonces, como residirá hasta el fin de los siglos, no en lo modificable y temporal, que es el Estado, sino en lo permanente y eterno, que es la religión. Con inútil empeño pretendieron el Emperador y su hijo contrarrestar la influencia que habían solicitado y los avasallaba á la vez que los protegía, pues si bien en ocasiones lograron vencer al Soberano de Roma y hasta humillarle, constriñéndole al cumplimiento de sus compromisos, frecuentemente rotos, ú oponiéndose á sus exorbitantes pretensiones, el Pontífice, es decir, la cabeza visible de la Iglesia, acabó siempre por dominarlos y confundirlos, sobre todo á Felipe II y sus débiles sucesores. Lenta y sigilosamente el sacerdocio fué apoderándose del imperio, infundiéndole su espíritu, mermándole prerrogativas y atribuciones esenciales, compenetrándole, en fin, y transformándole como la espesa y tenebrosa selva del *Infierno* del Dante transfiguraba en nudosas raíces y retorcidos troncos, las almas de los desgraciados, condenadas por sus culpas á morar perdurablemente en aquel recinto espantable. Grandeza, voluntad, energía, fuerza, industria, comercio, todo fué arrollado por las negras olas de la monarquía teocrática, defendida por casi todos nuestros teólogos, singularmente por Mariana en su libro *Del Rey y de la institución real*, y por Rivadeneyra en su tratado *Del Príncipe Cristiano*. ¡Ah! si se levantaran de sus tumbas las desdichadas generaciones de nuestra España regida por los reyes de la casa de Austria;

de aquella España que empieza en Carlos I y concluye en Carlos II, harapienta, podrida, extenuada, que pierde en el espacio de dos siglos sus libertades, su supremacía, parte de sus dominios, sus ciencias, sus artes, su literatura, su genio y su gloria; de aquella España despoblada, saqueada por el fisco y comida del diezmo, pero llena de conventos, hermandades, cofradías y congregaciones, poseedoras de cerca de la mitad de la propiedad territorial; de aquella España, en fin, alumbrada por las hogueras de la Santa Inquisición, que persigue á los judíos, quema á los luteranos y expulsa á los moriscos con tan frío encono, que no ha podido aún borrar de la conciencia del mundo el recuerdo de estos trágicos horrores ni obtener su perdón; si se levantaran de sus tumbas, vuelvo á repetir, las desdichadas generaciones de aquellos siglos, engrandecidos quizás por la distancia y hermoseados por la poesía, podrían decir á las almas soñadoras que se entusiasman con la memoria de lo pasado, lo que es la teocracia; lo que es esa enfermedad social, larga y penosa, que mata con lentitud y aniquila insensiblemente, como esos árboles de la India, bajo cuya sombra el viajero inadvertido busca descanso, se duerme y no despierta.

Cuando la Casa de Borbón recogió la vasta herencia de la dinastía austriaca, nuestra patria, sometida como estaba en el orden político, científico y religioso, á un poder indiscutible é irresponsable, que había imbuído en el ánimo de la multitud las más groseras supersticiones, debilitado su energía y modificado su carácter.

era una masa humana atónita é inerte donde toda iniciativa individual se había extinguido. En realidad de verdad, España se presentaba como un pueblo muerto para los trabajos del espíritu: todavía por la extensión de sus ricas posesiones y el recuerdo de su anterior poderío, influía algo en la marcha política del mundo; pero en la esfera intelectual mirábasela con el mayor desprecio, y hasta tal punto se acostumbró Europa á prescindir de su compañía en la senda del progreso, que hoy mismo, á pesar del tiempo transcurrido y de los radicales cambios por que la nación española ha pasado, le agobia y oprime con sus desdeñosas é inmerecidas prevenciones. Parece como que nuestra patria termina definitivamente su misión en el siglo XVII; estúdianse sus clásicos, como se estudian los restos de una civilización antigua; su literatura acaba generalmente para la crítica moderna en la época de Calderón, y desde entonces hasta nuestros días puede decirse que, fuera de contadas y honrosísimas excepciones, el genio español se revuelve estérilmente en la sombra, olvidado y desconocido, cuando no calumniado. ¡Ay! Por más que nos duela y lastime nuestro orgullo, fuerza es confesar que esta injusticia tiene explicación, si no disculpa. Nos quedamos tan rezagados, que al emprender de nuevo la interrumpida jornada, no nos ha sido posible, á pesar de haber violentado nuestra marcha, alcanzar á naciones que nos llevan más de un siglo de delantera. Nuestro pasado nos abruma como maldición del cielo.

Aquí debería concluir, si me ciñese extrictamente al

plan que me he propuesto; pero á riesgo de abusar más de lo justo de vuestra indulgencia, ya de fijo cansada, no puedo prescindir, obedeciendo á la ley de los contrastes, de consagrar un recuerdo, siquiera sea breve y compendioso, al período que abarca los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y principios del de Carlos IV; período que considero, no como uno de los más brillantes, pero sí de los más fecundos de nuestra historia. Corresponde indudablemente á los cuatro reyes de la dinastía borbónica que he nombrado, principalmente á Fernando VI y Carlos III, el honroso timbre de haber inaugurado ó favorecido la lenta regeneración de España. No restituyeron al país sus perdidas y ya olvidadas libertades, ni restauraron las Cortes del reino, ni consintieron siquiera la más mínima desmembración de su poder absoluto: no era esta la corriente de los tiempos. Pero celosos de la autoridad real, reivindicaron y recuperaron muchas de las prerrogativas y derechos que la potestad eclesiástica había usurpado; contuvieron las tendencias avasalladoras de la Iglesia; asestaron los primeros y más rudos golpes contra el odioso Tribunal de la Inquisición; templaron los rigores de la censura, y si no rompieron los hierros con que el fanatismo nos esclavizaba, tal vez porque se lo impidieron añejas é invencibles preocupaciones, alargaron al menos la cadena para que pudiera moverse con algún desembarazo nuestra conciencia entumecida. Bajo el patrocinio de estos monarcas bien intencionados, concordáronse con Roma reformas trascendentales, favorables á las regalías de la

corona; se instituyeron nuestras doctas Academias; fundáronse las *Sociedades económicas del país*, cuyos servicios fueron entonces de notoria importancia; se abrieron escuelas especiales de ciencias físicas, naturales y matemáticas, en vista de las resistencias que á acoger en su seno estos utilísimos estudios opusieron nuestras atrasadas é incorregibles Universidades, dominadas por el clero y donde sólo podían campar á sus anchas el árido escolasticismo; publicaron el padre Feijóo su *Teatro Crítico*, que es la primera embestida dada á la grosera y supersticiosa ignorancia del vulgo, el Conde de Campomanes sus ilustrados *Informes* y luminosos *Discursos* acerca de las más arduas cuestiones políticas y sociales, Jovellanos sus inmortales obras, tan recomendables por el estilo como por la doctrina, y otros muchos escritores, todos insignes, meditados trabajos sobre ciencias morales y políticas, industria, comercio, náutica, artes y oficios, que contribuyeron á dar sana dirección y potentísimo impulso al renacimiento nacional, bajo tan buenos auspicios iniciado. Si la bella literatura, propiamente dicha, no fué tan deprisa ni tan lejos, tampoco permaneció estacionaria. Hay en la incertidumbre de sus primeros pasos algo que recuerda la flojedad del niño ó la postración del convaleciente; imita, pero no crea; rinde á los preceptos clásicos más culto de lo que á su espontaneidad conviene, y temerosa de incurrir en las aberraciones del siglo anterior, desdeña en cierto modo como peligrosos todos los elementos indígenas para entregarse, casi siempre falta de inventiva, á la ciega

admiración de modelos extraños. Pero á pesar de todo, presta con su sencillez calculada, y quizás demasiado rígida, como protesta contra el exuberante y pedantesco desorden que antes la había corrompido, indisputables servicios á la cultura nacional; depura el gusto estragado, encauza las ideas, y si no acierta á menudo con los tonos de la inspiración verdadera, pocas veces se equivoca en apartar de sí lo que la estorba ó la daña. No había pasado el tiempo suficiente para que volviese del sopor y aniquilamiento en que cayó bajo el cetro de los últimos reyes austriacos, y harto hacía, cuando las causas de su perdición, aunque más debilitadas, no habían desaparecido del todo, con abrir el surco y arrojar en él la semilla que debía producir sus más sazonados frutos en nuestro siglo. Grande fué el esfuerzo, desapasionadamente considerado, y no hay derecho á exigir más de las pobres musas castellanas, que por primera vez después de dos largas y mortales centurias, veían penetrar un rayo de luz y de esperanza en el fondo del calabozo, por no decir del sepulcro, en donde aherrojadas yacían.

Pero sobreviene la catástrofe de 1808, que reinstala de improviso á nuestro pueblo, huérfano de sus reyes, en el pleno goce de su soberanía, y entonces, ¡oh providencial coincidencia! con la libertad que despierta sale también el genio nacional de su prolongado y perezoso sueño; aquella literatura pueril, metódica, encogida, robustece sus músculos y eleva su espíritu con el duro ejercicio de la guerra; la poesía lanza á los ecos de las montañas y de los valles, para sobrexcitar

el sentimiento patrio, las estrofas más viriles, más líricas y conmovedoras que han resonado jamás en el Parnaso español; resucita la elocuencia, y desde la radiante tribuna de Cádiz, donde resiste intrépida y serena los estragos de la peste, las bombas de los enemigos y las conjuraciones de la teocracia, anuncia y prepara con su verbo vibrante y heróico la redención de Europa. Una juventud inteligente, resuelta y generosa, á la cual pertenecían, por su entusiasmo ó por su edad, el gran Quintana, Gallego, Toreno, Argüelles, los duques de Frías y de Rivas, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y otros muchos que alcanzaron después merecida fama en las Asambleas ó en las Academias, se agitaba movida por nobles aspiraciones; peroraba, escribía, cantaba, luchaba, y si era menester moría bajo el irresistible imperio de las nuevas doctrinas que daban calor á su sangre, luz á su mente, energía á sus corazones para el combate y abnegación á sus almas para el sacrificio. ¡Oh santa libertad, que no sólo rescataste á nuestro pueblo de la abyección moral en que se consumía, sino que unida en firmísimo lazo con el sentimiento religioso, defendiste y nos conservaste en aquellos aciagos y memorables días el suelo de la patria; mil veces bendita seas!

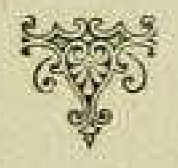
Voy á terminar, temeroso de haberos molestado en demasía. Los ejemplos aducidos bastan, á mi juicio, para demostrar de un modo concluyente el pernicioso influjo que ha ejercido en nuestro desarrollo literario, conteniéndole ó viciándole, la falta de libertad política y de libertad religiosa, y no expongo en apoyo de mi

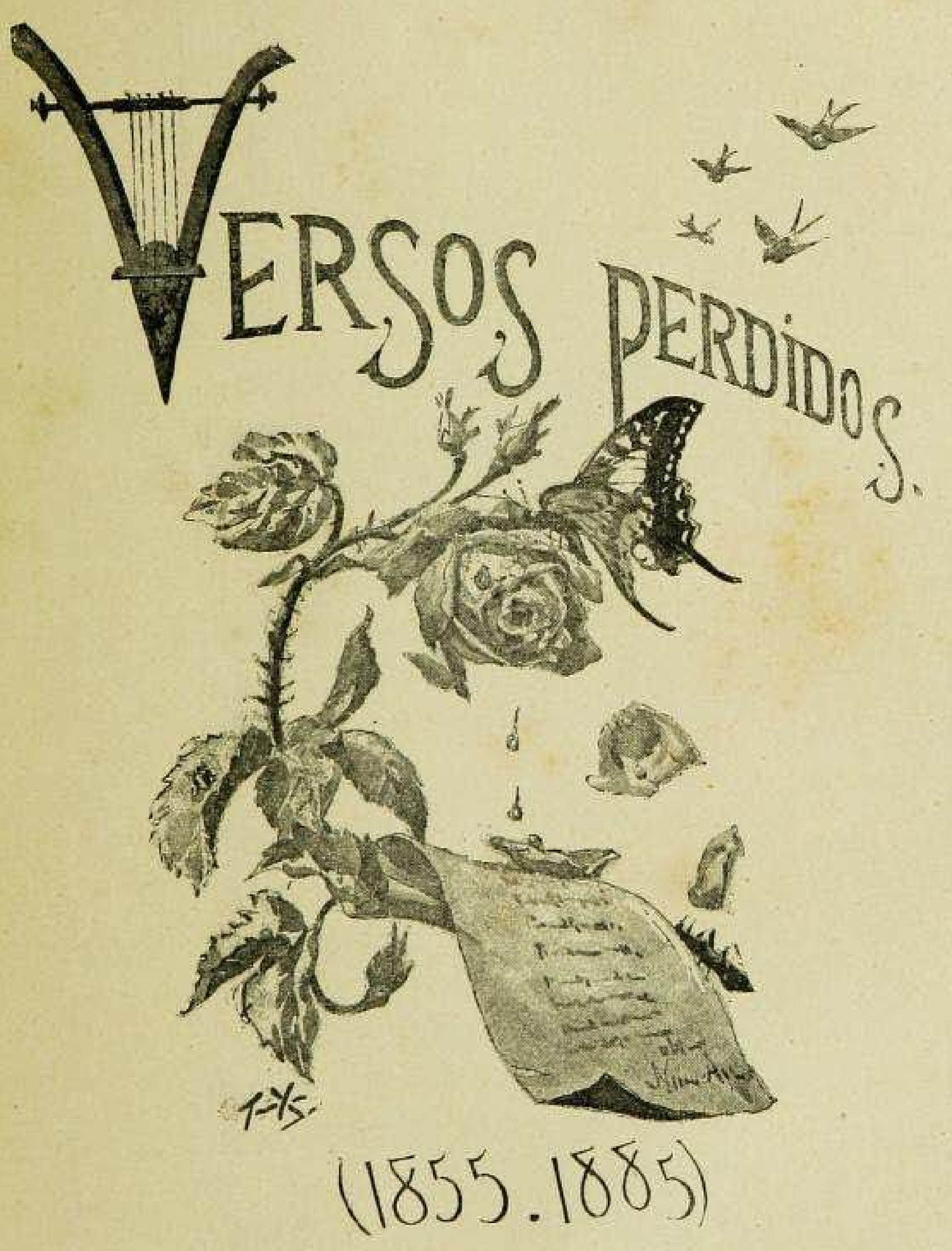
tesis más recientes pruebas, porque no quiero herir susceptibilidades dignas de respeto con recuerdos dolorosos ó inoportunos. Por esta misma razón nada digo acerca del gran sacudimiento de ideas científicas, religiosas y sociales que todo cambio fundamental en las instituciones de un pueblo produce siempre, de lo cual dan claro testimonio en España el movimiento romántico de 1834, que coincide con el político, y el movimiento filosófico que desde 1869 se observa entre nosotros como uno de los signos más característicos de la edad presente, tan insegura y agitada. Bien sé que al abrigo de la libertad política, y como inevitable resultado de la emancipación de la conciencia humana, salen á la luz del día y se manifiestan sin rebozo doctrinas absurdas, dudas impías, problemas espantosos é irresolubles y negaciones satánicas; pero, por ventura, ¿el espíritu de rebeldía es menos terrible porque nos acometa en las tinieblas? Tan llena está de asechanzas la noche del entendimiento como la noche natural, que en el mundo de las ideas y de los seres animados, el fraude, el engaño, la perfidia y la traición se conciertan mejor y ofenden más á mansalva cuanto mayores son la oscuridad y el silencio. ¿Á qué imitar al ave medrosa que juzga sustraerse del peligro cuando oculta, para no verlo, la cabeza debajo el ala? Conozcamos el mal—ya que es irremediable que el mal exista—para salirle al encuentro sin el temor de que nos venza, pues sería desconocer la justa Providencia de Aquel que ha entregado la tierra á las disputas, pero no á la locura de los hombres, y que con mano invisible guía y empuja

á las sociedades hacia su perfección por medio de innumerables obstáculos, escollos y precipicios. Combatamos el error cara á cara, partiendo el campo y el sol, con el raciocinio y no con la violencia, sin olvidar que la verdad misma, impuesta por la fuerza y no por el convencimiento, corre riesgo de hacerse insoportable y aborrecible. Ni la diversidad de opiniones, ni la contraposición de juicios, ni la variedad de creencias deben romper la fraternal comunidad del género humano, y ojalá reine algún día sobre la superficie de la tierra la solemne y piadosa imparcialidad del cielo, que á todos, justos ó pecadores, creyentes ó excépticos, cristianos ó idólatras, por igual nos cobija y ampara. ¿Qué somos ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo ó nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros, que giran en los espacios infinitos, hasta el sordo rugido de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unísonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hacia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oración del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que

afirma, todo, en fin, lo que aparece ante nuestra razón limitada como contradictorio, inconciliable é irreductible, se confunde concertadamente en una aspiración suprema para llegar á ti, ¡oh Dios, en quien adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia.

HE DICHO.





(1855.1885)

LA SOMBRA

Dulces y amorosos sueños
de la virgen candorosa,
que tomáis en el espacio
blanca y delicada forma;
Melancólicos suspiros
de la flor que se deshoja,
que os convertís en el cielo
en espíritus de aroma;
Yo siento sobre mi frente
vuestras alas temblorosas,
y siento en los labios míos
el beso de vuestra boca.
Lloráis para consolarme
de mis pasadas congojas,
y ese llanto es el rocío
que se columpia en las rosas.
Mas si queréis que no pene,
desde el cielo en donde mora,
si no al ángel que me inspira
bajadme al menos su sombra.

1855.

Á MI MADRE EN VIERNES SANTO

¿Por qué cuando la tierra suspende su alegría
y llora contristada la muerte del Señor,
mi corazón recuerda tu nombre ¡oh madre mía!
con religioso amor?

—

Recuerdo que en mis horas de amargo desaliento
consuela mis dolores y calma mi inquietud;
recuerdo que es acaso mi solo sentimiento
y mi única virtud.

—

¿Será porque en los años risueños y floridos
de aquella edad que llega de la inocencia en pos,
tú me enseñaste ¡oh madre! á pronunciar unidos
tu nombre y el de Dios?

—

No sé: pero los santos misterios de este día
animan la memoria de goces que perdí.
No sé; pero agitado mi corazón ansía
volar, volar á ti.

—

Porque nació en tus brazos el ansia que me inspira,
y son en este valle de perennal dolor,
tu afecto y mi creencia dos cuerdas de una lira,
dos hojas de una flor.

1853.

Á JOVELLANOS

Cuando la luz del esperado día
rasgaba ya la sombra y el misterio;
cuando su vergonzoso cautiverio
con noble audacia la razón rompía;
Cuando la libertad que renacía
empezaba á dorar nuestro hemisferio;
cuando el caduco y gangrenado imperio
del error se agitaba en la agonía;
Tú sacudiste al pueblo castellano
que reposaba en su abyección hundido,
casi olvidado de la humana historia.
Aún yaciera, sin ti, bajo la mano
de la opresión, y como Job tendido
en la ceniza de su muerta gloria.

18....

EL REY Y EL LACAYO

Pronta un día como el rayo
cortó la inflexible parca,
la existencia de un monarca
y la de un pobre lacayo.
El rey sucumbió primero,

y, según sospecha Europa,
fué por brindar en la copa
que le ofreció su heredero.
  El otro infeliz mortal
pereció la misma noche
aplastado por el coche
del joven príncipe real.
  Cuando rompió la cadena
de su existencia la muerte,
habláronse de esta suerte
las dos ánimas en pena.

LACAYO

¿Dónde vas?

REY

Á los infiernos.

LACAYO

Pues vamos juntos. Detente
y espérame...

REY

¡Qué excelente
figura haremos con cuernos!

LACAYO

¡Bah! Cualquiera creería
que en el mundo hemos estado
sin ellos...

REY

¿Fuíste casado
también?

LACAYO

¡Por desdicha mía!
Pero vale más no hablar
de lo que en vida sufrimos,
pues si los dos lo decimos
¿quién diablos lo ha de callar?

REY

Oye: ó mucho me equivoco
ó yo he tratado contigo
en la tierra.

LACAYO

No te digo
que no...

REY

¡Vamos poco á poco!
Recuerda: ¿no es tu mujer
bella?

LACAYO

Sí: como tu esposa,
ó menos...

REY

¿No es amorosa
y tierna?...

LACAYO

¡No lo ha de ser!
Como la tuya.

REY

¿No son
las gracias...

LACAYO

¡Ay! Te confieso
que tu amada esposa en eso
no admite comparación.

REY

Mucho adelantas...

LACAYO

¡Qué quieres!
Conozco, por dicha mía,
la exacta topografía
de dos gallardas mujeres.
De la propia y de la agena.
Como tú.

REY

¡Pues he tenido
buena cónyuge!

LACAYO

No ha sido
la mía ¡oh Rey! menos buena.

REY

Es decir que cuando el trono
tras de tu esposa dejaba...

LACAYO

La tuya se consolaba
conmigo de tu abandono.

REY

Con esto solo está dicho
lo que son gloria y fortuna.

LACAYO

Nos separaba la cuna
y nos igualó un capricho.

REY

Es una triste verdad
que abajo todo es mentira,
y desde lejos inspira
lástima la humanidad.

LACAYO

Mas por quebrantar la ley
—y ese es tu mayor castigo—
tienes un hijo mendigo...

REY

¡Tú, en cambio, le tienes rey!

—

Miráronse de soslayo
las dos almas tristemente,
y el rey inclinó la frente
y la levantó el lacayo.
Hasta que exclamó el segundo
entre maligno y zumbón:
—¡Paciencia, chico! Así son
todas las glorias del mundo.

1854.



Á UN HOMBRE IRRESOLUTO

¡Oh, basta ya de indecisión! ¿Quién sabe
si hay un edén en medio del desierto?
De lo oscuro, lo incógnito y lo incierto
Dios, solamente Dios tiene la clave.

Si atendiera al temor, que sólo cabe
en el ánimo débil é inexperto,
nunca dejara el abrigado puerto
para surcar el piélago la nave.

Todo para Colón desconocido
fué: la tierra, y el cielo, y el profundo
mar de fieras tormentas combatido.

Mas tuvo fe; su espíritu fecundo
rompió el misterio, y arrancó atrevido
á sus entrañas lóbregas un mundo.

18..



EL «MUNDO NUEVO» DE LA FERIA

Señoras y señores, ancianos y mancebos,
paisanos, militares y clérigos, llegad.
Los lances más curiosos, anómalos y nuevos
veréis ante vosotros en confusión pasar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Estériles trastornos, febriles sacudidas,
grandezas que derriba la furia popular,
motines de la plebe, contiendas fratricidas,
todo en el *mundo nuevo* representado está.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Veréis por donde quiera la turba cortesana
sumisa á los caprichos de quien la ofrece más;
veréis el negro fango de la vileza humana
subir como las olas de alborotado mar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

Qué cambio! qué contraste! qué asombro! qué prodigio!
El éxito es la norma del genio nacional.
Ayer el pretendiente llevaba el gorro frigio,
hoy el escudo regio, mañana... Dios dirá.
¡ Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Ayer la disciplina rasgaban los soldados,
hoy todos la respetan, incluso el general
que tuvo la fortuna de conseguir los grados
por esto, por aquello, por lo de más allá.
¡ Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Veréis al demagogo que en medio del tumulto
manchó con sus injurias la augusta majestad,
poner la torpe lengua donde estampó el insulto,
lamiéndolo cual lame la inmunda llaga el can.
¡ Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Veréis que alegremente se arrastran por el lodo
honor y compromisos, vergüenza y dignidad;
veréis los mismos hombres sirviendo para todo,
para causar el daño, para curar el mal.
¡ Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Bien dice la Escritura: Los ánimos enteros,
los firmes caracteres se quedarán detrás.
Los últimos que acudan serán de los primeros;
los que estuvieron antes, los últimos serán.
¡ Tan tan, tan tan, tan tan!

En los antiguos tiempos el pecador contrito
buscaba en el retiro su absolución, la paz;
pero en la edad presente veréis cómo el delito
al mismo Dios usurpa su puesto en el altar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Veréis el entusiasmo que excita el poderoso,
veréis cómo el desprecio con la desgracia va,
veréis de los que triunfan el séquito ruidoso,
veréis de los vencidos la muda soledad.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Y si fijáis la vista con ánimo sereno
en esta podredumbre que desbordando está,
comprenderéis al cabo que en tan revuelto cieno
no es fácil la grandeza de la nación fundar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

—

Señoras y señores, ancianos y mancebos,
paisanos, militares y clérigos, llegad.
Los lances más curiosos, anómalos y nuevos
veréis ante vosotros en confusión pasar.
¡Tan tan, tan tan, tan tan!

18....



Á LESBIA

I

Dan muchos en decir que tu inconstante
amor repartes aturdida y loca,
que no es tu fe de endurecida roca
ni tu virtud firmísimo diamante.
Dicen que quien te estrecha delirante,
cediendo á la pasión que le sofoca,
siente y percibe en tu entreabierta boca
el calor de los besos de otro amante,
Dicen que en el desorden de la vida
gozas con la traición, y soy tan necio
que al escucharlo te maldigo y lloro.
Anda tu fama en la opinión perdida;
pero hay alguien más digno de desprecio
que tú: yo, que sabiéndolo te adoro.

1856.

II

Es en vano intentarlo. Cuando el río
en su profundo cauce retroceda,
quizás se apiade el cielo y me conceda
todo el valor que para odiarte ansío.
Pugno por olvidarte, y mi albedrío
más en los lazos de tu amor se enreda:
seguir tus pasos el amor me veda
y me arrastra á tus piés, á pesar mío.
Tu falaz persuasión me infunde miedo:
quiero escapar de ti, dejar de verte
y á tus caricias engañosas cedo.
Y es tal mi desventura y tal mi suerte
que, conociendo tu maldad, no puedo
estimarte ¡ay de mí! ni aborrecerte.

1877.

FRAGMENTO

Álzase en medio de la mar Egea,
tan grata á Citerea
la montañosa Patmos, donde el freno
soltó á sus iras el apóstol Santo,
en un terrible canto
que aún retumba en los siglos como un trueno.

Lejos de toda frecuentada ruta,
y en escondida gruta
de la tierra olvidado y de sí mismo,
volcó su ardiente inspiración cristiana
sobre la raza humana
las visiones del cielo y del abismo.

—

Cuarenta noches y cuarenta días
le acosaron sombrías
en la apartada y lóbrega caverna,
do trazó la alegórica Escritura,
como la muerte, oscura,
y como el ansia de la vida, eterna.

—

Montón de rocas árido y remoto,
no habría Patmos roto
las espesas tinieblas del olvido
si acosada aquel águila del cielo,
no hubiera el raudo vuelo
sobre la estéril cumbre detenido.

—

A la mitad del escarpado monte,
cortando el horizonte
con su negro perfil, junto á la cueva
donde el terrible cántico se ha escrito,
su mole de granito
el monasterio de San Juan eleva.

—

Cuatro macizas torres seculares,
cuyos toscos sillares

el acre viento de la mar destruye,
arrancan de los ángulos del muro,
fortísimo y seguro
que el recinto claustral guarda y circuye.

—

Una vereda rápida y angosta,
desciende hacia la costa
sumida en melancólico sosiego,
donde tocando con el mar, blanquea
alguna pobre aldea,
cuna y refugio del pirata griego.

. . . .

Todo está muerto allí. Bajo el tirano
poder del otomano
ni aun hierba crece en la heredad baldía.
Nada en aquel lugar vive y prospera,
que es cual la vil ramera
infecunda también la tiranía.

1875.

EL AMANECER

Al través de la niebla matutina
va apareciendo la rosada aurora,
y con su tenue claridad colora
el mar, la vega, el bosque y la colina.

El sol, que lentamente se avecina,
luchando con la sombra tentadora
aún permanece oculto, pero dora
las cumbres y las nubes ilumina.
Canta la alondra remontando el vuelo
dulces himnos de amor á la alborada;
abre la flor su perfumado broche;
Y por la muda soledad del cielo,
replegando su túnica estrellada,
en su negro corcel huye la noche.

1884.



Á MI MUSA

(EN EL PERIÓDICO «LA ANDALUCÍA»)

¡Oh Musa, que en el combate
de la vida, no has tenido,
á tu honor rindiendo culto,
lisonjas para el magnate,
injurias para el vencido,
ni aplausos para el tumulto!

—

Como en días de pelea,
si la lástima no embota

ni embarga tu pensamiento,
hoy alza tu canto, y sea
un gemido cada nota
y cada estrofa un lamento.

—

Ante el inmenso quebranto
de la hermosa Andalucía,
da curso á tu angustia fiera;
pero no te impida el llanto
proclamar ¡oh Musa mía!
la verdad, siempre severa.

—

Tus sentimientos acalla,
porque el celo inmoderado
al mísero desvanece,
y en esta humana batalla
quien adula al desgraciado
no le anima: le envilece.

—

Díle más bien: «—¡Adelante!
»Cumple tu ruda faena
»y llora, pero trabaja;
»que el varón firme y constante
»los estragos de su pena
»con el propio esfuerzo ataja.

—

»No estés al pié de las ruinas,
»como inútil pordiosero,
»indolente y abatido,
»y al volver las golondrinas

»labrarán en el alero
»de tu nueva casa el nido.

—

»Ara, siembra, reedifica,
»lucha contra la corriente
»del infortunio en que vives,
»y enaltece y santifica
»con el sudor de tu frente
»la dádiva que recibes.»

—

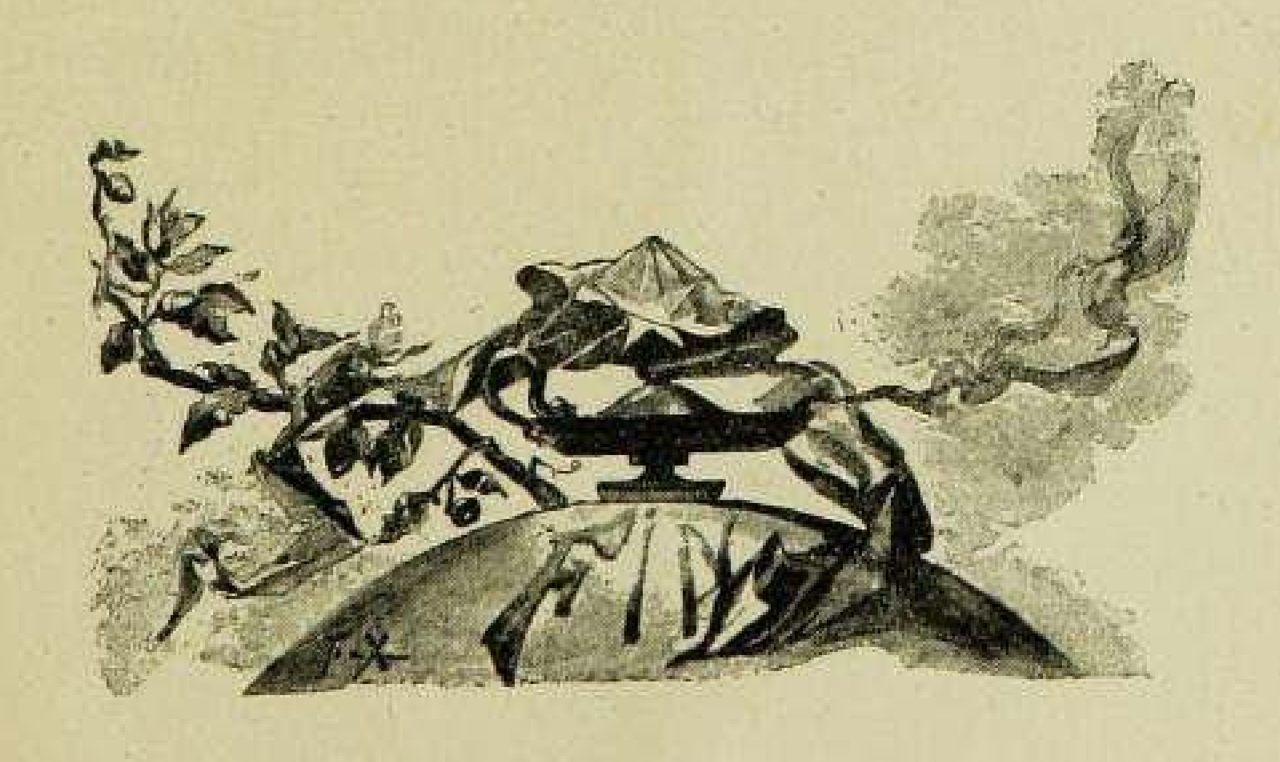
Háblale así, Musa honrada,
y en tu noble magisterio
nunca profanes tu lira,
con la adulación menguada,
con el torpe vituperio
ni con la baja mentira.

1885.

HOMENAJE Á VÍCTOR HUGO

PUBLICADO EN EL PERIÓDICO FRANCÉS LE GIL BLAS, PARA CONMEMORAR EL 83 ANIVERSARIO DEL ILUSTRE POETA, EL 26 DE FEBRERO DE 1884

¡Salve, genio soberano,
que en tu inspiración tuviste
siempre amor para el hermano,
consolación para el triste
y rayos para el tirano!



Consuelo

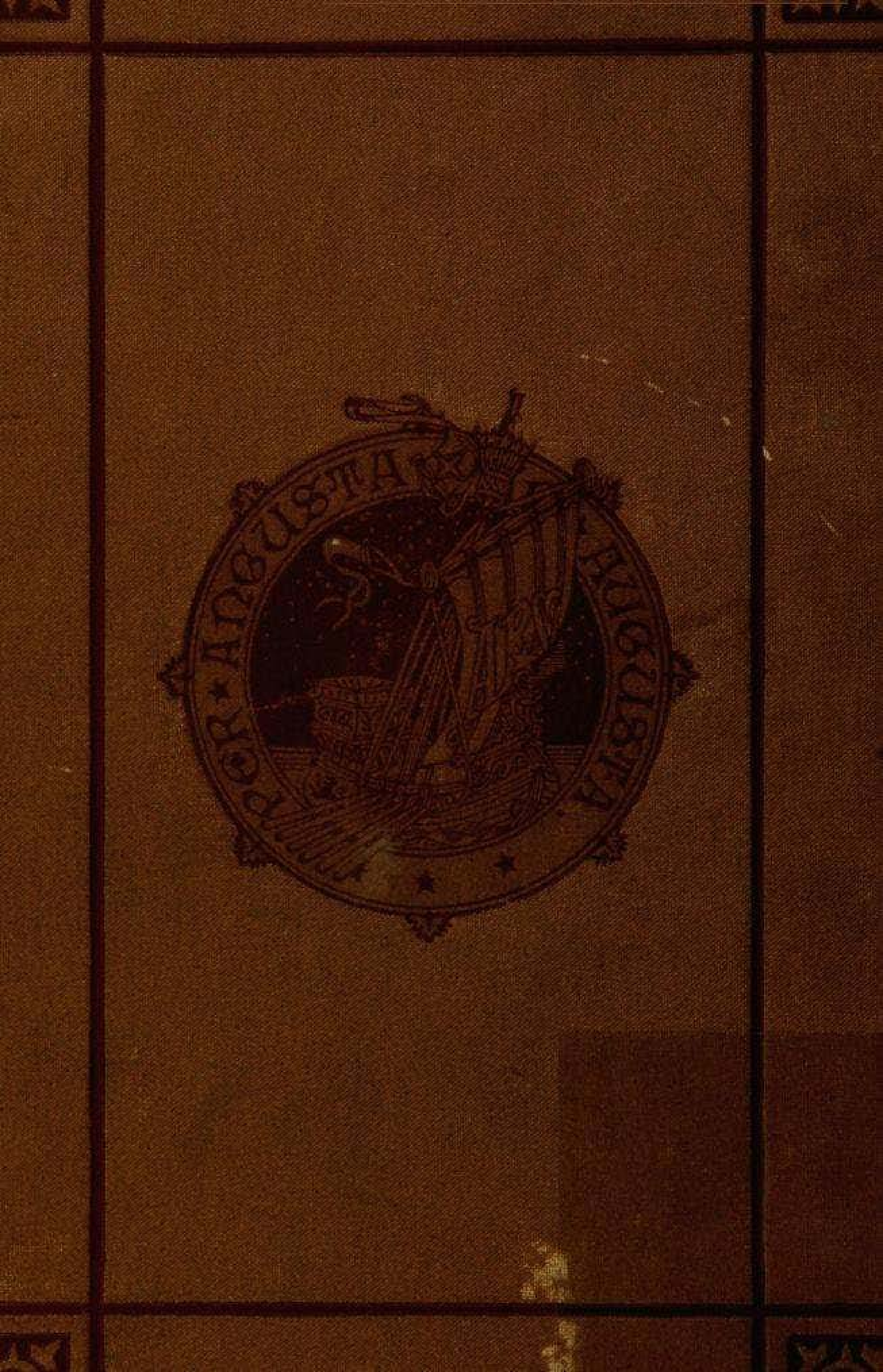
Piri

Tete

ÍNDICE






ANGUSTA
AUGUSTA